

Estudios africanos

volumen dos

Colonización y en busca de Estado,
nación y democracia

antología

de

FABIEN ADONON DJOGBÉNOU



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

México, 2003

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Juan Ramón de la Fuente
Rector

Lie. Enrique del Val Blanco
Secretario General

Mtro. Hernán Lara Zavala
**Director General de Publicaciones
y Fomento Editorial**

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Dr. Fernando Pérez Correa
Director

Dra. Angélica Cuéllar Vázquez
Secretaria General

Lic. Alma Iglesias González
Coordinadora de Extensión Universitaria

Lic. Salvador García Romero
Jefe del Departamento de Publicaciones

Estudios africanos

volumen dos

Colonización
Y en busca de Estado,
Nación y democracia.

Antología

Estudios africanos

(con textos en español, francés e inglés)

volumen uno

Hacia el universo negroafricano

volumen dos

Colonización y en busca de Estado, nación y democracia

volumen tres

¿África hoy?

Estudios africanos
volumen dos

Colonización y en busca de
Estado,
nación y democracia

antología
de
FABIEN ADONON DJOGBÈNOU



FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México, 2003

Cubierta:
Ery Kam'ra
artista plástico y museólogo

D.R. © **Universidad Nacional Autónoma de México**, 2003
Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F.
ISBN de la obra general: 970-32-0652-2
ISBN del volumen uno: 970-32-0900-9
Edición elaborada bajo el cuidado de
Clara Isabel Martínez Valenzuela
Departamento de Publicaciones
Coordinación de Extensión Universitaria
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Fabien Adonon Djogbénu7

COLONIZACIÓN

LA DIVISIÓN Y CONQUISTA EUROPEAS DE AFRICA: VISION GENERAL

Godfrey Uzoigwe.....19

MÉTODOS E INSTITUCIONES DE LA DOMINACIÓN EUROPEA

Raymond Betts.....53

LA RESISTENCIA DE LOS AFRICANOS AL SISTEMA COLONIAL Y SU EVOLUCIÓN

Fabien Adonon Djogbénu79

RESISTENCIA E INICIATIVAS AFRICANAS FRENTE A LA DIVISION Y LA CONQUISTA

Terence O. Ranger91

L'AFRIQUE ET L'HÉRITAGE DE LA SECONDE GUERRE MONDIALE SUR LE PLAN POLITIQUE, ÉCONOMIQUE ET CULTUREL	
<i>Ali al-Mazrui</i>	119

L'EFFET COLONIAL: POUR UNE REVISION DES FAITS	
<i>Marc H. Piault</i>	139

EN BUSCA DE ESTADO, NACIÓN Y DEMOCRACIA

LA DIMENSION SPATIALE DES ÉTATS	
<i>John O. Igué</i>	155

LES MIGRATIONS DE POPULATION	
<i>John O. Igué</i>	175

LA CUESTIÓN NACIONAL EN EL ÁFRICA NEGRA	
Fabien Adonon Djogbénou	201

ETNICIDAD Y PLURALISMO POLÍTICO EN EL ÁFRICA NEGRA	
<i>Massimango Cangabo Kagabo</i>	221

LOS CONFLICTOS ÉTNICOS EN EL ÁFRICA NEGRA	
Fabien Adonon Djogbénou.....	237

NATIONALISME, ETHNICITÉ ET DÉMOCRATIE	
<i>Solofo Randrianja</i>	245

DE LA DÉMOCRATIE EN AFRIQUE OU L'IMPORTANCE DE LA DÉMOCRATIE LOCALE	
<i>Alain Bockel</i>	287

EL ESTADO Y LA NACIÓN FRENTE AL TERCER MILENIO	
Fabien Adonon Djogbénou	309

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS.....	319
-----------------------------	-----

LECTURAS.....	323
---------------	-----

ESCRITORES ANTOLOGADOS.....	325
-----------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

Fabien Adonon Djogbénou

Colonización

Los europeos ya estaban presentes en el África negra antes de su gesta colonizadora, a través de acuerdos y convenios celebrados sobre todo entre jerarcas africanos, franceses y británicos, con el fin de crear factorías en territorios cercanos a las vías marítimas. Estas concesiones gratuitas, otorgadas en medio de fiestas, de regalos, mucha civilidad y trata negrera, son hoy las capitales de los países independientes de África.

Los amigos o socios de ayer se convirtieron en enemigos y verdugos a partir del siglo XIX. África ha sido, en efecto, el último continente colonizado, precisamente en el momento en que la descolonización concluía en América Latina. En promedio, la colonización duro entre 40 y 80 años en el África negra. La Conferencia de Berlín (noviembre de 1884 a febrero de 1885), mejor conocida como *El reparto de África entre las potencias coloniales*, cumplía 29 años cuando estallo la primera guerra europea o Guerra Mundial y la segunda se desencadeno en 1939. Es precisamente esta discontinuidad en el acto de la colonización lo que llama la atención sobre lo que bien podría considerarse como paréntesis colonial en África. El estudio pendiente se refiere al análisis de las consecuencias humanas de estas dos conflagraciones en las sociedades africanas.

Se antoja pertinente preguntar: ¿cómo analizar y entender el hecho de que, estando el continente africano a solo 12 kilómetros del europeo, África no haya sido colonizada sino a partir del siglo XIX?

Las versiones contradictorias acerca de la “facilidad y rapidez de la conquista de África por Europa” abundan en los análisis de los vencedores.

Godfrey Uzoigwe nos ofrece, en su trabajo "La división y conquista europeas de África: visión general", las tres grandes teorías explicativas de la expansión de los imperialismos europeos en África y confirma una vez más la casi inexistencia de la historia africana en el gran destino trascendental de la historia de Europa.

Ranger O. Terence, por su parte, completa estos episodios que los negroafricanos denominan "tiempos de fuerza" por las di-versas situaciones que contrastan con la facilidad y rapidez de la conquista de los africanos. Los diferentes ejemplos que Ranger nos proporciona en su estudio "Resistencia e iniciativas africanas frente a la división y la conquista" demuestran también la diferencia notable del concepto de soberanía entre una y otra parte.

Hemos dicho y escrito, en foros académicos y públicos, que los palacios nacionales de los respectivos Estados africanos, así como las diversas instancias del Estado heredado, no son, para las inmensas mayorías de los pueblos de África, un punto de referencia de la sede de las autoridades a las que recurren en caso de conflicto.

Trátese del sistema directo o indirecto de gobierno legado por la colonización, la soberanía en sí y por sí sigue, entre los pueblos, conservándose paralelamente al Estado llamado moderno. He ahí otra asignatura pendiente para los Estados africanos del siglo XXI: repensar el Estado para encaminarlo, en la medida de lo posible, a la misión a el encomendada por transferencia de soberanía en el marco neocolonial: consolidarse y crear a la nación, condición fundamental para la estabilidad indispensable al desarrollo económico y a la implantación de la democracia.

El trabajo transcrito en el volumen uno de *Estudios africanos* sobre "La resistencia de los africanos al sistema colonial y su

evolución" data de más de 20 años. Incompleto en el espacio y el tiempo, matiza sin embargo, debido a la situación de dominación colonial que guardaban todavía amplias regiones del África negra, la contribución valiosa más amplia y detallada de Betts Raymond, profesor de historia y especialista del colonialismo europeo de los siglos XIX y XX en África.

Ali al-Mazrui, estudioso renombrado de las tres grandes herencias de África (la tradicional, la islámica y la europea), se aboca, en su comunicación panorámica, a las influencias decisivas de la Segunda Guerra Mundial en África.

Al-Mazrui estima que, en lo político, la guerra facilitó la liberación de África; según él, operó un doble proceso de humanización: "... l'Africain cessant d'être ravalé au rang de démon, de singe ou d'enfant, le blanc d'être promu au rôle de surhomme, d'ange, voire de dieu". Además, la emergencia de la Unión Soviética y el poderoso Estados Unidos jugaron -en la segunda postguerra- un papel determinante en las concesiones de Europa a los nacionalistas africanos que luchaban por la independencia del continente.

En lo económico, la Segunda Guerra consagra tanto la incorporación de África al sistema capitalista mundial, como las distorsiones así generadas en el desarrollo africano.

La "occidentalización" de las élites y de las universidades africanas, marcada por su arrogancia académica, es la punta de lanza de la penetración cultural en África. Los modelos culturales de Europa fueron importados para resolver los problemas europeos de África. Las repercusiones de esta extravención se resumen en la dependencia multidimensional que afecta profundamente al desarrollo de África.

En busca de Estado, nación y democracia

El último continente colonizado por Europa es también el más fragmentado en territorios. La Conferencia de Berlín legó a

África una presa despedazada que cuenta con más de cincuenta trozos de todo tamaño, color y sabor.

El mosaico de ayer, conformado por comunidades autónomas, sin ningún sistema centralizado, sino coordinado en parte por regiones hegemónicas condenadas, de hecho, a la descentralización, dadas las enormes distancias y la gran escasez de medios de transporte, la falta de armas de fuego y la religión de Estado... esta África de ayer era, a la vez, una y múltiple; la de hoy, monstruosa, abigarrada, cacofónica, esta como cada quien la quiere ver: primitiva por tranquilizadora o exageradamente bulliciosa, para confirmar todos los prejuicios conocidos en su contra. Más de cincuenta Estados delineados según la fantasía o la relación de fuerza existente entre las distintas potencias colonia-les: agrupamiento y yuxtaposición de grupos étnicos que nunca habían vivido juntos y otros que se encontraban en estado de guerra; separación y fragmentación de grupos que moraban juntos por ser del mismo origen étnico.

África no ha participado en la formación de sus fronteras y los especialistas nos han demostrado que solo el 26% de las fronteras en el continente son naturales. De ahí que los nacionalistas africanos hayan proclamado, en Accra (Ghana, 1958), la abolición o la modificación de las fronteras trazadas arbitrariamente en detrimento de los pueblos africanos; es lo que se conoce como la *revisión de las fronteras*. Pero después de las independencias ilusorias y formales, la situación cambió radicalmente. La Conferencia de Addis-Abeba, que elaboró en mayo de 1963 la Carta de la Organización de Unidad Africana, rechazó la revisión de las fronteras y optó por el principio de la integridad territorial heredada de la colonización, por injusta y arbitraria que haya sido. Es lo que se denomina la *intangibilidad de las fronteras africanas*. He ahí la semilla que germinó y sigue alimentando los innumerables, interminables y graves conflictos fronterizos que, estrechamente ligados a los golpes de Estado, se escenifican hoy en las Áfricas de los Estados-nación.

J. O. Igué, geógrafo de renombre internacional, sociólogo y politólogo consumado, sintetiza con tino en “La dimensión spatiale des États” los diferentes enfoques de análisis del Estado africano y se dedica a profundizar el aspecto menos estudiado: el análisis territorial en el sentido espacial, tomando en cuenta la disparidad de las situaciones. Igué analiza sucesivamente las lógicas del re-parto colonial en África, la naturaleza de los Estados resultantes de esas diferentes lógicas del reparto, en términos estratégico-militares, de recursos naturales, de reservas de materias primas y de rutas comerciales. Todo ello desemboca hoy en una crisis de incertidumbre por los límites de la territorialidad, fruto y consecuencia de la lógica del Estado-nación legada del colonialismo.

La intensificación de las migraciones y sus consecuencias son fenómenos histórico-culturales cuya evolución incontrolable amenaza, nacional, regional e interregionalmente, la paz internacional. La globalización salvaje redujo al mundo a dos partes desiguales en todos los sentidos del término: 25% de la humanidad, es decir, mil millones y medio de personas, conforma el Primer Mundo; las tres cuartas partes restantes - con sus grandes matices-, que suman cuatro mil millones y medio de "individuos", "viven" en el Tercer Mundo. Islotes del Primer Mundo son caracterizados por el desarrollo económico, político y cultural, la riqueza, el saber y la democracia; y a la inversa, el subdesarrollo, la pobreza, la miseria y el retroceso son los lotes -con sus respectivos matices también- de los demás. Con la revolución de la comunicación, cada mundo ve cómo vive el otro: la gente del Primer Mundo, además de sus buenas condiciones de trabajo, de vida y la democracia, puede pasear o instalarse en todo el globo, con sus pasaportes que abren todas las fronteras y sus modelos de éxito; para los del Tercer Mundo -en mayor o menor grado- no tener empleo, no poder vivir del trabajo o perderlo en cualquier momento, es el pan de cada día; comen mal, padecen la mal-nutrición o mueren de hambruna. Béchir Ben Yahmeed resume de manera ejemplar esta situación:

Le monde d'aujourd'hui, c'est très exactement l'Afrique du Sud d'il y a dix ans où coexistaient une minorité de privilégiés blancs - 15% de la population-, qui formait un premier collège disposant de presque tout, et une majorité -85%- réduite aux conditions de vie des XVIII^e et XIX^e siècles.

Las migraciones y la urbanización en el África negra están in-mersas en este marco global, pero resulta indispensable y urgente un análisis específico y preciso de las interacciones entre la dinámica de las poblaciones africanas, las políticas de desarrollo, la crisis del proceso de urbanización y las zonas agrarias, con el fin de plantear soluciones funcionales a los problemas identificados.

Una evaluación sistemática de las políticas de desarrollo en África, antes y después de las independencias, queda por realizarse. Sin embargo, huelga decir que la tendencia general en casi todos de los países negroafricanos es el mantenimiento de la orientación y de los fundamentos de las políticas coloniales de desarrollo, desde la sede del Estado "urbano". En estas circunstancias, las producciones exportables siguen siendo los monocultivos de renta y la explotación minera. El éxodo rural, por ende, se acelera a un ritmo creciente hacia las "ciudades" y hacia los escasos países fronterizos relativamente dotados de infraestructura de producción económica. El mercado urbano del trabajo, gravemente saturado, carece de mano de obra calificada y de estructura de inserción para los calificados y los universitarios. El desempleo en este último sector esta paradójicamente en ascenso. La inexistencia y/o la degradación de la infraestructura heredada de la colonización es lo que caracteriza a las "ciudades africanas". En suma, la crisis del mundo agrario y la crisis de la ciudad acentúan, a su vez, la crisis de la educación, de la formación y del empleo... Así se cierra el cerco.

J. O. Igué, autor de Le territoire et l'État en Afrique, nos proporciona, en su capítulo "Les migrations de population", centrado en el África Occidental, las causas, la localización de las migraciones y sus consecuencias sobre el territorio del Estado.

Lo étnico es uno de los fenómenos que tanto la colonización y la Guerra Fría (congelante en los trópicos) como las independencias formales o fraguadas en las luchas de liberación han soslayado y opacado mientras duraron.

¿Independencia y soberanía para quién?

¿Democracia y despegue económico, cómo?

El balance de las independencias esta a la vista, con su cortejo de callejones sin salida. Aquellas evaluaciones internacionales que celebraban el crecimiento económico de países como Camerún, Costa de Marfil y Nigeria con el alza, en el mercado mundial, del precio de sus materias primas -en los setentas-perdieron de repente sus criterios alentadores porque carecían de puntos de referencia estables: es el fin de las certidumbres debido al fondo de la crisis anunciada e irremediable del Estado-nación negroafricano...

Los acontecimientos que se escenificaban en el mundo, tales como la emergencia potencial de Japón y los Dragones de Asia del Sureste, el advenimiento de los integristas y el "resurgimiento" de los nacionalismos en Europa del Este, las ventajas y los riesgos de la reunificación de las dos Alemanias, el devenir de Europa... desviaron las energías de los propios intelectuales negroafricanos del subcontinente enfermo de sí mismo; no pocos de ellos consideraban las manifestaciones étnicas como retroceso inadmisibles cuando no las identificaban y las fustigaban como una invención mas o un vestigio del colonialismo europeo.

Las reflexiones del profesor Massimango en "Etnicidad y pluralismo político en el África negra" revelan la importancia de la etnicidad en los procesos sociopolíticos africanos y sus vínculos con la agudización del antagonismo entre los gobernantes; Massimango reivindica lo étnico como factor positivo en la posible cohesión de las microentidades, base inevitable de la conformación viable de un Estado africano renovado.

El profesor Solofo Randrianja, en "Nationalisme, ethnicité et démocratie", destaca el papel que jugaron las élites africanas en esta trilogía, desde la primera postguerra mundial hasta

nuestros días. Remonta a los orígenes de lo que él llama el nacionalismo africano y su evolución que culmina con el fracaso del Estado-nación subsahariano; pone de relieve que este revés del Estado es también el fracaso del nacionalismo de los ideólogos africanos. Solofo reconoce, a partir de los ejemplos de Madagascar y Sudáfrica, que la vitalidad de la identidad étnica es un signo ineludible de pluralismo cultural; remarca la existencia en África de una pluralidad de públicos que bien podrían llamarse públicos primordiales cuyas prácticas vivenciales son -a su entender, incompatibles con los valores de la democracia; subraya también el modo de reproducción de las elites africanas entrampado en la etnicidad politizada, como un obstáculo a la democratización.

Las sorprendentes contradicciones del autor de "Nationalisme, ethnicité et démocratie" se deben, quizás, a una visión centrada en la historia de la pos independencia africana, que no pocos estudiosos suelen aislar deliberada o inconscientemente de los procesos globales de las historias africanas antes y durante el paréntesis colonial.

Así lo demuestra el profesor Solofo cuando concluye su trabajo ilustrativo, afirmando que la importancia atribuida a la identidad étnica en la nacionalidad y la democracia parece desproporcionada con su realidad.

Provocar e impulsar el debate en torno a las *elites africanas*, al Estado, al nacionalismo, a la etnicidad, a la sociedad civil y al federalismo son los apreciables méritos de la contribución del profesor Solofo Randrianja.

Por su parte, el profesor Alain Bockel se refiere, de entrada, en "De la démocratie en Afrique ou l'importance de la démocratie locale", a lo que bien podría llamarse democracia y que se expresaba según sus propias formas y comportamientos en África. Su ilustración de la importancia fundamental de la realidad local de la democracia en África rescata, de Alexis Tocqueville, la idea de que no hay salvaguarda de la libertad más que en el desarrollo de las libertades locales y públicas. Bockel reseña los conceptos y

modelos europeos de poder y de Estado y el fracaso de sus aplicaciones miméticas en África, aboga por una concepción original de la democracia y sugiere para ello algunas orientaciones de investigación cuyas bases son no menos originales, y nos introduce en la participación popular en África como experiencias exitosas de la democracia local y alienta que se tome en cuenta estas experiencias en las reflexiones y los análisis políticos acerca del porvenir de la democracia en la región.

Marc Piault revisa los contenidos de la colonización alemana, británica, francesa, italiana y portuguesa en África. ¿Qué sentido reviste la colonización de África para las propias potencias colonizadoras? ¿Cómo viven este fenómeno los africanos y ciertos sectores sociales de Europa? "Ni ruptura ni paréntesis", sentencia Piault en su compendio del libro *La colonisation: rupture ou pa-renthese?*

África es múltiple y sus sociedades reaccionaron de manera diversa a las agresiones coloniales también diferentes. Es tiempo de analizar globalmente la historia universal, unívoca y lineal, que resulta ser también una parte de la historia de África, con miras a una aprehensión cabal de las incertidumbres que hipotecan las posibles salidas del África del caos sin fin.

En nuestros ámbitos universitarios y centros de enseñanza superior, los estudios histórico-sociales padecen de "pluridisciplinaritis", con la honrosa excepción de escasos profesores e investigadores que abogan tenazmente por enfoques más allá de la estrechez del conocimiento parcelario por disciplinas. Este conocimiento fragmentado impide la comprensión y aprehensión integral de los fenómenos estudiados.

En estas condiciones, ¿es posible pensar en la universidad y en las instituciones de enseñanza superior como crisol de fortalecimiento, de renovación, de creación o producción de conocimiento y como conciencia crítica rigurosa

de los entornos, contextos y "circunstancias" de las sociedades en las que vivimos?

Las más severas críticas a este intento de acceso inteligible al vasto y complejo mosaico negroafricano, volumen dos de *Estudios africanos*, serán tanto más bienvenidas cuanto más útil resulte su aportación a una mejor enseñanza y, sobre todo, a la paulatina superación del desconocimiento y menosprecio de esta parte del mundo llamada África negra.

COLONIZACIÓN

LA DIVISIÓN Y CONQUISTA EUROPEAS DE ÁFRICA: VISIÓN GENERAL

Godfrey Uzoigwe

Introducción.

Una generación de guerra y cambios revolucionarios

La generación posterior a 1880 fue testigo de uno de los movimientos históricos más significativos de los tiempos modernos. Durante este periodo, las naciones industrializadas de Europa dividieron, conquistaron y ocuparon eficazmente a África, un continente de más de 28 millones de millas cuadradas de superficie. Los historiadores todavía no se han puesto de acuerdo sobre el nocivo impacto que esta generación de continuas guerras tuvo tanto en los colonizados como en los colonizadores; pero generalmente se insiste en que fue una generación de cambios revolucionarios de naturaleza fundamental.

El gran significado de nuestro periodo, sin embargo, va más allá de la guerra y del cambio del que éste fue testigo. En el pasado se desarrollaron y cayeron imperios, las conquistas y usurpaciones son tan viejas como la misma historia y, en tiempos pasados ya, se ensayaron y pusieron a prueba modelos coloniales de administración e integración. África fue el último continente sometido por Europa. Lo más notable de este periodo es la forma coordinada, la velocidad y la facilidad comparativa -desde el punto de vista europeo- con que se llevó a cabo la ocupación y subyugación de tan vasto continente. Nada semejante había ocurrido antes.

¿Qué fue lo que permitió el desarrollo de semejante fenómeno? O, para decirlo de otra forma, ¿por qué fue África políticamente dividida y sistemáticamente ocupada en el periodo en que esto ocurrió? ¿Y por qué no pudieron los africanos mantener a distancia a sus adversarios? Estas preguntas han servido para ejercitar las habilidades de los historiadores de la división y del nuevo imperialismo desde la década de 1880. No existen explicaciones aceptadas de manera general; al contrario, la historiografía de la división se ha convertido en uno de los temas más emotivos y controvertidos de nuestro tiempo. Es un tema que enfrenta a los historiadores con la temible tarea de encontrar un sentido a una extraordinaria fantasmagoría de interpretaciones conflictivas.

La división de África y el nuevo imperialismo: un análisis

Es necesario, por lo tanto, racionalizar tal revoltijo de teorías sobre este movimiento crucial de la historia de África. Pueden ser clasificadas en forma práctica tal como sigue: económicas, psicológicas, diplomáticas y las de dimensión propiamente africana.

Teoría económica

Al igual que la moda, la popularidad de esta teoría ha cambiado con los tiempos. Antes de que el comunismo se convirtiera en una amenaza para el sistema capitalista occidental, nadie cuestionaba seriamente la base económica de la expansión imperial. No fue un accidente, por lo tanto, que el ataque que Joseph Schumpeter hizo a la noción de imperialismo capitalista¹ fuera enormemente popular entre los especialistas no marxistas. El violento ataque iniciado por Schumpeter contra esta teoría fue aplicado en África con una presión tan devastadora, que hoy ha alcanzado el punto de los rendimientos decrecientes. Como consecuencia de eso, la teoría del imperialismo económico, en una forma modificada, ha empezado hoy en día a tener una aceptación creciente.

¹ J. Schumpeter, 1955.

¿Cuál es el significado del imperialismo económico? Sus raíces teóricas pueden ser rastreadas hasta 1900, fecha en que los socialdemócratas alemanes pusieron el tema de la *Weltpolitik*, es decir, de la política imperial de expansión en una escala global, en la agenda del congreso anual del partido celebrado en Mainz. Fue aquí donde Rosa Luxemburgo señaló por primera vez que el imperialismo es la fase final del capitalismo. Fue aquí también donde George Ledebour observó que “el núcleo central de la *Weltpolitik*” era “un desarrollo de todos los capitalismos hacia una política de pillaje, que lleva a los capitalismos europeo y americano a todas partes del mundo”.² Sin embargo, fue John Atkinson Hobson quien proporcionó la exposición clásica, y la más clara, de esta teoría. Este autor argumentaba que la sobreproducción, el excedente de capital y el consumo insuficiente de las naciones industrializadas conducirían a éstas a “colocar porciones cada vez mayores de sus recursos económicos fuera del área de su presente dominio político, y a estimular una política de expansión que permitiría adquirir nuevas áreas”. Atkinson Hobson consideraba que esto era la “raíz económica central del imperialismo”. Admitía que las fuerzas no económicas habían jugado un rol en la expansión imperial; pero estaba convencido, sin embargo, de que aunque “un hombre de Estado ambicioso o un comerciante con iniciativa puede sugerir e incluso iniciar una etapa de la expansión imperial, puede ayudar a educar a la opinión pública patriótica en la necesidad urgente de lograr algunos avances... la decisión final permanece en manos del poder financiero”.³

Utilizando libremente los argumentos centrales de los social-demócratas alemanes, así como los de Hobson, V. I. Lenin puso el énfasis en el hecho de que el nuevo imperialismo se caracterizaba por la transición del capitalismo de una orientación "pre monopolista en la que predominaba la libre competencia... a la fase del capitalismo monopolista para financiar el capital" que "está relacionada con la intensificación

² Citado por L. Basso, en N. Chomsky *et al.*, 1972, p. 114.

³ J. A. Hobson, 1902, pp. 59 y 80-81.

de la lucha por la repartición del mundo".⁴ De la misma manera que el capitalismo competitivo prosperó apoyándose en la exportación de artículos de consumo, el capitalismo monopolista se desarrolló apoyándose en la exportación de capitales derivados de los superbeneficios amasados por el cartel financiero-industrial. De acuerdo con Lenin, este desarrollo era la etapa superior del capitalismo. En oposición a Hobson y siguiendo a Rosa Luxemburgo, Lenin creía que el capitalismo estaba condenado a autodestruirse. Argumentaba para ello que, una vez que los capitalistas se hubieran dividido el mundo, se convertirían en rentistas y parásitos viviendo de los beneficios de sus inversiones, y se verían amenazados por las naciones en crecimiento que pedirían una nueva división del mundo. Los capitalistas, avariciosos como siempre, rehusarían complacerles. El asunto, por tanto, sería solucionado por medio de la guerra, que los capitalistas perderían irremediamente. La guerra, pues, es una consecuencia inevitable del imperialismo, la muerte violenta del capitalismo. No es sorprendente que tan entusiasta propaganda haya sido aceptada por muchos estudiosos marxistas. Los nacionalistas y radicales del "Tercer Mundo" aceptaron también las opiniones de Hobson y Lenin como algo evidente. Y, de acuerdo con los investigadores occidentales radicales, describían al imperialismo y al colonialismo como un resultado de la descarada explotación económica.⁵

Aunque Hobson y Lenin no se ocuparon especialmente del caso de África, es obvio que sus análisis tienen consecuencias fundamentales para su repartición. Por consiguiente, un ejército dispar de estudiosos no marxistas ha, poco más o menos, demolido la teoría marxista del imperialismo económico en lo que a África respecta.⁶ Una reacción típica de los investigadores marxistas frente a esta aparente victoria es que, aunque las críticas de Hobson y Lenin son básicamente correctas, están sin embargo mal dirigidas. Bob Sutcliffe se expresa en los siguientes términos: "Con

⁴ V. I. Lenin, 1916, p. 92 (énfasis en el original).

⁵ W. Rodney, 1972; también Chinweizu, 1975, especialmente el cap. 3.

⁶ Los siguientes autores son representantes de estas críticas: D. K. Fieldhouse, 1961; M. Blaug, 1961; B. Sutcliffe en R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), 1972, pp. 316-320

frecuencia el objetivo es un espejismo y las armas inadecuadas", porque el imperialismo, concebido como un fenómeno general, enfoca el valor del imperio como una totalidad y, por tanto, "la hoja de un balance nacional tiene muy poca importancia".⁷ Un argumento más convincente, sin embargo, es que incluso una demolición completa de la teoría clásica del imperialismo económico no necesariamente refuta la conclusión de que, en sus impulsos fundamentales, el imperialismo fue esencialmente económico. Conceder poca importancia o despreciar otras concepciones económicas del imperialismo y linchar alegremente a quienes las preconizan sólo por su sospechosa asociación con Hobson y Lenin no resulta muy académico. Apoyándose en investigaciones más serias sobre la historia de África en este periodo, resulta claro que quienes persisten en trivializar la importancia de la dimensión económica en la división del continente corren sus propios riesgos.⁸

Teorías psicológicas

Discuto estas teorías -clasificadas habitualmente como darwinismo social, cristianismo evangélico y atavismo social- en términos psicológicos, a causa de la creencia -común en quienes la preconizan- de la primacía de la "raza blanca".

Darwinismo social

Para algunos, la publicación, en noviembre de 1859, del libro de Charles Darwin *El origen de las especies por medio de la selección natural o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*⁹ pareció proporcionar una base científica a la creencia de la primacía de la raza europea, un tema que desde el siglo XVII aparece continuamente, con diversos disfraces, en los escritos europeos. Los darwinistas posteriores,

⁷ B. Sutcliffe en R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), 1972, p. 318; también pp. 312-323.

⁸ Ver, por ejemplo, A. G. Hopkins, 1968, 1973; C. W. Newbury y A. S. Kanya-Forstner, 1969; y J. Stengers, 1962.

⁹ Ch. Darwin, 1859.

por lo tanto, se alegraron de poder justificar la conquista de lo que ellos llamaron "razas subyugadas" o "razas atrasadas" por parte de la "raza principal", como un hecho lógico del proceso inevitable de "selección natural" a través del cual, en la lucha por la existencia, los más fuertes dominan a los más débiles. Por lo tanto, afirmaban que tener la fuerza es tener la razón y por consiguiente, veían la división de África como parte de este proceso natural e inevitable. Lo interesante de esta flagrante patriotería racial, que ha sido apropiadamente descrito como "albinismo", es su afirmación de la responsabilidad imperial.¹⁰ Permanece, sin embargo, el hecho de que el darwinismo social aplicado a la conquista de África fue más una racionalización posterior a los acontecimientos, que su origen.

Cristianismo evangélico

El cristianismo evangélico, a cuyos ojos El origen de las especies era una herejía condenable, no tuvo escrúpulos para aceptar las consecuencias raciales de dicha teoría. Sin embargo, el contenido racial del cristianismo evangélico estuvo suavizado por una generosa dosis de celo humanitario y filantrópico, sentimientos muy extendidos durante la conquista de África entre los europeos que hacían la política. Se ha argumentado, por consiguiente, que la división de África se debió, y no en pequeña medida, a un impulso humanitario y "misionero más amplio" cuyo objetivo era la regeneración de los pueblos de África.¹¹ Más aún, se ha afirmado que en África oriental y central, así como en Madagascar, fueron los misioneros quienes prepararon el terreno para la imposición del colonialismo.¹² Aunque es verdad que los misioneros no opusieron resistencia a la conquista de África y que, en algunas zonas, se dedicaron activamente a la conquista, la limitada aplicación que es posible hacer del factor misionero impide que

¹⁰ Para más información sobre estas opiniones, ver R. Maunier, trad. y ed. por E. O. Lorimer, 1949; y G. Himmelfarh, 1960.

¹¹ Ver J. S. Galbraith, 1961, pp. 34-48; G. Bennet(ed.), 1953; C. P. Graves en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, para las investigaciones del impulso misionero hacia la expansión imperial.

¹² R. Oliver, 1965; R. I. Rotberg, 1965; y P. M. Mutibwa, 1974.

éste sea considerado como una teoría general del imperialismo.

Atavismo social

Joseph Schumpeter fue quien explicó por primera vez el imperialismo en términos sociológicos. Para él, el imperialismo era la consecuencia de ciertos imponderables, de elementos psicológicos, no de presiones económicas. Su argumentación, expresada en términos humanísticos, más que en términos raciales europeos, se basa en lo que él consideraba el deseo natural del hombre de dominar a sus prójimos sólo por el gusto de hacerlo. Este impulso innato está gobernado por la sed universal de usurpación que caracteriza al ser humano. El imperialismo, por consiguiente, es un egoísmo nacional colectivo: "La disposición sin objetivo concreto por parte del Estado para expandirse ilimitadamente por la fuerza".¹³ El nuevo imperialismo, decía él, era también de carácter atávico,¹⁴ es decir, un salto atrás hacia los primitivos instintos políticos y sociales del hombre que podían haber estado justificados en los tiempos pre modernos, pero que en el mundo moderno ciertamente no lo estaban. Demostraba entonces cómo el capitalismo era, por su propia naturaleza, "anticapitalista" y benigno. Presidido por empresarios innovadores, se oponía totalmente a las motivaciones agresivas e imperialistas de las antiguas monarquías y clases guerreras cuyas ambiciones no tenían objetivos claros. El capitalismo, por el contrario, tenía objetivos claros y por consiguiente era completamente opuesto al comportamiento atávico característico de los antiguos regímenes. De esta forma, J. Schumpeter llegaba a la conclusión de que la explicación económica del nuevo imperialismo, explicación que se basaba en el desarrollo lógico del capitalismo, no era válida. A pesar de su atractivo, la mayor debilidad de este argumento es su calidad nebulosa y ahistórica. En tanto que explicaciones de la división, las teorías psicológicas pueden contener un elemento de verdad, pero no explican por qué dicha división ocurrió cuando ocurrió.

¹³ J. Schumpeter, 1965, p. 6.

¹⁴ Ibid. p. 65.

Estas teorías sugieren, sin embargo, qué fue lo que hizo posible dicha repartición y por qué ésta fue considerada como algo deseable.

Teorías diplomáticas

Las teorías diplomáticas son las explicaciones puramente políticas de la división y quizá las más populares. Pero, de forma interesante, estas teorías proporcionan un respaldo concreto y específico a las teorías psicológicas. Estas teorías diplomáticas muestran el egotismo nacional de los Estados europeos, los cuales estaban en conflicto entre ellos o se ponían de acuerdo para asegurar su propia preservación, o bien reaccionaban decisivamente contra las fuerzas de los nacionalismos africanos primordiales. Por eso proponemos aquí que estas teorías sean tratadas desde los siguientes enfoques: prestigio nacional, equilibrio de poder y estrategia global.

Prestigio nacional

El mayor exponente de esta teoría es Carlton Hayes. En un perspicaz pasaje, Hayes afirma:

Francia buscaba compensar sus pérdidas europeas con ganancias en ultramar. Inglaterra compensaría su aislamiento europeo por medio de la ampliación y glorificación del Imperio Británico. Rusia, detenida en Los Balcanes, volvería otra vez a Asia; y Alemania e Italia demostrarían al mundo que tenían derecho a aprovechar o aumentar el prestigio que les había dado el poder obtenido en Europa por medio de hazañas imperialistas fuera de Europa. Las potencias menos importantes, que no tenían un gran prestigio en juego, se las arreglaron para participar sin ningún imperialismo nuevo, aunque Portugal y Holanda desplegaron un orgullo renovado en los imperios que ya poseían y el Imperio Holandés fue administrado con renovado vigor.¹⁵

Hayes concluye, por lo tanto, que "el nuevo imperialismo" era básicamente "un fenómeno nacionalista" y que sus promotores suspiraban por obtener prestigio nacional. En

¹⁵ C. J. Hayes, 1941, p. 220.

resumen, una vez consolidadas sus naciones y realineadas sus fuerzas diplomáticas, los líderes europeos se sintieron empujados por una fuerza nebulosa o atávica que adoptó la expresión de una “reacción psicológica, un deseo ardiente de mantener o recobrar el prestigio nacional”. Apoyándose en esto, Hayes concluye que la división de África no fue un fenómeno económico.¹⁶

Equilibrio de poder

Por otra parte, F. H. Hinsley¹⁷ insiste en que la causa principal de la división fue la necesidad que tenía Europa de paz y estabilidad en casa. En su opinión, la fecha decisiva del cambio hacia una era extraeuropea -una era de imperialismo- fue 1878. A partir de ese año, del Congreso de Berlín, la rivalidad entre Rusia y Gran Bretaña en Los Balcanes y el Imperio Otomano llevaron a las naciones europeas al borde mismo de la conflagración. Los hombres de Estado europeos desviaron esta crisis en la política del poder y dieron marcha atrás. Desde esa fecha hasta la crisis de Bosnia en 1908, la política de las potencias se desplazó de Europa para jugarse en África y Asia. Cuando los conflictos de intereses en África se convirtieron en una amenaza para la paz en Europa, las potencias europeas no tuvieron otra opción que dividir África para preservar así el equilibrio diplomático europeo que se había estabilizado por sí mismo en la década 1880-1889.

Estrategia global

Hay una tercera escuela que sostiene que los intereses europeos en África que dieron lugar al surgimiento de la lucha no eran eco-nómicos, sino que se trataba de un problema de estrategia global. Los principales autores de esta escuela, Ronald Robinson y John Gallagher, ponen el acento en la

¹⁶ Ibid.

¹⁷ F. H. Hinsley, 1959 (a) y 1959 (b) en E. A. Benianis, J. Butler y C. E. Carrington (eds.)

importancia estratégica de África para la India británica, echan la culpa de la división de África al impacto causado por movimientos "protonacionalistas" de África que amenazaban la estrategia global de los intereses de las naciones europeas. Estas "luchas reaccionarias románticas" -anacronismos valientes, en su opinión- obligaron a los hombres de Estado europeos, que en realidad se resistían a ello y que hasta ese momento se habían conformado con ejercer una supremacía informal y una persuasión moral, a dividir y conquistar el continente. Por consiguiente, la ocupación de África no se debió a lo que podía ofrecer materialmente a los europeos -ya que económicamente no tenía valor alguno-, sino al hecho de que amenazaba los intereses europeos en otras partes.¹⁸

Uno de los objetivos principales de las teorías psicológicas, así como de las teorías próximas a ellas, las teorías diplomáticas, ha sido destruir la noción de que la división de África estuvo motivada por impulsos económicos. Pero el argumento de prestigio sólo resulta convincente cuando se eliminan sus concomitancias económicas o se les quita importancia indebidamente. Hayes, por ejemplo, ha documentado detalladamente la guerra de precios entre las naciones europeas que se desarrolló durante el periodo crucial de la división.¹⁹ Hayes concede incluso que "lo que realmente provocó el comienzo de la ofensiva económica en el 'continente oscuro' y las soleadas islas del Pacífico no fue tanto la sobreproducción europea de bienes manufacturados, sino más bien el insuficiente aprovisionamiento de materias primas"²⁰ y que, por consiguiente, "para evitar que Francia, Alemania, Italia y otras potencias proteccionistas... monopolizaran una parte demasiado grande del mundo, Gran Bretaña maniobró intensamente para reunir las partes del león en el seno de su propio imperio librecambista". En otras palabras, una vez establecido, el neomercantilismo tuvo consecuencias muy

¹⁸ Ver J. Gallagher y R. Robinson, 1953; R. E. Robinson y J. Gallagher en F. H. Hinsley (e<±), 1962; y R. E. Robinson y J. Gallagher, 1961.

¹⁹ C. J. H. Hayes, 1941, pp. 205-208.

²⁰ Ibid, p. 218.

importantes para la emergencia de las rivalidades imperiales.²¹ Y, sin embargo, tal como hemos visto, en la página siguiente se dispone a argumentar, lleno de confianza, en contra del sustrato económico del nuevo imperialismo. También H. Brunschwig, mientras postulaba una interpretación económica del imperialismo francés, se enfrentó con la dimensión económica absoluta del imperio y se vio así obligado a asignarle algún papel. Así que, mientras considera que el imperialismo anglosajón era económico y filantrópico, piensa que el de Francia estuvo motivado por el prestigio.²² Respecto a la tesis de la estrategia global, las reacciones de quienes están informados han sido sumamente negativas. Sin embargo, su atractivo para los historiadores no africanistas -o para el lector no experto- ha sido sencillamente abrumador. A pesar de todo, sabemos que esta tesis, desarrollada a partir de las suposiciones más eclécticas de Langer²³ y de los análisis más meditados de Hinsley, demasiado hábil y demasiado circunstancial para resultar aceptable, ha sido puesta a prueba en África Oriental, Occidental, del Norte y del Sur y resultó deficiente.²⁴ Respecto a Egipto y África del Norte, se ha demostrado que había importantes razones no relacionadas con la estrategia imperial británica en la India que exigían la presencia británica.²⁵ Resulta gratificante notar que, de todas maneras, la tesis de la estrategia global ha empezado a restar énfasis a las exageradas repercusiones del *baton egyptien** en la lucha que tuvo lugar en otras partes de África.²⁶

Teoría de la dimensión africana

Hasta aquí, las teorías de la división han considerado a África en el contexto de la historia europea. Eso es claramente un gran defecto. Ni siquiera el enfoque "protonacionalista" de

²¹ Ibid, p. 219.

²² H. Brunschwig, 1966, pp. 4-13.

²³ W. Langer, 1935.

²⁴ Ver J. Stengers, 1962; C. W. Newbury y A. S. Kanya-Forstner, 1969; G. N. Uzoigwe, 1974 y 1977; y W. R. Louis (ed.), 1976.

²⁵ G. N. Uzoigwe, 1974

* En francés en el original: "la batuta egipcia", "el bastón egipcio".

²⁶ R. Robinson en R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), 1972

Robinson y Gallagher está completamente desarrollado, precisamente porque el centro de su interés es Europa y Asia.

Por consiguiente, la necesidad de estudiar la división de África desde la perspectiva histórica africana se convierte en algo crucial. Contrariamente a la creencia general, semejante enfoque no es el ingenuo descubrimiento de la "nueva" historiografía africana. En su notable libro *The Partition of Africa (La división de África)*,²⁷ publicado en 1893, J. S. Keltie señala, perspicazmente, que la lucha en la década de 1880 fue la consecuencia lógica de los mordiscos que daban al continente desde hacía 300 años. También da señales de aceptar la opinión de que la división se realizó por motivos económicos, aunque éste no es su argumento central. En la década de 1930, George Hardy, el prolífico historiador colonial francés, demostró también la dimensión local africana de la división y trató a África como a una unidad histórica. Tal como Keltie, Hardy argumentaba que, aunque la causa inmediata de la división fue la rivalidad económica entre los países de la Europa industrial, dicha división fue, al mismo tiempo, una fase importante en las relaciones existentes, desde hacía muchos años, entre Europa y África. Y sugiere que la resistencia africana a la creciente influencia europea precipitó la conquista real, de la misma manera que la creciente rivalidad comercial de las naciones industrializadas condujo a la división.²⁸

Tales teorías de la división fueron ignoradas durante mucho tiempo. Pero la publicación, en 1956, de *Trade and Politics in the Niger Delta (Comercio y política en el delta del Níger)*,²⁹ de K. Onwuka Dike, libro clásico, puso nuevamente sobre el tapete la dimensión africana de la división. El libro de Dike es limitado en cuanto al periodo de tiempo y la zona geográfica que abarca, pero aún así animó a una generación de historiadores a estudiar la división en el contexto de un largo

²⁷ J. S. Keltie, 1893

²⁸ G. Hardy, 1930, pp. 124-137.

²⁹ K. Dike, 1956.

periodo de relaciones entre diferentes razas y culturas. Lamentablemente, mientras que en su popular *Short History of África (Breve historia de África)*,³⁰ Roland Oliver y J. D. Fage demuestran esta extendida relación, todavía insisten más en la dimensión africana europea, que en el significado de la división. Resulta por lo tanto estimulante que el notable estudio de A. G. Hopkins,³¹ aunque limitado en cuanto al ámbito geográfico que estudia, intente hacer una reinterpretación, desde el punto de vista africano, del imperialismo en África Occidental. Vale la pena citar su conclusión:

Es posible concebir, en un extremo, las zonas en las que la transición a partir del comercio de esclavos se desarrolló con éxito, zonas en las que los ingresos se mantuvieron, y en las que las tensiones internas fueron controladas. En estos casos, la explicación de la división necesitará poner el énfasis en las presiones externas, tales como las demandas mercantiles y la rivalidad anglo-francesa. En el otro extremo, es posible concebir casos en los que los gobernantes indígenas adoptaron actitudes reaccionarias, en las cuales se intentó mantener los ingresos por medio de la rapiña y en las que los conflictos internos fueron fuertes. En estos casos, la explicación del imperialismo necesitará dar un peso mayor, en el lado africano de la frontera, a las fuerzas desintegradoras, pero sin descuidar los factores externos.³²

El autor de este libro está de acuerdo con la mayoría de los enfoques de los miembros de esta escuela.³³ Igual que ellos, considera a la división tanto en términos africanos como en términos europeos y, por consiguiente, considera la teoría de la dimensión africana como un suplemento de las teorías eurocéntricas ya discutidas. Opina que la división y la conquista son la consecuencia lógica de las dentelladas que Europa daba a África y que habían empezado mucho antes del siglo XIX; acepta que el impulso económico esencial que necesitaba de esas dentelladas cambió drásticamente durante el último cuarto del siglo XIX; que la causa del cambio fue la transición del tráfico de esclavos al comercio legítimo, y la disminución que a

³⁰ R. Oliver y J. D. Fage, 1970.

³¹ A. G. Hopkins, 1973.

³² *Ibid.* pp. 165-166.

³³ La teoría de la dimensión africana está desarrollada de forma más completa en A. G. Hopkins, 1973; y en G. N. Uzoigwe, 1973.

raíz de esto sufrió el comercio, tanto de importación como de exportación, durante este periodo; y que este cambio económico en África y la consiguiente resistencia al creciente influjo europeo fueron las causas que precipitaron la verdadera conquista militar. Parece, en verdad, que la teoría de la dimensión africana proporciona una teoría de la división más aceptable, con un enfoque más histórico que cualquiera de las teorías puramente eurocéntricas.

Orígenes de la lucha

Aunque al terminar el tercer cuarto del siglo XIX, las potencias europeas -Francia, Gran Bretaña, Portugal y Alemania- habían adquirido intereses comerciales y ejercían una influencia considerable en diferentes partes de África, su control político directo era extremadamente limitado. Tanto Alemania como Gran Bretaña, especialmente esta última, eran capaces de ejercer toda la influencia que querían, y ningún hombre de Estado en su sano juicio hubiera elegido libremente incurrir en los costes y enfrentarse a las contingencias imprevistas de una anexión formal, cuando podía obtener las mismas ventajas por medio del control informal. Se ha señalado con perspicacia que “rehusar la anexión no demuestra que no se esté dispuesto a controlar”.³⁴ Esto explica tanto la actitud de Salisbury como la de Bismarck y, en verdad, la de la mayor parte de los autores importantes de la división.

Pero, como resultado de tres importantes acontecimientos que tuvieron lugar entre 1876 y 1880, esta actitud empezó a cambiar. El primero de estos acontecimientos fue el nuevo interés que proclamó en África el duque de Brabante, coronado rey constitucional (Leopoldo I) de Bélgica, en 1865. El interés de Leopoldo I en África se manifestó a través de la llamada Conferencia Geográfica de Bruselas, que convocó en 1876 y cuyo resultado fue la organización de la Asociación Africana Internacional y la contratación, en 1879, de H. M. Stanley para

³⁴ Gallagher y R. Robinson, 1953, p. 3.

explorar el Congo en nombre de la asociación. Estos pasos culminaron con la creación del Estado Libre del Congo, Estado que el rey Leopoldo consiguió fuera reconocido por todas las grandes naciones europeas, antes de que la Conferencia de África Occidental reunida en Berlín terminara sus deliberaciones.³⁵

Las actividades llevadas a cabo por Portugal a partir de 1876 constituyen la segunda serie significativa de acontecimientos. Resentido por la tardanza con que había sido invitado a la Conferencia de Bruselas, Portugal envió una ráfaga de expediciones que, en 1880, ya habían anexado a la Corona portuguesa los Estados prácticamente independientes de los gobernantes afro-portugueses de Mozambique. En lo que concierne a los portugueses y al rey Leopoldo, en 1876, la lucha ya había empezado.

El tercer y último factor que contribuyó a organizar la división en marcha fue, sin duda alguna, el aire expansionista que caracterizó a la política colonial francesa de los años 1879 y 1880. Esto se expresó a través de su participación con Gran Bretaña en el control dual de Egipto (1879), el envío de Savorgnan de Brazza al Congo y la ratificación de sus tratados con el jefe Makoko de los batekes, y el resurgimiento de la iniciativa colonial francesa, tanto en Túnez como en Madagascar.³⁶

Estos movimientos realizados por las mencionadas potencias entre 1876 y 1880 indicaron claramente que ahora estaban todas comprometidas en la expansión colonial y el establecimiento de un control formal en África, y esto fue lo que finalmente obligó tanto a Gran Bretaña como a Alemania a renunciar a su preferencia por el control informal y la influencia en favor de una política formal que condujo a sus anexiones en África Oriental, Occidental y del Sur, realizadas a

³⁵ PRO FO 403/192, "Memorandum by Sir E. Hertslet on the most important Political and Territorial changes which have taken place in Central and East Africa since 1883 (with Additional Notes by Sir P Anderson)". febrero. 1893. Confidencial.

³⁶ P.M. Mutibwa, 1974, capítulos 6 y 7

partir de 1884.³⁷ La iniciativa alemana, por ejemplo, tuvo como resultado la anexión de África del Suroeste, Togo, Camerún y parte del África Oriental, lo que a su vez aceleró más el ritmo de la lucha.

A principios de la década de 1880, la lucha estaba ya bastante avanzada; y fue enteramente por temor a ser expulsado de África por lo que Portugal propuso que se convocara a una conferencia internacional para dirimir las disputas territoriales que tenían como marco la zona de África Central. Sobre la base de lo dicho más arriba, parece evidente, pues, que la ocupación británica de Egipto, realizada en 1882, no fue el detonante de la lucha, tal como han argumentado Robinson y Gallagher,³⁸ sino más bien los acontecimientos que tuvieron lugar en diferentes partes de África, entre 1876 y 1880.

La Conferencia de África Occidental en Berlín, 1884-1885

La idea de una conferencia internacional destinada a dirimir las disputas territoriales que surgían en la región del Congo a consecuencia de las actividades europeas, sugerida en primer término por Portugal, fue posteriormente lanzada por Bismarck quien, después de sondear la opinión de las otras potencias, se sintió animado a organizarla. La conferencia se reunió en Berlín, del 15 de noviembre de 1884 al 26 de noviembre de 1885. La noticia de que se iba a reunir semejante conferencia aumentó la intensidad de la lucha. La conferencia no discutió seriamente el tráfico de esclavos, ni el noble idealismo humanitario que se suponía la había inspirado. Sin embargo, aprobó resoluciones vacías sobre la abolición del tráfico de esclavos y el bienestar de los africanos.

Aparentemente, la intención inicial de la conferencia no era efectuar una división general de África. Sin embargo, terminó disponiendo del territorio, aprobando resoluciones sobre la libre navegación del río Níger, el Benue y sus

³⁷ Ver G. Cecil, 1932, pp. 225-226; y F. D. Lugard, 1929, p. 13.

³⁸ R. Robinson y J. Gallagher, 1961.

afluentes; y estableciendo "las normas concernientes a la ocupación de territorio en las costas de África que debían ser observadas en el futuro".³⁹ Según el artículo 34 del Acta de Berlín, el documento que firmaron los participantes en la conferencia, cualquier nación europea que en el futuro tomara posesión de una costa africana o declarara un "protectorado" en el continente debía notificarlo a los firmantes del Acta de Berlín para que sus pretensiones fueran ratificadas. Esto fue lo que se llamó la doctrina de las zonas de influencia a la que estaba vinculado el absurdo concepto de la zona interior, que pasó a ser interpretado en el sentido de que la posesión de la costa implicaba también la propiedad de la zona interior hasta una distancia casi ilimitada. El artículo 35 estipulaba que el ocupante de tales posesiones costeras debía demostrar que poseía suficiente "autoridad" en la zona para "proteger los derechos existentes y, si fuera el caso, la libertad de comercio y de tránsito en las condiciones acordadas para ello". Esto fue lo que se llamó la doctrina de la verdadera ocupación, la cual haría de la conquista de África un asunto tan cruel.

Al reconocer al Estado Libre del Congo, permitir negociaciones territoriales y dictaminar las normas y regulaciones que regirían la apropiación "legal" del territorio africano, las potencias europeas se adjudicaron a sí mismas el derecho de sancionar el principio de repartir y conquistar otro continente. En la historia no existe precedente en el que un grupo de Estados de un continente se sintiera justificado para discutir el reparto y la ocupación del territorio de otro continente de una forma tan atrevida. Este es el significado más importante para la historia de África de la conferencia. El argumento de que, contrariamente a la opinión popular, la conferencia no dividió a África⁴⁰ sólo es correcto en el sentido más técnico. A todos los efectos y propósitos, la apropiación territorial tuvo realmente lugar en la conferencia y el acto de la apropiación futura estaba claramente implícito en sus decisiones. De hecho, en 1885 ya se habían establecido las

³⁹ PRO FO 403/192, *Memorandum de Sir E. Hertslet*, febrero de 1893, p. 1.

⁴⁰ S. E. Crowe, 1942, pp. 152-175.

grandes líneas de la división final de África.

Tratados 1885-1902

Antes del Acta de Berlín, las potencias europeas habían adquirido zonas de influencia en África. Esta adquisición se había realizado por diversas vías: a través del establecimiento de puestos comerciales, de asentamientos misioneros, de la ocupación de zonas estratégicas y haciendo tratados con los gobernantes africanos.⁴¹ A partir de la conferencia, la influencia por medio de tratados se convirtió en el método más importante para llevar a cabo la división sobre el papel del continente. Estos tratados adoptaron dos formas: los pactos entre los africanos y los europeos, y los acuerdos bilaterales entre los mismos europeos. Los tratados africano-europeos eran básicamente de dos clases: en primer lugar, los tratados comerciales y para el tráfico de esclavos, que generaron fricción, lo que a su vez condujo a la intervención política europea en los asuntos africanos. En segundo lugar, estaban los tratados políticos en los que los gobernantes africanos declaraban rendir su soberanía a cambio de protección o se comprometían a no contraer obligaciones por medio de tratados con otras naciones europeas. Dichos tratados estuvieron de moda durante este periodo. Los hacían los representantes de los gobiernos europeos o de organizaciones privadas que posteriormente los transferían a sus respectivos gobiernos. Habitualmente, si un gobierno metropolitano aceptaba uno de estos tratados, los territorios aludidos eran anexados o se les declaraba protectorado; por otra parte, si se sospechaba de su autenticidad o si las vicisitudes de la Weltpolitik lo hacían sentirse obligado a ser prudente estos tratados eran utilizados con fines negociadores durante las conversaciones europeas bilaterales. Por otra parte, los africanos hacían acuerdos por diversos motivos, pero especialmente a causa de los intereses de su pueblo. En algunos casos, deseaban relacionarse con los europeos por medio de tratados porque tenían la esperanza de que el

⁴¹ G. N. Uzoigwe, 1976 (a), pp.189-193.

prestigio derivado de los mismos les daría ciertas ventajas políticas en sus relaciones con sus vecinos. A veces, un Estado africano débil deseaba firmar un tratado con una potencia europea con la esperanza de usarlo para renunciar a su lealtad hacia otro Estado africano que pretendía ejercer hegemonía sobre él. Un soberano africano desearía también hacer un tratado con la esperanza de usarlo para mantener a raya a los Estados sometidos que se mostraban recalcitrantes. A veces, algunos Estados africanos consideraban un tratado con una nación europea como un medio de proteger su independencia, la cual estaba siendo amenazada por otras naciones europeas.⁴² Cualquiera que fuese el caso, los tratados políticos africano-europeos jugaron un papel importante en la división final de África.

Los tratados sobre la Compañía Imperial Británica del África Oriental (Imperial British East Africa Company, IBEAC) y Buganda son un ejemplo del caso en que un soberano africano solicitaba la ayuda del representante de una compañía europea para resolver problemas con sus propios súbditos. Kabaka Mwanga II había escrito a la compañía diciéndole que sería "muy bueno que viniera y me pusiera en mi trono" y había prometido pagar a la compañía con "gran cantidad de marfil y bajo mi gobierno, ustedes pueden hacer cualquier comercio en Uganda y todo lo que quieran".⁴³ Al no recibir respuesta a su solicitud, envió a Zanzíbar dos embajadores, Samuel Mwemba y Víctor Senkezi, para solicitar apoyo a los cónsules inglés, francés y alemán. Instruyó a sus embajadores para que preguntaran: "Si desean ayudarnos, ¿cómo habremos de pagarles? Porque no deseo darles (a ellos o a ustedes) mi tierra. Quiero que todos los europeos de todas las naciones vengan a Uganda, a construir y comerciar como ellos quieran".⁴⁴ Resulta claro que, al firmar un tratado, Mwanga no tenía intención de renunciar a su soberanía. Más tarde, Mwanga descubrió, a costa suya, que los europeos pensaban de otra forma. Los tratados del capitán F. D. Lugard con Mwanga, realizados en diciembre de 1890 y marzo de 1892,

⁴² S. Touval, p. 286.

⁴³ PRO FO 84/2061, Mwanga a Jackson, 15 de junio de 1889 (la bastardilla es obra del autor).

⁴⁴ PRO FO 84/2064, Mwanga a Euam-Smith, 25 de abril de 1890.

documentos que ofrecían "protección" a Mwanga, fueron más bien impuestos que negociados. Es verdad que la IBEAC le ayudó a recuperar su trono, pero la victoria de los bagandas protestantes (conseguida gracias a la ametralladora Maxim de Lugard) sobre los bagandas católicos en la batalla de Mengo (24 de enero de 1892) había dejado a los kabalas en una posición muy débil. Cuando la compañía dejó de operar en Buganda (31 de marzo de 1893), transfirió estos tratados al gobierno británico. El tratado final del Coronel H. E. Colvile con Mwanga (27 de agosto de 1894) confirmó todos los tratados previos, pero fue aún más lejos. Colvile pidió, y aseguró para su país "el control de la política exterior, del ingreso y de los impuestos", que pasó, de manos de Mwanga, a las del "gobierno de Su Majestad, cuyo representante debía ser también la Corte Suprema de apelación en todos los litigios civiles".⁴⁵ Ese mismo año, Gran Bretaña declaró para Buganda el carácter de protectorado.

Resulta revelador que, refiriéndose a los tratados que ofrecían protección de la compañía, Lugard escribiera más tarde en los siguientes términos:

Ningún hombre que lo entendiera lo hubiera firmado, y decir que un jefe salvaje ha sido informado de que cede todos los derechos a la compañía a cambio de nada es obviamente una falsedad. Si se le dijo que la compañía lo protegería contra sus enemigos y participaría en sus guerras como un aliado, se le dijo una mentira; porque la compañía no pensaba hacer tal cosa y no tenía fuerza para hacerlo, si lo hubiera deseado.⁴⁶

¡Lugard estaba diciendo, esencialmente, que sus propios tratados habían sido obtenidos de forma fraudulenta! No tenemos espacio aquí para discutir los numerosos tratados afroeuropeos; pero se puede hacer una rápida mención de la solicitud hecha por el emir de Nupe, en lo que hoy es Nigeria,

⁴⁵ PRO FO 2/72, Colvile a Hardinge, 28 de agosto de 1894 (incl.). Contiene el texto de este tratado.

⁴⁶ M. Perham y M. Bull (eds.), 1963, vol. 1, p. 318

al teniente L. A. A. Mizon, para constituir una alianza con él contra la Compañía Real del Níger, con la que había reñido.⁴⁷ Esta solicitud por parte del emir es un ejemplo del deseo de un soberano de buscar la ayuda de una potencia europea para luchar contra otra potencia europea que amenazaba su independencia.

Los tratados bilaterales europeos de división

Habitualmente, la adquisición de una zona de influencia por medio de un tratado era la primera etapa de la ocupación de un Estado africano por parte de una potencia europea. Si ninguna otra potencia europea impugnaba dicho tratado, la potencia involucrada transformaba gradualmente los derechos obtenidos por tratado en derechos soberanos. Por lo consiguiente, una zona de influencia surgía, en primer lugar, por medio de una declaración unilateral; se convertía en una realidad sólo cuando era aceptada o no era impugnada por otras potencias europeas. Las zonas de influencia eran impugnadas con frecuencia pero, con el tiempo, estas dificultades territoriales y disputas limítrofes eran dirimidas y ratificadas por medio de acuerdos mutuos entre dos o más potencias imperialistas que operaban en la misma región. Los límites de estos acuerdos territoriales se determinaban, en la forma más exacta posible, por medio de una frontera natural o bien, cuando no existía tal frontera, por medio de la longitud y la latitud. Sólo ocasionalmente tomaban en cuenta las fronteras políticas indígenas.

El tratado anglo-alemán del 29 de abril (y 7 de mayo) de 1885, que definía las "zonas de acción" de los dos países en ciertas partes de África, quizás está considerado como la primera aplicación seria en los tiempos modernos de la teoría de las zonas de influencia.⁴⁸ Por medio de una serie de tratados, acuerdos y convenciones similares, al terminar el siglo, la división sobre el papel de África estaba virtualmente

⁴⁷ Para más detalles, ver R. A. Adeleye, 1971, pp. 136-139.

⁴⁸ S. Touval, 1966, p. 286.

terminada. Aquí sólo podemos ocuparnos brevemente de los más significativos de estos acuerdos y convenciones.

Por dar un ejemplo, el tratado fronterizo anglo-alemán del 1 de noviembre de 1886 es particularmente significativo: situaba a Zanzíbar y a la mayor parte de sus dependencias en la zona de influencia británica y, por otra parte, aseguraba a Alemania influencia política en África Oriental, proporcionando así reconocimiento oficial a la brecha abierta en el monopolio británico de la zona.⁴⁹ El tratado dividía así, en efecto, al imperio Omani. Según los términos del acuerdo clarificador subsiguiente, firmado en 1887, Gran Bretaña se comprometía a "desalentar anexiones británicas en la retaguardia de la zona de influencia de Alemania, en el entendido de que el gobierno alemán desalentaría igualmente anexiones alemanas en la retaguardia de la zona británica". Más adelante se acordaba que si uno de los dos países ocupaba la costa, "el otro no podría, sin permiso, ocupar zonas no reclamadas de la retaguardia".⁵⁰ La imprecisión de estos acuerdos sobre la zona interior respecto al flanco oeste, "zona de influencia" de ambos países, condujo al famoso Tratado de Heligoland, firmado en 1890, que concluyó globalmente la división del África Oriental. Es muy significativo que Uganda se reservara para Gran Bretaña; pero dicho pacto también destruyó la gran ilusión británica de una carretera que uniese a El Cabo con El Cairo, sometió Heligoland a Alemania y puso fin a la independencia de Zanzíbar.

Estudiados conjuntamente los tratados anglo-alemanes de 1890 y 1893 y el tratado anglo-italiano de 1891, se ve que reconocen al Alto Nilo como región perteneciente a la esfera de influencia británica. Hacia el sur, el tratado franco-portugués (1886), el tratado germano-portugués (1886) y el tratado anglo-portugués (1891) reconocían la influencia de Portugal en Angola y Mozambique y delimitaban la zona británica en África Central. El tratado entre Gran Bretaña y el Estado libre del Congo (1894) resulta igualmente significativo, pues establecía los límites del Estado libre del Congo, de tal forma que éste

⁴⁹ PRO FO 403/192, Memorándum de Sir E. Herslet, febrero de 1893.

⁵⁰ PRO FO 403/142, Salisbury a Malet, 14 de junio de 1890.

actuaba como un tapón entre el territorio francés y el Valle del Nilo y proporcionaba a los británicos el corredor El Cabo-El Cairo desde Uganda vía lago Tanganika (abandonado en junio, a causa de la protesta alemana). En África Occidental, los pactos más importantes fueron el Acuerdo de Say-Barruwa (1890) y la Convención de Níger (1898).⁵¹ Con estos tratados, Gran Bretaña y Francia concluyeron la división de esa zona. Finalmente, la Convención Anglo-francesa del 21 de marzo de 1899 dirimió el problema egipcio; mientras que la Paz de Vereeniging (1902) -que dio término a la guerra anglo-boer- confirmaba temporalmente, y en todo sentido, la supremacía británica en África del Sur.

¿En qué medida eran legítimos los tratados políticos con los gobernantes africanos y los acuerdos bilaterales europeos en los que se basó la división y la conquista de África? Un análisis global de los tratados políticos sugiere la conclusión de que ciertos tratados eran jurídicamente insostenibles, algunos no eran en absoluto morales, mientras que otros habían sido conseguidos legalmente. Sin embargo, estos tratados eran esencialmente actos políticos defendibles únicamente en el contexto de la ley positiva europea que consideraba la fuerza como base de toda ley, incluso cuando los africanos buscaban abiertamente hacer tratados con los europeos, sus decisiones se basaban siempre en su percepción de la fuerza europea. También hubo ocasiones en las que los africanos sospecharon cuáles eran los motivos de los europeos para querer firmar tratados y rehusaron entrar en ese tipo de relación, pero fueron inducidos a ello por medio de presiones insoportables. También hubo muchos casos en los que los africanos y los europeos no estaban de acuerdo con la interpretación de los convenios realizados. En tales casos, en lo que concierne a los gobernantes africanos, estos tratados políticos no implicaban pérdida alguna de su soberanía. Forzados o no a firmar dichos tratados, los gobernantes africanos tenían tendencia a considerar que se trataba de acuerdos de cooperación que podrían resultar mutuamente ventajosos para las partes implicadas. La opinión europea sobre el problema de la

⁵¹ Para el informe sumamente detallado de la Convención de Níger, ver G. N. Uzoigwe, 1974, capítulos 5 y 6; cf. B. I. Obichere, 1971, capítulo 8.

legitimidad de estos tratados variaba: mientras algunos los consideraban legítimos; otros, como Lugard, estaban convencidos de que casi todos habían sido obtenidos contraviniendo las leyes, algunos estaban abiertamente falsificados o eran claramente fraudulentos, y muchos habían sido realizados de forma ilegal.⁵² Y, sin embargo, en la mayor parte de los casos, estos absurdos tratados eran, en términos de la convención diplomática europea, acuerdos de reconocimiento -incluso, por ejemplo, los fraudulentos tratados del África Oriental de Karl Peters y los tratados de la IBEAC que el mismo Lugard rechazaba considerándolos "un completo fraude".⁵³ Hay poquísimos ejemplos en los que, al hacer un análisis detallado, tales tratados fueron considerados defectuosos -tal como ocurrió con los que Lugard hizo con Nikkiy fueron anulados en la mesa de conferencias.

La idea de los tratados bilaterales europeos -que en alguna capital europea tomaban decisiones sobre el territorio africano sin la presencia o la aprobación de aquellos cuyo futuro determinaban- se explicaba también en términos del derecho positivo europeo. Los líderes europeos eran perfectamente consientes de que una zona de influencia acordada por medio de un tratado entre dos naciones europeas no afectaba los derechos de los soberanos africanos que gobernaban dentro del marco de dicha zona. Pero como un área de influencia era más una noción política que legal, una potencia amiga podía decidir respetarla; mientras que una potencia que no lo fuera podía elegir ignorarla. Esto afectaba también a la doctrina del territorio interior, notoria por su evocación del principio del "destino manifiesto" y de las violentas reclamaciones hechas en su nombre. Ambas doctrinas, en resumen, no estaban legitimadas por la ley

⁵² Ver F. D. Lugard, 1893, II, p. 580; M. Perham y M. Bull (eds.), 1963, I, p. 318; y J. M. Gray, 1948.

⁵³ M. F. Lindley, 1926, pp. 234-235.

internacional.⁵⁴ "La doctrina moderna del territorio interior", observa Salisbury en 1896, "con sus inevitables contradicciones, indica la falta de información y la situación de inestabilidad del derecho internacional aplicado a las pretensiones territoriales que se apoyan en la ocupación constructiva o en el control".⁵⁵ En otras palabras, "la pretensión de soberanía en África sólo puede ser mantenida por una ocupación real del territorio que se pretende".⁵⁶ Y, puesto que el concepto de ocupación real -desconocido por la gran mayoría de los Estados africanos- y el concepto africano del significado real de estas relaciones a través de tratados con los europeos se contradecían recíproca y fundamentalmente, la situación de conflicto tenía que intensificarse. De esta forma fue preparado el escenario para la sistemática ocupación militar del territorio interior por parte de las potencias europeas.

La conquista militar, 1885-1902

Por el motivo que fuese, en esta política de conquista militar, los franceses eran los más activos. Avanzando desde el Alto hacia el Bajo Níger, pronto derrotaron al Damel de Cayor, Lat Dior, quien luchó hasta morir en 1886; vencieron a Mamadou Lamine en la batalla de Touba-Kouta (1887), terminando así con el imperio Soninke que éste había fundado en Senegambia; consiguieron romper la prolongada y celebrada resistencia del gran Samori Ture, cuando finalmente lo capturaron (1898) y enviaron al exilio en Gabón (1900); y por medio de una serie de victorias -Koundian (1889), Segu (1890) y Youri (1891)-, el comandante Louis Archinard terminó con el imperio de los Segu Tukolor, a pesar de que su soberano, Ahmadu, continuó luchando obstinadamente hasta la muerte en Sokoto en 1898. En otras partes del África Occidental, los franceses conquistaron Costa de Marfil y la futura Guinea Francesa en donde, en 1893, establecieron colonias. Y entre

⁵⁴ M. F. Lindley, 1926, pp. 234-235.

⁵⁵ Citado por G. N. Uzoigwe, 1976 (a), pp. 196-197.

⁵⁶ Citado por F. D. Lugard, 1929, p. 13.

1890 y 1894, llevaron a cabo la conquista y ocupación del reino de Dahomey. A finales de la década de 1890, los franceses habían terminado la conquista de Gabón, consolidado su posición en África del Norte, terminado la conquista de Madagascar (enviando al exilio en Argel, en 1897, a la reina Ranavalona III) y en 1900, en la zona fronteriza del Sahara-Sahel, y consumado la muerte en el campo de batalla del rabíh de Sennar, que puso fin a su obstinada resistencia.

El imperialismo militar británico fue igualmente espectacular y sangriento; tal como se verá en los siguientes capítulos, la respuesta africana también fue decidida y con frecuencia prolongada. Operando desde sus posesiones costeras de Nigeria y de la Costa de Oro (hoy Ghana), Gran Bretaña detuvo eficazmente la expansión francesa hacia el Bajo Níger y el territorio interior Asante. La última expedición kumasi (1900) fue seguida, en 1901, por la anexión de Asante, y Nana Prempeh fue exiliado a las Seychelles. En 1901, también fueron formalmente anexados todos los territorios hasta el norte de Asante, tierras éstas que habían sido ocupadas entre 1896 y 1898. Desde la colonia de Lagos, Gran Bretaña lanzó la conquista de Nigeria. En 1893, la mayor parte del territorio yoruba había sido ya proclamado protectorado; en 1894 se llevó a cabo la conquista del territorio itsekiri, y Nana Olumu, su hábil "príncipe mercader", fue enviado al exilio en Accra; y como Harry Johnston, el cónsul británico, parecía no estar en condiciones de desafiar en una batalla directa al rey Jajá de Opobo, engañó a éste para que asistiera a una reunión a bordo de un buque de guerra británico donde fue hecho prisionero y enviado a las Indias Occidentales (1887). A finales del siglo, tanto Brass como Bini habían sido debidamente conquistadas. En 1900, la supremacía británica en el sur de Nigeria estaba más o menos asegurada. Sin embargo, la ocupación real del espacio igbo y de otras zonas del territorio interior del este no fue terminada sino hasta la segunda década del siglo XX. Hacia el norte, la conquista británica se llevó a cabo partiendo de Nupe, donde -en 1895- la Compañía Real del Níger de George Goldie ejercía su influencia desde Lokoja

hasta el mar llorin fue ocupado en 1897 y después de la instalación (en 1898) del Cuerpo Fronterizo del África Occidental, Lugard conquistó el sultanato de Sokoto en 1902.

En África del Norte, Gran Bretaña, que ya tenía una posición dominante en Egipto, esperó hasta 1896, año en que fue autorizada la reconquista del Sudán, reconquista concluida en 1898 con un derramamiento de sangre salvaje e innecesaria. Más de 20,000 sudaneses, entre ellos su líder, el califa Abdallah, murieron en el campo de batalla. Es comprensible que Lord Salisbury no tolerase la ocupación francesa de Fashoda, en el sur del Sudán (1898), y que los franceses se vieran obligados a retirarse.

La declaración formal de un protectorado británico en Zanzíbar, en noviembre de 1890, y los esfuerzos realizados para abolir la institución de la esclavitud produjeron sublevaciones que fueron fácilmente aplastadas. Desde Zanzíbar se conquistó al resto del África Oriental británica. El interés principal de los británicos en esta región era Uganda, donde tuvo lugar la batalla Mengo (1892) -en Buganda, el centro de operaciones-, combate que con el tiempo condujo a la declaración formal del Protectorado de Uganda (1894). De esta forma quedaba despejado el camino para la conquista del resto de Uganda, logro que fue consumado con la captura de los reyes Kabarega y Mwangi (en 1899, ambos fueron exiliados a Seychelles). En Kenia, sin embargo, los británicos tardaron diez años en establecer un gobierno eficaz entre los nandis.

En el sur y centro de África, la Compañía Británica de África del Sur (British South Africa Company, BSAC) de Cecil Rhodes emprendió la ocupación del territorio mashona sin la autorización de Lobengula. En 1893, el rey se vio obligado a huir de su capital, muriendo al año siguiente. Sin embargo, su reino no fue conquistado en forma definitiva, sino hasta la sangrienta represión de la sublevación de los ndebele-mashonas de 1896-1897. La conquista de lo que hoy es Zambia fue menos rica en acontecimientos y se terminó en 1901. La última guerra británica de la repartición fue la de los

boers, en África del Sur. El interés particular de la guerra anglo-boer (1899-1902) radica en que fueron los europeos quienes lucharon entre ellos.

Para las otras potencias europeas, la ocupación real resultó igualmente ardua. Los alemanes, por ejemplo, pudieron establecer efectivamente su dominio en África del Suroeste, a finales de siglo, principalmente, a causa del hecho que más de cien años de hostilidad impidieron a los namas y los mahereros actuar juntos. En el territorio de Togo, los alemanes establecieron alianza con los pequeños reinos de los kotokolis y de los chakossis para facilitar el aplastamiento de la resistencia que hacían los konkombas (1897) y los kabres (1890), quienes no estaban centralizados. En Camerún, el comandante alemán Hans Dominik encontró la mayor dificultad en el norte, pero en 1902 ya había conseguido someter a los principados de los fulas. Sin embargo, la conquista del África Oriental Alemana demostró ser la más violenta y larga de todas estas impresionantes guerras de ocupación (duró desde 1888 hasta 1907). Las expediciones más notables fueron las enviadas contra el famoso Abushiri, "el del corazón de león" (1888-1889); contra los wahehes (1888-1890); y contra los líderes de la resistencia maji maji (1905-1907).

La ocupación militar de los territorios portugueses, que comenzó en la década de 1880, no terminó sino hasta bien entrado el siglo XX. Fue una empresa particularmente difícil para los portugueses; pero con todo, a la larga, condujo a la consolidación de la autoridad portuguesa en Mozambique, Angola y Guinea (hoy Guinea-Bissau). El Estado libre del Congo también se enfrentó con graves problemas antes de lograr concluir la ocupación militar de su zona de influencia. Empezó por establecer una alianza con los árabes congolese que le eran particularmente hostiles. Cuando la inutilidad de esta alianza resultó evidente, Leopoldo envió una expedición contra ellos. Tardaron unos tres años (1892-1895) en someterlos; pero la conquista de Katanga, iniciada en 1891, no se consumó sino hasta principios del siglo XX.

A Italia le fue peor en sus guerras de ocupación real. En 1883 había conseguido ocupar una parte de Eritrea. En 1886, durante la primera división del imperio Omani, obtuvo también la costa este de Somalia. El tratado de Wuchale (o Ucciali, 1889), firmado con el emperador Menelik II de Etiopía, definió más tarde la frontera entre Etiopía y Eritrea. Como resultado de una curiosa interpretación de este tratado, Italia informó a las otras potencias europeas que Etiopía era un protectorado italiano. Y aunque el intento italiano de ocupar su ficticio protectorado terminó con la ignominiosa derrota de Adowa (1896), Italia consiguió, de todas maneras, conservar su parte de Eritrea y Somalia. En África del Norte, sólo en 1911 pudo Italia ocupar las zonas costeras de Cirenaica y Tripolitania (Libia). Marruecos consiguió conservar su independencia hasta que España y Francia terminaron con ella en 1912. En 1914, por consiguiente, sólo Liberia y Etiopía permanecían -al menos nominalmente- independientes.

¿Cómo pudieron conquistar África las potencias europeas?

Las potencias europeas pudieron conquistar África de forma relativamente fácil porque, prácticamente en todos los aspectos, los dados estaban fuertemente cargados a su favor. En primer lugar, gracias a las actividades de los exploradores y misioneros europeos, en 1880, Europa estaba mucho más informada sobre África y su contenido -su aspecto físico, terreno, economía y otros recursos, la fuerza o debilidad de sus Estados y sociedades-, que los africanos sobre Europa.

En segundo lugar, debido a los cambios revolucionarios de la tecnología médica y en particular al descubrimiento del uso profiláctico de la quinina contra la malaria, los europeos tenían mucho menos miedo de África que a mediados del siglo XIX.⁵⁷

⁵⁷ P. Curtin, S. Feierman, L. Thompson y J. Vansina, 1978, p. 445; J. H. Rose, 1905, pp.

En tercer lugar, como resultado de la naturaleza desigual del comercio mantenido entre Europa y África hasta la década de 1870, e incluso después, así como de la velocidad creciente de la revolución industrial, los recursos materiales y financieros de que disponía Europa eran, comparados con los de África, abrumadores. Así que, mientras las potencias europeas podían permitirse gastar millones de libras en campañas en ultramar, los Estados africanos no podían rechazar ningún enfrentamiento militar prolongado.

En cuarto lugar, mientras que, según J. Holland Rose, el periodo posterior a la guerra ruso-turca de 1877-1878 se caracterizó por "un estado político de equilibrio que contribuyó a la paz y al estancamiento de Europa";⁵⁸ en África, este mismo periodo se caracterizó por rivalidades y conflictos internos y externos de los Estados -los mandingas contra los tukolor, los asantes contra los fantes, los bagandas contra los banyoros, los batooros contra los banyoros, los mashonas contra los ndebeles, etc.-. Así que, mientras Europa podía concentrar su atención militar casi exclusiva-mente en sus actividades imperiales de ultramar sin distracción alguna en casa; la atención de los Estados y países africanos se hallaba dividida. Más aún, además de disfrutar de paz en casa, por muy divididas que las potencias europeas se encontraran respecto a los temas coloniales e imperiales, siempre -a lo largo de todo el periodo de la división y hasta de la guerra de 1914- consiguieron resolver sus problemas sin recurrir a la guerra. De este modo, a pesar de la intensa competencia y las numerosas crisis de África, las potencias europeas implicadas en la división desplegaron un notable espíritu de solidaridad que no sólo eliminó las guerras entre ellos, sino que, además, impidió que las comunidades y los gobernantes africanos utilizaran con eficacia una potencia europea contra otra. A lo largo del periodo que estamos estudiando, varias potencias europeas se apoderaron, uno por uno, de varios Estados africanos, y en ninguna ocasión se dio el caso de que alguno de ellos fuera ayudado por una potencia europea en contra de otra. En contraste con esto, la conducta de los Estados

⁵⁸ J. H. Pone. 1905

africanos no sólo se caracterizó por la ausencia de solidaridad, unidad o cooperación, sino que algunos de ellos no dudaron en aliarse con las fuerzas invasoras europeas, contra sus vecinos, sólo para ser ellos mismos vencidos más tarde. Los bagandas se aliaron con los británicos contra los banyoros; los barotses, con los británicos contra los ndebeles; mientras que los bambaras hicieron equipo con los franceses contra los tukolor.⁵⁹ Tal como se verá en los siguientes capítulos,⁶⁰ como resultado de todo esto, las heroicas y memorables posturas que adoptaron los africanos contra los invasores europeos fueron, con frecuencia, formas aisladas de resistencia no coordinada, incluso a nivel regional.

El último factor, y probablemente el más decisivo de todos, fue, por supuesto, la abrumadora superioridad logística y militar de que disfrutaban los europeos sobre África. Mientras que Europa utilizaba ejércitos profesionales bien entrenados, muy pocos Estados africanos tenían ejércitos oficiales permanentes y, todavía menos, ejércitos profesionales. La mayoría de los Estados africanos reclutaba y movilizaba individuos sobre una base ad hoc, tanto para el ataque como para la defensa. Y, tal como sostienen Isaacman y Vansina, las potencias europeas, además de contar con sus propios ejércitos, siempre podían reclutar mercenarios africanos y levás que les daban la superioridad numérica que necesitaban.⁶¹ De hecho, tal como dice A. Laroui, la mayoría de los ejércitos eran africanos en su reclutamiento y europeos sólo en el mando. Y, sobre todo, según los términos de la Convención de Bruselas de 1890, las potencias imperiales habían acordado no vender armas a los africanos. Como consecuencia de esto, los ejércitos africanos, en su mayor parte, estaban armados con fusiles completamente pasados de moda, viejos y con frecuencia inservibles, principalmente de chispa o mosquetes de carga por la boca y no tenían artillería pesada ni poder naval de ninguna clase. Por otra parte, los ejércitos europeos

⁵⁹ M. Crowder, 1969, pp. 81, 85; R. Ollivier G. Mathew (eds.), 1963; V. Harlow y E. M. Chilver (eds.), 1965.

⁶⁰ Ver capítulos 3-9, de Historia general de África.

⁶¹ Ver capítulo 8 de Historia general de África.

estaban armados con la más moderna artillería pesada, y fusiles tales como el rifle de repetición y, sobre todo, ametralladoras Gatling y Maxim. También usaban la artillería pesada de las fuerzas navales. Tal como ha señalado Laroui, en las últimas campañas usaron incluso vehículos de motor y aviones.⁶² Resulta significativo que Samo-ri y Menelik, líderes africanos que consiguieron infligir algunas derrotas a los europeos, hubieran conseguido obtener algunas de estas modernas armas; pero al final, Samori también fue dominado por los franceses. La famosa rima de Hillaire Belloc, ya citada, resume, en pocas palabras, la abrumadora superioridad de que, sobre los africanos, disfrutaban los europeos.

En vista de las ventajas económicas, políticas y, sobre todo, militares y tecnológicas de que disfrutaban las potencias europeas sobre los Estados africanos, la lucha fue terriblemente desigual y no resulta en absoluto sorprendente que las primeras pudieran vencer a los segundos con semejante ventaja relativa. En verdad, el momento de la conquista no pudo ser más favorable para Europa, ni pudo ser peor para África.

El mapa de África después de la división y la ocupación

Después de aproximadamente una generación de remodelamiento sistemático de las fronteras y de ocupación militar, el nuevo mapa geopolítico de África era bastante diferente del mapa de 1879. Las potencias europeas habían dividido al continente en unas cuarenta unidades políticas. Algunos investigadores consideraban que las nuevas fronteras eran inaceptables, pues les parecían arbitrarias, artificiales, precipitadas, fortuitas y que falseaban el orden político nacional preeuropeo; otros, como por ejemplo Joseph Anene y Saadia Touval, consideraban que éstas tenían más lógica que las fronteras de 1879.⁶³

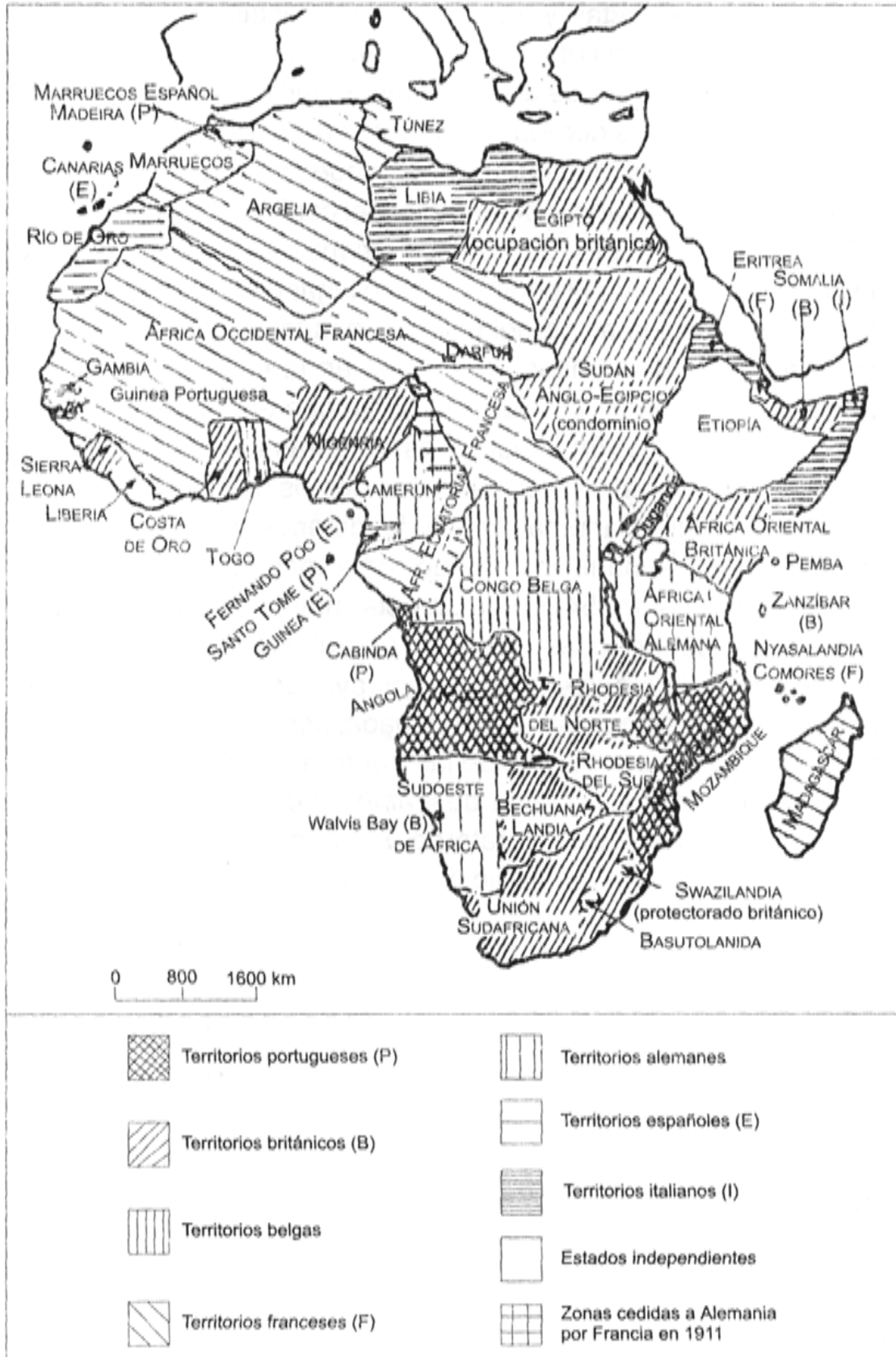
⁶² Ver capítulo 5 de Historia general de África.

⁶³ J. C. Anene, 1970.

Algo hay de verdad en ambos puntos de vista. Aproximadamente un 30% del total de las fronteras había sido dibujado por medio de líneas rectas y, con frecuencia, éstas y otras hacían desaparecer fronteras étnicas y lingüísticas. Por otra parte, el resto de las fronteras respetaba los límites nacionales y no podía, por lo tanto, ser considerado tan arbitrario o ser tan mal visto como sugerían las críticas. Más aún, las unidades políticas que se produjeron como resultado, por ejemplo, del conflicto Oyo-Dahomey, del de los jihads-fulanis, del de los mfecanes en el sur de África o de la lucha interna por el poder que tuvo lugar en Etiopía y Uganda durante la segunda mitad del siglo XIX dan fe de la fluidez de las fronteras africanas, límites y enclaves en la etapa anterior a la división. En lo que con frecuencia no se cae en cuenta es hasta qué punto esta división aseguró las fronteras inestables, o en la intensidad de los esfuerzos realizados por los comisarios de fronteras para rectificar anomalías, allí donde era posible hacerlo. En resumen, pues, aunque comparado con el mapa de 1879, el mapa de África en 1914 (p. 54) podía parecer muy confuso, la delimitación había sido, de todas maneras, un trabajo notablemente eficiente, realizado gracias a los nuevos avances de la cartografía. Y, aunque la división debe ser condenada, por ilegal e inmoral, y se debe reconocer que algunas de las fronteras eran realmente artificiales y arbitrarias, no sería deseable -y en verdad peligroso- continuar abogando por un retorno a las fronteras preeuropeas, excepto después de un estudio detallado sobre la base del "revoltijo" que se dice creó la división.

En 1902, la conquista de África no estaba en absoluto terminada; había sido particularmente sangrienta. La potencia asoladora de la ametralladora Maxim y la relativa sofisticación de la tecnología europea deben haber sido una experiencia seria para los africanos. Pero, aunque la conquista europea de África se llevó a cabo con semejante facilidad relativa, no ocurrió lo mismo -tal como se demostrará en los próximos capítulos- con la instalación de la administración europea en África.

África en 1914
(según R. Oliver y J. D. Fage, 1962)



MÉTODOS E INSTITUCIONES DE LA DOMINACIÓN EUROPEA

Raymond Betts
(Revisado por M. Asiwaju)

"Política nativa"

Poco después o coincidiendo con la conquista militar y ocupación de África por las potencias imperiales europeas, ésta fue cubierta por una red administrativa colonial que, ni uniforme ni simple, fue formada a partir de unas pocas ideas y creencias comúnmente sostenidas, ya que en ninguna otra época, ni en ningún otro continente sometido a la dominación europea, la política colonial fue calificada como "política nativa". Admitido, el término sustentaba una variedad de definiciones en el manejo del concepto "nativos", la palabra generalmente utilizada para describir a los africanos; hubo un acuerdo general, tanto en teoría como en la práctica, de que el dominio colonial sólo podría ser eficazmente consolidado mediante el uso de personal e instituciones indígenas con alguna función complementaria o de apoyo.

Esta concientización fue el resultado de la situación colonial ya determinada por aquellos europeos decimonónicos que habían estado operando en África. Con Argelia y Sudáfrica como excepciones notables, la vasta extensión de tierra del continente se consideraba climáticamente inhóspita para el asentamiento blanco intensivo, mientras que las poblaciones locales aparecían insuficientemente concentradas en la geografía como para permitir una eficaz administración directa del personal europeo. Esencialmente, África se consideraba una congerie de Estados tropicales cuyas poblaciones debían ser protegidas y dirigidas por europeos con propósitos claramente definidos. Lo que Sir Frederick (más tarde Lord) Lugard definiría como "un mandato dual" en su famoso libro así

titulado, publicado por primera vez en 1922, era generalmente aceptado como la justificación teórica de la presencia europea: el desarrollo social y económico de África, para bien de ésta, así como del resto del mundo.

En la ideología imperialista contemporánea, por lo tanto, el propósito de la presencia europea se definió en términos de responsabilidad o deber. El Libro Blanco de Kenia del gobierno británico, editado en 1923, que establecía el principio de "soberanía nativa", incluía el planteamiento de que "el gobierno de su majestad se considera como ejecutor de un deber en nombre de las poblaciones africanas... cuyo objetivo se puede definir como la protección y el desarrollo de las razas nativas...".¹ El ministro de Colonias francés, Albert Sarraut, sostenía en su bien conocido estudio *La mise en valeur des colonies françaises** que el "único derecho que debía reconocerse es que el fuerte proteja al débil". Francia, continuaba, estaba garantizando "el crecimiento económico y el desarrollo humano" de sus colonias.²

Ambas afirmaciones sugieren esa actitud paternalista que había impregnado profundamente al pensamiento europeo sobre el África colonial, y que estaba tanto internacionalizada como institucionalizada con el sistema de mandato que surgió de la Sociedad de Naciones tras la Primera Guerra Mundial. Según se manifiesta en el artículo 22 del Convenio de la Sociedad de Naciones, el esfuerzo colonial, particularmente en África, ahora se proclamaba como una responsabilidad asumida en nombre de una civilización superior, con "la tutela de tales pueblos (las poblaciones coloniales)... confiada a naciones avanzadas"³ Tras la retórica, aún permanecía una actitud de superioridad cultural y racial, modelada en los siglos

¹ Indios de Kenia, Cmd. 1922 (1923)

* Valorización de las colonias francesas (N. del T.).

² A. Sarraut, 1923, p. 19.

³ Al convertirse en miembro de la Sociedad de Naciones, la Unión Soviética expresó ciertas reservas sobre artículos concretos del Convenio de la Sociedad. En particular desaprobó el artículo 22 y en concordancia rehusó asignar un representante para la comisión de los mandatos.

XVIII y XIX y habitualmente expresada en descripciones de los africanos como infantiles o "no adultos". Se pensaba que la dominación europea, que requería de esa supuesta condición social, sería de larga duración, lo que significaba que el mantenimiento colonial en África duraría hasta algún futuro imprevisible.

En cuanto a aquellas pocas zonas que ya albergaban a una amplia minoría blanca residente y estaban recibiendo aún más inmigrantes por aquel entonces, la condición futura que se preveía era la de permanencia de los asentamientos y de continuidad de la primacía europea en todos los aspectos relativos a la policía y propiedades. Aunque incluso en tales territorios -excepto en Sudáfrica, donde ya se había implantado una política segregacionista muy severa- a menudo se daban ideas de desarrollo cooperativo y las poblaciones africanas fueron, al menos oficialmente, obligadas a aceptar y seguir el asesoramiento europeo.

Más allá de tales consideraciones, la política colonial carecía de objetivos finales claros. Siendo más un proceso de corto alcance que un sistema bien definido, vagamente incluía conceptos de autogobierno en su forma británica y de integración política en las formas francesas y portuguesa. En términos generales, manteniendo el equilibrio entre estas políticas de "diferenciación" e "identidad", la administración colonial de la época de entreguerras fue descrita, por quienes la practicaban como necesariamente empírica, como un ejercicio de adaptación cultural y política.

Sin embargo, lo que el pensamiento originario y la experimentación produjeron fue la preguerra en principio. Siguiendo la "ocupación sobre el papel" de África en las décadas de 1880 y 1890, aconteció el proceso de conquista militar y dominación, originando que muchos métodos de control administrativo se emplearan incluso antes de que acabase el siglo. Como resultado, los años de entreguerras fueron aquellos en que muchas de estas prematuras prácticas fueron estructuradas en la política oficial en la cual la

conveniencia administrativa fue elevada al status de teoría bien articulada. Retrospectivamente, se puede ver con claridad cómo este período fue en el que se dio la burocratización de la administración colonial.

Aunque inicialmente no existía ningún planteamiento universalmente aceptado de la administración colonial en África, la mayoría de las líneas de pensamiento convergían en lo que podría denominarse como administración conjunta, normalmente calificada de dominio indirecto, aquella en la que las autoridades africanas intervenían en papeles políticos tradicionalmente ocupados o impuestos por europeos en el gobierno colonial, pero en una condición obviamente subordinada. Las razones de la coincidencia general sobre este amplio principio de dominio son variadas. Primero, el modelo histórico de la adquisición colonial de finales del siglo XIX era un factor formativo, puesto que por sí solo añadía una nueva dimensión al problema del dominio colonial; en segundo lugar, la penetración en el interior de África hizo pronto insuficiente el personal europeo disponible para administrar las tierras recientemente conquistadas; más aún, ya que tal penetración se extendió hacia muchas regiones en las que todavía no había llegado el contacto cultural europeo, el dominio directo de cualquier tipo hubiera sido una experiencia completamente nueva y por ello, impracticable de forma inmediata. Principalmente como resultado de estas condiciones, previamente señaladas por varios críticos,⁴ las características del dominio directo de las posesiones más pequeñas de la costa contribuyeron al dominio indirecto que se daba en las posesiones más grandes del interior. Es más, al final del siglo, el derrumbamiento del dominio de compañías que tenían concedidas cartas de derechos requirió el establecimiento del control nacional sobre extensos territorios débilmente ocupados. Sin embargo, esta condición fue en cambio sustituida (excepto en el África Oriental alemana) por un tipo de dominio informal similar a los relajados métodos empleados

⁴ Ver M. Perham, 1960 (b), pp. 140-141; J. D. Fage en P. Gifford y W. R. Louis (eds.), 1967, p. 703.

previamente por las compañías, como era más evidente en la Somalia Italiana.

También existían razones que surgieron de las percepciones culturales europeas y que anunciaban intenciones políticas. No sólo había una aceptación generalizada del principio de imperio "a bajo precio", con costos al Estado metropolitano bajos o no directos; sino que también existía el acuerdo general de que el menor trastorno social aseguraría la mayoritaria cooperación indígena. Hablando de la política británica en África, Lugard afirmó que "las instituciones y los métodos, para poder mandar con éxito y fomentar la felicidad y el bienestar del pueblo, deben estar profundamente arraigados en sus tradiciones y prejuicios".⁵ Del mismo modo, el ministro de Colonias francés Georges Léygués había declarado en 1906: "El principio fundamental de nuestra política colonial debe ser de escrupuloso respeto a las creencias, hábitos y tradiciones de los pueblos conquistados o protegidos".⁶

Estas explicaciones y argumentos respecto a la escasez de personal y a la necesidad de reducir costos hasta el mínimo están a su vez directamente relacionados con un problema fundamental que impuso la adopción del sistema conjunto de la administración por parte de todos los gobiernos coloniales en el siglo XX. Éste fue el fracaso del asimilacionismo o de la política de administración directa que estaba en boga en el siglo XIX. Sea respecto a los franceses en las cuatro comunas de Senegal, o sea de los ingleses con relación a las colonias de la Corona de Sierra Leona, Costa de Oro (actual Ghana) y Lagos (lo que ahora es Nigeria), la asimilación, hacia finales del siglo XIX, se había frustrado no sólo por la resistencia cultural de los pueblos africanos implicados; hubo asimismo una pérdida de entusiasmo por parte de los mismos funcionarios coloniales franceses y británicos, debido a la incipiente tendencia al conflicto y fricción entre la élite colonial europea y los africanos

⁵ F. D. Lugard, 1929, p. 211

⁶ La dépêche coloniale, 12 de julio de 1906, p. 1.

allí educados a la manera occidental. Tanto en las colonias francesas como en las inglesas, el fin del siglo XIX estuvo marcado por una frustración sistemática de las expectativas de los africanos occidentalizados. Como A. E. Afigbo ha observado correctamente,⁷ el fin del siglo XIX en las colonias del África Occidental británica fue testigo no sólo de la sistemática destitución de africanos instruidos que habían ocupado posiciones de responsabilidad en las décadas precedentes, el mismo período también se caracterizó por el sistemático endurecimiento de las condiciones bajo las cuales los africanos podrían convertirse en ciudadanos franceses en Senegal y cualquier otro sitio. Fue, ciertamente, esta pérdida de compañerismo entre los colonos europeos y los africanos instruidos al final del XIX lo que produjo la artificial escasez de personal administrativo, en la medida en que los nuevos regímenes comenzaron a restringir la contratación de africanos altamente calificados para la administración.

A la luz de estas consideraciones, ningún poder colonial trató de inmediato de disponer completamente de las estructuras sociopolíticas ya establecidas. No obstante, la política recorrió una larga gama, de una aceptación reacia y adaptación forzada de tales estructuras (como en Angola portuguesa y en el África Oriental alemana), a unos considerables esfuerzos para la preservación institucional (como en Nigeria del Norte británica o en el Marruecos francés). Sin embargo, las demandas básicas del sistema colonial en todas partes tuvieron el efecto de modificar los propósitos, distorsionando por lo tanto las funciones y debilitando las instituciones africanas básicas. El mismo hecho de que la mayoría de los Estados africanos fuera adquirida por conquista, el exilio o deposición de algunos jefes dirigentes desprestigió por sí solo todo el sistema de jefatura. La imposición universal de impuestos planificados por europeos fue ciertamente otra medida colonial des acreditativa; pero incluso los esfuerzos más modestos encaminados hacia lo que hoy se denomina modernización remodelaron también las instituciones locales. Si bien la amplia mayoría de la población

⁷ A. E. Afigbo en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974, p. 443.

africana no fue normalmente afectada por la presencia europea, las instituciones políticas básicas sí lo fueron.

Estructura y dominio colonial

Desde el palacio del sultán de Marruecos hasta el kraal del jefe de África del Este y del Sur, los administradores coloniales europeos solicitaron y emplearon "autoridades nativas" como aliados o agentes a través de los cuales las demandas del dominio extranjero podrían ser eficazmente impuestas, a la larga, a las poblaciones africanas. La disposición de tal autoridad era asimétrica, no importa cuántas pequeñas instituciones ya existentes fueran modificadas o absorbidas de acuerdo con las necesidades europeas. En el vértice del sistema administrativo estaba el gobernador o general residente que, aunque en última instancia era responsable ante su gobierno nacional, frecuentemente disfrutaba del poder de un soberano.

La estructura institucional en la que dicho gobierno actuaba variaba en tamaño y complejidad, pero durante el período de entreguerras generalmente estuvo asistido por algún tipo de consejo consultivo o por intereses comerciales. La naturaleza centralizada de la administración colonial en los sistemas francés, portugués y belga aseguraba el acaparamiento de la autoridad legislativa en la metrópoli. En las posesiones africanas de Gran Bretaña, sin embargo, los Consejos Coloniales aparecieron como cuerpos protoparlamentarios con miembros designados, elegidos o ambas cosas, y con funciones que variaban de la consultiva a la legislativa, preparando así, no intencionada pero lógicamente, el camino para la delegación política. Mientras que los africanos comenzaron a aparecer en el sistema conciliar colonial, y más particularmente en la versión británica, su número y los medios por los que eran designados garantizaban eficazmente el que no hubiera repercusiones notables en la forma de dominación europea durante el período de entreguerras.

La institución crucial de toda la organización colonial era la Unidad Provincial o Distrito, llamado *cercle** en el África Occidental francesa. El continuo uso de este término militar recordaba la naturaleza de las adquisiciones coloniales. Sobre el *cercle*, un administrador europeo ejercía la autoridad colonial y dirigía tanto las actividades de sus subordinados europeos, como a las autoridades africanas reclutadas en la administración colonial.

El componente africano más importante y discutido era el jefe local. Ciertamente, todo el poder colonial en el África negra se basaba en el jefe, ya fuera con una autoridad tradicional o ya con autorización legal para ejercer la autoridad, como el elemento básico de la estructura administrativa. El administrador colonial francés Robert Delavignette explicó la naturaleza del sistema sucintamente, y en alguna medida aplicable más allá de la situación del África Occidental francesa, cuando escribió: "No hay colonización sin política nativa; ni política nativa sin dominio territorial; y no hay dominio territorial sin jefes nativos que sirvan como lazos de unión entre la autoridad colonial y la población".⁸

Aunque ningún observador crítico haya dudado de que las actividades de los jefes estaban integradas al sistema colonial por todo el continente, se ha suscitado un considerable debate académico sobre las funciones que las distintas potencias europeas dieron a estos jefes.⁹ El tema principal se ha centrado en la diferencia entre el dominio directo e indirecto, entre la delegación de la autoridad europea en los gobernantes africanos y la mediación europea en la autoridad tradicional que disfrutaban estos gobernantes. Mientras que el interés, fundamentalmente erudito, se ha dirigido a la distinción entre las formas de control británicas y francesas en el África Subsahariana, donde los procedimientos, si no los últimos efectos, eran característicos, la cuestión quizás esté mejor enfocada en una perspectiva histórica por una revisión general

* Cerco (N. del T.).

⁸ R. Delavignette, 1946, p. 121.

⁹ Ver N. Deschamps, 1963; M. Crowder, 1964; M. Crowder y O. Ikime (eds.). 1970; y A. I. Asiwaju, 1976 (a).

de la política continental, pero prestando una atención especial a las actividades de los británicos y franceses.

La explicación más famosa sobre la importancia de la "autoridad nativa" en el orden colonial fue la de Lugard, quien englobó en una teoría el método de dominio más discutido e imitado: el dominio indirecto. Así, con tantos administradores en la esfera colonial, hizo de una extendida necesidad una virtud; pero pocos fueron los que escribieron tan persuasivamente acerca de tal virtud.

Enfrentado al extenso territorio de Nigeria del Norte, que debía administrar tras la transferencia de la autoridad de la Royal Niger Company al Estado, y limitado por la escasez de hombres y fondos, Lugard comprendió que cualquier sugerencia sobre control directo estaba fuera de lugar. Pero tal conclusión también estaba apoyada por su creencia, que ya se había formado durante su anterior servicio en Uganda, en que el uso de instituciones indígenas ya existentes era el mejor método de administración colonial. En su servicio como alto comisionado de Nigeria del Norte entre 1900 y 1907, Lugard desarrolló, por tanto, su práctica general y ofreció una detallada explicación de ella en sus muchas instrucciones a los administradores, que se publicaron con el título de *Political memoranda*.

El mejor resumen de su política se encuentra en un conjunto de instrucciones que repartió entre sus funcionarios en 1906, en las que abogaba por "un único gobierno en el que los jefes nativos tengan deberes bien definidos y un papel reconocido, de igual modo que los funcionarios británicos".¹⁰ La base de lo que llegaría a ser el sistema de dominio indirecto era, pues, de cooperación, no de subordinación, actuando el residente británico principalmente con una función consultiva, no ejecutiva, y el "jefe" africano -en este caso el Emir Fulani- continuando con su rol tradicional, que ahora era cuidadosamente dirigido, no rígidamente fijado por la

¹⁰ F. D. Lugard, 1919, p. 298.

administración colonial impuesta. Con este intento de integrar a los Emires al sistema colonial, Lugard juzgaba conveniente que continuaran en el ejercicio y disfrute de la mayor parte de sus antiguas responsabilidades, funciones y gratificaciones del cargo, de manera que seguían apareciendo a los ojos de las poblaciones locales como los legítimos dirigentes.

Si, entonces, lo esencial del dominio de Lugard era la utilización de autoridades ya existentes con capacidades ya existentes, se esperaba algo más. Se preveían modificaciones en las actitudes europeas en temas tales como justicia e impuestos.¹¹ "La gran tarea del dominio indirecto", escribió el biógrafo de Lugard en un artículo en el que defendía su política, "es mantener los lazos, conservar la participación equitativa en la que los africanos puedan adoptar su propio equilibrio entre conservadurismo y adaptación".¹² Esta tarea dependía en gran medida del conocimiento que los administradores europeos tuvieran de las costumbres e instituciones locales y, por supuesto, de la predisposición de las autoridades locales para llevar a cabo tales ajustes hacia la modernización dentro del contexto de sus propias instituciones.

Este amplio esbozo del dominio indirecto en Nigeria del Norte puede ser equiparado a otros que, como el de Lugard, tuvieron mayor éxito en regiones en las que proliferaban las instituciones políticas musulmanas. Llegando más allá del ámbito de África, a esta forma de administración indirecta se le dio en primer lugar una definición teórica por parte de los franceses. Lo que denominaron como una *politique d'association** recibió un considerable reconocimiento al final del siglo y fue entusiastamente contrastado con el antiguo ideal de asimilación política. El teórico colonial conservador Jules Harmand ofreció una de las mejores explicaciones de esta política en una amplia parte de su influyente ensayo

¹¹ En Nigeria, las modificaciones llevadas por el dominio indirecto, en la práctica, han sido cuidadosamente documentadas en O. Ikime (ed.), 1980, capítulos 25, 26, 27.

¹² M. Perham, 1934, p. 331.

* Política de asociaciones. En francés en el original (N. del T.).

*Domination et colonisation** publicado en 1910. "Asociación", expuso allí, es "la administración indirecta, con la dirección de las instituciones de los pueblos conquistados, conservada pero mejorada y respetuosa de su pasado".¹³ Con la publicación, en 1923, de *La mise en valeur des colonies françaises* de Sarraut, ya citado, esta política obtuvo el aura de santidad oficial.

Originalmente propuesta para Indochina, y más tarde extendida como política a África, "la asociación" estaba, a pesar de todo, geo-gráficamente limitada como práctica colonial. Sólo en Marruecos fue seriamente considerada por los franceses; y allí, debido a la atención prestada a los indígenas por el general residente Louis-Hubert Lyautey -quien, en los años iniciales del protectorado, gobernó con pocas restricciones por parte del gobierno metropolitano, en todo Marruecos se conservaron las formas del Estado de gobierno civil; mientras que a nivel local, las actividades administrativas eran sorprendentemente similares a aquellas propuestas por Lugard. *El contrôleur civil*** francés debía desempeñar una función consultiva, no supervisora, respecto al Cadí, un funcionario musulmán que desempeña funciones de magistrado, de acuerdo con la shari'a. Una disposición comparable existía en la parte de Marruecos dominada por España, donde el Cadí era guiado en sus funciones por el interventor, réplica española del *contrôleur* civil. El Cadí también era contratado administrativamente, como antes en la Somalia italiana; pero allí estaba acompañado, en las responsabilidades del gobierno local, por jefes designados.

En teoría, tal administración indirecta se aplicaba asimismo a las actividades coloniales francesas al sur del Sahara; pero de hecho, en la práctica existía una gran divergencia. En una afirmación generalmente calificada como la más descriptiva de los métodos que los franceses realmente perseguían en esta región en el período de entreguerras, el gobernador general de África Occidental francesa, Joost van Vollenhoven, recalcó en 1917: los jefes "no tienen poder propio,

* Dominio y colonización. En francés en el original (N. del T.).

¹³ J. Harmand, 1910, p.163.

** Controlador civil. En francés en el original (N. del T.)

ya que no existen dos autoridades en el círculo...; ¡sólo hay una! Sólo el commandant du cercle gobierna; sólo él es responsable. El jefe nativo no es más que un instrumento, un auxiliar".¹⁴ A pesar de los pronunciamientos oficiales, por lo tanto, los franceses utilizaban a las autoridades indígenas no indirectamente, sino directa y subordinadamente en una administración colonial; y de forma parecida también, los portugueses.

El método de gobierno indirecto de Lugard fue inicialmente un éxito en Nigeria del Norte, aunque desacreditado por algunos críticos como excesivamente conservador.¹⁵ Y fue entonces extendido tras la guerra a buena parte del África británica, incluyendo las recientemente adquiridas posesiones alemanas de Tanganika y Camerún. Incluso fue adoptado por los belgas para su aplicación en el Congo después de 1920. Aunque en ningún otro lugar se dieran condiciones tan propicias y resultados tan afortunados como en la región de Hausa-Fulani de Nigeria, los británicos intentaron seguir los contornos de las costumbres locales de forma que incluso las instituciones recientemente creadas, como los Consejos Locales, estaban en consonancia con las formas indígenas de organización. La notoria excepción, no obstante, fue Sudáfrica, donde el concepto de "autoridad nativa" fue el medio por el cual la minoría blanca aseguró la administración local de los africanos ahora desplazados por la política segregacionista a reservas territoriales.

En toda el África Subsahariana durante el período de entre-guerras, el jefe se convirtió en un agente administrativo y no en una "autoridad nativa" y sus atribuciones y poderes tradicionales quedaron muy debilitados o reducidos. Este cambio de posición, incluso en regiones sometidas al dominio indirecto, se explica fácilmente. De forma muy obvia, las funciones tradicionales fueron ampliadas por nuevas demandas, tales como recaudación de impuestos, empadronamiento, reclutamiento de mano de obra y

¹⁴ J. van Vollenhovern, 1920, p. 207.

¹⁵ Para una valoración reciente, ver S. Abubakar en O. Ikime (ed.), 1980.

alistamientos militares. Allí donde a los ojos europeos no aparecían individuos satisfactorios en posiciones de autoridad tradicional, otros tipos de personal, tales como veteranos, funcionarios o empleados no comisionados, fueron instalados como jefes. Éste fue especialmente el caso de las colonias francesas y portuguesas, donde las funciones locales para el reclutamiento de personal en los cargos de jefatura eran violados la mayoría de las veces. Así, los jefes eran a veces dotados de un significado político que no había sido previamente inherente a su cargo, en otras ocasiones fueron instalados en sociedades acéfalas donde anteriormente no tenían ningún cometido administrativo. Ejemplos de estas dos tendencias se encuentran entre los igbos de Nigeria, los kikuyus de Kenia, y los langis de Uganda del Norte.¹⁶

Con el establecimiento de la administración europea, los jefes fueron manipulados igual que personal administrativo que pudiera ser nombrado de nuevo o destituido para satisfacer las necesidades coloniales. Las jefaturas se suprimieron allí donde se estimaron superfluas y fueron creadas donde se consideraron útiles a la colonia. Quizás el ejemplo más notorio de este proceso ocurriera en el Congo Belga (actual Zaire) donde, después de 1918, las reformas propuestas por el ministro colonial Louis Franck condujeron a una drástica revisión del estado de cosas colonial. El número de *chefferies** fue reducido de 6,095 en 1917, a 1,212 en 1938. Además, se introdujo un servicio administrativo completamente nuevo, llamado *le secteur*** con propósitos de consolidación. En líneas similares, los franceses también crearon en África Occidental una nueva unidad: el agrupamiento de aldeas en un cantón que, en palabras de un gobernador, "está subordinado a la autoridad de un agente administrativo indígena que toma el

¹⁶ Sobre este tema, ver particularmente R. Tignor, 1971; J. Tosh, 1973; A. E. Afigbo, 1972; W. R. Ochieng; y C. Muriuki en B. A. Ogot (ed), 1972.

* Jefaturas. En francés en el original (N. del T.).

** El sector. En francés en el original (N. del T.).

nombre de jefe de cantón".¹⁷ En Libia, el pueblo fue sometido a una nueva organización administrativa por Decreto Real del 31 de agosto de 1929, que permitió ampliamente la división de los pueblos nómadas de la colonia en "tribus" y "subtribus" a juicio del gobernador y con el consejo del comisario regional. E incluso los británicos efectuaron tales cambios en el distrito oriental de Nigeria, cuando allí se impuso el gobierno indirecto. Enfrentados con un amplio número de dirigentes locales cuya esfera de autoridad eran por entonces incapaces de discernir, los británicos introdujeron el principio del jefe autorizado, cuya autoridad se extendía sobre distritos con muchos miles de personas, pero derivada directamente de la orden promulgada por el gobierno colonial.¹⁸

Operando como un agente cohesivo en contacto con estos factores, estaba el administrador local. Cualesquiera que fueran sus intenciones, invariablemente se convertía en un jefe sustituto. Tal como Delavignette describió tal circunstancia a satisfacción, el administrador colonial no era un "administrador colonial" en absoluto, sino un jefe, reconocido como tal por la población africana que estaba bajo su control. Su función principal, como afirmó inequívocamente, "es actuar como un jefe".¹⁹ El papel reservado y no entrometido que Lugard había esperado que el residente británico desempeñara habitualmente en Nigeria del Norte fue rechazado por los administradores franceses y portugueses en sus territorios, cuyos dos cuerpos se destacaban en el ejercicio de la autoridad local. En tanto que los administradores de la Somalia Italiana se acercaron más a los británicos en su relación con los jefes locales, incluso entre estos dos grupos, las declaraciones de Lugard fueron necesariamente modificadas por las exigencias del dominio colonial y por la personalidad de los individuos que lo ejercían. La compenetración verdaderamente sutil y empática que el dominio indirecto lugardiano realmente requería para triunfar rara vez se encontraba entre los funcionarios coloniales que servían en

¹⁷ "Programme d'action économique, politique et sociale", 1933, p. 185; citado por J. Suret-Canale, 1971, p. 232. Comillas en el original.

¹⁸ Para más detalles, ver A. E. Afigbo, 1972.

¹⁹ R. Delavignette, 1946, p. 29.

África. De modo más significativo, el nuevo conjunto de requisitos sociales impuesto por el colonialismo era bastante ajeno a las costumbres africanas y, por lo tanto, fue incorporado a las instituciones indígenas sólo mediante un proceso de distorsión.

Objetivos e imposiciones del colonialismo

Más allá de la retórica oficial, los objetivos mundanos de la colonización resultaron ser bastante limitados. En su forma más pura, éstos consistían en mantener el orden, evitar grandes gastos financieros y organizar una mano de obra inicialmente para portear y más tarde para construir carreteras y ferrocarriles, pero también con objetivos comerciales. En la práctica general, tales objetivos se añadieron a las funciones del dominio local y fueron llevados a cabo de tres formas: un cambio de dirección de los sistemas de justicia, uso de mano de obra forzada y gravamen de impuestos personales. Los dos últimos eran los más perturbadores en las instituciones coloniales; mientras que el primero fue, quizás, el más acertadamente revisado de todos, por parte de los europeos.

La introducción de instituciones judiciales europeas habitualmente se llevaba a cabo prestando atención al Derecho consuetudinario africano y al Derecho musulmán, allí donde éste existía también, como por ejemplo, en la Somalia Italiana; pero los efectos eran, a pesar de todo, modificadores. Como ha recalcado Lord Hailey, el concepto básico del Derecho europeo difería marcadamente del de los sistemas africanos, ya que estaba encaminado hacia el castigo del culpable y no a la reparación al agraviado.²⁰ A menudo sucedían intentos coloniales por conseguir un acuerdo judicial diárquico en el que los litigios civiles que implicaran a africanos fueran resueltos de acuerdo al modo legal precolonial; mientras que el Derecho penal y los litigios que implicaran a europeos recaían directamente en la jurisdicción colonial.

²⁰ Lord Hailey, 1957, p. 591

No obstante, en todas partes, con la notoria excepción de las colonias portuguesas, se desarrolló o reforzó un sistema de tribunales de acuerdo con las necesidades africanas, según se percibió por parte de los europeos.²¹ En la primera década del siglo XX, hubo intentos especiales por parte de los italianos en Somalia y de los alemanes en el África Oriental por ampliar la función judicial de los jefes africanos o los magistrados. En el mismo período, el más elaborado y triunfal de tales esfuerzos se dio en la otra costa: la puesta en práctica de los "tribunales nativos" de Lugard. Componente de su tríptica "administración nativa", el "tribunal nativo" era, en su mente, un instrumento por medio del cual "inculcar un sentido de responsabilidad y desarrollar algún sentido de la disciplina y respeto a la autoridad en una comunidad primitiva".²² Presididos por africanos y dirigidos principalmente a asuntos locales, estos tribunales debían ajustarse tan estrechamente como fuese posible al Derecho consuetudinario africano, modificado solamente allí donde las costumbres básicas no estuvieran en concordancia con las normas inglesas fundamentales. El modelo lugardiano fue implantado en muchas posesiones británicas y en los territorios bajo mandato y también fue emulado por los belgas en el Congo.

El contraste directo con este método era el francés, que tendía a eliminar la autoridad africana, haciendo finalmente del administrador el titular judicial responsable. No obstante, el elemento más característico e injusto en el sistema francés era el *indigénat*.²³ Empleado por primera vez en Argelia en la década de 1870, este dispositivo fue llevado al África Occidental francesa en la década de 1880 y se mantuvo institucionalmente operando allí, así como en Argelia, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Regulado por un decreto de 1924, permitía a cualquier administrador francés imponer penas de hasta 15 días de cárcel y multas por una serie de infracciones a faltas que iban desde la omisión de pago a tiempo de los impuestos, a la de mostrar descortesía hacia los funcionarios franceses.

²¹ Para un fascinante estudio jurídico de este proceso, ver O. Adewoye, 1977.

²² F. D. Lugard, 1929, p. 548.

²³ Para un estudio detallado reciente, ver A. I. Asiwaju, 1979.

Más penetrantes en efecto que los sistemas legales eran los impuestos personales con que todos los africanos varones se encontraron finalmente. Esencialmente diseñados como uno de los medios para hacer el esfuerzo colonial financieramente autosuficiente, estuvieron también inspirados por la idea de que forzarían a los africanos a participar en iniciativas económicas europeas y extenderían la economía monetaria. A principios del siglo XX, estos impuestos se regularon como no lo fue ninguna otra institución colonial, habiendo experimentado lo que parece ser un claro ciclo evolutivo.²⁴ El impuesto de las "cabañas" era una obvia forma de dominio en los primeros años, y también era una fuente de considerable controversia y protesta africana.²⁵ Fue sustituido en lo general, hacia la segunda década del siglo XX, por un impuesto de captación que permaneció como forma dominante hasta el fin del régimen colonial. En el período de entreguerras, hubo intentos de graduar este impuesto sobre una base regional o un gravamen de la potencial producción de la tierra. Por último, existía el impuesto sobre la renta, introducido en la década de 1920 en varios territorios británicos y en el Congo Belga, pero que por entonces sólo afectaba a los no africanos, quienes generalmente eran también los únicos con suficientes ingresos para pagarlo.

Dentro de este modelo general existían muchas distinciones regionales, la más notoria fue aquella conectada con la idea de Lugard de la "autoridad nativa". Como escribió en su *Dual Mandate*, el "impuesto... es, en cierto sentido, la base de todo el sistema, ya que proporciona los medios para pagar al Emir y a todos sus oficiales".²⁶ La institución a través de la cual se realizaba el proceso era el "tesoro nativo", una idea original de sir Charles Temple al servicio de Lugard en Nigeria del Norte. A cada autoridad nativa se le devolvía un porcentaje de los impuestos recaudados en su distrito. Esta suma debía formar parte de un "tesoro nativo" más tarde engrosado por distintas cuotas de licencias y multas recaudadas en los tribunales. De esta suma, el Emir o jefe

²⁴ Lord Hailey, 1957, p. 676.

²⁵ Ver el previo capítulo 6.

²⁶ F.D. Lugard, 1929, p. 201.

debía extraer sus propios ingresos y suministrar el sueldo a sus subordinados. Los fondos remanentes debían utilizarse en servicios públicos y mejoras. El sistema, originalmente empleado en los emiratos, se extendió, con el dominio indirecto, no sólo a las posesiones británicas en ambas costas, sino también al Congo Belga.

De todos los dispositivos coloniales, el sistema tributario fue el que más obviamente alentó el desarrollo burocrático del dominio colonial. Asignó una función común al administrador y al jefe africano quienes, gravando y recaudando impuestos, a menudo con-juntamente con los Consejos locales de ancianos o notables, recordaban a todo el mundo el poder regulador del nuevo sistema.²⁷ Es más, tras los recaudadores de impuestos como tales, pronto aparecieron funcionarios administrativos que se convirtieron en parte de la nueva élite colonial. Los más chocantes y controvertidos de entre ellos eran sin duda los akidas, utilizados por los alemanes en África Oriental. Funcionarios que hablaban swa-hili y que trabajaban en la costa antes de la dominación europea fueron empleados en posiciones redefinidas, tanto para recaudar impuestos como para contratar mano de obra para la administración alemana. En 1936, fueron designados empleados africanos especiales para recaudar impuestos en Rhodesia del Norte (actual Zambia), otro indicador de esta tendencia burocrática.

La introducción de impuestos monetarios fue acompañada en breve por los impuestos laborales, la más obvia expresión de los intentos europeos por lograr a la fuerza que el trabajo formara parte de la organización económica del esfuerzo colonial. El *impôt de cueillette*, impuesto por el cual el caucho natural era recolectado en el Estado Libre del Congo, fue el más criticado de tales impuestos; pero en duración, la prestation francesa, un

²⁷ Lugard alabó en particular las virtudes del impuesto al reseñar "el reconocimiento del principio de que cada individuo, en proporción a sus medios, tiene una obligación hacia el Estado..." Ibid, p. 232.

impuesto de trabajo exigido a todos los varones del África Occidental y Ecuatorial francesa salvo que fuera eximido por el pago en metálico, fue el más duradero, pues no se abolió sino hasta 1944; a la inversa, los alemanes en Camerún permitieron que el impuesto de captación fuera permutado por un "pago" en trabajo. Y en algunas partes de Uganda, los británicos continuaron con el *luwalo*, un impuesto precolonial de obras públicas de un mes de trabajo, hasta 1938, cuando fue sustituido por un impuesto monetario. Sin embargo, tales gravámenes eran la excepción a los dispositivos de trabajo obligatorio empleados por todas las potencias coloniales.

Firmemente preocupados por la escasez de fuerza de trabajo para los nuevos proyectos que el dominio colonial soportaba, los administradores europeos impusieron su dominio, antes del fin del siglo, por medio de un sistema de auténtica requisa, a menudo satisfaciendo objetivos tanto privados como públicos. Es verdad que tal trabajo obligatorio directo declinó a principios del siglo XX, debido a la decreciente necesidad de porteadores, así como al aumento de la preocupación respecto a la opinión internacional. Pero estas prácticas, aunque modificadas, permanecieron como parte integral del dominio colonial hasta la Segunda Guerra Mundial. Al menos éste fue el caso de los gobiernos coloniales franceses que, como en África Occidental, aún empleaban gran número de africanos a través de la *prestation*, en particular en la construcción del ferrocarril hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, los funcionarios coloniales franceses sancionaban frecuentemente el reclutamiento de mano de obra con objetivos comerciales, como en las plantaciones de caucho del África Ecuatorial o en los bosques de Costa de Marfil.²⁸ Los abusos por entonces aún eran suficientemente intensos como para levantar expresiones de indignación

²⁸ El caso de la Costa de Marfil ha sido tratado por Z. Semi-Bi, 1973, y por R. P. Anouma, 1973.

pública, muy bien destacados en el famoso comentario de André Gide en su *Voyage au Congo* (1927).

Si bien las formas más opresivas de regulación de mano de obra fueron aquéllas encontradas en el África Sudoccidental alemana y en la Unión de Sudáfrica, las políticas de ésta fueron, por supuesto, llevadas al África Sudoccidental cuando se convirtió en territorio bajo mandato tras la guerra, pero la política alemana antes de esto era curiosamente similar en naturaleza y severidad a la concebida en dicha Unión. Se impusieron leyes de paso, así como documentos de identidad, ambos regulando el movimiento de los africanos; las personas sin contratos laborales estaban sujetas a leyes de vagabundeo; y los contratos existentes estaban diseñados para dar una enorme ventaja al empresario alemán. En la Unión también existían leyes de paso y decretos contra el vagabundeo, por lo que las penas impuestas, aun las mínimas, se pagaban con trabajo. El Decreto de Nativos (zonas urbanas) de 1923 y el Decreto de Administración Nativa del 1927 reforzaron las leyes de paso previas; mientras que otros decretos, tales como el Decreto de Aprendizaje de 1922, restringieron eficazmente las formas de trabajo a las que los africanos pudieran dedicarse.

Medios de control y administración

Cualquiera que fuera la variedad de teorías y métodos de la dominación colonial sugeridos y llevados a cabo en el período comprendido entre las dos Guerras Mundiales, se evidencia un modelo incipiente de dominio burocrático. Por entonces, la dominación se había desplazado del control militar al control institucional civil, mientras que la fuerza directa tendía a ser reemplazada por la persuasión administrativa. Este cambio, no obstante, no negaba en modo alguno el hecho de que la última ratio* de la autoridad colonial estaba representada por las armas europeas.

* Último argumento (N. del T.)

Como sus más ardientes defensores estaban deseando recalcar, el dominio colonial fue ganado por la espada y así mantenido. Con esta máxima en mente, todas las potencias europeas utilizaron elementos reclutados de la población indígena en sus establecimientos militares. Aunque la organización y la efectividad variaban, ambas de acuerdo con la región y los objetivos particulares, tales tropas coloniales ejecutaban fundamentalmente funciones policiales en el período de entreguerras, siéndoles incorporadas fuerzas policiales de reciente creación con esta tarea. Sin embargo, debido a que con frecuencia servían en regiones geográficas cultural y étnicamente extrañas para ellos, los soldados africanos, separados así de su propia sociedad, fueron a menudo recibidos con hostilidad por las poblaciones locales a las que tuvieron que enfrentarse. Como resultado de esta condición y, además, por la negativa europea a dar posiciones de mando a los africanos, el ejército nunca llegó a jugar, en los movimientos de independencia, el papel político que protagonizaron los ejércitos en Asia o en el Cercano Oriente. De hecho, la única potencia colonial en la que había una significativa política militar para los africanos bajo su dominio fue Francia que, desde los primeros años del siglo XX, consideró al África Subsahariana como una reserva de soldados esencial para el mantenimiento de la postura militar francesa en el mundo.

No obstante, incluso en el período de entreguerras, calificado por los contemporáneos como "paz colonial", las actividades militares aún interrumpían los asuntos africanos de una forma violenta. El manifiesto deseo europeo de mantener África tan militarmente neutral como fuera posible, de hecho, nunca se llevó a cabo. Los franceses presentaron una ley de reclutamiento en 1919, por la que se debía obtener un contingente africano de 10,000 hombres anualmente; los británicos crearon una fuerza de defensa de Sudán, engrosada exclusivamente por sudaneses, así como por oficiales británicos, pero principalmente orientada a las necesidades

estratégicas imperiales en el Cercano Oriente, así como en el África Oriental. *La force publique* de Congo Belga, que presentaba las cualidades tanto de ejército de ocupación como de fuerza policial, fue utilizada a menudo durante este período para sofocar la resistencia expresada bajo la forma de movimientos religiosos sincretistas.²⁹ A escala de guerra declarada, los acontecimientos pueden ser medidos fácilmente. La campaña italiana para someter a Libia en la década de 1920, y el esfuerzo español y francés por resolver la Guerra del Rif en Marruecos en el mismo período, son evidentes; pero son superados en alcance por la guerra de rapiña emprendida por Mussolini contra los etíopes, un hecho con el que se cerró trágicamente el período aquí considerado.

Esta relación de los despliegues militares en África en el periodo de entreguerras no menoscababa seriamente la afirmación de que las intenciones divergentes entre método y práctica coloniales europeos parecen ser retrospectivamente las más significativas. Caben pocas dudas de que la burocratización colonial proporcionó una preparación parcial para el involuntario movimiento hacia la independencia nacional. Las figuraciones de una nueva élite política estaban apareciendo lentamente, en la medida en que los empleados de menor grado y los jefes designados en varios servicios coloniales -pero especialmente en los británicos- estaban aprendiendo a aplicar, si bien modestamente, el imperativo de Napoleón: "carreras abiertas al talento". Centros de capacitación, tales como la escuela William Ponty en Dakar, estaban encargados de la preparación de los educadores y administradores de los cuales la administración colonial dependería cada vez más. Principalmente en las regiones urbanas, el "cambio de aire" se estaba gestando lentamente.

Si bien eso no es lo que los administradores coloniales europeos realmente pretendían, aun cuando enfatizaron la "soberanía nativa", lo hicieron con la idea de que el bienestar de las poblaciones africanas podría ser garantizado y estructurado social y económicamente sólo hasta cierto punto. Un buen gobierno y un gobierno independiente eran -como recalcó una vez

²⁹ De entre los diversos estudios del desarrollo histórico del ejército en el África moderna, la mejor introducción breve y de la que generalmente se han resumido los comentarios en este texto, es la de J. S. Coleman y B. Belmont Jr., en J. J. Johnson (ed.), 1962.

Lord Cromer-objetivos opuestos en un contexto colonial. De esta forma, el sistema colonial existía como autoritario y no estaba, de ningún modo significativo, calculado para conferir poder político a los africanos a quienes supuestamente servía. Su característica más común era el paternalismo, con una responsabilidad compartida, en el mejor de los casos, sólo en áreas de amplio asentamiento blanco. La historia de los cambiantes propósitos e interpretaciones de la "soberanía nativa" en Kenia es ilustrativa de este problema. El Libro Blanco de 1923 utilizó el concepto como un dispositivo para rechazar las demandas de la población indígena de una representación equitativa en los asuntos de la colonia. Subsiguientes *Libros Blancos* publicados en 1927 y 1930 calificaron el concepto y contenían concesiones a la creciente población residente blanca, a la que ahora se le permitía incorporarse a las responsabilidades de la "administración fiduciaria". La soberanía nativa, por tanto, no implicaba realmente un dominio de los intereses africanos, sino simplemente el respeto por ellos.

Incluso allí donde se implantaron instituciones parlamentarias para proporcionar un nivel de gobierno colonial responsable, este arreglo se efectuó de forma que se garantizara la preponderancia blanca. En Argelia, por ejemplo, un sistema electoral de dos colegios, sancionado por la Ley Jonnart de 1919, establecía una participación árabe proporcionalmente más baja que la europea en las *délégations financières** el incipiente cuerpo parlamentario que representaba grupos de interés y no áreas geográficas. En Sudáfrica, los africanos no disfrutaban de ningún papel en los procesos parlamentarios que allí se desarrollaron. El Decreto de Representación de nativos eliminó eficazmente a los africanos de las funciones electorales de la colonia de El Cabo y limitó su condición política en toda la Unión a la elección de un reducido número de blancos que debía representar los "intereses nativos". En estas dos principales colonias de asentamiento blanco, exactamente igual que en el resto de las

* Delegaciones financieras. En francés en el original (N. del T.).

colonias donde se encontraban europeos residentes, la minoría demográfica representaba de hecho a la mayoría política, impidiendo así cualquier parecido con el gobierno democrático según el modelo europeo.

Si bien en general los efectos políticos de los distintos métodos coloniales eran históricamente más semejantes que divergentes, las distinciones en el método eran importantes en la preparación de las normas de transmisión colonial. En gran medida, el dominio colonial fracasó finalmente en África, debido a la decreciente habilidad -una combinada condición financiera, militar y moral- de los europeos para mantenerlo ante la presión nacionalista africana. Sin embargo, dentro de la década final del colonialismo, los métodos preestablecidos de control fueron influyentes al determinar el proceso de cambio. Los asuntos administrativos de identidad y diferenciación, centralización y autonomía local llegaron entonces a ser efectivos y determinantes. La transmisión más suave del poder, como se verá en el volumen final de esta historia, fue aquella realizada a través del "sistema West-minster" inglés, consecuencia de los Consejos Legislativos coloniales a través de los cuales se desarrollaron los métodos de oposición política, como se constata tanto en la independencia de la Costa de Oro, como en Ghana. El cambio más radical fue aquel que ocurrió en Argelia francesa y, más recientemente, en las colonias de asentamiento portugués de Angola y Mozambique, donde el planteamiento asimilacionista sostuvo que estas áreas eran extensiones ultramarinas del Estado colonial.

La diversidad de métodos coloniales no era tan importante históricamente, como lo fue la similitud de la valoración de la situación colonial. A pesar de las declaraciones encerradas en los documentos de la Sociedad de Naciones, y con desprecio de sus debilitadas posiciones globales como resultado de la Guerra Mundial, las potencias europeas en África no albergaban intenciones de transmisión política durante el período de entreguerras.

Con excepción de Egipto, África se consideraba como el continente donde el colonialismo sería de muy larga duración, y los métodos coloniales fueron concebidos todos para acomodar los intereses e intenciones europeas. Por lo tanto, la esencial actividad política fue el ajuste de África a los objetivos europeos, sin tener en cuenta si la particular práctica colonial seguida era indirecta o no.

Siendo la más importante de todas las tendencias históricas del período de entreguerras, el sistema colonial estableció el marco administrativo general en que el gobierno nacional sería albergado en la primera década de la independencia. Esta incipiente regularización de la actividad política dentro de una estructura elaborada por los europeos fue el aspecto principal de modernización que introdujeron los europeos, aunque para sus propios intereses, en el África de aquel entonces.

LA RESISTENCIA DE LOS AFRICANOS AL SISTEMA COLONIAL Y SU EVOLUCIÓN

Fabien Adonon Djogbénou

La visión histórica difundida por los colonizadores para justificar lo que algunos humanistas han calificado como "misión civilizadora" de las potencias coloniales fue inspirada -según se dice- en aras de la salvación del hombre.

África, específicamente el "Continente negro", era considerada como una tierra de nadie, políticamente vacía, donde imperaban la anarquía, el salvajismo sangriento y gratuito, el paganismo, la ignorancia brutal, el esclavismo y la miseria...

Durante la Tercera República Francesa, por ejemplo, uno de los pilares del Partido Radical Socialista (A. Sarradt) declaraba con grandilocuencia: "El francés es altruista. Tiene la necesidad de dar y darse, de llevar por todas partes su luz, es capaz de iluminar los senderos por donde se van tropezando dolorosamente las razas menos afortunadas que la suya. Tiene el alma de un Quijote... A través del tiempo, la misma inspiración humanista brilla como un hilo de oro entretejido en la trama de nuestra gesta de ultramar".

Esta idea de humanismo es permanente a través de la historia colonial. Así, desde 1552, Bartolomé de las Casas impugnaba el derecho de conquistar a los países americanos, pero subrayaba que la meta de la colonización debía ser la felicidad de los pueblos colonizados.

Los motivos que fundamentan la expansión colonial demuestran, sin embargo, que en su esencia la colonización es

multifacética, un fenómeno global de dominación en el que todos los aspectos (político, jurídico, económico, social, cultural, religioso, etc.) son solidarios y complementarios. Por otra parte, las modalidades del establecimiento de la dominación (o sistema colonial) varían en el espacio y tiempo y, consecuentemente, la reacción de los dominados también está en relación directa con el desarrollo de dicho sistema.

Hay que subrayar que la resistencia de los africanos se remonta a la penetración y la trata de esclavos por los europeos en la segunda mitad del siglo XV; pero es sobre todo a fines del siglo XIX, cuando estas resistencias se acentuaron con la conquista primero y posteriormente, durante el período colonial.

Como diría Ki-Zerbo, a todo lo largo del continente, los africanos han defendido su tierra, muchas veces centímetro a centímetro. Fueron miles los combates que se libraron y miles los hombres que prefirieron morir por sus propias manos antes que someterse. Es por eso que el período colonial es calificado frecuentemente por los negros como "el tiempo de la fuerza". Esta resistencia, que es un rechazo primario al hecho colonial y cuya importancia objetiva es raquítica, tiene sin embargo un peso subjetivo de gran alcance. Los líderes nacionalistas modernos se han valido del ejemplo de estos primeros combatientes para llevar a cabo su lucha de liberación.

La amplitud y riqueza de este tema son tales, que se impone un estudio esquemático. Una aproximación global más enumerativa que demostrativa permitirá, en primer término, exponer el problema de la resistencia en toda su complejidad y diversidad, en otras palabras, indicar los elementos de referencia indispensables que constituyen el aparato mínimo necesario para el examen de las diversas resistencias.

Posteriormente, distinguir las grandes fases que se encontrarían bajo distintas formas en la mayoría de los casos de resistencia y que servirán de común denominador a los diferentes movimientos y su evolución.

Aproximación global

Las resistencias africanas tienen en común cierto número de rasgos o características específicas que derivan de una situación original. Es por eso que el concepto fundamental necesario para su estudio debe ser el de situación colonial, que explica el estado de subordinación global en el que se encontraron las sociedades africanas a fines del siglo XIX y principios del XX. Pero hay que notar que estamos en presencia de situaciones coloniales diferentes, debido a los diferentes sistemas coloniales (inglés, francés, belga, español, portugués) y que, en consecuencia, existen etapas en la evolución de cada circunstancia colonial. Es, entonces, difícil hacer extrapolaciones a partir de los datos que proporciona el estudio de un caso. Al contrario, se puede hacer una investigación primaria, asociando a las formas de gobierno colonial, los grados (formas, frecuencia e intensidad) del rechazo.

También habrá que considerar sus condiciones de desarrollo, ya que la resistencia se enfrentó a numerosos obstáculos, los cuales varían por razones de localización y coyuntura. Todo esto lleva a estudiar las modificaciones provocadas por el impacto de la colonización, así como los procesos desencadenados dentro de las sociedades tradicionales. Se pondrá énfasis en la explicación de cómo la imposición de un poder político liberó la acción de fuerzas económicas modernas y en cómo la influencia del sistema de educación occidental fue introducida por la actividad de las misiones cristianas. En suma, se analizarán los elementos que contribuyeron con mayor eficacia a la disolución de las sociedades precoloniales y a la degradación sociocultural de las sociedades colonizadas.

Al evocar esa degradación en aquellos puntos donde el impacto fue particularmente notable, se está dando paso a los grandes temas que explican el carácter de las reivindicaciones y el alcance de las insurrecciones. Por ejemplo, en una civilización cuya vida social está organizada en torno a la tierra, un movimiento contra los blancos, alimentado de la consigna

"tierras robadas", desata una reivindicación económica donde el robo es identificado con la causa. Pero un movimiento anticristiano que se desarrolla en oposición a las misiones y sus enseñanzas es una respuesta a la amenaza implícita contra la cultura tradicional.

El análisis del aspecto económico demostrará que la antigua organización social no podía resistir mucho tiempo al efecto de un régimen de dominación que modificaba profundamente el mecanismo de producción y los intercambios.

Se podría por consiguiente sugerir, en esta etapa, una investigación sistemática sobre las diferentes *fases del establecimiento y desarrollo de las instituciones coloniales*: a la fase de los pioneros, seguiría una fase político-administrativa; después, el poder se consolidaría en una burocracia nacional, para llegar posteriormente a la etapa de la autodeterminación. Una confrontación de estas diferentes etapas cronológicas con el proceso que lleva a los colonizados a la toma de conciencia nacional tendría resultados fructíferos. Tomando en cuenta las aseveraciones de G. Balandier, las resistencias a la colonización pueden ir desde la reacción confusa surgida de un pretexto ocasional, hasta la toma de conciencia de la desaculturación, restituyendo así el dinamismo a las sociedades afectadas; la resistencia puede también apuntar hacia el trastocamiento radical de la situación de una manera utópica, apocalíptica o por levantamientos violentos sin futuro cierto; tales resistencias podrían en fin tener objetivos propiamente políticos. De lo que no cabe duda es que todas estas manifestaciones hayan coexistido en un momento dado; sin embargo, alguna de ellas pudo darse con mayor acentuación en una etapa concreta del régimen colonial.

Hablar de conciencia nacional es evocar el espinoso problema del criterio que fundamenta a los movimientos nacionales, es decir, el *nacionalismo sin nación*. El dilema no es fácil de resolver, puesto que el fenómeno nación es esencialmente moderno en África: la tecnología actual provoca la ampliación de la escala y la proximidad del contacto físico, la ideología moderna postula la coincidencia entre nación y

Estado; pero estos dos elementos son productos importados en África. Es la situación colonial que cristaliza la idea de nación lo que explica el carácter proyectivo o evolutivo de los nacionalismos africanos. Para salir del dilema nacionalismo sin nación, la tentación es superponer al concepto de territorio (heredado de la Conferencia de Berlín), la noción más amplia del área de civilización negroafricana; lo que invitaría al análisis de las relaciones entre *reivindicación nacional y exaltación de la cultura negra (o negritud)*.

La consigna o bandera de la lucha de liberación consideraba como requisito el que la independencia cultural debía ser previa a las demás independencias (política, económica y social). De ahí se desprenden dos temas que precisan la dimensión de la africanidad y su relación directa con los movimientos nacionales: cultura nacional e independencia nacional. En razón de la propia existencia del poder colonial, surgen procesos dinámicos y unificadores, estructuras y organizaciones que se renuevan y no pueden sino desembocar en una finalidad política que se traduce o no en la aspiración inmediata a la independencia.

El tipo de colonización y liberación nacional, así como la presencia del nuevo Estado sobre la escena internacional explican, en una primera etapa, su pertenencia a una u otra esfera de influencia.

Los movimientos de resistencia africana actualmente en proceso de desarrollo marcan una segunda etapa de la lucha interna y externa contra el poder usurpador y neocolonialista. Es a esto lo que se llama lucha por la segunda independencia. Dicha aproximación global y sus correspondientes variables permiten comprender mejor la noción de situación; la cual, desde nuestro punto de vista, debe tener un papel de primera importancia en el estudio de los movimientos de resistencia africanos.

En tanto que proceso histórico, los movimientos de resistencia presentan, a lo largo del tiempo, múltiples transformaciones. Esta circunstancia permite distinguir en ellos

las siguientes grandes fases: génesis, organización, acción y primera independencia; estas tres fases tendrán como molde, para su estudio, el de la perspectiva global.

Con relación a los movimientos actuales, sólo los citaremos a manera de referencia, ya que dicha actualidad impide tener las bases indispensables para un análisis histórico objetivo de los mismos.

1. Génesis de la resistencia o "nacionalismo africano"

1.1 Surgimiento de los movimientos de resistencia

Se trata de establecer aquí la continuidad existente en la evolución del nacionalismo, a menudo presentado como una explosión que se produce súbitamente unos años antes de las independencias, y la vitalidad de las sociedades colonizadas capaces de adaptarse y responder en forma original a la situación colonial. Las reacciones pueden ser de diversa naturaleza, según se trate de la resistencia frente a la conquista o de la protesta frente a la colonización de hecho. Hay que señalar que los primeros contactos entre Europa y África se inscribieron en un marco de hospitalidad por parte de los africanos y que los antagonismos que surgieron fueron moderados.

Pero los acuerdos firmados (entre europeos y jefes tradicionales) y que los africanos se veían obligados a respetar no eran sino el fruto de un engaño. De la conciencia de esta mistificación nacerá una amargura que alimentará el resentimiento hacia el poder colonial. He aquí un componente del primer empuje nacionalista que no debe ser menospreciado. "L'histoire de l'homme et de l'elephant", de Jomo Kenyatta, ilustra perfectamente esta visión de una colonización sentida como fraudulenta. El "robo de tierras" se asocia a un verdadero secuestro de la historia precolonial.

1.2 Características de los movimientos

Este primer período de nacionalismo, después de la instalación del poder colonial, es especialmente fecundo en lo que a

movimientos de resistencia se refiere. Dos corrientes de protesta se desarrollan paralelamente entonces, con caracteres distintos, de orientación y significado diferentes; aunque ambas ponen implícitamente en tela de juicio la misma dominación: una corriente de protesta popular y la otra, de carácter intelectual.

1.2.1 La protesta popular

Ésta se manifiesta por una serie discontinua de tumultos y revueltas a veces muy violentos y cuyas motivaciones a menudo fueron de orden cultural o económico, en cuyo caso se hallaban relacionados con imposiciones tributarias, el trabajo o la tierra. Espontánea, poco estructurada y generalmente sin futuro, la frecuencia de la protesta popular revela, sin embargo, la persistencia del malestar surgido de la dominación económica y administrativa. Una forma de expresión de tipo particular de esta respuesta, cuya coherencia y continuidad realmente aparecen como el signo de una fermentación precolonialista, se encuentra en las sectas mesiánicas y proféticas africanas.

Entre otras sectas, el *kimbanguismo* es una especie de dialéctica de lo religioso y lo político que surge y se desarrolla durante el difícil período posterior a la Primera Guerra Mundial. La lucha que preconizaba Simón Kimbangu (nacido en el Congo Belga y antiguo alumno de una misión protestante) contra las prácticas de la magia y la brujería no era más que un esfuerzo por renovar la tradición ancestral, a la vez que instaurar un culto que tomaba muchos elementos del cristianismo. Un intento de lectura religiosa nos permitirá encontrar la preponderancia de la lucha y su interpretación política. La instauración de un nuevo culto colectivo destinado a asegurar la "salvación" de las poblaciones indígenas realmente marca la reanudación del dinamismo por parte de los colonizados que buscan con estas manifestaciones volver a ser dueños de su destino. Un fragmento de un pasaje dirigido a los fieles confirma este proyecto: "Hermanos míos de Jerusalén: ayudaos los unos a los otros... Trincharemos las plantaciones del señor Jesucristo. Simón Kimbangu ha llegado. Él regresará

a Jerusalén. Yo regresaré al Jordán para bautizar a los pueblos. ¡Alístense en las aldeas, la guerra se aproxima!". Sin duda, el llamado a la rebelión se sitúa en un nivel simbólico; pero el significado político se deja sentir nítidamente en la misma fraseología bíblica. Las autoridades coloniales belgas no se equivocaron y el profeta fue arrestado, en septiembre de 1921, y condenado a muerte (más tarde, la pena le fue conmutada por la de prisión perpetua).

Sin embargo, el movimiento enraizó profundamente, como lo demuestra su desarrollo ulterior. Cuando desapareció el Mesías, el mesianismo le sobrevivió: Kimbangu (más tarde, Matswa) se mantuvo como el Mesías de los negros, en oposición a Jesucristo, Dios de los blancos, como se menciona en el texto litúrgico. El recuerdo del Mesías negro no se extinguió, ya que diez años después se seguía aún votando por él en las elecciones.

De la resistencia inicial al período contemporáneo, estos movimientos sincréticos o político-religiosos han constituido una especie de relevo.

1.2.2 La protesta de los intelectuales

La evocación será mucho más breve, ya que se trata de una corriente de ideas que ha adquirido gran audiencia. Bastará con valorar el carácter particular de esta protesta y situarla en el desarrollo de la resistencia africana contra el sistema colonial. El panafricanismo y la negritud han sido esfuerzos por concientizar a los pueblos negros de su situación de dependencia. A pesar de nuestras serias reservas en cuanto al alcance real de esta impugnación, la incluimos por mera comodidad en el proceso de la resistencia africana; pero para nosotros sigue siendo la historia exclusiva de los intelectuales negros o de los exiliados históricos. En sus inicios, el panafricanismo se caracterizó por el nacimiento de una literatura y por una sucesión de congresos. Es el tiempo de la utopía que precedió a la época más realista del V Congreso Panafricano de Manchester (1945), animado por Kwame Nkruma y Padmore.

En cuanto a la negritud, ésta simbolizaba la lucha contra la asimilación cultural. En todo caso, uno se sorprende ante la ineficacia de tan esmerados esfuerzos durante largos años. La mística panafricana, como exaltación de las virtudes innatas de la raza, carecía de fuerza política, hasta podría decirse que era responsable de una especie de hipertrofia ideológica. La protesta popular y la de los intelectuales marchaban paralelamente sin interferirse. El encuentro de ambas corrientes se logró por intermediación de formaciones organizadas y más realistas en el marco de nacionalismos territoriales. Se inicia entonces la era que Kwame Nkruma denominó la Acción Positiva.

2. Organización y acción

2.1 Mutación

La metamorfosis de la resistencia para entrar a una nueva fase varía según los países y criterios de delimitación. Este cambio puede definirse como el paso del sentimiento a la actividad nacionalista; el segundo término acentúa la acción política explícita y organizada a escala regional o territorial. Se puede decir, también, que la actitud de compromiso y reajuste con la situación colonial del lapso 1945-1953 sufre una modificación fundamental; y la nueva ideología directriz impulsada por la FEANF, constituida por estudiantes africanos en Londres y dirigentes radicales, rechaza el compromiso: "¡Hay que romper las cadenas del colonialismo!". Es decir, se exige desde ese momento el reconocimiento explícito del derecho a la independencia a corto plazo. La transformación del objetivo de la lucha dio nuevos bríos a las reivindicaciones colectivas y manifestaciones de masa y confirió una dinámica nueva a los grandes partidos y sindicatos.

2.1.1 La época de los choques violentos con el poder colonial

De las grandes formaciones políticas y sindicales que se desarrollaron en África, únicamente nos detendremos en el

R.D.A. (Rassemblement Democratique Africain) y la C.G.T. (Confédération General du Travail), a título ilustrativo. Sin embargo, hay que mencionar los nuevos opositores a la Corona Británica: el N.C.N.C. (National Council of Nigerie and Cameroons), la United Gold Coast Convention, la Convention People's Party y la Kenya African Union. Una de las causas de la formación del R.D.A. es la decepción sufrida por algunos de los africanos electos al Parlamento francés cuando, por una parte, se dieron cuenta que las esperanzas concebidas en el periodo de la posguerra no eran más que un mero espejismo; y por otra parte, la izquierda francesa había emprendido un viraje. El Frente Unido Nacionalista e Interterritorial rompió con los movimientos de carácter étnico o regionalista cuya preocupación por defender sus intereses de clan limitaba su eficacia real. Este gran movimiento de lucha específicamente africano demostraba así la voluntad particular de ser algo más que un simple partido político de tipo clásico. En cuanto a los sindicatos nacionalistas, el Congreso de Cotonou (1956-57) dio origen a la U.G.T.A.N. (Union Générale des Travailleurs d'Afrique Noire) francófona. La resolución sobre la doctrina de Cotonou revela el profundo paralelismo de la acción de sindicatos y partidos:

La Central tiene como meta unificar a los trabajadores africanos, coordinar la acción del conjunto de organizaciones sindicales africanas en su lucha contra el régimen colonial y contra toda forma de opresión del hombre por el hombre; y defender las reivindicaciones económicas y sociales, la legítima afirmación de la dignidad humana del trabajador africano y la emancipación completa de las poblaciones autóctonas.

La balcanización del África negra, deseada y organizada por el colonizador, acabó con la interterritorialidad del R.D.A. y la U.G.T.A.N.

3. Primeras independencias

3.1 El primer nacionalismo en el poder

De 1957 a 1960, sigue la época de transición administrativa e independencias negociadas. Dirigentes y partidos estaban

comprometidos con una nueva vía. A partir de entonces, las decisiones son tomadas en función de la responsabilidad gubernamental y la construcción nacional. Entretanto, los Estados africanos recientemente independizados tienen problemas comunes que aún no han sido resueltos: descolonización de sus estructuras, unidad africana, consolidación de una unidad nacional que queda por hacerse y la opción por una determinada vía de desarrollo.

Pero las formas y los contenidos de la independencia han hipotecado peligrosamente estas tareas. El neocolonialismo y el imperialismo son, desde 1960, las causas de la resistencia de los pueblos africanos. Pero, ¿cuán difusa y confusa es esta lucha!

Los países de habla portuguesa recientemente independizados inyectan nueva dinámica a la resistencia africana. Mientras tanto, hay que decir una y otra vez, sin temor a repetir, que la territorialización no tiene futuro en África negra y que, por el contrario, la organización regional y, luego o paralelamente, la organización continental son los niveles en los cuales dicha resistencia tiene más posibilidades de desarrollarse ventajosamente para los africanos.

RESISTENCIA E INICIATIVAS AFRICANAS FRENTE A LA DIVISIÓN Y LA CONQUISTA

Terence O. Ranger

En el África tropical, los veinte años que van de 1880 a 1900 presentaban una extraña y brutal paradoja. El proceso de la conquista y ocupación europeas era claramente irreversible; pero también sumamente resistible. Era irreversible a causa de la revolución tecnológica. Por primera vez los blancos tenían una ventaja decisiva en materia de armas y por primera vez el tren, el cable y el buque de vapor les permitían ofrecer cierta respuesta al problema de la comunicación dentro de África y entre África y Europa. Era resistible a causa del tamaño de África, debido a la fuerza de sus pueblos y porque Europa no desplegó muchos hombres ni mucha tecnología en el acontecimiento. Es verdad que los blancos solucionaron su escasez de hombres reclutando auxiliares africanos; pero los blancos no fueron manipuladores diabólicamente hábiles de negros divididos. Los europeos utilizaban simplemente el repertorio de viejas estratagemas imperiales. En detalle, era frecuente que tuvieran menos conocimiento sobre la situación que los gobernantes africanos. La instrumentación de la estrategia de avance fue muy torpe y fortuita: los europeos tropezaron, provocaron e incluso inventaron -por ignorancia y desconcierto- una multitud de resistencias africanas.

Los europeos estaban "seguros de ganar al final", y una vez ganaron, pusieron orden en el desordenado proceso. Se escribieron libros sobre lo que se llamó la "pacificación"; se dio la impresión de que la mayoría de los africanos había aceptado con agradecimiento lo que se llamó Pax Colonial; y se encubrió la realidad de la resistencia africana. Pero la victoria de los europeos no significa que la resistencia africana no haya sido importante en aquel tiempo, ni que no merezca ser

estudiada hoy. De hecho, en los últimos veinte años ha sido muy estudiada.

La mayor parte de esta investigación, realizada durante los últimos veinte años, ha sido seria, detallada, erudita y no evitó las ambigüedades de muchas resistencias. Pero la mayoría de las investigaciones se basaba, o utilizaba para demostrar tres suposiciones dogmáticas que yo considero esencialmente verdaderas todavía, incluso aunque cada una de estas suposiciones haya sido modificada por la investigación y los análisis recientes. Se ha argumentado, en primer lugar, que la realidad de la resistencia africana es significativa porque demuestra que los africanos no se conformaron plácidamente con la "pacificación" europea. En segundo lugar, se ha argumentado que esta resistencia no era desesperada ni irracional, sino que con frecuencia estaba alentada por ideologías racionales e innovadoras. En tercer lugar, se ha argumentado que tales resistencias no fueron inútiles, que tuvieron consecuencias importantes en su tiempo y que todavía hoy tienen resonancias significativas. Estos tres argumentos merecen ser repetidos aquí, junto a las modificaciones propuestas.

Generalización de la resistencia

En 1965, el historiador soviético A. B. Davidson hizo un llamado a los investigadores para que refutaran la "visión historiografía europea tradicional" según la cual, "los pueblos africanos percibieron la llegada del colonialismo como una suerte para ellos, como una liberación de las guerras fratricidas de aniquilación mutua, de la tiranía de las tribus vecinas, las epidemias y el hambre periódicas", teoría en la que se describe como "amantes de la paz" a los pueblos que no se resistieron; y a los que sí lo hicieron, como "sedientos de sangre". Davidson hace notar que los "protectores del dominio colonial rehusaron considerar a la rebelión como un fenómeno corriente". Se explicaban ésta en términos de respuestas "primitivas e irracionales", o bien en términos de la agitación de la minoría "sedienta de sangre". "Rechazaban la única

explicación correcta que considera que las rebeliones son sólo guerras de liberación, y por esta razón fueron apoyadas por la inmensa mayoría de los africanos".¹

En 1965, Davidson ponía énfasis en que "muchas sublevaciones no se conocen todavía... Con frecuencia no tenemos información concreta sobre las rebeliones que están consideradas como un hecho establecido". Desde entonces, el trabajo de "descubrir" resistencias se ha desarrollado rápidamente. Los historiadores comienzan a clasificar las rebeliones con más rigor, distinguiendo "bandidismo social" de "sublevaciones campesinas", y guerra de guerrillas de los enfrentamientos entre ejércitos. En algunos casos, se ha demostrado que episodios pregonados por los colonialistas como sublevaciones fueron impuestos a la gente por la ignorancia y el miedo de los mismos blancos.² En muchas otras ocasiones, se rescataron de la oscuridad resistencias considerables y significativas. Ahora tenemos casos donde existen fuertes discusiones sobre la mejor forma de explicarlos e interpretarlos. De todo esto se desprende, con total claridad, que Davidson tenía razón cuando decía que la resistencia fue un "fenómeno corriente".

Resulta claro, también, que los viejos intentos de distinguir sociedades africanas naturalmente guerreras de las sociedades africanas naturalmente pacíficas están fuera de lugar. En un cierto número de artículos, yo mismo he argumentado que, al menos en lo que respecta a los grandes Estados africanos, no tiene sentido distinguir entre los llamados guerreros e invasores y los llamados pacíficos, comerciantes y agricultores; ya que todos los Estados hicieron algún intento para encontrar una base que les permitiera manipular a los europeos sin necesidad de recurrir a las armas; prácticamente todos ellos tenían algunos intereses o valores cruciales que estaban dispuestos a defender si era necesario por medio de la

¹ A. B. Davidson en T. O. Ranger (ed), 1968 ©, pp. 181-183.

² S. Marks, 1970

resistencia armada.³ Yo mismo me equivoqué al decir que las más importantes de estas sociedades comprometidas con la resistencia o la manipulación tenían más en común entre ellas, "que con las pequeñas sociedades que no podían hacer resistencia ni explotar el dominio colonial".⁴ Shula Marks, entre otros, ha demostrado, en su estudio sobre la resistencia khoisan en África del Sur, que los pueblos no centralizados eran igualmente capaces que los que sí lo estaban, de luchar con determinación para defenderse del avance de los blancos. El estudio comparativo de John Thornton entre los potenciales de resistencia de los Estados y las sociedades sin Estado muestra que estas últimas tenían un potencial de resistencia mayor que las primeras:

Con frecuencia se alaba a los Estados a causa del papel que jugaron en la resistencia a la invasión europea..., en realidad jugaron un papel ambiguo: algunos, es verdad, resistieron bastante bien...; pero muchas otras sociedades con Estado se hundieron a consecuencia del choque con los europeos... Por otra parte, la resistencia de las sociedades sin Estado fue, con frecuencia, larga y heroica...; fueron las sociedades sin Estado - igbos, baúles, agnis y otras- las que hicieron las guerras de guerrillas.⁵

En resumen, prácticamente todos los tipos de sociedad africana resistieron, y hubo resistencia en virtualmente todas las regiones en las que avanzaron los europeos. Hoy podemos aceptar esto como un hecho, sin necesidad de desarrollarlo más extensamente. Lo que tenemos que hacer ahora es pasar de la clasificación a la interpretación; de demostrar simplemente que existe una resistencia, a evaluar y explicar su grado de intensidad. Los historiadores de territorios nacionales concretos se han preocupado por demostrar que en su zona hubo resistencia y por declarar que ésta formaba parte de la tradición local de protesta; y siempre es posible hacer esto, ya que prácticamente en todas partes hubo alguna resistencia. Pero esta aproximación poco sistemática puede oscurecer el hecho de que hubo notables diferencias de intensidad entre la

³ T. O. Ranger, en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, pp. 293-304.

⁴ S. Marks, 1972, pp. 55-80.

⁵ J. Thornton, 1973, pp. 119-120.

resistencia de las diferentes zonas. En Rhodesia del Norte (hoy Zambia) hubo resistencia armada, pero no se pareció en nada, en cuanto a la escala de lucha y duración, a la resistencia del sur de Rhodesia (hoy Zimbabwe). A su vez, la lucha en Rhodesia del Sur no puede ser comparada, en busca de similitudes, con la resistencia del Valle del Zambeze contra los portugueses. Es evidente que necesitamos rigurosos estudios regionales comparativos. El capítulo siguiente ofrece más modelos de contraste y algunas de las explicaciones y consecuencias alusivas.

Ideología de la resistencia

Los defensores de la colonización acentúan la irracionalidad y la desesperación de la resistencia armada. Afirman que, con frecuencia, tal resistencia fue resultado de la "superstición" y que pueblos que, de otra manera, hubieran aceptado satisfechos el dominio colonial, habían sido trabajados por los "médico-brujos". Muchos críticos europeos del colonialismo, simpatizantes de la protesta africana, han aceptado, de todas maneras, que los africanos tenían poca cosa en sus modelos "tradicionales de pensamiento que los ayudara a imaginar una respuesta eficaz y práctica a los ataques que su estilo de vida recibía. Las ideologías de la sublevación fueron consideradas como "la magia de la desesperación", destinadas a fracasar e incapaces de apuntar al futuro. Con semejante visión, las resistencias, por muy heroicas que fueran, constituyeron trágicos callejones sin salida.⁶

Durante aproximadamente la última década, los historiadores de la resistencia han buscado combatir esta clase de interpretación. Y lo han hecho de dos formas: haciendo valer estrictamente ideologías seculares de sublevación o "desinfectando" ideologías religiosas.

⁶ M. Gluckman, 1963, pp. 137-145.

La principal ideología secular que ha sido propuesta es el concepto de "soberanía". Jacob Ajayi ha escrito que:

el aspecto fundamental del impacto europeo fue la pérdida de soberanía... Una vez que un pueblo pierde su soberanía y se encuentra expuesto a la influencia de otra cultura, pierde al menos algo de su confianza en sí mismo y de su amor propio, pierde el derecho al autogobierno, la libertad de elegir qué cambiar en su propia cultura, o qué copiar o rechazar de otra.⁷

Walter Rodney hace una observación similar, pero con mayor énfasis:

El aspecto decisivo de este corto período del colonialismo... procede principalmente del hecho de que África perdió poder... Durante los siglos de comercio precolonial, y a pesar de lo desventajoso del comercio con los europeos, África conservó cierto control sobre la vida social, política y económica. Bajo el colonialismo, ese pequeño control sobre los asuntos internos desapareció... Poder actuar independientemente es la garantía de participar activa y conscientemente en la historia. Ser colonizado significa ser excluido de la historia... De la noche a la mañana, los Estados políticos africanos perdieron su poder, independencia y significado.⁸

Que Ajayi y Rodney puedan ver la importancia decisiva de la pérdida de la soberanía está, por supuesto, lejos de demostrar que los resistentes africanos concibieran la soberanía de esta forma. El mismo Rodney lamenta la "visión parcial e insuficiente del mundo" que impidió a los líderes africanos tener una comprensión completa de lo que se estaba jugando en el encuentro con Europa. Ajayi afirma, sin embargo, que "en tanto que guardianes de la soberanía del pueblo", los gobernantes de los Estados africanos eran "hostiles a cualquier poder que desafiara su soberanía".⁹

Hay afirmaciones de simple autonomía, tales como la réplica de Mchemba, jefe de los yaos, al comandante alemán Hermann von Wissman, en 1890:

⁷ J. F. A. Ajayi en T. O. Ranger (ed.), 1968 ©, pp. 196-197.

⁸ W. Rodney, 1972, pp. 245-246. Subrayado en el original.

⁹ J. F. A. Ajayi, en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, p. 506.

He escuchado sus palabras, pero no puedo encontrar razón alguna para obedecerle; antes prefiero morir... No caigo a sus pies porque usted es una criatura de Dios igual que yo... Soy el sultán aquí, en mi tierra; usted es sultán allá, en la suya. Con todo, escuche: yo no le digo que deba obedecerme, porque sé que es un hombre libre... En cuanto a mí: yo no iré a usted y si usted es lo bastante fuerte, ¡entonces venga a buscarme!¹⁰

Hay declaraciones que expresan el deseo de modernizarse, pero no a expensas de la soberanía. Este es el caso del jefe makombe Hanga, gobernador de Barue en la zona central de Mozambique quien, en 1895, declaró a un visitante:

Veo cómo ustedes los hombres blancos avanzan cada vez más en África, en mi país hay compañías trabajando por todas partes... Mi país también tendrá que emprender estas reformas y yo estoy completamente preparado para abrirlo a ellas... También me gustaría tener buenas carreteras y trenes... Pero continuaré siendo el makombe que fueron mis padres.¹¹

Y hay también sorprendentes expresiones de una filosofía más amplia de la soberanía. La más notable proviene del África del Suroeste. El líder de los namas, Hendrik Wittboi, confió a su diario: "Por el color y la forma de vida, pertenecemos a un mismo grupo y esta África es en general la tierra de los capitanes rojos [es decir, africanos]. El hecho de que formemos diferentes reinos y regiones sólo refleja una subdivisión trivial de África". En 1894, Wittboi declaró al administrador alemán Theodor Leutwein que "el Señor Dios ha establecido diversos reinos en el mundo. Por consiguiente, yo sé y creo que no es pecado ni un crimen que yo desee seguir siendo el jefe independiente de mi país y de mi pueblo".¹²

En todo caso, cualesquiera que sean los problemas que la gente haya podido tener para comprender el impacto inicial del avance europeo, no había duda alguna sobre la pérdida de la

¹⁰ Citado por B. Davidson, 1964 (a), pp. 357-358. (ed.), 1968.

¹¹ Citado por A. Isaacman, 1976, pp. 128-129.

¹² Entre los estudios sobre la resistencia en el África del Suroeste se cuentan: H. Dreschler, 1966; H. Bley, 1968 y 1971. Esta cita es de J. Hiffe en G. Kibodya

soberanía que esos pueblos sufrirían, una vez establecido el dominio europeo. El viejo enemigo de Wittboi, el jefe Maherero, líder de la sublevación de los hereros, le escribió suplicándole una acción conjunta en 1904:

Es mi deseo que nosotros, naciones débiles, nos sublevemos contra los alemanes... Dejemos que África entera luche contra los alemanes, y dejémonos morir juntos antes que por causa de malos tratos, prisión o de cualquier otra forma.¹³

Los jefes de los no centralizados y furiosamente independientes matumbis, de la zona oriental de Tanganika (hoy Tanzania), entre los que estalló en 1905 la sublevación de los maji maji, decían del régimen alemán: "Esto se ha convertido ahora en un dominio absoluto. ¡Destruyámoslo!".¹⁴

La idea de la soberanía proporcionó claramente una ideología a la resistencia; sin embargo, debían hacerse importantes modificaciones. Los gobernantes no siempre eran de forma muy clara "los guardianes de la soberanía del pueblo". En el África del siglo XIX -en oriente, occidente y al sur- habían surgido nuevos Estados basados en la "tecnología militar de Europa".¹⁵ Con frecuencia tales Estados se resistieron a la extensión del dominio europeo, pero su resistencia se vio socavada por el descontento de muchos de sus súbditos. Sobre los Estados del África Occidental, como, por ejemplo, el de Samori Ture o el de Shehu Ahma-du, Thornton nos dice que "estaban agobiados con sublevaciones constantes, causadas principalmente por sus arbitrarias y explotadoras estructuras estatales... En general el liderazgo de los Estados, explotador y tiránico como era, no poseía la legitimidad necesaria para salir al campo y continuar con las guerras".¹⁶

¹³ Hiffe en Kibodya (ed.), 1968.

¹⁴ Mzee Ndundule Mangaya, citado por G. C. K. Gwassa y J. Hiffe (eds.), 1968, p. 5.

¹⁵ P. Bohannan y P. Curtin, 1971, p. 271.

¹⁶ J. Thornton, 1973, pp. 120-121.

Sobre los "Estados secundarios" del Valle de Zambeze, Alien Isaacman escribe que "su imposición de la norma extranjera de los mestizos generó una oposición africana, y lo mismo ocurrió con la movilización forzada del trabajo"; su historia "estuvo afectada por numerosas sublevaciones... resistencia a esta norma de estilo extranjero, así como a las rapaces redadas de esclavos. Es obvio que esta situación no condujo a un esfuerzo unificado y continuo" contra los blancos.¹⁷

Estados como esos pueden ser contrastados con las organizaciones políticas establecidas durante más tiempo y cuyos gobernantes habían conseguido la "legitimidad". Pero incluso aquí sería demasiado romántico suponer que todas las antiguas aristocracias disfrutaban de la confianza y el apoyo populares. Entre algunos pueblos establecidos desde hacía largo tiempo, los grupos gobernantes utilizaron en su propio beneficio las oportunidades que ofrecían las armas del siglo XIX y comerciaron para desarrollar un poder arbitrario. Como resultado de esto, en un enfrentamiento con los blancos, no podían contar con el apoyo popular. Esto explica en parte la ineficacia de la resistencia en Rhodesia del Norte, donde los jefes bembas se enfrentaron con lo que Henry S. Meebelo llamó "repugnancia popular contra la clase gobernante", y donde la aristocracia del territorio barotse temía una sublevación de esclavos, si intentaba oponerse al desarrollo de la influencia británica.¹⁸

Cierto número de historiadores, en verdad, ha insistido en la importancia de distinguir entre la resistencia motivada por el deseo de un grupo gobernante por mantener su poder explotador, y la resistencia en mucho mayor escala que con frecuencia estaba dirigida en igual medida tanto contra el autoritarismo de los gobernantes africanos, como contra la opresión colonial. Edward Steinhart insiste en que:

¹⁷ A. Isaacman, 1976, pp. 103-104.

¹⁸ H. S. Meebelo, 1971, p. 68.

Protesta y resistencia pueden estar dirigidas... contra las formas domésticas de opresión... Las protestas deben ser vistas como algo diferente de la expresión de las aspiraciones nacionales... Al concentrarnos en el liderazgo, hemos aceptado la interpretación del anticolonialismo como un "nacionalismo africano", un movimiento para echar a los extranjeros y establecer la independencia "nacional". Si, en cambio, miramos lo que ocurre dentro de los movimientos de protesta..., estaremos en condiciones de descubrir que los impulsos que los líderes interpretan son más bien profundamente antiautoritarios y revolucionarios, que antiextranjeros y "nacionalistas".¹⁹

Incluso cuando una organización política establecida durante largo tiempo disfrutaba de reconocida legitimidad y era capaz de movilizar para la resistencia a la mayoría de sus poblaciones, los historiadores recientes se inclinan a criticar "el estrecho sentido de lealtad primordial" y de "estrechez de miras" que sólo se concentró en la soberanía, tal como se la entendía anteriormente. Tales historiadores han enfatizado, en cambio, el significado de aquellas resistencias en las que la idea de soberanía fue redefinida. Es así como Isaacman argumenta que la sublevación de 1917 en el Valle de Zambeze fue diferente de las resistencias anteriores en este lugar, "cuyo objetivo era recuperar la independencia de un Estado histórico o de un grupo de pueblos emparentados". La sublevación de 1917 "buscaba liberar de la opresión colonial a todos los pueblos del Zambeze", apelando especialmente al campesinado oprimido de cualquier etnia. "El cambio en las lealtades primordiales representaba un nuevo nivel de conciencia política en el que los portugueses fueron percibidos, por primera vez, como el opresor común".²⁰

Papel de las ideas religiosas

Mientras tanto, los historiadores han estado reexaminando el papel en las resistencias de las ideas religiosas. Lo que han descubierto se parece poco a los "fanáticos médico-brujos" de los informes coloniales o a "la magia de la desesperación".

¹⁹ E. Steinhart, documento sin publicar.

²⁰ A. Isaacman, 1976, pp. 343, 345 y 370.

Para empezar, han descubierto que, con frecuencia, las enseñanzas religiosas estaban relacionadas muy directamente con el tema de la soberanía y la legitimidad. Los gobernantes eran legitimados por medio de un ritual de reconocimiento y, cuando un gobernante y su pueblo decidían defender su soberanía, se inspiraban abundantemente, como es natural, en ideas y símbolos religiosos. En un estudio sobre la resistencia de los ovimbundus, en Angola, Rodney señala que

se ha prestado una gran atención a la resistencia espiritual de una etapa posterior de la lucha africana -especialmente en casos como el de las guerras maji maji...-; pero en lo que respecta a las primeras resistencias, existe una tendencia a quitar importancia al hecho de que los pueblos africanos resistieron en todas partes automáticamente, no sólo en términos materiales, sino también con sus propias armas religiosas y metafísicas.²¹

En otro estudio, esta vez sobre la resistencia a los portugueses del Estado de Gaza, en el sur de Mozambique, Rodney escribe sobre las posibles consecuencias traumáticas que podía tener el hecho de comprometer recursos espirituales en la lucha: "Los ngonis de Gaza no sólo sufrieron la destrucción de su capital política, sino también la profanación de su santuario principal"; después de la derrota militar de 1895, se perdieron los objetos reales rituales; después del incomprensible acontecimiento de la derrota, los adivinadores tiraron sus huesos de adivinación; la "suma sacerdotisa" fue destituida y ejecutada. "La conciencia de una profunda crisis espiritual estaba bastante extendida".²²

Con frecuencia, los grandes movimientos que intentaron redefinir la soberanía surgieron de crisis de legitimidad de este tipo. Casi siempre estos movimientos tenían la ventaja de contar con líderes espirituales que enunciaban el mensaje de una unidad más amplia. A veces este tipo de desarrollo tenía

²¹ W. Rodney, 1971 (b).

²² W. Rodney, 1971 (a).

lugar en el contexto del Islam -y las ideologías islámicas de milenarismo y resistencia se extendieron a través del cinturón sudanés, desde el este hacia el oeste. A veces esto ocurrió por influencia de las ideas cristianas- y Hendrik Witbooi se inspiró en el cristianismo protestante para su doctrina de la soberanía, mientras que un profeta africano e independiente actuaba entre los namas en la época en que se sublevaron contra los alemanes. Con mucha frecuencia tal cosa ocurría en el contexto de la religión africana.

Yo mismo he argumentado que esto ocurrió en Rhodesia del Sur y que las sublevaciones de 1896 estuvieron inspiradas y coordinadas por líderes religiosos. Isaacman argumenta que la sublevación en 1917 del Valle del Zambeze recibió fervor moral de las enseñanzas de Mbuya, un médium que no hizo un llamamiento para restablecer su propio Estado barue sino que, en su lugar, predicó el evangelio de la fraternidad y opresión de todos los africanos y de la preocupación por su bienestar y la reparación de sus pecados por parte del alto dios Mwari.²³ En el caso de la sublevación maji maji de 1905, la ideología de la rebelión fue potenciada por el entusiasmo milenarista, tanto islámico como africano. La gran resistencia de la costa de Tanganika -de 1888 a 1891-había sido dirigida por miembros de la élite comercial y urbana de los swahilis; no hubo desarrollo de una ideología religiosa de protesta, ni islámica ni "tradicional"; la resistencia se basó en la idea de defender a las soberanías oficiales.²⁴ Pero, después de la derrota de la oposición de la costa y del nombramiento de muchos miembros de la élite swahili para entrar al servicio de los alemanes, la base de la protesta cambió y se amplió. La sublevación maji maji se inspiró en la combinación de un nuevo mensaje profético que surgía tanto de los centros africanos de culto en el interior del territorio, como del Islam populista y entusiasta.²⁵

²³ T. O. Ranger, 1967; A. Isaacman, 1976, pp. 304-305, 307, 310, 313, 316 y 326.

²⁴ R. D. Jackson en R. I. Rotberg y A. Mazrui (eds.), 1972.

²⁵ G. Gwassa en T. O. Ranger e I. Kimambo (eds.), 1972.

La enseñanza profética subyacente en algunas de las grandes resistencias está siendo lentamente rescatada de los falseados informes de sus adversarios. El informe de Gilbert Gwassa sobre el desarrollo y carácter de la ideología maji maji de Kinjiktile es un ejemplo clásico de este tipo de trabajo de recuperación. Otra reconstrucción sorprendente, inédita hasta ahora, es la que hizo Mongameli Mabona sobre las enseñanzas de Makana, el gran profeta militante xhosa, cuyo mensaje enunciado a principios del siglo XIX "perdió su fuerza sólo en 1890, cuando por fin se hundió la resistencia nacional de los xhosas". Tal como señala Mabona, sus enseñanzas fueron vistas habitualmente como "un batiburillo de conceptos religiosos inconexos o incompatibles". Mabona demuestra, en cambio, que se trataba de "un modelo hábilmente elaborado de elementos khoisanes, xhosas y cristianos", reunidos con imaginación sumamente creativa.

Makana acuñó brillantes palabras para expresar sus conceptos de divinidad -conceptos de espacio y dispersión de la luz. "Su poderosa inteligencia y su genio religioso... moldearon un cuerpo de doctrina que serviría de dinamo ideológico a la nación xhosa". En algunos aspectos, las enseñanzas de Makana fueron una versión africana de la ideología cristiana protestante de la soberanía que, más tarde, dio a Wittboi confianza en el derecho divino de los capitanes rojos. Makana exploró las diferencias fundamentales entre blancos y negros -diferentes costumbres, diferentes divinidades, diferentes destinos-. Dali'dephu, gran antepasado de los xhosas, fue el creador de Uthixo para que éste fuera el Dios de los hombres blancos. Uthixo era inferior a Dali'dephu, y los hombres blancos eran moralmente inferiores a los xhosas, continuamente enfadados con la idea del pecado. Pero esta diferencia no tuvo importancia hasta que los dos universos morales entraron en contacto y en conflicto; entonces Dali'dephu se impondría a sí mismo para asegurar que los xhosas -sus propios y especiales hijos; y su propio, especial y superior estilo de vida- triunfasen sobre los poderes superficiales de los blancos. Makana hizo un llamamiento a la unidad pan-xhosa; debido a la confianza en su universo moral,

Dali'dephu barrería a los blancos, los xhosas muertos regresarían, "empezaría una nueva era".²⁶

La aplicación de las innovaciones conceptuales y simbólicas, del tipo de las de Makana, duró mucho más tiempo que la resistencia concreta con la que estuvieron asociadas en primer término. Así que, lejos de ser disparates desesperados, este tipo de mensajes proféticos constituía un intento sistemático de ampliar y redefinir la idea de la deidad y su relación con el orden moral e implicaba una amplia gama de cambios en las creencias internas y relaciones de los xhosas, proporcionando también la "base fundamental de la ideología para la resistencia". Peter Rigby ha presentado fuertes argumentos contra la idea de que el profetismo africano era "meramente el resultado de fuerzas exógenas de ruptura que actuaron durante el período colonial" o que nacieron "de la crisis de las religiones africanas". Desde este punto de vista, el profetismo fue ciertamente, en buena medida, un asunto de protesta, y jugó "un rol importante en la mayoría de los movimientos de protesta de África"; pero el profeta surgió "no sólo como reacción a una experiencia exógena, sino sobre la base de la viabilidad y adaptabilidad de las religiones africanas".²⁷ Con esta visión de la capacidad de los sistemas religiosos africanos para lanzar regularmente líderes proféticos surgidos de sus propias tensiones y potencialidades, capaces de crear nuevas síntesis que revalidaban lo antiguo y permitían lo nuevo, hemos andado un largo camino desde la idea de las ideologías proféticas de resistencia como "la magia de la desesperación".

A pesar del valor de este trabajo, el énfasis puesto en la ideología religiosa de la resistencia ha sido discutido desde dos aspectos diferentes: por un lado, algunos investigadores argumentan que se ha exagerado el rol de la religión en la resistencia; por otro lado, algunos investigadores argumentan que lo que ha sido exagerado es el rol de la resistencia en la religión.

²⁶ M. A. Mabona, 1974.

²⁷ P. Rigby, 1974.

Así, los escritores coloniales hablaban de una "bruja" que lideraba la sublevación de los giriamas en la zona interior de la costa de Kenia; historiadores más recientes la han reinterpretado como una "profetisa". Pero, en su admirable y exhaustivo estudio sobre los giriamas, Cynthia Brantley Smith demuestra que no se trataba de tipo alguno de líder religioso; sólo era una mujer enérgica y respetada.²⁸ Este es un caso en el que la retraducción de términos colonialistas como "brujo" o "médico-brujo" resulta insuficiente para corregir la distorsión de los informes oficiales. Dos investigadores de la historia de los ndebeles y los shonas han sugerido que ocurre lo mismo con mi propio informe sobre las sublevaciones de 1896 en el sur de Rhodesia; la Compañía Británica de África del Sur dijo que las sublevaciones habían sido fomentadas por "médico-brujos"; yo argumenté que estaban potenciadas por una profunda ideología profética; Julián Cobbing y David Beach afirman que los médiums tenían una influencia mucho más restringida que la que yo les atribuía, y que los sacerdotes de los mwaris no participaron en absoluto en las sublevaciones.²⁹ Quizás no resulte sorprendente saber que no estoy dispuesto a aceptar correcciones tan drásticas. Lo que sí es verdad es que el trabajo reciente sobre la religión africana en Rhodesia del Sur muestra que su relación con la resistencia no puede haber sido tan sencilla como yo había supuesto. Resulta claro que ni el culto nwarí ni el sistema de los médiums eran capaces de comprometerse totalmente con la resistencia ni con nada; ambos se basaban en una competencia intensa y constante entre santuarios; la asombrosa supervivencia de los cultos se basaba en el hecho de que los sacerdotes o médiums que habían apoyado una causa equivocada o derrotada podían ser reemplazados rápidamente por rivales que estaban esperando entre bambalinas, y en el hecho de que algunos centros de culto importantes adoptaban siempre posiciones diferentes a las de los otros. Algunos santuarios mwaris apoyaron la sublevación y otros no; y cuando fue sofocada la sublevación, las familias a cargo de los santuarios que la habían apoyado fueron reemplazadas. Era un error suponer que todo el

²⁸ C.B. Smith, 1973.

²⁹ J. Cobbing, 1974 y 1977; D. Beach, 1971 y 1979.

liderazgo religioso de los shonas se comprometería completamente con la sublevación; las sublevaciones tenían una importancia crucial, pero no tanta como para poder -o deber-provocar la ruptura de los antiguos modelos de persistencia y eficacia de los cultos.³⁰

Todo esto es pertinente para la discusión sobre el carácter central de la protesta en el seno de los movimientos proféticos. Un profeta surge como respuesta a un sentimiento popular de que se necesita una acción radical e innovadora, pero semejante sentimiento popular no se desarrolla únicamente a causa de una amenaza externa. Un profeta puede ser lanzado a causa de la profunda ansiedad provocada por tensiones o transformaciones internas, incluso por un deseo general de acelerar el ritmo del cambio y aprovechar nuevas oportunidades. Es así como, con frecuencia, un líder profético dirige sus enseñanzas hacia la moralidad interna de las sociedades africanas, liderando a veces un movimiento de protesta contra el autoritarismo interno; otros, "protestando" más bien contra las acciones de la naturaleza humana. Del trabajo que se está haciendo actualmente sobre el notable número de líderes proféticos del África del siglo XIX, se desprende claramente que muchos de ellos no se preocuparon de la resistencia contra los blancos, ni siquiera de los blancos mismos.

Incluso aquellos líderes que se preocuparon principalmente por encontrar una reafirmación que ayudara a definir las relaciones de su gente con los europeos recomendaban unánimemente el rechazo o la resistencia. Tal como señala Mabona, el profetismo xhosa produjo tanto una "ideología para la resistencia", como una ideología "para un proceso de adaptación controlada". Makana fue el profeta de la resistencia y Ntsikana fue el de la adaptación controlada. Ntsikana fue un genio creativo religioso del mismo nivel que Makana; los debates entre ellos sobre la naturaleza de la divinidad tuvieron consecuencias prácticas inmediatas y dividieron a los xhosas en facciones, pero se llevaron a cabo en términos profundamente teológicos. Y, de hecho, la preocupación

³⁰ M. Schoffeleers en Schoffeleers (ed.), en preparación.

principal de Ntsikana no fue los problemas de las relaciones con los blancos, sino que su intención fue más bien inducir cambios en la sociedad xhosa, por medio de la aceptación de parte de la dinámica del pensamiento cristiano, mientras que al mismo tiempo repudiaba muchos de los principios culturales de los blancos. Tal como nos dice O. P. Raum, para muchos de los xhosas de hoy, "el comienzo del cristianismo no es atribuido a los misioneros, sino más bien al precursor cristiano que fue Ntsikana".³¹

Aunque ningún otro caso nos ofrece un enfrentamiento profético tan dramático y directo como el debate entre Makana y Ntsikana, el mismo abanico de posibilidades proféticas aparece claramente incluso en zonas en las que la resistencia fue muy decidida como, por ejemplo, en los sitios donde tuvo lugar la sublevación maji maji, o las áreas shonas de Rhodesia. Después de la derrota de los maji maji, el conjunto de símbolos y pretensiones de poder espiritual que había usado Kinjiktile fue utilizado por una sucesión de figuras proféticas preocupadas por la purificación interna de las sociedades africanas que condujeron a lo que se ha llamado "movimientos de erradicación de la brujería".

En cuanto a los shonas, Elleck Mashingaidze ha escrito un estudio fascinante sobre la serie de consejos dados al pueblo xhosa de la zona del Valle Mazoe. Los médiums más influyentes aconsejaban al pueblo, en primer lugar, que escuchara cuidadosamente las enseñanzas misioneras; después le aconsejaban que participara en las sublevaciones y echara a los blancos; y finalmente le aconsejaba, una vez más, que enviara a sus hijos a las escuelas de las misiones para obtener lo que pudieran de la "sabiduría" blanca. Mashingaidze no considera que esta secuencia sea confusa o revele traición y escribe sobre el particular en los siguientes términos:

³¹ O. P. Raum en E. Benz (ed.), 1965, pp. 47-70.

La derrota militar de 1897... no tuvo como resultado el abandono del mundo tradicional, tal como habían previsto ingenuamente los blancos... Los shonas empezaron a intentar entender a los blancos... La religión tradicional, representada por Nehanda y otros médiums, no se oponía a la fe cristiana como tal. Desde que había empezado el encuentro entre los dos sistemas, el papel de la religión tradicional había sido moderar el cambio... Continuó recordando al pueblo que, a pesar del resultado militar... no debía perder su identidad cultural. De hecho, la religión xhosa continuó siendo la fuente de una respuesta constructiva y creativa ante el cristianismo y la cultura occidental como un todo. Recordaba al pueblo que todavía era posible aceptar o rechazar ciertos aspectos del nuevo orden.³²

Se podría decir que los profetas shonas buscaban mitigar los efectos de la pérdida de la soberanía política a través de la preservación de cierta autonomía espiritual. Las potencialidades del profetismo shona para producir una ideología de la resistencia no se perdieron y, en la década de 1970, algunos médiums estuvieron fuertemente implicados en la lucha nacionalista y de guerrillas.

Visto desde la perspectiva de la historia de la resistencia, el enfoque interno de muchos profetismos, que identifican la fuente del mal como un pecado interno más que como una opresión externa, puede parecer una "falsa conciencia". Visto desde la perspectiva de la historia de la religión africana, el interés de estos movimientos radica precisamente en la amplitud con que lograron dar respuesta a las preocupaciones de las sociedades africanas sobre sí mismas. Es así como el profesor B. A. Ogot disiente de quienes interpretan el movimiento profético de Kenia como una reacción esencialmente anticolonial. Sobre uno de estos profetas, Simeo Ondeto, Ogot escribe que era realmente un "revolucionario", pero que su revolución concernía al campo moral, más que al político y que debía tener lugar en el interior del individuo. La esencia de los movimientos proféticos, escribe Ogot, es que son "agentes de transformación espiritual y social que están

³² E. Mashingaidze, 1974.

creando nuevas comunidades capaces de enfrentarse a los desafíos del mundo moderno".³³ De esta forma, las grandes ideologías proféticas de la resistencia encuentran lugar como parte de un intento más amplio por redefinir las bases morales de la sociedad.

Sentido y consecuencias de la resistencia africana

Hasta hace unos veinte años, casi todo el mundo aceptaba que las resistencias habían sido callejones sin salida, que no llevaban a parte alguna. Desde entonces se ha argumentado firmemente que las resistencias buscaban toda clase de caminos hacia el futuro. En lo que respecta a su preocupación por la soberanía, los movimientos de resistencia pueden ser considerados como una anticipación de la recuperación de la soberanía y del triunfo de los nacionalismos africanos; en lo que respecta a su posesión de ideologías proféticas, pueden ser considerados como una contribución a la creación de nuevas comunidades de pensamiento. Algunos de estos movimientos tuvieron como resultado una mejoría de la situación de los pueblos que se habían sublevado; otros, crearon un liderazgo alternativo a los jefes oficialmente reconocidos. Yo mismo he argumentado que las resistencias estaban "relacionadas" con el nacionalismo de masas, a causa del hecho de que fueron movimientos de compromiso de masas, a través de una continuidad en la atmósfera y los símbolos que nutrieron otros movimientos del período intermedio y, finalmente, a causa de la inspiración explícita que los movimientos nacionalistas extrajeron de la memoria del pasado heroico.³⁴

Estos argumentos han sido desarrollados por otros escritores y la aplicabilidad contemporánea de las resistencias se ha convertido en un axioma de los teóricos del nacionalismo y la guerrilla. Es así como, al final de su examen de la resistencia de los ovimbundus contra los portugueses, Rodney escribió:

³³ B. A. Ogot, 1974 (a).

³⁴ T. O. Ranger, 1968 (a).

El resurgimiento de la resistencia armada en la meseta de Benguela tuvo lugar durante los últimos años. ¿Cómo surgió y qué vínculos la unen a épocas anteriores? Estas preguntas son tan importantes que no intentaremos darles una respuesta aquí, ya que tales respuestas serían, inevitablemente, insuficientes. Basta con apuntar que los mismos combatientes por la libertad de *Angola afirman que hay una conexión entre sus guerras de liberación nacional y las resistencias anteriores, y que (según afirman ellos) las masas recuerdan perfectamente acontecimientos tales como la guerra de los bailundos*. Los académicos frívolos no están en situación de poner esto en duda.³⁵

Los académicos -frívolos y no- han puesto en duda el postulado de la relación entre la resistencia y la lucha subsiguiente por la libertad. Tales recusaciones procedían tanto de la "derecha" como de la "izquierda".

Escribiendo desde una posición que se sitúa en algún lugar de la "derecha", Henri Brunschwig ha negado que haya alguna línea clara que relacione a la resistencia con los movimientos modernos de liberación. Brunschwig opina que en África ha habido, durante muchos siglos, una lucha entre la adaptación y la resistencia a las ideas procedentes del exterior. Los "adaptadores" crearon los grandes imperios sudaneses; los resistentes intentaron rechazarlo. Los adaptadores utilizaron los principios ampliadores del Islam y el cristianismo; los resistentes se inspiraron en lo que Brunschwig llamó "animismo" y "etnicidad". Mucho antes del colonialismo, hubo "innumerables sublevaciones" contra los innovadores africanos; la mayor parte de la resistencia al colonialismo nació de las mismas raíces "animistas y étnicas". Por otra parte, el nacionalismo africano moderno y el panafricanismo son manifestaciones de la tendencia a la innovación centralizada y a adoptar ideas "amplias"; de esta forma, se sitúan en una tradición totalmente opuesta a la de la resistencia.³⁶

³⁵ W. Rodney, 1971 (b), p. 9.

³⁶ H. Brunschwig, 1974, pp. 63-64.

Escribiendo desde la "izquierda", cierto número de historiadores, ha puesto en duda la relación entre la resistencia y el nacionalismo, apoyándose en el hecho de que permitir que las minorías gobernantes, a veces egoístas, de los nuevos Estados pretendan tener una legitimidad revolucionaria es un truco intelectual. La declaración más explícita de esta opinión es obra de Steinhart:

En lugar de examinar la resistencia anticolonial a través de la lente distorsionadora de la mitología nacionalista, debemos crear un "mito" mejor, uno más apropiado para interpretar la realidad de la protesta africana... Un "mito" del renacimiento revolucionario puede permitirnos desarrollar mejor, y más a fondo, nuestra comprensión de los movimientos de protesta y liberación del siglo XX, que lo que nos ha hecho comprender el débil "mito del nacionalismo".

Steinhart busca, de esta forma, reclamar el legado de las re-sistencias para la protesta antiautoritaria radical existente en el seno de los nuevos Estados nacionales africanos.³⁷

Un estudio largo y más reciente sobre la resistencia -el libro de Isaacman sobre la sublevación africana del Valle del Zambeze-busca, implícitamente, dar respuesta a las objeciones tanto de Brunshwig como de Steinhart. Isaacman responde a Brunshwig poniendo énfasis, no en la "estrechez de miras" de las sublevaciones étnicas, sino en las redefiniciones de la soberanía que él afirma tuvieron lugar en el levantamiento de 1917. Responde a Steinhart relacionando esta clase de resistencia ampliada, no con un nacionalismo de élite, sino con el movimiento radical de liberación de Mozambique, FRELIMO. En el nuevo planteamiento de Isaacman, la idea de una relación entre la resistencia de la época colonial y los movimientos contemporáneos de liberación se presenta de la forma siguiente:

La naturaleza del llamamiento que se expresó en términos ampliamente anticoloniales y la amplitud de la alianza que este llamado hizo posible sugieren que la sublevación de 1917 ocupó

³⁷ E. Steinhart, inédito.

una posición de tránsito entre las primeras formas africanas de resistencia y las guerras de liberación de mediados del siglo xx... El levantamiento de 1917 constituyó la culminación de la larga tradición de resistencia del Zambeze y, al mismo tiempo, se convirtió en el progenitor de la actual liberación.

Tal como en la lucha del FRELIMO, en 1917, "el tema era la opresión, no la raza". Además, "los lazos de FRELIMO se extendían más allá de un compromiso ideológico compartido", ya que la tradición de resistencia "sirvió tanto de fuente de orgullo, como de modelo para una actividad futura".³⁸

Establecimiento de las etapas de la resistencia: la interpretación económica

Empecé este capítulo describiendo la situación durante los últimos veinte años del siglo XIX. Con todo, ha resultado extremadamente difícil estudiar la resistencia dentro de estos límites cronológicos. En un extremo, he tratado a Makana, el profeta xhosa de principios de siglo XIX. En otro extremo, he tratado el levantamiento de 1917 en el Valle de Zambeze y sus lazos con el FRELIMO; pero, al menos hasta ahora, he limitado la discusión de la resistencia armada ante los blancos a los levantamientos armados contra el dominio colonial, cuando éste empezó a "morder"; las ampliaciones cronológicas son la consecuencia de la naturaleza desigual del avance blanco en África y del establecimiento, todavía más desigual, de un control colonial eficaz. Usando esta definición política esencial, el lapso que va de 1880 a 1900 se configura como un período crucial de resistencia, incluso si muchos de los grandes intentos por redefinir la soberanía por medio de la protesta tuvieron lugar más tarde.

Si, para concluir, dirigimos ahora nuestra atención al énfasis que se está desarrollando en la resistencia *económica*, los límites cronológicos resultan aún más confusos. La reinterpretación más radical quizás sea la de

³⁸ A. Isaacman, 1976, pp. 344, 345 y 375.

Samir Amin. Éste argumenta que las resistencias realmente cruciales del África Occidental a los europeos tuvieron lugar a finales del siglo XVII y en el siglo XVIII y desecha las resistencias del período mismo de la lucha, considerándolas como acciones poco entusiastas y de retaguardia de una clase gobernante que ya había cedido. A los ojos de Amin, lo que se estaba jugando, esencialmente, en la confrontación entre África y Europa no era el control político formal, sino los intentos, por parte de Europa, de manipular económicamente a África. La resistencia africana realmente significativa estuvo dirigida contra dicha manipulación económica.

Amin argumenta que el comercio a través del Sahara había "fortalecido la centralización del Estado y estimulado el progreso". Por otra parte, el comercio atlántico, controlado por los europeos,

no provocó el crecimiento de fuerza productiva alguna: al contrario, fue la causa de la desintegración de la sociedad... Obviamente, las sociedades africanas se opusieron al empeoramiento de su situación y el Islam sirvió de base para su resistencia... Los sacerdotes musulmanes trataron de organizar un movimiento de resistencia; su objetivo era detener el tráfico de esclavos, es decir, la exportación de fuerza de trabajo, pero no terminar con la esclavitud interna... El Islam dejó de ser la religión de un grupo minoritario de comerciantes para convertirse en un movimiento popular de resistencia.

Amin identifica tres importantes resistencias de este tipo: las guerras de 1673 a 1677; la revolución de los torodos, en 1776, que "derrocó a la aristocracia militar y terminó con el comercio de esclavos"; y el movimiento, en 1830, del profeta Diile en el reino Waalo, que "fracasó frente a la intervención militar francesa". Amin describe aquí resistencias que estaban dirigidas contra la aristocracia africana, pero que constituían también una respuesta a la agresión económica francesa.

A medida que avanzaba el siglo XIX, continúa argumentando Amin, los franceses dejaron de pedir esclavos y empezaron a reclamar materias primas y productos agrícolas. En el reino Waalo, los franceses empezaron a experimentar

con plantaciones agrícolas, pero fracasaron en ello, a causa de "la resistencia de las comunidades aldeanas". Los franceses no pudieron vencer la resistencia a la proletarización, hasta que hubieron ocupado toda la zona y estuvieron en condiciones de usar la fuerza continuamente. Pero esta conquista colonial tuvo lugar tan tarde en la progresión, que la resistencia a ella no fue muy eficaz. A esta altura, el Islam había dejado de ser una ideología de resistencia y se había convertido en el solaz espiritual de la derrotada aristocracia, que lo utilizaba para disciplinar a los campesinos cultivadores y asegurarse de que produjeran cualquier cosa que les pidieran los franceses.³⁹

Amin argumenta que las resistencias realmente importantes tuvieron lugar antes de la lucha; pero otros historiadores, utilizando la perspectiva económica, parecen argumentar que las resistencias realmente importantes al dominio colonial tuvieron lugar únicamente en el siglo XX. Es verdad que hubo una gran resistencia económica durante la lucha. Concretamente, los europeos rompieron su antigua alianza con los comerciantes e intermediarios africanos y usaron la fuerza para poner en pie un monopolio comercial. El resultado de esto fue una feroz resistencia por parte de los comerciantes africanos, dirigida por el jefe Nana Olomu de los itsekiris del Delta del Níger (Nigeria), a quien A. G. Hopkins describe como el verdadero tipo del *homo economicus*; o por parte de los jefes africanos y swahilis que habían dominado el comercio de esclavos en la zona norte de Mozambique; o por Rumaliza, el gran comerciante que luchó contra los belgas y alemanes en África Oriental.

Immanuel Wallerstein considera esta guerra de los comerciantes como uno de los acontecimientos decisivos de los primeros tiempos del colonialismo:

muchas partes de la zona subsahariana de África... [habían estado] comprometidas en un proceso relativamente autónomo de desarrollo, atadas al mundo europeo en forma limitada pero

³⁹ S. Amin, 1972.

importante, por medio de mercaderes o de agentes estatales de comercio de ambos lados... Con todo, en 1879, toda esta estructura comenzó a desmoronarse; y en 1900, había dejado de existir.

Con la imposición del dominio colonial,

la relación característica entre los europeos y los africanos ya no era una relación entre socios comerciales... El efecto más inmediato del dominio colonial fue su impacto sobre los comerciantes africanos... Al terminar la Primera Guerra Mundial, el declive radical de la importancia relativa de la clase comercial africana, así como de la árabe, se había convertido en un hecho consumado.⁴⁰

Pero, en general, los historiadores recientes no han comprendido bien la resistencia de los comerciantes. Hopkins nos advierte que no nos imaginemos que los comerciantes del Delta del Níger, como por ejemplo Nana Olomu, fueron precursores del nacionalismo o portavoces de agravios populares, señalando que su "visión de la justicia social no incluía la emancipación de sus propios esclavos". Nancy Hafkin pone el acento en los intereses puramente egoístas de los jefes resistentes del norte de Mozambique: "su resistencia", concluye Hafkin, "no fue, en ningún sentido, popular o progresista".⁴¹

La capacidad de resistencia de los grandes comerciantes, así como de los gobernantes de muchos Estados secundarios, se vio disminuida a causa del hecho de que ellos mismos habían generado demasiadas injusticias. Cuando la Compañía Imperial Británica del África Oriental quiso quebrar el poder de los comerciantes árabes, swahilis y africanos, fue capaz de construir una nueva ruta comercial interior desde Malindi, "defendida por empalizadas construidas por comunidades de esclavos que habían huido de las plantaciones costeras de sus propietarios árabes".⁴² A los "importantes patrones" del interior de Lagos les resultó difícil ofrecer una resistencia eficaz al avance de los británicos, a causa del malestar que reinaba

⁴⁰ I. Wallerstein en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1970, pp. 402-407.

⁴¹ A. G. Hopkins, 1973, p. 147; y N. Hafkin, 1971.

⁴² C. B. Smith, 1973, pp. 112 y 113.

entre su "numerosa fuerza de trabajo consistente principalmente en esclavos y siervos".⁴³ Las condiciones del comercio internacional que habían producido el surgimiento de poderosos comerciantes africanos habían asegurado también que su éxito tuviera lugar al precio de muchas tensiones y resentimientos internos.

Hubo excepciones a ese estado de tensión entre los poderosos comerciantes y el pueblo. Así, en el reino de los bailundus, en Angola, "todos estaban comprometidos con el comercio"; durante la década de 1870, "los empresarios de Umbundu descubrieron y desarrollaron un nuevo tipo de raíz de goma", y "durante la década siguiente, un número sin precedentes de bailundus se lanzó al comercio privado". La caída del precio de la goma, en 1899-1902, puso fin a esta prosperidad comercial generalizada. "En Bailundu, en 1899, la intrusión de los comerciantes europeos intensificó el problema... Cuando el precio de la goma cayó en picada, comerciantes portugueses y una nueva ola de blancos pobres... llegaron y se introdujeron en el comercio". Los más recientes estudios sobre la guerra de los bailundus, en 1902, opinan que el resentimiento por esta agresión comercial tiene mucho que ver con el levantamiento popular masivo que estalló contra los portugueses.⁴⁴

Pero, en general, los historiadores de la resistencia que trabajan desde una perspectiva económica asocian los levantamientos masivos no con el resentimiento hacia el ataque europeo contra el comercio; sino con el desarrollo más lento, por parte de las poblaciones africanas, de la comprensión de que los blancos estaban decididos a obtener trabajo barato. Al principio, muchos africanos podían haber dado la bienvenida a los europeos considerándolos protectores contra jefes demasiado exigentes, rapaces comerciantes swahílis o propietarios de esclavos. Pero muy pronto descubrieron que los europeos tenían con ellos exigencias igualmente intolerables o más aún. Al principio, también,

⁴³ A. G. Hopkins, 1966(a), p. 141.

⁴⁴ D. L. Wheeler y C. D. Christensen, en F. W. Heimer (ed.), 1973, pp. 54-92.

muchos propietarios africanos de esclavos, jefes y comerciantes podían haber reaccionado con temor y odio, pero muchos de ellos se dieron cuenta de que, a largo plazo, el interés de los blancos y de los negros poderosos coincidía con frecuencia. De esta forma se produjo una profunda transformación en el modelo de resistencia.

Donald Denoon ha explicado este punto claramente:

Cuando hablamos de la lucha por África, nos referimos generalmente a la división del territorio y a la soberanía. Este fenómeno tuvo otro aspecto: la lucha por los recursos locales. Entre estos materiales habría diamantes y oro, pero el recurso más valioso, y por el que las autoridades coloniales lucharon apasionadamente, era la fuerza de trabajo. De la misma manera que los antiguos comerciantes árabes y europeos habían comprado esclavos en todas partes de África, las nuevas agencias de reclutamiento de trabajadores lucharon por mano de obra no cualificada para que trabajara en las minas... En Angola, en el Valle del Zambeze y en Katanga (al doblar el siglo), los agentes de reclutamiento para las minas del sur competían con agentes de las plantaciones portuguesas de trabajo forzado en la ensenada de Benin.⁴⁵

Esta segunda lucha por el trabajo fue resistida de la misma forma que la lucha por el territorio y la soberanía: fue resistida con las armas, y buena parte del apoyo que recibieron los grandes levantamientos populares de principios del siglo XX, que trataron de redefinir la soberanía, provenía de hombres que odiaban el trabajo forzado. También resistieron por medio de desertiones, disturbios y huelgas, rehusando trabajar bajo tierra. En los escritos de investigadores como Charles van Onselen, encontramos una nueva dimensión para estudiar la resistencia: ya no se trata de analizar la "resistencia de Zambia" o la "resistencia bamba", sino de la dimensión de la resistencia a lo largo de toda la temprana red colonial interterritorial de trabajo migratorio.⁴⁶

⁴⁵ D. Denoon, 1972, p. 74.

⁴⁶ C. van Onselen, 1973, pp. 237-255.

Conclusión

Tal como se puede ver, pues, la historiografía de la resistencia es animada y discutida. A pesar de todo, las modificaciones y los nuevos enfoques amplían, más que contradicen, las tres afirmaciones básicas que yo he tratado. La "regularidad" y la "generalidad" de la resistencia resultan todavía más claras cuando añadimos, a nuestro catálogo de oposición armada y rebeliones que tuvieron lugar durante la lucha, las anteriores resistencias indirectas a la agresión económica europea. La exploración de las bases ideológicas de la resistencia adquiere nueva riqueza cuando, a la idea de soberanía y búsqueda de un nuevo orden moral, añadimos las primeras manifestaciones de "conciencia" de trabajadores y campesinos. Y la exploración de los lazos entre la resistencia y la situación actual de África adquiere una nueva resonancia con la idea de la resistencia económica. La última palabra podría tenerla no un historiador, sino un científico de la política, Colin Leys, quien ha hecho un llamamiento en favor de una teoría del "sub-desarrollo" más dinámica e históricamente fundada:

en un aspecto crítico, la teoría del subdesarrollo tiende a parecerse a la "teoría del desarrollo": se concentra en lo que le ocurre a los países subdesarrollados que están en manos del imperialismo y el colonialismo, más que en el proceso histórico total implicado, incluyendo las diversas formas de lucha contra el imperialismo y el colonialismo que surgen de las condiciones del subdesarrollo... Lo que se necesita no es una teoría del subdesarrollo, sino una teoría del subdesarrollo y su liquidación... Una teoría de este tipo implica nada menos que una teoría de la historia mundial, elaborada desde el punto-de vista de los países subdesarrollados, una teoría de la opresión y liberación de esos países; algo... que se encuentra en una etapa de desarrollo sumamente rudimentario, por muy agudamente que se sienta su necesidad.⁴⁷

El estudio de la resistencia no es una explicación romántica basada en las glorias fútiles del pasado, sino que puede hacer su propio aporte a la teoría de la opresión y la liberación.

⁴⁷ C. Leys, 1974, pp. 20-21.

L'AFRIQUE ET L'HÉRITAGE DE LA SECONDE GUERRE MONDIALE SUR LE PLAN POLITIQUE, ÉCONOMIQUE ET CULTUREL

La Seconde Guerre Mondiale a marqué un tournant important dans l'histoire de l'Afrique, et chacun s'accorde à penser qu'elle a contribué à la libération *politique* du continent.

Mais qu'en est-il sur le plan économique? La guerre a-t-elle resserré les liens de dépendance ou a-t-elle contribué à leur relâchement? A-t-elle jeté les bases de l'indépendance économique ou a-t-elle ouvert la voie au renforcement du contrôle capitaliste extérieur sur les économies africaines?

Quelles ont été les répercussions culturelles de la guerre? Dans quelle mesure l'héritage de la Seconde Guerre Mondiale a-t-il influencé les relations culturelles ultérieures de l'Afrique avec le monde occidental?

Il ne faut pas oublier enfin les incidences militaires de la guerre. Ce sujet peut être abordé sous deux aspects au moins:

D'une part, la conduite militaire proprement dite de la guerre, le rôle de l'Afrique dans le déroulement opérationnel et stratégique du combat. (Ce premier aspect de la guerre est traité de façon plus complète dans d'autres documents).

D'autre part, l'interrogation suivante: la Seconde Guerre Mondiale a-t-elle influé sur l'histoire militaire ultérieure de l'Afrique, au-delà de la guerre elle-même? Dans quelle mesure la création d'unités de combat africaines au sein des armées impériales entre 1939 et 1945 a-t-elle été à l'origine des relations entre civils et militaires après l'accession à l'indépendance?

On ne saurait traiter à fond des questions aussi complexes dans cette brève étude, mais nous pouvons du moins en examiner quelques aspects.

La Seconde Guerre Mondiale et la libération politique

La guerre a facilité la libération politique de l'Afrique, notamment en ébranlant les forces qui permettaient à l'Europe de maintenir ses empires. Le Royaume-Uni en est sorti épuisé et appauvri, et la France avait été humiliée par l'Allemagne.

L'épuisement et l'appauvrissement de l'Europe occidentale après cette guerre fratricide, ont eu en outre pour effet de détruire le mythe de l'invincibilité européenne aux yeux des peuples colonisés. Quelqu'un s'est aperçu soudain à Bombay que la technologie moderne dont se parait l'empereur était un leurre -le rajah britannique était nu! Et lorsque les Indiens commencèrent à montrer du doigt et à exposer la nudité de leur empereur, d'autres peuples assujettis du monde en firent autant. C'est ainsi que le précédent créé par l'Inde en rejetant l'autorité britannique a stimulé de nombreux nationalistes africains.

À un niveau inférieur, celui des individus, la guerre a également fait perdre au Blanc de sa prestance aux yeux des Africains. Dans la situation coloniale qui régnait jusqu'alors, un double processus d'humanisation était impérieusement nécessaire. Les Africains colonisés, mi-diables mi-singes pour leurs maîtres, n'étaient pas reconnus comme des hommes à part entière; ils n'étaient en tout cas pas considérés comme pleinement adultes puisqu'on les assimilait souvent aux enfants. Lorsque j'étais petit, à Mombasa, dans les années 1940, la censure cinématographique décréait certains films «interdits aux Africains et aux moins de seize ans». Or, comme la population de Mombasa était en partie métissée et que beaucoup d'Arabes ressemblaient à des Africains, il y avait

deux espèces de contrôle à la porte du cinéma Régat: l'Africain désireux de voir le film interdit pouvait essayer de convaincre l'employé préposé à la vente des billets qu'il était en réalité arabe; l'adolescent de quinze ans devait le convaincre qu'il en avait seize. Cette assimilation des Africains aux enfants devint moins fréquente à la suite de la guerre et du rôle des soldats africains, qui se comportèrent au combat en adultes courageux et déterminés.

Par ailleurs, les Européens avaient été dépeints comme des «super-adultes», quasiment des surhommes. La guerre ramena les Blancs à leurs véritables dimensions humaines aux yeux des Africains qui combattirent à leurs côtés dans la Corne d'Afrique, en Afrique du Nord, en Malaisie et ailleurs. Le simple fait de constater qu'un Blanc tremblait de peur sous le tir de l'ennemi fut une révélation pour beaucoup d'Africains, qui n'avaient jusqu'alors vu les Blancs qu'occupant avec arrogance des postes de commandement en tant que membres de l'élite coloniale.

Ainsi s'est opéré un double processus d'humanisation, l'Africain cessant d'être ravalé au rang de démon, de singe ou d'enfant, le Blanc d'être promu au rôle de surhomme, d'ange, voire de dieu.

La guerre a eu pour troisième effet d'élargir l'horizon social et politique non seulement des anciens soldats qui avaient servi pendant la guerre, mais aussi de nombreux Africains restés à l'arrière. L'idée d'écouter la radio pour avoir des nouvelles d'outre-mer concernant les combats fit son chemin pendant la guerre.

Dans les communes, tous les Africains, dans leurs conversations, se répartissaient entre pro-britanniques et pro-allemands. Mon père, pour ses péchés, était pro-britannique, et je me rappelle les discussions interminables et détendues qu'il avait avec ses amis sur la signification des dernières nouvelles concernant la guerre, et pour savoir si c'étaient de bonnes ou de mauvaises nouvelles pour les partisans des Anglais, d'un côté, et ceux des Allemands, de

l'autre. J'étais un enfant alors et ce genre de palabres m'amusait beaucoup. Il était évident que les grandes personnes considéraient les forces en présence en Europe un peu comme des équipes de football en plus grand, et les Africains pariaient sur les deux puissances européennes qui s'affrontaient. Il ne faut pas oublier que l'Afrique orientale avait connu à la fois la domination allemande au Tanganyika, au Rwanda, au Burundi et la domination britannique en Ouganda et au Kenya. Les deux puissances, coloniale et ex-coloniale, en guerre l'une contre l'autre, étaient, d'un côté, des maîtres menaçants et, de l'autre, de futiles équipes de football s'affrontant en une rivalité meurtrière.

Mais cette tendance même qu'avaient mon père et ses amis à discuter de l'évolution de la guerre comme s'il s'agissait d'un match de football augmentait leur intérêt pour les affaires mondiales, et leur donnait une vision plus large des possibilités humaines. Pour des millions d'Africains repartis sur tout le continent, la Seconde Guerre Mondiale fut l'occasion d'une vaste ouverture au monde. Lorsqu'elle prit fin, nombre d'entre eux étaient prêts à lutter pour la liberté et l'indépendance.

La Seconde Guerre Mondiale eut aussi un effet libérateur pour l'Afrique du fait qu'à l'issue de cette guerre la toute-puissance mondiale ne se trouvait plus en Europe occidentale, mais était divisée entre Washington et Moscou. Les deux superpuissances se prévalaient l'une et l'autre d'une tradition anti-impérialiste, dans un certain sens tout au moins, bien que toutes deux soient coupables d'autres formes d'impérialisme. Ce qui est certain, c'est que la montée de l'Union Soviétique et la prééminence des États-Unis d'Amérique après la Seconde Guerre Mondiale ont poussé les puissances européennes à faire des concessions aux nationalistes africains qui luttaient pour l'indépendance. Si elle a parfois retardé le processus de libération, la crainte qu'éprouvait l'Occident face à l'Union Soviétique l'a finalement facilité en convainquant les Occidentaux qu'il valait mieux accorder l'indépendance à des Africains modérés, alors qu'il en était encore temps, que les acculer à des positions plus dures et les pousser ainsi dans les bras de l'Union Soviétique.

La Seconde Guerre Mondiale et la dépendance économique

Si la Seconde Guerre Mondiale a eu politiquement un effet libérateur sur les Africains, comme nous venons de le voir, elle a aussi constitué une étape importante de l'entrée de l'Afrique dans le système capitaliste mondial. En partie pour répondre aux besoins de la guerre, l'agriculture africaine a été modifiée de façon à produire d'urgence les denrées et produits alimentaires nécessaires à l'Europe combattante. Certaines régions d'Afrique connurent plus tard une grave crise lorsque la demande en denrées d'origine africaine régressa, mais l'agriculture africaine était d'ores et déjà entrée, du point de vue de sa structure, dans une nouvelle phase, celle de l'exportation, qui allait durer.

Certains des projets lancés après la guerre par les puissances coloniales pour stimuler le développement de l'Afrique échouèrent en fait totalement. L'un des échecs les plus spectaculaires fut le grandiose projet qui prévoyait la culture en grand de l'arachide au Tanganyika, et qui était censé établir des relations satisfaisantes d'interdépendance entre l'Afrique et l'Europe. Le projet devait en principe contribuer à l'approvisionnement de l'Europe en huiles comestibles tout en favorisant le développement de l'Afrique. En réalité, il fut mal conçu, mal localisé et appliqué de façon désastreuse par les autorités britanniques en Afrique orientale.

Le principe du développement de l'agriculture africaine, orientée vers la satisfaction des besoins de l'Europe, était néanmoins acquis, pour l'essentiel, et la guerre y avait été pour beaucoup.

La guerre a en outre préparé le terrain à une dépendance économique accrue par la façon dont elle a contribué à modifier la politique coloniale en substituant à une morale fondée sur le maintien de l'ordre public en Afrique (*pax britannica*) une nouvelle morale destinée à stimuler le développement des colonies et à améliorer la condition des peuples colonisés. C'est dans cette nouvelle perspective impériale que le Royaume-Uni

créa le Colonial Development and Welfare Fund. Il ne suffisait pas d'arrêter les luttes entre Africains. Il ne suffisait pas de mettre fin aux razzias de bétail entre les différentes communautés et groupes ethniques. Il ne suffisait pas de faire un exemple des agitateurs politiques pour maintenir le mystique de la *pax britannica*. Il ne suffisait pas d'invoquer le respect de l'ordre public. La puissance impériale était une sorte de charge, de mandat impliquant l'obligation de servir les peuples soumis.

Cette vision était évidemment bien antérieure à la Seconde Guerre Mondiale. Elle est même explicite dans le célèbre poème de Rudyard Kipling, «Le fardeau du Blanc», publié pour la première fois dans le Times, le 4 février 1899.

O Blanc, reprends ton lourd fardeau:
Mande au loin ta plus forte race,
Mets en exil tes fils, plutôt,
Pour servir ton captif fugace,
Afin qu'en lourd harnois il serve
La gent sauvage, au cœur mouvant,
Fraîche conquise, sombre et serve,
Mi-diable et mi-enfant.

O Blanc, reprends ton lourd fardeau:
La paix avec sa lutte ogresse,
Repais la famine et, bientôt,
Ordonne au mal rongeur qu'il cesse;

O Blanc, reprends ton lourd fardeau:
Non pas quelque règle royale,
Mais le travail de serf, bedeau,
La tache commune et banale.
Les ports où nul ne te convie,
La route où tu n'auras nuls bords,
Va, construis-les avec ta vie,
Marque-les de tes morts!

Ce poème reflète fort bien cette notion de devoir. Mais, dans l'ensemble, il fallut attendre la Seconde Guerre Mondiale pour que le développement en tant qu'impératif essentiel de la politique coloniale devint une réalité. De nouveaux projets de développement rural furent mis en œuvre de façon plus systématique, de nouvelles tendances apparurent bientôt en matière de politique éducative. Les principales universités d'Afrique noire furent presque toutes créées après la Seconde Guerre Mondiale, et beaucoup le furent très peu de temps après la fin du conflit, pour répondre à cette nouvelle exigence de la politique coloniale que constituait le développement.

Mais ces poussées de développement ne firent qu'accélérer l'entrée de l'Afrique dans le système capitaliste occidental. À sa façon, le Colonial Development and Welfare Fund contribua à la fois à aggraver l'état de dépendance économique de l'Afrique à l'égard de l'Occident et à accentuer son alignement culturel sur ce dernier.

Les cinq distorsions du développement africain

La volonté de privilégier les exportations fut, nous venons de le voir, l'une des grandes orientations qui infléchirent le développement. La priorité fut donnée aux denrées commerciales destinées à l'exportation plutôt qu'aux produits alimentaires destinés aux Africains. Un quart ou un tiers de la surface totale cultivée dans certaines des colonies les plus fertiles fut consacré à la production de denrées d'exportation telles que le cacao au Ghana, le café en Ouganda, l'arachide au Sénégal et en Gambie, le pyrèthre au Tanganyika et le thé au Kenya.

Une autre distorsion du processus de développement fut son orientation urbaine. Le changement économique du pays subordonna très souvent les besoins des campagnes à ceux des villes. Il en résulta une migration importante des zones rurales vers les centres urbains. La crise du logement continua à frapper l'ensemble des paysans. Les jeunes luttèrent quelque temps, puis ils posèrent leurs outils et prirent le chemin hasardeux de la ville.

Une troisième distorsion intervint, à l'intérieur de chaque pays, au niveau sous-régional, certaines régions étant beaucoup plus développées que d'autres, ce qui se traduisait par des tensions et des contraintes spécifiques. En Ouganda, par exemple, le niveau de développement supérieur du Buganda lui valut d'exercer une influence particulière, mais il suscita aussi la jalousie passionnée et la méfiance des autres régions du pays. Avec moins d'un cinquième de la population de l'Ouganda, le Buganda jouait un rôle prépondérant et démesuré dans la détermination du devenir politique et économique du pays tout entier. L'Ouganda est aujourd'hui aussi difficile à gouverner avec l'aide de Baganda que sans cette aide. Son instabilité chronique est due en partie aux confrontations ethniques et en partie au développement inégal des différentes régions et groupes du pays.

La quatrième distorsion que subit le développement africain intervint dans les régions colonisées du continent et, au moins pour un temps, gouvernées par des Blancs. En 1938, sur un total de 1 222 millions de livres investis en Afrique, 555 millions provenant de l'étranger le furent en Afrique du Sud. La Rhodésie bénéficia, pour sa part, d'un apport de 102 millions de livres. Les pays contrôlés par des colons blancs acquirent en outre, au sein de leur sous-région, une puissance économique considérable qui leur donna des moyens de pression sur leurs voisins. La Rhodésie exerça son influence économique sur la Zambie, le Malawi, le Botswana et le Mozambique.

Alors qu'il était encore un territoire colonial, le Kenya exerça une influence économique considérable sur ses voisins, le Tanganyika, l'Ouganda et Zanzibar. L'Afrique du Sud elle-même fait maintenant figure de géant dans le sous-continent sud-africain, ce qui lui donne la possibilité d'acheter ses amis ou de neutraliser ses ennemis.

La cinquième distorsion du développement africain nous ramène au capitalisme. En effet, il s'agit bel et bien, en l'occurrence, de l'orientation capitaliste de l'histoire économique récente de l'Afrique: incorporation aux structures internationales

des flux d'échanges et de capitaux, croyance en l'efficacité des forces du marché, foi dans le profit en tant que motivation et dans l'entreprise privée, méfiance à l'égard de l'intervention de l'État dans l'économie, optimisme quant à la valeur des investissements étrangers pour le développement

C'est en partie par leur nature même que ces cinq orientations, qui marquent l'histoire du changement économique du continent africain, ont condamné à un retard paradoxal ce continent, bien doté en richesses minières et en potentiel agricole et qui compte en même temps, après des calculs des Nations Unies, les pays les plus pauvres du monde.

Jusqu'aux années 1970, les termes de «pays pauvres» et de «pays sous-développés» étaient pratiquement interchangeable. Il est évident que des pays comme le Yémen démocratique et la Tanzanie étaient à la fois pauvres et sous-développés. Mais l'apparition du pouvoir pétrolier a modifié cette équation simple. Presque tous les pays du Tiers Monde sont encore techniquement sous-développés, mais aujourd'hui quelques-uns d'entre eux seulement sont pauvres. Le Yémen démocratique et la Tanzanie illustrent encore bien l'ancienne équation, car ils sont à la fois pauvres et sous-développés, mais il est difficile, à l'époque actuelle, de considérer l'Arabie Saoudite comme un pays pauvre. C'est au contraire l'un des pays du monde les mieux pourvus en richesses pétrolières et en réserves de dollars, ce qui ne l'empêche pas d'être l'un des moins développés.

Ce qui est vrai pour l'Arabie Saoudite Test en gros pour tout le continent africain. En termes de ressources, l'Afrique est Tune des régions les mieux pourvues du monde, mais elle reste le moins développé des continents habites. C'est la pathologie du retard technique.

Il s'ensuit paradoxalement que, par tête d'habitant dans chaque groupe, les habitants les plus riches d'Afrique sont les non-Africains. Les plus pauvres sont les Africains indigènes. C'est une des raisons pour lesquelles les niveaux de vie les

plus élevés se rencontrent parmi les Blancs d'Afrique du Sud.

Naturellement, il y a aussi sur le continent des Noirs qui sont riches, mais, là encore, on constate qu'il y a plus de Blancs millionnaires par rapport à la population blanche d'Afrique qu'il n'y a de Noirs millionnaires par rapport au nombre de Noirs. C'est la pathologie de la mauvaise répartition.

Troisième paradoxe, lié aux deux premiers: si le continent dans son ensemble est riche en ressources, il est tellement morcelé qu'il comporte la majorité des nations les plus pauvres du monde. Voilà un continent riche qui compte de nombreuses sociétés misérables. C'est la pathologie de l'économie fragmentée.

Examinons ces paradoxes plus en détail.

Les estimations des ressources africaines sont dans l'ensemble approximatives. La prospection des ressources du sous-sol reste insuffisante, mais on peut dès maintenant affirmer que l'Afrique possède 90% des diamants du monde non communiste, 60% de son or, 42% de son cobalt, 34% de sa bauxite et 28% de son uranium.

Les réserves en fer de l'Afrique représentent probablement le double de celles des États-Unis d'Amérique, et ses réserves en chrome sont de loin les plus importantes en dehors de celles de l'Union Soviétique.

Dans les années 1970, les États-Unis d'Amérique ont importé 88% de leur manganèse, dont près de la moitié venait d'Afrique. L'intérêt que porte l'Occident au pétrole africain s'est lui aussi sensiblement accru, proportionnellement aux incertitudes politiques concernant ses fournisseurs du Moyen-Orient. Si le Nigeria s'était associé à l'embargo pétrolier décrété en 1973 par les Arabes à l'encontre des États-Unis d'Amérique, les conséquences pour l'Amérique auraient été graves. En 1974, année qui suivit l'embargo, le déficit de la balance des

paiements des États-Unis d'Amérique avec le Nigeria s'élevait déjà à trois milliards de dollars. Il atteignait cinq milliards de dollars deux ans plus tard. À l'heure actuelle, l'état de dépendance de l'Amérique à l'égard du pétrole nigérian reste critique.

Il y a aussi le potentiel agricole de l'Afrique. La République Démocratique du Soudan, le plus grand pays d'Afrique par la superficie, pourrait fort bien devenir d'ici la fin du siècle un des principaux fournisseurs de céréales de certaines régions de l'Afrique et du Moyen-Orient. Une amélioration de l'irrigation permettrait de mieux exploiter la fertilité impressionnante de cette partie du continent.

N'oublions pas les ressources en eau de l'Afrique, qui compte quelques-uns des plus grands fleuves du monde. Son potentiel en matière de construction de barrages et de production d'énergie hydroélectrique commence tout juste à être exploité.

L'exploitation de l'énergie solaire pour l'usage domestique et public n'en est qu'à ses débuts, mais il ne faut pas oublier que l'Afrique est le continent qui bénéficie de la plus grande exposition solaire. Elle est traversée en son milieu par l'équateur, et c'est le seul continent qui soit coupé à la fois par le tropique du Cancer et par le tropique du Capricorne. Le captage de l'énergie solaire en Afrique pourrait représenter une nouvelle et importante source de puissance et d'énergie lorsque la technique aura été perfectionnée.

Quant aux ressources africaines en uranium, il se peut qu'elles soient nettement supérieures aux estimations actuelles. Le Niger, ancienne colonie française, est devenu depuis peu un État producteur d'uranium.

Or l'Afrique, ainsi dotée de ressources minières, agricoles et autres, comporte aussi, fait déconcertant, plusieurs pays parmi le moins développés du monde. L'immense majorité des pays considérés par les Nations Unies comme «les plus

pauvres» du monde se trouve en Afrique: du Burkina-Faso (ex-Haute-Volta) au Rwanda et au Burundi, et de la Somalie à la Tanzanie.

Le continent même semble bien pourvu en ressources, mais une partie disproportionnée de sa population est sous-alimentée et défavorisée. La conjonction d'un continent bien pourvu et d'une population pauvre dénote un sous-développement anormal.

L'explication de ce phénomène réside en grande partie dans la nature de l'interaction économique de l'Afrique et du monde occidental à travers le temps. Et une étape importante de cette interaction a été ja Seconde Guerre Mondiale, avec ses conséquences.

La Seconde Guerre Mondiale et l'emprise culturelle

Quelles ont été les répercussions culturelles de la guerre? L'Europe ravagée par la guerre ne pouvait éternellement gouverner l'Afrique, et la politique impériale se devait d'adopter un nouveau programme; c'est alors qu'elle prit pour nouveau mot d'ordre «le développement et l'amélioration de la condition des colonies». Il ne suffisait plus de maintenir l'ordre public dans les colonies et de laisser l'ordre social poursuivre sa lente évolution naturelle, un nouveau sentiment d'urgence en matière de développement commençait à gagner les responsables du Ministère des colonies à Londres.

C'est en partie pour répondre à ce caractère d'urgence que Ton envisagea d'accélérer l'enseignement supérieur dans les colonies. En 1945, le Rapport Asquith était soumis au gouvernement britannique. C'était un véritable plan directeur de l'enseignement supérieur dans les colonies. L'un de ses grands principes était qu'il fallait aux colonies des dirigeants indigènes rompus aux techniques occidentales et aux conceptions «modernes». La voie était ainsi ouverte à de nouvelles formes de pénétration culturelle dans les colonies.

Il convient néanmoins de souligner que les motifs étaient le plus souvent fort louables. L'Afrique était effectivement en retard dans certains domaines essentiels de la technologie «moderne». Malheureusement, les universités qui furent créées n'étaient pas vraiment conçues pour l'aider à combler le fossé technique qui existait entre elle et les pays plus avancés. Au contraire, ces nouvelles universités manifestèrent le même dédain pour les questions pratiques que celui qui caractérisait depuis des siècles le monde académique occidental; mais, alors que l'Occident avait, à la longue, élaboré des défenses contre cette arrogance académique en se dotant d'autres moyens de développer la technologie et les sciences appliquées, les colonies importèrent l'arrogance académique sans les correctifs appropriés.

La contradiction ne fut pas toujours reconnue par le Royaume-Uni et les nouveaux porte-parole des aspirations africaines dans les colonies. Le but déclaré et maintes fois réaffirmé de la politique coloniale britannique était d'offrir aux Africains l'enseignement le mieux adapté aux conditions et aux besoins de l'Afrique. Des éducateurs comme Carey Francis en Afrique orientale se montrèrent extrêmement soucieux de ne pas dés africaniser la jeunesse africaine par l'enseignement occidental; mais les enseignants sur le terrain ne surent pas suffisamment innover: ils se bornèrent en fin de compte, probablement faute de pouvoir mieux faire, à copier ce qui se faisait en Europe. Au nombre des rares tentatives d'innovation qui eurent lieu, il convient de signaler les expériences originales faites par l'évêque de Masais, dans le sud du Tanganyika.

Dans certains cas, la nouvelle politique des «universités pour les colonies», adoptée après la guerre, annula partiellement l'effort accompli auparavant pour développer la formation professionnelle et pratique. Avant de devenir une université, Makerere, en Ouganda, était moins réputée pour son enseignement de culture générale que pour sa formation professionnelle en médecine, en agriculture, en sciences vétérinaires et en éducation. Si Makerere, devenue université, a continué d'accorder une place importante à ces disciplines (les sciences vétérinaires furent ultérieurement

transférées à l'Université de Nairobi), la proportion d'étudiants qui s'y consacrent a considérablement diminué. L'attrait exercé par les lettres et les sciences humaines a privé notamment la faculté d'éducation d'une grande partie des étudiants les plus brillants, et cela, pour de nombreuses années. À l'époque où Makerere n'était pas encore une université, cette faculté, assurant une formation professionnelle, comptait une proportion nettement plus élevée d'étudiants très doués que par la suite. Le plus illustre de cette première promotion de maîtres qualifiés issus de Makerere fut le *mwalimu* Julius Nyerere, qui devait devenir quelques années plus tard le président philosophe de la Tanzanie.

Tout cela signifie que le nouveau «colonialisme à vocation sociale», qui suivit la Seconde Guerre Mondiale, a donné un nouvel élan aux sciences humaines et aux lettres, parfois aux dépens des progrès réalisés précédemment dans des domaines d'enseignement plus pratiques.

À cet égard, il y a lieu de rappeler les différences importantes existant entre l'occidentalisation de l'Afrique et la modernisation du Japon après la restauration Meiji en 1868. Pour opérer cette modernisation, de type original, les Japonais eux-mêmes se sont montrés extrêmement sélectifs, le but recherché étant de protéger le Japon contre l'Occident, et non de céder purement et simplement à l'attrait de sa culture. L'accent fut donc mis au Japon sur la technique et la technologie de l'Occident plutôt que sur sa culture littéraire et verbale. La devise japonaise de l'époque: «La technique occidentale, l'esprit japonais», traduisait cette ambition d'emprunter à l'Ouest sa technique tout en protégeant délibérément une part importante de la culture japonaise. Dans un sens, l'occidentalisation technologique du Japon fut conçue de façon à limiter les risques d'autres formes de dépendance culturelle.

L'occidentalisation de l'Afrique a été très différente. Loin de donner une place prépondérante à la technologie productive de l'Occident et de refouler les modes de vie et la culture verbale occidentale, l'Afrique a inversé l'ordre de valeurs établi

par les Japonais. Cette inversion est due en partie au rôle joué par l'université africaine.

Pour mieux comprendre ce rôle, examinons-le par rapport à l'une des fonctions de la culture.

Des modèles marqués par la dépendance culturelle

La culture a, entre autres fonctions essentielles, celle de taire découvrir et connaître l'univers, d'offrir un modèle de société et d'apporter une vision globale du monde. Les travaux de Kuhn sur la structure des révolutions scientifiques ont jeté une lumière nouvelle sur la façon dont un concept scientifique vient se substituer à un autre concept et dont de nouveaux systèmes d'explication des phénomènes en arrivent à dominer la pensée scientifique.

Mais qu'en est-il des changements de concepts cultures? Comment sont-ils liés à l'évolution des conceptions scientifiques?

La religion est souvent un modèle culturel en soi. Copernic et Galilée, en contribuant à transformer la pensée scientifique sur les mouvements planétaires, contribuèrent aussi, le moment venu, à modifier le concept chrétien de l'univers. Charles Darwin, en contribuant à déclencher une révolution dans les sciences biologiques, a également engagé le processus de transformation du concept chrétien de «création». En l'occurrence, le bouleversement scientifique a entraîné un bouleversement religieux. Il est aussi arrivé que des révolutions religieuses entraînent des changements scientifiques. La montée de l' Islam a donné pendant un certain temps aux Arabes la prépondérance scientifique dans l'hémisphère nord. Le puritanisme et le non-conformisme qui régnaient en Grande-Bretagne au XVIII^e siècle ont servi de toile de fond à la révolution scientifique et industrielle du pays.

Toutefois, ces changements de direction ne sont pas seulement dus à de grands esprits comme Copernic, Newton, Darwin et Einstein, à de vastes mouvements sociaux comme

l'islam et la révolution protestante, mais aussi à l'acculturation et à la diffusion de normes nouvelles.

C'est dans ce sens que le colonialisme a profondément modifié le modèle culturel d'une société africaine après l'autre. Les idées traditionnelles sur les causes de la pluie, la croissance des récoltes, la guérison des maladies et la conception des enfants ont du être revues à la lumière de la nouvelle culture scientifique occidentale.

Si les universités africaines s'étaient quelque peu inspirées de l'exemple japonais et s'étaient attachées, au départ, à ce qui constitue indiscutablement le véritable domaine où l'Occident excelle et possède une marge d'avantage (la science et la technique), l'état de dépendance qui en aurait résulté pour l'Afrique aurait probablement été différent. Mais le problème initial venait précisément du modèle offert par l'université même, le modèle académique, essentiellement réticent à l'égard de la solution directe des problèmes dans une société élargie.

Notre système d'éducation (au Royaume-Uni) facilite considérablement la définition des problèmes en termes d'objectifs étroitement scientifiques. Du fait des relations actuelles entre les universités (avec l'afflux à sens unique d'«experts» et de conseillers, l'afflux d'étudiants d'outre-mer, etc.), les pays moins développés tendent à adopter les mêmes normes et à nourrir les mêmes espérances [...]. Les techniques permettant de satisfaire les besoins essentiels et de promouvoir le développement rural ne soulèvent guère intérêt [...] les cours, les livres et les méthodes d'enseignement imitent beaucoup trop ceux qu'utilisent les pays industrialisés. Cette tendance s'étend de l'enseignement à la recherche. Les universités s'efforcent, en matière de diplômes et de promotion de leur personnel enseignant, d'atteindre aux normes internationales; en pratique, cela revient à prendre comme critère la littérature scientifique et technique internationale. Or, étant destiné à résoudre les problèmes locaux, le travail appliqué [...] peut rarement s'accompagner d'une publication dans les revues «respectables»: le succès ou l'échec dudit projet dans le pays sous-développé constitue un bien meilleur critère.

L'unique modification fondamentale qui s'imposait pour les universités importées n'a pas eu lieu en fait, faute d'un changement dans la conception même de l'université et de ses objectifs.

En revanche, «l'absence de changement» dans la conception de l'université transplantée a entraîné de nombreuses modifications des attitudes, des valeurs et des perspectives que reflète sa production. Du fait même que l'université était si totalement étrangère au contexte africain et qu'elle avait été transplantée avec fort peu de concessions aux cultures africaines, son impact en tant que facteur d'aliénation culturelle s'est révélé exagérément important. Toute une génération d'universitaires africains a grandi dans le mépris de ses ancêtres, tendue vers l'imitation des autres. Ce n'était pas l'Africain traditionnel qui «singait», mais l'Africain occidentalisé, fasciné par le miroir culturel de l'Occident. Un nombre disproportionné de ces «singes» culturels étaient et sont encore le produit des universités.

Les diplômés africains, qui sont devenus par la suite professeurs d'université, sont dans l'ensemble restés des imitateurs et des disciples intellectuels de l'Occident. Les historiens africains commencent à innover sur le plan méthodologique en recueillant les traditions orales, mais la plupart des autres disciplines demeurent asservies aux modèles établis.

C'est le cas des intellectuels africains qui ont découvert Karl Marx récemment. Le génie de Karl Marx a réellement entraîné un bouleversement international de l'analyse sociale, mais ses théories étaient essentiellement centrées sur l'Europe, et ce qu'il nous a légué représente le courant radical de l'héritage occidental. Les intellectuels africains qui ont remplacé un concept occidental libéral par un concept occidental radical ont peut-être eu l'impression d'accomplir une sorte de coup d'état spirituel, une relève intellectuelle; mais ils n'ont pas encore effectué une révolution intellectuelle de nature à imposer un nouveau modèle. Le fantôme de la dépendance intellectuelle continué de planer sur l'université africaine à tous les niveaux. Et l'héritage de la Seconde Guerre Mondiale et le

«colonialisme social» qui l'a suivi sont en partie à l'origine de cette emprise culturelle.

Conclusion

Nous ayons examiné dans cet essai l'effet étrange et paradoxal de la Seconde Guerre Mondiale sur l'évolution des diverses formes de dépendance en Afrique. Sur le plan politique, la guerre a affaibli le contrôle exercé par les puissances impériales et ouvert la voie à la désintégration des empires française et britannique; mais, sur le plan économique, elle a contribué à intégrer plus complètement les colonies au système capitaliste mondial au fur et à mesure que les économies périphériques étaient mises de façon plus systématique au service des besoins du pouvoir central pendant la guerre. Sur le plan culturel, la guerre a ouvert l'Afrique aux influences extérieures, ce qui a entraîné une nouvelle forme d'impérialisme avec l'implantation d'institutions d'enseignement supérieur dans les colonies. Sur le plan militaire, la guerre a consolidé le principe du recrutement de soldats africains et de la mise sur pied d'armées africaines dotées d'un armement moderne, avec toutes les conséquences que cela a eues dans les anciennes colonies, s'agissant de leur dépendance à l'égard des militaires aussi bien que des tensions entre ces derniers et les populations civiles.

Nous insistons particulièrement dans cette partie sur les incidences de la Seconde Guerre Mondiale en termes de dépendance culturelle; mais cela implique quelques réflexions sur les autres effets de la guerre.

Sur le plan politique, l'emprise impériale se relâchait notamment en raison de l'affaiblissement des puissances impériales mêmes. La France avait été humiliée et partiellement occupée par les Allemands -ce qui ébranla l'ancien mythe de l'invincibilité impériale et de la grandeur française que la propagande avait répandu dans les colonies. Le Royaume-Uni s'épuisait et s'appauvissait à mesure que la guerre se prolongeait. L'empire britannique était agitée, encore que loyale, tandis que les Japonais ravageaient la Birmanie et la péninsule malaise. L'empire britannique en Asie ne devait pas

survivre longtemps à la fin de la guerre, même en cas de victoire du Royaume-Uni.

Face à ces événements qui se produisaient dans les anciens empires, les nationalistes africains comme Awolowo, Nkrumah, Kenyatta et Azikiwe nourrissaient des espoirs et des aspirations accrues pour la libération de l'Afrique. Même les Africains qui n'avaient pas été à l'étranger virent leur horizon international s'élargir durant la guerre du fait même qu'ils cherchaient à suivre l'évolution des différentes batailles à la radio et dans les journaux «locaux». Jamais auparavant un aussi grand nombre d'Africains n'appartenant pas à l'élite intellectuelle n'avaient fait un tel effort pour comprendre des conflits qui se déroulaient en des endroits aussi éloignés que Dunkerque et Rangoon, Pearl Harbor et même El-Alamein.

En outre, il y avait les Africains du contingent, qui faisaient l'expérience du combat à des milliers de kilomètres de leurs villages, qui acquéraient de nouveaux talents, ressentaient de nouvelles aspirations et voyaient les Blancs sous un jour nouveau, comme des ennemis dans l'autre camp et parfois comme des camarades partageant l'angoisse des tranchées; mais, en même temps que la guerre affaiblissait le contrôle politique des anciens empires, elle augmentait temporairement les besoins de l'Europe en produits africains. Le rationnement avait été instauré dans tous les empires et Ton s'efforçait de faire produire aux colonies ce qui était indispensable à l'Europe. De nouvelles denrées alimentaires furent cultivées pour nourrir des bouches européennes, de nouvelles matières premières furent exploitées à la périphérie pour le marché des industries européennes. La vague de prospérité que connurent les colonies pendant la guerre devait être suivie d'une nouvelle dépression économique. La dialectique entre ce type d'essor et la dépression en Afrique était en soi symptomatique du nouveau niveau d'intégration économique de l'Afrique dans le système capitaliste international. Cette même guerre qui affaiblissait la puissance politique du Royaume-Uni et de la France dans leurs colonies accentuait en même temps l'état de dépendance économique de l'Afrique à l'égard du monde occidental dans son ensemble.

Quant aux incidences culturelles de la guerre sur l'Afrique, elles sont en partie liées aux autres processus que nous venons de mentionner. Les nouveaux complexes de culpabilité du monde occidental après sa lutte contre le nazisme et le fascisme aboutirent à une forme de colonialisme plus responsable, mais cette responsabilité conduisit, à son tour, à un renforcement du processus de transmission de l'éducation occidentale et de sa charge culturelle. Les nouvelles universités coloniales furent les principaux instruments de cette forme renouvelée de dépendance culturelle.

Nous avons essayé de démontrer ici que l'université africaine est un maillon de la chaîne de dépendance qui continué à lier l'Afrique au monde occidental. La sensibilité de l'Afrique, ses modèles de communication, ses structures de stratification, ses règles d'interaction, ses normes d'évaluation, ses motivations et ses modèles de production et de consommation subissent tous les affres du changement en partie sous l'emprise perturbatrice de la culture occidentale.

Les universités africaines sont les principaux organes de transmission de la culture occidentale dans les sociétés africaines. Les grands prêtres de la civilisation occidentale sur le continent africain sont presque tous des produits de ces séminaires culturels qu'on appelle «universités».

Dans l'ensemble, l'université africaine est écartelée entre son ambition de promouvoir une réelle évolution de l'Afrique et le rôle qu'elle continué à jouer dans le renforcement de la dépendance culturelle. Dans la mesure où il ne saurait y avoir de développement authentique sans décolonisation culturelle, une contradiction fondamentale subsiste dans les fonctions de l'université africaine. Elle peut apporter une formation adaptée à la modernisation et au développement du pays, mais elle n'a même pas commencé à apprendre -ni, encore moins, à apprendre aux autres- ce qui est peut-être le plus important: comment promouvoir le développement d'un État postcolonial sans consolider les structures de dépendance héritées de la Seconde Guerre Mondiale et de son contexte impérial.

L'EFFET COLONIAL: POUR UNE REVISION DES FAITS!

Marc H. Piault

Il y a cent ans se tenait la fameuse Conférence de Berlin qui réunissait les puissances européennes pour ce que Ton a pu considérer comme une sorte de Yalta du XIX^e siècle: on y aurait alors décidé des zones d'influences réservées à chacun des pays partant à l'assaut du continent africain. Il est ainsi de bon ton de faire partir la véritable conquête coloniale de cette date.

En réalité l'invasion avait déjà commencé depuis longtemps si Ton considère notamment l'occupation de l'Afrique du Nord et l'installation française dans les territoires du Sénégal aussi bien que les établissements britanniques sur la Côte de l'Or ou bien dans le Delta du Niger. En sens inverse, les zones d'influence n'ont été définitivement établies qu'après toute une série d'affrontements sur le terrain dont le plus célèbre reste le dramatique face à face entre le commandant Marchand et le général Kitchener à Fadocha sur le Haut Nil: c'était en 1898, treize ans après cette fameuse conférence! Le partage final ne sera réalisé qu'au cours de la première décennie de notre siècle, peu de temps avant la guerre de 1914-18 dont l'armistice évincera définitivement l'Allemagne de cette course enfin achevée.

Missionnaires, explorateurs, commerçants...

La Conférence de Berlin se situe en fait à l'articulation d'une phase particulière à l'intérieur de rapports déjà anciens entre l'Europe et l'Afrique: depuis le XVI^e siècle le développement du commerce des esclaves en avait été la principale caractéristique. L'industrialisation et les contradictions internes en Europe et en Amérique engagées par les nécessités de la

libre-concurrence, conduisent ensuite à l'abandon progressif des installations européennes sur les cotes du golfe de Guinée: les vieux établissements fortifiés du littoral sont peu à peu délaissés tandis que Ton se met à l'exploration intérieure. Les mythes du Soudan et de Tombouctou la mystérieuse lancent à travers l'Afrique les missionnaires et les explorateurs financés par des associations philanthropiques et des sociétés de géographie. Mungo Park, Clapperton, Caillié, les frères Lãnder, Barth occupent toute la première moitié du XIX siècle de leurs découvertes et des spéculations qu'elles entraînent. Le cours du Niger est défini et se sépare enfin sur les cartes de celui du Nil! L'exploration intérieure et les échanges commerciaux prennent la place du commerce des esclaves, modifiant ainsi les relations entre partenaires.

Ainsi la conquête des marches puis les luttes pour s'assurer l'accès aux matières premières entraînent les puissances européennes à intensifier leur présence sur le continent africain. On commence à vouloir s'assurer de zones d'influences marquées par des traites signes dans des conditions souvent douteuses avec les pouvoirs africains: chaque gouvernement européen, chaque maison commerciale tente d'obtenir auprès d'eux des conditions d'exclusivité qui permettent avant tout l'écoulement des produits européens. On ne peut être plus clair que Jules Ferry défendant cette politique devant la Chambre des Députés française: «dans la crise que traversent toutes les industries européennes, la fondation d'une colonie, c'est la création d'un débouché».¹

Les temps sont venus où l'exploration passe des missionnaires et des géographes aux aventuriers, aux militaires et aux hommes d'affaires. Les accords proposés aux souverains africains ont toute l'ambiguïté nécessaire que renforcent les traductions délibérément falsifiées, les médiations complices et soudoyées, les «erreurs» d'interprétation soigneusement entretenues. Les maisons de commerce ont leurs envoyés qui travaillent avec les représentants officiels des ministères quand ils ne se

¹ Journal Officiel, 28/07/1885 (1062).

confondent pas avec eux. Le capitaine Binger lors de son voyage «du Niger au golfe de Guinée» est secouru en 1889 par une expédition mixte qu'il décrit ainsi:

sur l'initiative de M. Verdier, armateur de La Rochelle, propriétaire des comptoirs français d'Assainie et de Grand Bassam, et par le concours généreux de M. de la Porte, sous-secrétaire d'Etat aux Colonies, et de M. le Ministre des Affaires Etrangères, un convoi de ravitaillement fut organisé à la Cote de l'Or et confié à M. Treich-Lapléne.²

Agent de la maison Verdier et en même temps représentant français à Assainie, Treich-Lapléne négocie notamment le traite proposé et préparé par Binger pour les Ouattara de Kong. Le lien est ainsi permanent et ne fait qu'exprimer la liaison organique entre les entreprises métropolitaines et le lobby politique qui les représente aux instances décisives des Etats.

L'étendard de la civilisation: mais ça coûte cher!

Toutes les vieilles puissances européennes sont désormais en course pour cette mainmise sur le marché intérieur africain. La multiplication des expéditions entraîne à la fois aux affrontements des ambitions et aux tentatives pour coordonner l'exploration et l'appropriation. Une conférence internationale réunit à Bruxelles en 1876 des explorateurs et des délégués d'Allemagne, d'Angleterre, d'Autriche-Hongrie, de France, d'Italie et de Russie. Il s'agit bien de «planter l'étendard de la civilisation», de «lutter contre la traite des esclaves» sur ce continent qu'on décrit à l'abandon des pires instincts de l'homme! À l'issue de cette conférence, l'Association Internationale pour l'Exploration et la Civilisation de l'Afrique Centrale est fondée, sous la présidence de Léopold II, homme d'affaires et roi des Belges... C'est, alors que Livingstone a déjà parcouru la partie australe du continent, l'exploration du bassin du Congo, la fondation de Franceville par Brazza, de

² Binger L. G., *Du Niger au Golfe de Guinée*, Hachette, 1892, réed. Soc. des Africanistes, 1980 (261).

Léopoldville par Stanley, la revendication par le Portugal de ses «droits historiques», l'envoi par Bismark, enfin convaincu, du docteur Nachtigal sur les rivages du Togo et du Cameroun.

Une fois encore l'action du roi des Belges pousse quatorze nations à se réunir pour reconnaître l'état des situations acquises: c'est la Conférence de Berlin qui se tient du 15 novembre 1884 au 26 février 1885 pour tenter de définir un code de rétablissement européen, une sorte de *modus-vivendi* de la conquête. Bien entendu les règles proposées ne seront guère respectées et les modalités de fixation des «zones d'influence» entraîneront l'occupation territoriale de la totalité de l'Afrique annexée finalement au pouvoir blanc. La Conférence aura en tout état de cause créé l'Etat indépendant du Congo, propriété personnelle du roi des Belges et sans doute l'un des hauts lieux de l'horreur coloniale.

Désormais la route est ouverte aux invasions militaires et à rétablissement direct du pouvoir colonial.

Il n'est pas de notre propos ici d'insister sur les péripéties du partage, mais il importe seulement de rappeler que les temps et les conditions de sa mise en œuvre ont permis aux Européens de formuler toute une série de représentations successives et contradictoires de l'Afrique. Avant que ne débute l'invasion proprement dite, aux temps des explorations, des voyageurs de commerce et missionnaires de toutes sortes, d'un côté l'esclavage dont les horreurs dénoncées doivent absolument être combattues et supprimées, de l'autre l'or, les richesses, les potentialités d'un large marché pour l'exportation des produits européens, servent de prétexte dans les descriptions faites pour développer l'intérêt et exciter l'urgence d'une intervention. Les sociétés africaines sont, assure-t-on, incapables de trouver elles-mêmes les voies du sacrosaint progrès que parcourt triomphalement l'Europe. D'un côté les pouvoirs politiques «indigènes» seraient odieusement tyranniques, arbitraires, brutalement esclavagistes pour la plupart, de l'autre des populations charmantes, hospitalières ne

demanderaient qu'à être menées vers les espaces christianisés d'une nouvelle vie pour peu qu'on les encadre solidement et qu'on leur donne le goût du travail!

Face à cette situation qu'il faut prendre en main par souci humanitaire et par simple sens de la responsabilité, se trouve heureusement «la race blanche (qui) domine les autres races par son activité, son industrie, sa puissance matérielle, morale et religieuse».³

Nous avons rapidement parcouru les chemins du parti colonial, mais ce serait injustice de ne pas rappeler, même brièvement, les oppositions qui se manifestèrent longtemps à ces orientations. Oppositions dont les inspirations humanitaires n'étaient pas seules déterminantes mais qui néanmoins servirent tout au long de cette histoire à dévoiler les événements les plus graves et contribuèrent à informer, plus ou moins efficacement, une opinion publique largement écartée des problèmes réels de la colonisation.

Rappelons ainsi qu'au moment de la Conférence de Berlin, le parti anticolonial l'emporte en France et fait justement tomber le ministre Jules Ferry en 1885 à propos de l'occupation du Tonkin. C'est qu'alors s'opère une conjonction décisive de la droite à la gauche: la colonisation paraît trop coûteuse, elle mettrait en danger le libre-commerce, tout en accentuant les risques d'affrontement entre les pays européens, notamment entre la France et l'Angleterre. On soupçonne le lobby colonial d'être manipulé par Bismarck afin de détourner les Français de leurs préoccupations de revanche par rapport à l'Allemagne. Ce sont d'ailleurs les nationalistes qui dénoncent l'identification abusive de l'intérêt national à l'intérêt du capital! Paul Déroulède dévoile cette désastreuse collusion à propos de l'expédition du Dahomey dont il affirme qu'elle est menée

exclusivement pour trois grandes maisons de Marseille... Je dis que c'est beaucoup, je dis même que c'est trop, d'être obligé pour

³ Terre Illustrée, Mame, 1907.

sauvegarder, non les personnes, mais les intérêts de trois négociants français, d'envoyer au Dahomey un millier, et peut-être plusieurs milliers de nos soldats.⁴

De cette réunion provisoire d'opposants à la conquête on peut dire essentiellement qu'elle était plus animée par la crainte des aléas de l'aventure que par un souci véritable de l'intérêt des populations africaines.

Pour ou contre la colonisation: un partage sans parti

Quinze ans plus tard, alors que la conquête s'est affirmée et que les premiers déboires militaires ont été oubliés, la gauche traditionnelle, radicale, sera tout à fait ralliée à la colonisation; la droite nationaliste, plus lente, acceptera enfin d'y voir un instrument dans la bataille de revanche contre l'Allemagne lors de l'occupation du Maroc. L'opposition du Parti Socialiste restera ambiguë; les positions de Jaurès seront en fait celles d'un colonialisme «éclairé», respectueux des civilisations tout en s'orientant vers une assimilation progressive. On reconnaît déjà là toutes les contradictions de la gauche jusqu'à nos jours: l'incapacité à dépasser définitivement l'universalisme de la pensée bourgeoise proposant jusque dans la perspective marxiste une seule orientation de l'histoire, un seul mode de développement au-delà de variantes transitoires. Le mouvement ouvrier français restera divisé et en fait assez indifférent à l'égard de la politique coloniale et l'on pourrait y voir préfiguration des attitudes singulières des travailleurs d'aujourd'hui à l'égard du Tiers Monde, des problèmes du développement et des difficultés de l'émigration.

En tout état de cause, l'opposition la plus irréductible et fondée sur l'analyse et la dénonciation de l'exploitation et de la violence coloniale viendra certainement des courants de pensée anarchisants soutenus au fil des années et des événements par un certain nombre d'intellectuels prenant leur rôle au sérieux et allant, quand on leur en laissait la possibilité,

⁴ Annales de la Chambre des Députés, 7/04/1892 (629).

enquêter sur place. Il faut ici rendre hommage à Paul Vigne d'Octon, député radical jusqu'en 1906 et qui n'a cessé pendant son mandat parlementaire comme après, de vilipender les excès et les méfaits de l'occupation coloniale. Il fut parmi les premiers notamment à dénoncer les horreurs perpétrées par la mission Voulet-Chanoine mais son livre *La gloire du sabré*, publié en 1900 chez Flammarion, ne sera pas diffusé par l'éditeur: Vigne d'Octon lui-même devra en assurer la vente! Anatole France s'était élevé contre «la barbarie coloniale» et après la grande guerre, lorsque les brumes de l'exotisme envelopperont l'imaginaire métropolitain, les surréalistes Gide, Albert Londres, René Maran, d'autres encore montreront sans relâche la face cachée de l'Empire. Mais la conjonction de l'école publique, précisément introduite par le colonial Jules Ferry, avec le triomphalisme humaniste de la Troisième République, les rêveries de «grande puissance» où se retrouvent aussi bien la droite que la gauche, marqueront profondément et pour longtemps une opinion publique anesthésiée par les fastes de l'exposition coloniale de 1931. Les fanfaronnades de l'Empire masqueront les dures réalités de l'occupation et fermeront les yeux des Français sur les véritables espérances des peuples soumis. Dans la France qui après avoir été la fille aînée de l'église, se croyait la patrie de la liberté, on ne pouvait imaginer que l'ambition générale des indigènes ne soit pas de devenir citoyen de cette grande fraternité humaine issue de la fameuse Révolution de 89. La proclamation des droits de l'homme était certainement au cœur de toutes les actions des serviteurs de la colonisation...

On ne pourrait se passer de souligner ce conformisme dans l'ignorance, voulue, entretenue, car il aura des conséquences jusque dans les attitudes contemporaines: l'indépendance des pays africains, venue dans les conditions imposées par une conjoncture internationale de redéploiement du capitalisme et de redistribution des dominations politiques, sera vécue par les opinions métropolitaines comme la réapparition des «rois nègres» et la mise en place de système plus ou moins grotesques ou odieux d'exploitation des populations locales: le Blanc, «sévère mais juste», n'étant plus

la pour guider, arbitrer et protéger, on ne pouvait qu'assister à la mise en coupe réglée des territoires abandonnés par la gestion rationnelle des métropoles. Heureusement, la Coopération et le Développement, les deux mamelles du Nouvel Ordre Économique Mondial, devaient permettre de surveiller et d'aider ces pauvres sociétés livrées à elles-mêmes. Hélas! les pouvoirs locaux s'avèrent incapables d'entendre et d'appliquer nos généreux conseils et nous voilà une fois encore obligés de subvenir aux besoins de sociétés en ruines: accueillir des travailleurs du Tiers Monde affamé, dépenser des sommes incalculables pour maintenir des Etats incapables... Le même débat que menaient aux alentours de 1880 les partisans et les adversaires de la colonisation, se retrouve dans nos assemblées et dans les discours de nos politiciens ou de nos économistes. Il s'agit encore de la capacité de ces sociétés à se gérer elles-mêmes et de la vocation des pays développés (entendons pour l'essentiel, des pays blancs!) à assurer l'orientation, le conseil, le financement et donc de modeler l'avenir dans leur propre perspective. On ne saurait s'étonner dans ces circonstances de retrouver aujourd'hui des tentatives pour reprendre le discours colonial ou tout au moins pour déculpabiliser cette période et dans la foulée en reprendre directement l'imagerie.

Un terrain d'expérience pour identifier les Etats

Il paraît important de rappeler qu'au moment où s'est développé l'entreprise de conquête coloniale, l'Europe du xix siècle terminait son cheminement vers la suprématie des Etats s'identifiant aux Nations. Mais ces Etats n'avaient ni les mêmes constituants ni les mêmes degrés d'achèvement et l'expérience coloniale était pour eux un terrain d'identification de leur nature propre: on comprend bien que l'Italie, l'Allemagne, le Portugal, la France ou l'Angleterre ne pouvaient opérer de la même façon et que les formes de gestion mises en œuvre ne pouvaient se ressembler puisque leurs modèles différaient considérablement. En Afrique même les situations étaient éminemment variables. Des formations sociales de natures très dissemblables, engagées dans des dynamiques sociales,

politiques, économiques extrêmement diverses ne pouvaient réagir de façon uniforme à l'impact colonial et donc n'ont pas engagé avec les sociétés colonisatrices des processus équivalents.

L'habitude de la généralisation économiste, la facilité de concepts couverts comme «impérialisme», les identifications trop commodes et réductrices considérant l'Afrique comme un ensemble homogène ou l'Europe comme le lieu d'un identique projet colonial, tout cela permet de poursuivre les mêmes représentations des rapports entretenus dans une dynamique générale de l'histoire du capitalisme. Il y aurait bien un seul sujet de l'histoire, l'ensemble des sociétés qui géraient le progrès au XIX siècle et qui orientent le développement au XX siècle. Les sociétés soumises à leur entreprise auraient toutes été définitivement détournées de leur histoire lors du choc colonial, rupture définitive, aliénation sans retour à moins d'entretenir des rêveries archaïsantes... À l'inverse de cette proposition, mais en définitive soutenue par les mêmes représentations globalistes, certains prétendent que la colonisation n'a été qu'une parenthèse à l'issue de laquelle l'Afrique (toujours comme entité discernable, identifiable) devrait se retrouver dans ses fondements inatteignables: et l'on part dans les recherches d'authenticité spéculatives inscrites dans des «traditions» dont toute histoire serait absente. Dans cette perspective les nationalistes africains eux-mêmes se trouvent victimes des représentations anhistoriques qu'imposent les courants dominants de la pensée pratique politique: il faudrait qu'il y ait quelque part dans le temps (passé ou à venir?) un état achevé et en quelque sorte parfait de l'ordre social. En fait les changements imposés par la colonisation ont varié et se sont appliqués différemment sur des groupes engagés les uns par rapport aux autres dans des stratégies que n'arrêtait pas d'un coup la présence coloniale. Sans doute la colonisation a apporté une modification importante puisqu'en tous les cas elle a fait passer la finalité de sa gestion dans l'ordre des faits locaux et qu'en dernier recours ses décisions bornent les autonomies autochtones. Cependant le contrôle du processus lui a en partie échappé à travers les réactions spécifiques des sociétés soumises dont l'identité,

avec et au-delà des aliénations, ne dépend pas uniquement du modèle qu'aurait imposé l'Occident.

Aliénation ou résistance?

On prend trop souvent l'État devenu des institutions mises en place par la colonisation comme une dégénérescence ou une déviation irresponsable des modèles imposés: il serait temps de considérer qu'il s'agit la peut-être de réactions originales et souvent d'innovations à partir des situations construites par la colonisation puis par les «conseils» techniques des «experts» de la coopération. Continuant à nier la véritable dynamique identitaire des sociétés africaines, spécialistes en dépendances et révolutionnaires patentes de nos écoles ne veulent repérer que l'aliénation la où souvent se marquent la résistance et le détournement. Les seigneurs de la guerre du Wadaï se battent entre eux, à leur façon, même s'ils servent également d'autres enjeux que les leurs; ce serait réduire les réalités vivantes de ces sociétés que d'en taire les simples jouets d'intérêts qui les dépassent. Les identités persistent au-delà des massacres, elles ressurgissent en temps de crise.

Ni rupture ni parenthèse, la colonisation pour les sociétés africaines aura été une épreuve très rude qui, au-delà des destructions, aura défini des zones actives de résistance à l'intérieur d'un système généralisé de domination: mais ce système englobe l'Europe ou tout au moins certains de ses groupes sociaux. Et la question que Ton devrait désormais poser serait: l'Europe désimpérialisée n'est-elle pas sous le choc de la disparition des empires?

Une diversité de situations

Il s'agit donc de travailler à une reconsidération générale du fait colonial et, plus largement, d'apporter une contribution à la mise en perspective des situations d'émergence, des processus de changement et des conditions historiques nécessaires aux

transitions sociales politiques et économiques. C'est en ce sens que nous avons réuni ici quelques-uns des travaux d'une équipe du CNRS constituée autour de l'étude des «sociétés rurales et des politiques de développement».⁵ Nous avons souhaité, modestement, reprendre certaines de nos informations relatives à cette période où l'Europe concrétise sa mainmise politique sur l'Afrique. Les études présentées concernent l'Afrique de l'Ouest mais décrivent des situations différentes bien qu'uniformément «nommées» et trop souvent interprétées par la définition «coloniale». C'est la déconstruction, découverte de la diversité des configurations qui nous a attachés.

Avant même l'invasion coloniale, l'Afrique était parcourue de mouvements de transformation qui atteignaient de façon distinctive des sociétés éminemment variables. Marc H. Piault propose ainsi un regard sur un grand mouvement de réforme politique, économique et religieuse d'inspiration islamique qui se développe au Sahel à partir de la fin du XVIII^e siècle; en pays hawsa, la territorialisation des Etats politiques qui constitueront plus tard le Nord Nigeria, s'amorce déjà. La colonisation anglaise ne fera que reprendre à son compte l'entreprise en cours de centralisation et de hiérarchisation du système: s'il y a glissement de l'absolu qui passe du pouvoir des souverains précoloniaux à celui des administrateurs blancs, la réalité des formes d'oppression sur le paysannat ne change pas, tout au moins pendant une longue période initiale. La colonisation ne fait qu'accélérer un processus bien avancé et dont les conséquences économiques se faisaient déjà sentir, sous la forme de privatisation relative de la terre et de développement des cultures commerciales. Les sociétés africains ne sont pas de organismes intègres où toute stimulation extérieure provoquerait automatiquement un effet d'ensemble homogène.

⁵ Les auteurs de cette équipe (ER 225), Eliane de L'atour, Claude Meillassoux, Marc Piault, Pierre-Philippe Rey, Emmanuel Terray, ont accueilli un chercheur de l'ORSTOM, Jean-Pierre Chauveau.

Claude Meillassoux ne s'est pas attaché à la démonstration d'un exemple. Il traque les différentes formes d'aliénation imposées par la colonisation et dont les effets pervers marquent encore aujourd'hui une «Afrique dans un état de difformité et de déculturation politique». Les avatars des indépendances ne lui semblent pas encore laisser la voie libre pour de véritables réappropriations: elles mettront les rapports de classes et de nations à la place de références culturelles piégées.

Jean-Pierre Chauveau suit les transformations d'une société précoloniale très diversifiée en une société paysanne formant un ensemble socio-économique cohérent et «ethnalisé». Dans ce qui deviendra la Côte d'Ivoire, la société bawle, contrainte par l'occupation coloniale à se saisir comme unité spécifique, «s'approprie» une situation en abandonnant la résistance armée et en détournant les objectifs économiques de la colonisation. Les projets du colonisateur entraînent une adaptation de la «société civile» bawle qui devient «appropriée à la reproduction de sa dépendance». Il s'agit de saisir l'ensemble des partenaires du débat colonial dans leur complexité propre et donc de suivre à travers les différentes périodes l'évolution des rapports entretenus par les différents groupes impliqués. Les transformations n'atteignent pas simultanément et de la même façon tous les éléments constitutifs de l'ensemble bawle. Les réactions s'échelonnent et se diversifient, modifiant à la fois la configuration interne du groupe, les modalités externes d'intervention et les formes d'inclusion à l'intérieur d'un plus vaste ensemble devenu la nouvelle société civile ivoirienne.

Eliane de Latour part de la diversité des politiques coloniales, de leurs contradictions et des conséquences différentes qu'elles peuvent donc avoir sur des sociétés différentes et à l'intérieur desquelles s'expriment des intérêts divergents sinon antagonistes. En étudiant au Niger l'histoire du pays mawri, frontière occidentale des mondes hawsa, elle observe la rupture politique introduite par une colonisation qui modélise les chefferies en en faisant le dernier maillon d'une chaîne d'autorité administrative.

Mais l'organisation de cette dépendance politique développe une autonomie d'entreprise économique des chefs qui stabilise leur pouvoir local. Les souverains mawri profitent de l'accélération donnée par la colonisation à une dynamique de concentration opérant avant même l'invasion coloniale. Ainsi se trouve assurée la réussite d'un processus de centralisation et de territorialisation préexistant à l'occupation française: les éléments de contrôle social (notamment religieux) initialement en place, sont peu à peu vidés de sens par l'action de l'administration coloniale. La colonisation en fait assure le renforcement et donc la continuité d'une domination de classe fondée sur la rupture d'équilibres sociaux dont les constituants sont marginalisés.

L'exemple proposé par Pierre-Philippe Rey est situé au Nord Togo, en pays «gangam». Il analyse de près les modalités de développement de la culture de l'arachide entre 1935 et 1949. On assiste à l'application d'un plan économique dont l'inefficacité constante dévoile la nature avant tout politique de l'objectif réel poursuivi. La coïncidence du pouvoir économique avec le pouvoir politique favorise l'établissement d'un système de domination. Il y a un passage d'un système tributaire décentralisé à un système tributaire étatique sans pour autant qu'il y ait mutation des procès de travail qui restent ceux du mode de production lignager.

Enfin, Emmanuel Terray insiste sur la nécessaire prise en considération des variations régionales, de la pluralité et de l'autonomie relative des sphères de la vie sociale, de la diversité des situations et des couches sociales. Il rappelle la nécessité des chronologies permettant de distinguer des stades de la colonisation et de rendre compte du contexte général à l'intérieur du quelle elle se situe. C'est à dire la nécessité des études particulières comme celle qu'il mène au royaume abron du Gyaman, à l'Est de la Côte d'Ivoire, aux limites du Ghana. Unité constituée fortement et depuis longtemps, le Gyaman est cependant en période de mutation rapide au cours de la seconde moitié du XIX^e siècle. Lorsque le pouvoir blanc s'installe une bonne partie des principales tendances de la société abron est inversée. En outre le pouvoir politique abron

qui réunissait des communautés d'origines, de langues, de cultures très différentes, est vidé de son sens: la société dans son ensemble entre alors dans un processus de décomposition qui lui ôte toute possibilité de résistance à la colonisation. Des facteurs d'ordre idéologique semblent bien marquer les attitudes africaines dans les premières années de la colonisation et une compréhension des systèmes de représentations en présence est sans aucun doute une nécessité à venir.

Les exemples rassemblés marquent déjà l'importance des appréhensions historiques et de la définition des situations spécifiques à tous les niveaux concernés: politiques, économiques et sociaux. On ne saurait proposer de grandes lignes d'interprétation et c'est, bien au contraire, notre propos que d'avancer, pas à pas, prudemment, à travers des cheminements variés dans l'espace et dans le temps, provoquant ainsi des interrogations proches parfois de la contradiction. C'est que nous sommes loin des grandes constructions où s'ordonnerait un sens clair de l'histoire. Nous apprenons ces temps-ci, et sans trop de joie, le péril des triomphalismes théoriques qui nous ont fait écarter bien des évidences. Aujourd'hui nous retrouvons les temps difficiles des incertitudes: ce sont aussi les moments heureux où l'imagination doit se taire irrespectueuse et réinventer les fondements de ses explorations. Il conviendra sans doute d'en interroger les finalités pour fonder une anthropologie générale de la modification.

EN BUSCA DE ESTADO,
NACIÓN Y DEMOCRACIA

LA DIMENSION SPATIALE DES ÉTATS

John O. Igué

«Sans espace pas d'État»
Roland Pourtier

La question de l'État a été abordée en Afrique sous les angles politique et économique, sociologique et territorial. L'intérêt des recherches et du débat se situe, sans nul doute, dans l'échec du développement et dans l'ampleur des crises qui en résultent.

Ceux qui abordent le sujet sous l'angle politique soulèvent, entre autres, les problèmes relatifs à l'encadrement correct des hommes, au mode de gouvernement et à la manière dont sont gérées les ressources du développement. Ils s'intéressent également à la question du pouvoir au sens large du terme, c'est-à-dire à l'importance des différents réseaux d'influence à travers les groupes sociaux qui se disputent le contrôle de l'État y compris le rôle des lobbies internationaux. La meilleure illustration de cette démarche est celle que nous donnent J.F. Bayart et J.F. Medard;¹ la littérature en la matière est particulièrement abondante.²

L'analyse macro-économique de l'État aborde les différents agrégats économiques pour voir si ceux-ci offrent quelques opportunités susceptibles d'améliorer les conditions de vie des populations. On se penche également sur

¹ J. F. Bayart, *L'État en Afrique: la politique du ventre*, Paris, Fayard, 1989 et J. F. Medard, *États d'Afrique Noire, formation, mécanismes et crise*, Paris, Karthala, 1991, 408 pp.

² Se référer à l'abondante bibliographie qui se trouve à la fin du livre de J. F. Bayart, sur l'État en Afrique.

l'affectation des ressources et sur leur adéquation aux objectifs de développement. C'est dans le domaine économique que les publications sur l'État africain sont les plus nombreuses et aussi les plus équivoques, en particulier ces dernières années où le rôle de la Banque Mondiale et du FMI est devenu déterminant pour l'avenir de ces États.³

Sur le plan sociologique, l'État africain a fait l'objet de plusieurs travaux dont les plus importants sont signés de Georges Balandier, J. L. Amselle, E. M'Bokolo et Axelle Kabou, etc.,⁴ pour n'en citer que quelques-uns. Ici, l'analyse concerne davantage les différents rapports sociaux en termes de conflits de classe et des évolutions qui en résultent.

L'approche spatiale des États est par contre la moins avancée. C'est à travers quelques travaux géographiques que la question est le plus souvent abordée, notamment dans les études ayant trait à la régionalisation et aux rapports ville-campagne.⁵ Or, quand on cherche à connaître les causes profondes des difficultés actuelles des structures politiques en place, on se rend bien compte du lourd héritage du partage colonial. L'Afrique est sans aucun doute, le continent le plus balkanisé de la planète avec plusieurs pays à l'intérieur desquels l'exercice du pouvoir, et donc la question de l'État, est plus que problématique. Les difficultés de cette approche qui

³ Les études ici sont particulièrement abondantes. Pour s'en faire une idée, on pourrait consulter la bibliographie élaborée par Mamadou Coulibaly au sujet de son livre *Le libéralisme, nouveau départ pour l'Afrique Noire*, Paris, L'Harmattan, 1992. Ou celle qui se trouve à la fin de l'ouvrage de Eisa Assidon sur *Le commerce captif*, Paris, L'Harmattan, 1989.

⁴ G. Balandier, *Le détour, pouvoir et modernité*, Paris, Fayard, 1985; J. L. Amselle et E. M'Bokolo, *Au cœur de la ethnie: ethnie, tribalisme et État en Afrique*, Paris, La Découverte, 1985; Axelle Kabou, *Et si l'Afrique refusait le développement?*, Paris, L'Harmattan, 1991.

⁵ J. Gallais, *Pôles d'État et frontières en Afrique contemporaine*. Les Cahiers d'Outre-Mer, 1982, 138 pp.; A. Seck, *Découpage territorial et mal développement en Afrique*. Tropiques, lieux et liens, Paris, Ed., ORSTOM, 1989, pp. 377-383; R. Pourtier, *Les espaces de l'État*, Tropiques, Lieux et Liens, Paris, Ed. ORSTOM, 1989, pp. 394-401; D. Retailé, *Le contrôle de l'espace entre territorialité et géographicit . Les problèmes d'intégration des  tats sahel-sahariens*, in H. Thery ( d.), *L' tat et les stratégies du territoire*, Paris, Ed. du CNRS, 1991, pp. 89-100.

visé à montrer les avantages ou les inconvénients offerts par la taille des territoires résident dans son caractère subjectif; des pays comme la Suisse, le Luxembourg et Singapour se classent parmi les plus dynamiques et les plus riches du monde alors que toute la théorie relative à l'intégration régionale, à la facilité de marché, et à la rentabilité des équipements territoriaux a pendant longtemps prôné les avantages des grands ensembles territoriaux.

Malgré la faiblesse de cette démarche, nous pensons qu'elle reste tout de même indispensable dans la perspective de l'aménagement du territoire. Mieux, dans le contexte africain, l'analyse territoriale au sens spatial du terme paraît fort utile en tenant compte de l'hétérogénéité des situations: États trop petits ou trop grands, mal situés ou mal définis, etc. Chacune de ces situations est si complexe qu'il paraît nécessaire d'y consacrer quelque attention.

À titre d'exemple, les États africains que l'on peut considérer comme grands connaissent les difficultés de l'encadrement correct des populations, en raison du caractère squelettique des équipements légués par la colonisation. Cette situation est d'autant plus préoccupante que les populations sont généralement peu nombreuses et mal réparties dans l'espace, ceci rendant difficile la mobilisation et l'encadrement des habitants à des fins de production et, plus généralement, de développement et de construction nationale. Dans ce cas de figure, dire que l'espace «mange l'homme» n'est pas un abus de langage.

Dans les États trop petits, le problème est inversé. L'étroitesse territoriale se fait sentir par le manque de ressources et par la faiblesse du marché de consommation. En outre, aux contraintes de superficie, s'ajoutent celles d'une population peu nombreuse au faible pouvoir d'achat, et d'une économie générant des ressources insuffisantes pour répondre aux exigences du développement.

Ainsi, dans son livre *Et demain l'Afrique*, Edem Kodjo cite le cas de quelques petits pays africains dont le budget annuel de fonctionnement est inférieur à 25 milliards de FCFA.⁶ La limitation excessive des moyens financiers constitue le goulot d'étranglement des petits pays du continent en général et de l'Afrique de l'Ouest en particulier.

Sur ces difficultés territoriales se greffent les contraintes d'enclavement et celles relatives aux difficultés climatiques comme la proximité du Sahara ou des courants marins froids peu favorables aux bonnes pluviométries.⁷

Mais le plus grand handicap territorial des États hérités de la colonisation est celui de la contestation frontalière se traduisant par des conflits parfois très graves allant jusqu'aux luttes armées. Ces contestations sont de plusieurs natures:

- refus des groupes ethniques de faire partie du territoire considéré (cas des Casamançais au Sénégal ou des Touaregs au Mali et au Niger...)
- mauvaise délimitation frontalière, soit parce qu'elle divise d'anciennes entités historiques en deux avec cassure de leur unité organique (exemple des populations haoussa entre le Niger et le Nigeria, des populations éwé entre le Togo et le Ghana ...), soit parce qu'elle traverse une zone gorgée de ressources minières convoitées de part et d'autre (cas du Mali et du Burkina Faso).

Les conflits et l'instabilité qui en résultent compromettent les préoccupations de développement et ponctionnent les maigres ressources qui devraient y être consacrées au profit de l'armement et de la sécurité.

⁶ Edem Kodjo, *Et demain l'Afrique*, Paris, Ed. Stock, 1985.

⁷ Ces cas concernent d'un côté les pays sahéliens, de l'autre le Cap-Vert, le Sénégal et la Mauritanie baignés par le courant froid originaire des Iles Canaries; cela concerne partiellement aussi la côte du Golfe du Bénin entre Accra et Cotonou avec la remontée d'un courant froid entre juillet et août par le phénomène d'Upwelling créant un temps de fraîcheur empêchant les précipitations.

Ces différentes situations donnent un intérêt particulier à la réflexion sur la territorialité en Afrique en dépit du caractère subjectif de la démarche. Le problème de la territorialité se pose d'abord en termes de nécessité d'affermir les frontières de l'État, puis de créer une communauté nationale solide. Il se pose également en termes d'espace culturel dynamique, c'est à dire d'une référence morale sans laquelle on peut douter du bon fonctionnement de l'État. Or, l'émergence d'une véritable communauté nationale soudée par les mêmes références culturelles est souvent mise à mal par la multiplicité ethnique et par les questions tribales, exploitées de façon habile pour conquérir le pouvoir et s'assurer ses avantages. Ces problèmes se sont déjà posés aux différentes puissances colonisatrices.

La France avait choisi de régler cette question par l'assimilation des sujets colonisés à ses valeurs morales. Cette politique n'a finalement concerné qu'une faible couche de la population qui constitue de nos jours l'élite urbaine. Les débats actuels tant sur la francophonie que sur les migrations des ex-colonisés vers l'ex-métropole en montrent les limites. Les Anglais ont agi tout autrement en instaurant dans leurs territoires un système d'administration indirecte, accordant aux peuples colonisés la possibilité d'évoluer selon leur propre culture bien qu'aucune colonie britannique ne corresponde à une entité historique. L'absence d'un territoire culturel autonome a fait de la politique de l'«indirect rule» le facteur essentiel des tensions tribales dans les pays anglophones.

De notre point de vue, ce sont ces questions qui expliquent la profondeur des crises africaines, dans la mesure où elles ont rendu très difficile la gestion des nouveaux États. On comprend dès lors pourquoi les dirigeants actuels de l'Afrique, quels que soient leurs convictions, leur niveau de formation et leur moralité, échouent toujours de la même manière. Le problème de fond pour sortir l'Afrique de ses

malheurs n'est pas seulement une question de liberté démocratique, c'est aussi celui de la gestion de l'héritage colonial à travers les frontières léguées par la colonisation.

Il est donc nécessaire de se demander si les populations africaines ont intégré ou non dans leur conscience l'apparition des nouveaux États. C'est cette conscience qui doit déterminer l'attachement de ces populations à leur nouveau pays et la manière dont elles se battent pour le rendre fonctionnel et bien équipé.

Ces différents problèmes méritent d'être analysés à travers plusieurs paramètres tels que:

- la logique du partage colonial
- la nature des États qui résultent de cette logique
- les limites de la territorialité

Les logiques du partage colonial en Afrique

Cette question est fondamentale dans la mesure où elle permet de régler le problème relatif à la nature de l'État africain. En effet, en interrogeant l'histoire, on est en droit de dire que les territoires coloniaux n'ont pas forcément été conçus dans une perspective de développement; si cela avait été le cas, leurs configurations auraient probablement été différentes. Trois préoccupations essentielles étaient à l'origine des colonies: les manœuvres militaires, le contrôle des matières premières pour les industries de la métropole et le peuplement des territoires conquis à partir du trop plein démographique européen après la révolution industrielle. Selon chacune de ces logiques, la nature du territoire et surtout son mode de gestion changent.

Frontières et espaces de manœuvre militaire

Les colonies de manœuvre militaire sont souvent caractérisées par leur position et leur taille. Nées de la suprématie militaire

des conquérants, elles se situent généralement là où les conditions de visibilité et de circulation sont relativement bonnes. De cette logique, la France, la Grande-Bretagne et à un moindre degré l'Italie se sont lancées dans la conquête des déserts africains depuis la Méditerranée jusqu'à l'orée de la forêt équatoriale. De cette conquête du désert, la France sort victorieuse avec l'occupation de toute l'Afrique Occidentale allant de la Méditerranée au fleuve Niger avec pour frontière orientale les régions montagneuses du Darfour. Elle y installe ses plus vastes colonies.

La particularité de ces espaces de manœuvre militaire africains repose premièrement sur l'effectif réduit de leur population, excepté les franges méditerranéennes, sur le tracé rectiligne de leurs frontières et sur l'étendue territoriales. C'est dans ce milieu que furent installées les principales bases militaires avec la construction d'imposants forts que l'on croyait militairement imprenables et à partir desquels se réalisent les différents essais de nouveaux armements, en particulier les essais nucléaires.

Frontières et contrôle des ressources naturelles

À la différence des espaces de manœuvre militaire, les colonies de cette catégorie sont généralement situées dans les zones côtières et forestières. Mais leur délimitation résulte plutôt d'un effet du hasard, car les connaissances géologiques que l'on avait de l'Afrique étaient si médiocres que l'on ne pouvait pas a priori savoir jusqu'où s'étendaient les réserves des métaux précieux.⁸ Néanmoins, trois avantages étaient évidents: le rôle de la mer comme élément de contact avec le monde extérieur et base des ports d'évacuation, celui des grands complexes fluviaux comme voie d'évacuation des matières premières vers les côtes, et l'importance des forêts tropicales pour la recherche botanique et l'exploitation forestière.

⁸ C'est seulement sur l'Afrique Occidentale et plus particulièrement sur l'Empire du Mali que l'on disposait de bonnes informations sur l'importance de l'or dans cette sous-région grâce d'une part au récit des voyageurs arabes, d'autre part au fameux voyage de Kankan Moussa à la Mecque au XIII siècle.

Français, Anglais, Belges, Allemands et Portugais se sont rués vers les forêts africaines sur les traces d'aventuriers aussi célèbres que Pierre Savorgnan de Brazza, David Livingstone et les émissaires du Roi Léopold II de Belgique dont l'un des plus importants fut curieusement le Britannique John Stanley, envoyé en Afrique à la recherche de Livingstone.

L'enjeu principal fut l'Afrique Centrale et ses réserves forestières particulièrement importantes. Mais d'une manière ou d'une autre, c'est toute la côte de l'Afrique de l'Ouest depuis le fleuve Gambie jusqu'à l'embouchure du Congo qui fut concernée par ce type de colonisation. Mais compte tenu des enjeux économiques de cette partie de l'Afrique, notamment le commerce des comptoirs dominé par la traite des esclaves, une des activités les plus rentables de la période précoloniale, il y eut beaucoup de transactions territoriales, chaque puissance cherchant à disposer d'un accès à la mer. C'est ainsi que de petits territoires comme la Gambie, la Guinée-Bissau, la Sierra Leone, le Bénin, le Togo, la Guinée Équatoriale et l'enclave du Cabinda firent leur apparition à côté d'entités relativement vastes comme le Zaïre, le Nigeria, l'Angola, etc.

Les frontières issues de ce type de partage ont le plus souvent utilisé les principaux complexes fluviaux tels que le Congo, le fleuve Sénégal, la Volta, le Mono et les petites rivières du Sud. Mais l'existence de ces complexes fluviaux comme élément de délimitation des espaces conquis ne constitue en rien les bases d'une territorialité solide dans la mesure où ces fleuves traversent souvent l'espace occupé par les mêmes groupes ethniques et dans le cas contraire sont exploités à des fins de pêche et de communication de commun accord avec les populations riveraines.

Malgré leurs énormes potentialités naturelles, ces espaces n'ont connu qu'un développement tardif en raison de nombreux obstacles naturels dus à la forte densité forestière,

en particulier en Afrique Centrale. De plus, l'exploitation des énormes ressources naturelles a été le fait de compagnies concessionnaires visant à un profit immédiat et non à la mise en valeur effective de ces territoires. Seules des régions regroupant d'importantes populations autochtones aux structures politiques traditionnelles assez élaborées et très versées dans le commerce de traite, comme le Ghana actuel, le Nigeria, et le Cameroun, ont bénéficié de gros efforts de la part des colons pour promouvoir les ressources naturelles et amorcer une véritable mise en valeur du territoire.

Les colonies de peuplement

La logique des espaces de peuplement est tout à fait différente. Mais ce modèle de colonie n'existe pas en Afrique de l'Ouest qui est notre cadre de travail. Nous l'évoquons donc à titre indicatif afin de signaler que, contrairement aux autres, cette logique coloniale a favorisé un bon équipement territorial, mais au seul profit des européens...

En tout état de cause, de ces trois logiques coloniales sont nés des États différents tant par leur organisation territoriale, leur fonctionnement que par leur niveau d'équipement.

La nature des États issus des différentes logiques du partage colonial

Le développement qui vient d'être fait montre bien les différents objectifs de la colonisation et les résultats que l'on pouvait en attendre. C'est par rapport à cela qu'une typologie des États paraît indispensable, conformément aux préoccupations actuelles centrées sur le bien-être des populations. Seule cette typologie peut permettre de mieux comprendre les options de développement choisies par chacun des États et les difficultés à les faire aboutir dans la mesure où l'héritage colonial pèse lourdement sur ces options. Trois types d'États peuvent être identifiés selon cette logique coloniale.

*Les grands États sahéliens
qui résultent du territoire de manœuvre militaire*

Ils sont au nombre de cinq: la Mauritanie, le Niger, le Mali, le Tchad auxquels s'ajoutent aujourd'hui le Burkina-Faso faisant partie au départ de la Côte-D'ivoire. Les quatre premiers ont chacun une superficie supérieure à 1 million de km², une population de moins de 10 millions d'habitants et une densité démographique inférieure à 10 hab/km². Les zones occupées, souvent qualifiées de territoire utile, ne représentent pas le quart de l'espace national. C'est cette partie utile qui fut pendant longtemps gérée par les pouvoirs en place avant la découverte de certains gisements miniers dans l'arrière-pays comme le fer en Mauritanie et l'uranium au Niger. Même dans cette partie utile, la gestion n'a jamais été facile du fait d'abord des distances qui séparent les agglomérations, ainsi que de la position décentrée des villes capitales par rapport au reste du pays.

L'effet de distance est renforcé par la nature des frontières qui isolent les populations de leurs voisins immédiats, citoyens d'autres territoires. Ainsi au Niger, les villes de Zinder, Maradi, Tahoua et Agadès sont à plus de 600 à 1 000 km de Niamey; Il en est de même de Tombouctou et Gao par rapport à Bamako au Mali. Les liaisons entre ces villes sont d'autant plus difficiles que les infrastructures de communications ne sont pas toujours de bonne qualité. La position des villes capitales des pays sahéliens par rapport au reste du territoire pose de sérieux problèmes en liaison avec le rôle que celles-ci doivent jouer en tant que facteur de l'intégration nationale. Elles sont situées en biais par rapport au reste du territoire, créant ainsi des «angles morts». Au Niger, cette situation a fait éclater l'espace national en plusieurs pôles: pôles du Niger-Nigeria affectant tout le pays haoussa, pôle du bassin du Lac Tchad avec tout le pays kanouri, pôle de la région de Niamey, pôles des confins désertiques. Cet éclatement en plusieurs pôles aux intérêts divergents n'a jamais permis à l'État de dominer correctement le territoire national. Ce sont ces questions, tout aussi importantes au Mali, qui expliquent le développement de conflits entre le pouvoir et les Touaregs à partir desquels on

commence désormais à s'intéresser aux régions désertiques des pays sahéliens.

Les pays sahéliens, très vulnérables, sont confrontés à de multiples problèmes comme l'enclavement (excepté la Mauritanie), la sécheresse, l'avancée du désert, l'insécurité alimentaire. Face à ces problèmes, l'utilisation des maigres ressources financières disponibles est concentrée sur l'amélioration de l'environnement et la recherche d'une meilleure situation alimentaire. De plus, équiper le territoire est un problème très ardu compte tenu de sa taille et de la faible densité d'occupation; compte tenu également du faible niveau des équipements laissés par la colonisation. Les équipements d'origine coloniale se limitent généralement aux voies ferrées qui ne sont que de simples lignes de pénétration pour évacuer vers la côte les quelques rares richesses de l'intérieur. Ces lignes de chemin de fer ne forment nulle part de véritables réseaux.

Les efforts qui sont entrepris en faveur de ces pays aboutissent difficilement, en particulier du fait de la forte émigration des population, vers les régions côtières. Ces problèmes d'équipement se posaient autrement pendant la période coloniale en raison de la simplicité des objectifs et aussi de l'appartenance de ces colonies à un vaste ensemble territorial comme l'Afrique Occidentale Française ou l'Afrique Équatoriale Française à partir duquel les difficultés de l'enclavement et de l'approvisionnement vivrier étaient mieux résolues. La fin de ces ensembles régionaux apparaît aujourd'hui comme le plus grand handicap de ces territoires sahéliens dont la création était liée à des préoccupations géostratégiques.

Les problèmes ethniques fragilisent également la cohésion nationale. Les conflits entre Maures et Noirs en Mauritanie, la question touarègue au Mali et au Niger et le problème de clans tribaux au Tchad ruinent les chances d'un développement harmonieux de ces pays, cela d'autant plus que les ressources financières sont largement insuffisantes par rapport aux besoins d'équipement et d'entretien de ce qui est

déjà réalisé. Sur le plan territorial, les tensions tribales débouchent sur le repli des groupes socioculturels sur eux-mêmes, c'est-à-dire sur la création de nouveaux espaces à partir desquels se manifeste mieux l'identité culturelle s'exprimant par le renforcement de ces nouveaux espaces autres que l'espace de l'État. Cette question du repli sur soi des groupes ethniques est devenue très préoccupante malgré les anciennes solidarités nées de la forte emprise de l'Islam.

Les territoires réserves de matières premières

Les colonies à fortes potentialités minières et agricoles ont connu un sort plus enviable. L'exploitation des mines et la mise en valeur agricole fondée sur une vigoureuse économie de plantation ont favorisé la croissance économique leur permettant être mieux aménagées et mieux équipées que les territoires sahéliens. Parmi ces pays on peut mentionner la Côte-D'ivoire, le Ghana, le Nigeria et le Cameroun. Le meilleur équipement du territoire a contribué à forger une prise de conscience nationale assez avancée. On se souvient d'ailleurs que ce sentiment national s'est manifesté de façon négative contre les différentes vagues de migrations qui ont pourtant contribué à l'équipement de ces pays. Ces migrations ont également joué un rôle considérable dans l'augmentation rapide de leur population, l'amélioration de la densité et le développement urbain. Ainsi, ces territoires paraissent plus fonctionnels, comparés à ceux situés à l'orée du désert. Mais la mévente de leurs matières premières ces dernières années a sérieusement compromis cet effort d'équipement et a engendré des charges énormes liées à l'entretien des anciennes réalisations. Cette situation crée l'instabilité de l'État à partir du reflux forcé des innombrables travailleurs qu'ils avaient accueillis pendant le boom des matières premières.

Les enclaves commerciales

Le dernier modèle d'État est celui des enclaves commerciales comme la Gambie, le Togo et le Bénin, c'est-à-dire des couloirs qu'on avait imaginés pour permettre aux pays de l'hinterland sahélien d'avoir un débouché sur la mer ou pour assurer une

certaine présence le long de la côte. Ces territoires étaient uniquement fondés sur les activités de transit, qui se sont doublées de nos jours, du commerce de réexportation. Leurs ressources sont donc largement tributaires des échanges commerciaux à partir d'une fonction de relais entre le marché international et les pays limitrophes. Les ressources financières tirées de cette fonction de relais sont à peine suffisantes pour financer les services administratifs et les différentes installations d'entreposage parfois très développées. L'insuffisance de ces ressources financières limite par conséquent l'équipement du territoire malgré sa faible étendue géographique.

C'est suivant ces différentes logiques coloniales que les États ont accédé à l'indépendance. Or, le mode d'organisation et de gestion de ces États est généralement conforme à ces différentes logiques, notamment en relation avec les privilèges qu'en tire la mère-patrie. Dans ces conditions et à défaut d'une forte tradition locale préexistante, les formes de politique de développement mises en place restent profondément divergentes et extraverties. Ces formes sont généralement plaquées sur les expériences léguées par le colonisateur conformément à ses intérêts «Ainsi, les pouvoirs politiques s'établissent au niveau où le personnel politique africain prend en charge l'appareil administratif légué par la métropole».⁹ Il en résulte de profondes contradictions entre ces États qui ne permettent plus le retour vers le système de gestion cohérente mis en place dans certains cas durant la colonisation, en particulier le système fédéral tel qu'il fut appliqué en Afrique Occidentale française et en Afrique Équatoriale française. Seuls l'ancien Congo Belge devenu par la suite le Zaïre et le Nigeria se sont efforcés de préserver vaille que vaille leur unité territoriale avec toutes les difficultés qu'ils ont connues par la suite, telles que les tentatives de sécession (sécession katangaise au Congo en 1961 et biafraise au Nigeria en 1967). Ces tentatives ont pu justement se développer à cause des réserves minières d'une part et pétrolières d'autre part. Cette situation illustre bien que là où les enjeux économiques restent

⁹ J. C. Douence, «L'Afrique et la vie internationale», in *L'Afrique noire contemporaine*, Armand Colin, Paris, 1968, pp. 389-429.

très importants, le colonisateur n'a jamais laissé la main libre aux nouveaux dirigeants pour gérer leur pays dans la paix et la quiétude. À cause de leurs importantes richesses naturelles, le Zaïre tout comme le Nigeria continuent toujours être victimes de grandes difficultés qui menacent constamment leur existence, malgré l'espoir que les populations africaines placent en ces grands espaces territoriaux comme pôles de développement régional dans leur cadre géographique respectif.

Dans leur ensemble, les différentes logiques coloniales qui ont déterminé la partition des États africains contraignent toujours ces États à évoluer selon le modèle unitaire dans un cadre territorial et humain de faible dimension. C'est sans doute ce type de modèle d'État unitaire qui favorise l'établissement des régimes autoritaires à partir justement du refus des populations d'adhérer complètement aux nouveaux espaces politiques nationaux. Ce refus empêche les dirigeants africains de développer des relations de bon voisinage par crainte du débordement ethnique au sujet duquel les pays voisins adoptent le plus souvent une attitude contraire. Le cas du Togo et du Ghana à propos de la question éwé mérite d'être cité en exemple, tout comme celui aussi du Cameroun et du Nigeria concernant les populations fulbé du Nord d'une part et ibibio du Sud d'autre part. L'occupation de la baie de Bakassi par le Nigeria tout au long de l'année 1994 est la meilleure illustration de cette difficulté de bon voisinage et de la méfiance qui en résulte.

Ces questions tribales sont d'autant plus délicates que les solidarités traditionnelles ne se fondent pas forcément sur une base territoriale, et les différentes ethnies peuvent par exemple se partager le même territoire comme c'est le cas des Tutsi et des Hutu au Rwanda et au Burundi, et des populations refuges de la chaîne de l'Atacora au Nord-Ouest du Bénin.

Quoi qu'il en soit, la question ethnique ou tribale transforme les nouvelles nations africaines en des États artificiels avec un espace territorial constamment menacé malgré la confirmation de l'intégrité de ces territoires par la charte de l'Organisation de l'Unité Africaine.

Cette menace se traduit par la fragilité des frontières en tant que ligne de démarcation.

Les limites de la territorialité

On peut donc affirmer suivant les logiques coloniales qui expliquent la création des États que ces derniers sont tous instables. Leur existence et leur fonctionnement entraînent aujourd'hui une certaine incertitude qu'analyse très bien Jean-Pierre Raison dans un récent travail justement intitulé: «Les formes spatiales de l'incertitude en Afrique contemporaine».¹⁰

Cette incertitude se manifeste par quelques désorganisations territoriales telles que:

- la crise de l'État comme entité spatiale,
- une mobilité complexe et exacerbée,
- des espaces lacunaires et striés,
- une différenciation spatiale croissante à le même territoire.

La crise de l'État en tant qu'entité spatiale se manifeste d'abord par le manque de moyens financiers pour fonctionner. Le poids de la dette est si lourd que l'intervention extérieure qui en résulte, notamment celle de la Banque Mondiale et du Fonds Monétaire International, ôte à ces États les moyens élémentaires de leur fonction d'encadrement. Cette absence de fonction efficace d'encadrement est devenue le facteur de l'absentéisme des fonctionnaires, préoccupés d'assurer la sécurité de leurs revenus par le biais de l'économie informelle. Mieux, le souci d'améliorer les revenus est en train de ruiner les chances de la démocratie dans plusieurs pays africains par la création de partis politiques fantoches qui ne sont en fait que de simples clubs électoraux, mais dont l'existence donne à leurs leaders quelques chances d'accéder au poste de député, de ministre, de conseiller ou

¹⁰ J.-P. Raison, «Les formes spatiales de l'incertitude en Afrique contemporaine», Travaux de l'Institut de Géographie de Reims, n°m. 83-84, 1993, pp. 5-18.

d'ambassadeur. Du coup, les partis politiques n'ont plus de programme d'action et ne se structurent aucunement autour d'objectifs précis. La multiplication des partis politiques fragilise ainsi le fonctionnement de l'Etat dans la mesure où elle se traduit par la fuite en avant devant les nobles responsabilités politiques. Le cas de notre pays, le Bénin, est significatif à ce sujet. Voilà un petit pays qui ne dispose que de soixante-quatre députés mais qui compte aujourd'hui environ 75 partis politiques. Ce qui voudrait dire que même si les élections se déroulent dans de très bonnes conditions de transparence, plusieurs de ces partis n'auront jamais de députés. Mais la plus grande difficulté de la situation béninoise se situe plutôt dans le risque pour le dirigeant suprême de ne jamais posséder une majorité au parlement pour mener à bien son programme de gouvernement. C'est la situation que vit actuellement le président Soglo avec le risque de crises institutionnelles permanentes dont les conséquences sur l'État sont encore plus importantes que celles qui résultent de la forte emprise du monde extérieur.

L'exemple béninois illustre bien la fragilité des États africains et montre en même temps les limites des luttes actuelles pour la démocratisation de l'État. La démocratisation dans la plupart des États qui se sont engagés dans cette voie est loin de résoudre les problèmes épineux des Etats-Nations comme ceux relatifs à une idéologie d'action, à une vision de l'avenir et à une stratégie sans lesquelles la politique ne peut rien apporter de meilleur aux populations africaines.

La réflexion qu'il faudrait amorcer autour de la nature même des États-Nations et concernant leur mode de fonctionnement bute sur ces questions de la finalité des partis politiques. Les différents projets de réformes administratives jugées indispensables pour enraciner l'action gouvernementale et faire mieux participer les populations au processus du développement ont échoué dans beaucoup de pays à cause de la faiblesse de l'État provoquée par les jeux subtils des différents partis politiques et des alliances de circonstance qui en résultent. La menace d'éclatement de l'État suite à la

mauvaise gestion des questions tribales, support actuel de la création de plusieurs partis politiques, reste persistante. On peut citer à ce propos l'exemple de la Somalie, de l'Ethiopie, du Soudan, du Libéria, du Sénégal à un moindre degré et de quelques États sahéliens face à la question touarègue sans, bien sûr, oublier le Nigeria où le refus entêté du général Abacha à jeter du lest face à l'aspiration des peuples nigériens pour un État de droit et le règne de la démocratie pluraliste peut déboucher sur un autre pogrome.

L'ampleur de ce phénomène d'éclatement montre bien que ces États-Nations n'ont plus tellement un contenu dynamique et se manifestent davantage à travers la forme que le contenu. Il est alors difficile d'imaginer qu'ils puissent subsister en tant que système d'organisation cohérent et hiérarchisé. Le contenu politique comme moteur de ces États est en mutation profonde avec le changement des lignes de force sur lesquelles on pouvait concevoir de façon cohérente l'aménagement de l'espace.

La mobilité dont les aspects sont divers, exode rural, transhumance peule, migrations internationales, migrations forcées de réfugiés... rend bien compte de l'incapacité des territoires à jouer pleinement leur rôle par rapport à la sécurité des habitants. Elle limite la portée des frontières en tant que barrières dans la mesure où ce sont justement les franges frontalières qui deviennent les zones d'attraction, soit pour des raisons de sécurité, soit pour des motifs économiques. Cette migration qui, dans bien des cas, submerge complètement les populations autochtones par son ampleur (exemple de la Côte-D'ivoire, du Gabon, du Congo) participe à une recomposition de peuplement qui modifie les formes d'organisation spatiale et d'aménagement territorial. Cette question est si importante dans la remise en cause de la logique territoriale actuelle qu'elle fera l'objet d'un chapitre spécial.

La transformation du territoire, qui résulte de la crise actuelle de l'État et de l'ampleur des migrations, crée de nouveaux espaces caractérisés par la prise de conscience des groupes ethniques et un renforcement de leur autonomie vis-à-

vis de l'État. En d'autres termes, on assiste à une forme d'éclatement national avec un repli sur soi des différentes entités tribales. Cette dynamique aboutit à la création de nouvelles entités qui deviennent aujourd'hui les points d'ancrage de forces politiques par le biais de multiples associations. On n'a plus besoin, pour montrer les conséquences d'un tel repli sur soi, d'évoquer la question rwandaise comme le plus grand malheur du continent en cette fin du XX siècle.

On assiste donc de plus en plus à une différenciation spatiale croissante que l'on peut apprécier de plusieurs manières:

- les espaces d'extraversion qui se constituent autour des pôles d'économie dite moderne: pôle de modernisation rurale ou d'exploitation minière dont le dynamisme et la prospérité sont fondés sur une relation privilégiée avec l'extérieur;
- les espaces urbains qui sont parfois des créations ex nihilo à partir d'un pôle administratif ou d'une exploitation minière;
- les espaces d'échanges qui se structurent davantage autour des flux commerciaux importants portant parfois sur de longues distances. C'est le cas des marchés de regroupement déjà analysés dans d'autres travaux.¹¹

Ces différents espaces renforcent l'éclatement territorial à partir des intérêts divergents avec pour conséquence l'absence de véritables pôles autour desquels pourrait se structurer l'espace national. C'est cet éclatement territorial qui donne une certaine ampleur aux différentes formes de migration et renforce du coup le rôle des périphéries nationales, c'est-à-dire les régions frontalières qui, par leur dynamisme, fonctionnent comme des enclaves entre deux ou plusieurs États-Nations.

Au terme de ces premières réflexions, force est de constater que le cadre des politiques d'aménagement est de plus en plus

¹¹ O. J. Igué, «Échanges et espaces de développement: cas de l'Afrique de l'Ouest», Travaux de l'Institut de Géographie de Reims, núm. 83-84, 1993, pp. 19-39.

problématique; d'abord, par le caractère artificiel des États. Cette facticité résulte premièrement de l'héritage colonial, ces espaces ayant été mis en place pour assurer un certain prélèvement des ressources locales au profit de la métropole. Les structures administratives coloniales n'étaient pas conçues pour le développement mais plutôt pour renforcer cette exploitation. Les indépendances nominales acquises sans préparation préalable ont modifié du jour au lendemain la vocation de ces espaces sans pour autant changer leurs structures de fonctionnement. Ce changement de fonction et d'objet pose encore beaucoup de problèmes qui poussent certains économistes à parler du blocage structurel des États africains.¹²

En outre, le caractère parfois flou des espaces de manœuvre politique ne facilite pas l'évolution rapide des États. Beaucoup d'entre eux, arguant de la mauvaise délimitation de leurs frontières, espèrent encore voir évoluer leur configuration territoriale. Ceux-là entreprennent des négociations bilatérales avec leurs voisins pour déplacer des bornes frontalières ou pour mieux les définir. Lorsque ces négociations échouent, les conflits frontaliers devenus monnaie courante éclatent sur l'ensemble du continent. Tous les pays de la sous-région ouest-africaine souffrent de l'imprécision de leurs frontières et le plus souvent de l'absence de bornage. Les populations en profitent pour renforcer leur autonomie vis-à-vis de l'administration centrale en jouant sur la double nationalité. Ce flou territorial est un sérieux handicap dans la mesure où le domaine à équiper est très mal maîtrisé.

Enfin, on doit évoquer la disparité morphologique des territoires et les contraintes qui en résultent en termes d'opportunités de développement et d'équipement. Ainsi, l'importance des territoires sahéliens est un véritable handicap eu égard à la faible densité

¹² Amin Samir, *L'Afrique de l'Ouest bloquée*, Paris, Éditions de Minuit, 1984; Mamadou Coulibaly, *Le libéralisme, nouveau départ pour l'Afrique Noire*, op. cit.

des population, et à leur mauvaise répartition dans l'espace. De même, les États émiettés comme le Cap-Vert sont difficiles à aménager.¹³ Quelle que soit la volonté des gouvernants, cet émiettement bloque les politiques d'équipement dans la mesure où celles-ci coûtent trop cher. Pour terminer, les États à morphologie allongée ont du mal à se situer par rapport à un point de gravité autour duquel pourrait se créer un véritable pôle d'entraînement et de rayonnement spatial. Du coup, une partie du territoire se trouve isolée de la capitale et renforce les velléités régionalistes.

Ce sont là autant de problèmes qui méritent d'être soulevés pour montrer les difficultés d'équipement du territoire en Afrique et les raisons qui donnent une certaine importance aux régions frontalières, fonctionnant désormais comme les facteurs d'un nouveau rééquilibrage territorial montrant ainsi les limites de la logique de l'État-Nation, legs du colonialisme.

¹³ Cf. M. Lesourd, "Le problème du contrôle territorial dans les petits espaces: l'exemple de la République du Cap-Vert, micro-Etat insulaire", in H. Thery (Ed.), *L'État et les stratégies du territoire*, Paris, Ed. du CNRS, 1991, pp. 101-110.

LES MIGRATIONS DE POPULATION

John O. Igué

La migration de population est un phénomène permanent dans l'histoire de l'humanité. C'est à partir d'elle que se sont forgés les différents môles de peuplement de la planète qui servent désormais de base d'appartenance territoriale à plusieurs groupes socioculturels.

Ces migrations anciennes se faisaient de façon spontanée avant la naissance des États. C'est l'apparition des États à travers leurs frontières territoriales qui donne une autre signification au phénomène.

Si l'on regarde ce qui se passe en Afrique de l'Ouest, on se rend bien compte que ces déplacements sont aussi anciens mais qu'ils sont restés très libres avant le partage colonial. En effet, c'est une fierté pour les chefs traditionnels africains d'accueillir des étrangers sur leur territoire. Cela procure une certaine gloire à ces derniers dans la mesure où l'arrivée des migrants atteste de leur bonne politique et surtout de leur générosité, qualité très recherchée par les dignitaires africains. Même si le pays n'était pas favorable à l'arrivée massive des migrants, par le jeu des mariages les chefs cherchent toujours à favoriser, pour leur pays, l'installation des personnes reconnues pour leurs exceptionnelles qualités morales, financières ou militaires. Il y a même eu beaucoup de razzias qui ont été organisées pour remplir les domaines politiques qui manquaient de main d'œuvre agricole à cause de leur faible densité démographique: exemple du royaume d'Abomey au Bénin, des chefferies Akan au Ghana actuel.

On peut donc dire que la migration est restée de tout temps très active en Afrique à cause de la souplesse des frontières des différents États précoloniaux. C'est grâce à ces migrations que le Sahel a pu être épargné des catastrophes qu'il a connues par la suite et qui résultent de la surpâturation et du cantonnement territorial des populations, provoqués par le fonctionnement rigide des frontières coloniales. Les populations africaines qui avaient habité le Sahel étaient conscientes de l'avancée du désert et savaient que la fragilité de ce milieu désertique exige que les hommes et les bétails aient des facilités de déplacement du Nord vers le Sud à la saison sèche et du Sud vers le Nord dès l'arrivée des premières pluies; d'où la pratique de la transhumance. C'est par cette transhumance qui s'effectue sur de longues distances que l'on avait réussi à maintenir l'équilibre écologique du Sahel. Cette transhumance n'a plus connu les mêmes ampleurs spatiales avec l'apparition des frontières d'États modernes, et ce par souci des dirigeants de mieux contrôler les ressources naturelles. Il en a résulté la surpâturation, cause essentielle de la sécheresse des années 1973 à 1980. À ce propos, la plupart des responsables politiques sahéliens avaient reconnu que les nouveaux États qu'ils avaient à diriger pouvaient être comparés à de véritables enclos à l'intérieur desquels les rigidités de déplacement tant des hommes que du bétail avaient fini par ruiner le potentiel végétal et foncier.

Depuis cette sécheresse, la transhumance a repris avec la même ampleur qu'avant la colonisation, mais cette fois-ci contre la volonté de tout le monde, tant dans les pays de départ qui voient en elle une perte de ressources que dans les pays d'accueil qui considèrent l'arrivée des éleveurs bororo et bouzou sur leur territoire comme une menace pour leurs productions agricoles. Effectivement, les conflits entre Peuls et agriculteurs sont devenus les facteurs d'instabilité sociale dans les pays d'accueil.

Ces rappels montrent bien l'intérêt qu'il y a à accorder une attention particulière à la migration des populations dans ce débat sur la dynamique spatiale en Afrique de l'Ouest. De ce point de vue, on peut dire qu'elle fut la première réponse des populations aux contraintes spatiales.

Le sujet en, lui-même est complexe, tellement il implique d'éléments comme la migration temporaire ou définitive, la migration interne ou internationale. À l'intérieur de chacun de ces éléments, entrent en ligne de compte plusieurs autres classifications telle que la notion de migration rural-rural, rural-urbain, urbain-rural, urbain-urbain; toutes ces notions sont utilisées pour les déplacements qui se font à l'intérieur d'un même territoire. La migration internationale est étudiée à travers les mouvements infrarégionaux ou hors continents. À l'intérieur de chacun de ces concepts, entrent en ligne de compte d'autres considérations comme la migration spontanée, organisée ou forcée.

Tous ces différents paramètres peuvent être analysés comme les conséquences négatives de l'apparition des frontières. Si l'espace était uniforme, il aurait favorisé la libre circulation des hommes tant à l'échelon local que régional ou intercontinental. C'est justement la fragmentation de l'espace qui oblige à attribuer à ces déplacements de population tant de concepts.

Dans cet ouvrage, seulement quelques-uns de ces concepts nous serviront d'éléments d'argumentation: l'exode rural et la migration internationale. Ces deux phénomènes participent à une nouvelle recomposition démographique qui accélère l'éclatement spatial en plusieurs foyers de peuplement. Ces deux phénomènes seront analysés à travers les aspects suivants:

- les motifs des déplacements comme expression du refus d'embrigadement territorial sans sécurité morale et matérielle;
- l'analyse des flux et stocks migratoires comme expression de l'éclatement spatial;
- les conséquences des migrations sur le rééquilibrage démographique et la nouvelle image du peulemfc.it ouest-africain.

Les causes des migrations de population

Le déplacement des hommes sur la planète a fait l'objet d'une abondante littérature. L'Afrique a particulièrement retenu l'attention des chercheurs tant du Nord que du Sud.

De ce point de vue, il existe de bonnes études de référence sur le sujet.¹ En se fondant sur ces travaux, les causes du phénomène migratoire peuvent être regroupées en quelques rubriques:

- *Motif religieux.* En Afrique de l'Ouest, les mouvements de population provoqués par les pèlerinages musulmans ont toujours constitué un phénomène très important touchant chaque année plusieurs milliers de personnes. Jusqu'à une date récente, le pèlerinage se faisait par étapes, provoquant des colonies d'établissements définitifs. Aujourd'hui, le développement des liaisons aériennes a considérablement allégé le temps de voyage et supprimé les étapes de migration qui en résultent.
- *Mauvais fonctionnement des structures sociales.* En cherchant à lutter contre ce mauvais fonctionnement, on provoque la colère des dirigeants, se traduisant par des règlements de compte qui débouchent sur le déplacement de réfugiés. Aussi, ce mauvais fonctionnement des structures sociales peut être dû à l'emprise d'un groupe ethnique sur un autre, débouchant parfois sur des conflits tribaux d'une extrême violence. Quoi qu'il en soit, ce mauvais fonctionnement des structures sociales a conféré au mouvement des réfugiés de très grandes ampleurs depuis 1960 à ce jour. La question relative à la consolidation des frontières et à la recherche de stabilité politique des Etats indépendants, et le besoin d'un État de droit n'ont cessé d'occasionner des luttes internes dont les foyers sont répandus presque partout, aujourd'hui, en Afrique.
- *Motif économique.* Les mouvements migratoires à caractère économique comprennent à la fois le nomadisme pastoral, le développement de l'agriculture, de la pêche, du commerce et la recherche d'un emploi bien rémunéré.
- *Besoin d'ouverture sur le monde,* notamment de la jeunesse, etc.

Ces différentes causes sont toutes valables, mais elles restent statiques parce qu'assorties dans bien des cas du contexte historique et culturel de la sous-région dans son

¹ À ce sujet on peut se référer aux travaux de l'ORSTOM sur la question, de la Banque Mondiale, de Population Council et tout récemment du CERPOD de l'Institut du Sahel dont le siège est à Bamako au Mali.

ensemble. De ce point de vue, il paraît intéressant de jeter un coup d'œil rétrospectif sur le peuplement de l'Afrique avant le partage colonial. Ce coup d'œil laisse penser que la répartition ancienne des populations de la sous-région ouest-africaine se faisait à l'intérieur de deux zones géographiques que l'on peut considérer comme les anciens foyers de peuplement.

Le plus connu de ces foyers est sans doute celui de la zone soudano-sahélienne, s'étaient entre l'actuel Sénégal et le lac Tchad. Ce foyer soudanais constituait le gros des populations noires, mais soumis aux difficultés du dessèchement progressif du Sahara. Malgré cela, ce foyer a permis la formation et le bon fonctionnement des empires au Ghana, du Mali et du Songhaï.

Ensuite vient le foyer des pays côtiers centré sur les pays du golfe du Bénin entre l'actuel Ghana et le delta du fleuve Niger. Ce foyer a été tributaire de la concentration Yoruba avant la naissance des entités politiques comme le royaume d'Abomey et la Confédération Ashanti.

Dans cet ensemble des peuplements soudanais et côtier, se sont constitués environ six nouveaux pôles suite aux bouleversements apportés par la traite des esclaves. Ainsi, l'ancien foyer soudanais s'est éclaté en trois pôles:

- le pôle wolof-sérère représentant la façade ouest de l'océan Atlantique depuis la ville de Saint-Louis du Sénégal jusqu'à Bissau, capitale de l'ancienne Guinée portugaise;
- le pôle voltaïque, entièrement centré sur le Burkina-Faso;
- le pôle haoussa-kanouri qui englobe à la fois le Sud du Niger, le Nord du Nigeria, du Cameroun et le Sud-ouest du Tchad.

Le foyer côtier s'est lui aussi éclaté en trois pôles:

- le foyer Mandé du Sud, centré sur la Guinée-Conakry et la Sierra-Leone;

- le foyer Akan regroupant le Sud du Ghana, les pays agni et baoulé de Côte-D'ivoire;
- le foyer yoruba et bamiléké, représenté par le Sud du Togo, du Bénin, du Nigeria et du Cameroun.

Ces différents foyers de peuplement étaient en pleine restructuration politique et économique quand intervint la colonisation qui a débouché sur la délimitation frontalière des États-Nations actuels.

Ainsi, ces différents môtles de peuplement vont être fragmentés en 18 États, y compris le Tchad et le Cameroun, appartenant à plusieurs puissances impérialistes aux objectifs et motivations opposés. Cet éclatement des différents foyers de peuplement de la sous-région ouest-africaine en plusieurs territoires aux potentialités économiques différentes apparaît à nos yeux comme la cause majeure des différentes migrations qui affectent aujourd'hui la zone tant en ce qui concerne l'exode rural que les déplacements extraterritoriaux.

L'exode rural s'appuie surtout sur le fait que les nouveaux États ont réuni à l'intérieur de leur territoire à la fois des môtles d'origine soudanienne et forestière: c'est le cas du Bénin, du Nigeria, au Cameroun pour ne citer que les principaux. Ailleurs, la logique d'unité spatiale de ce peuplement a été brisée comme c'est le cas pour le foyer wolof-sérère partagé entre les États de la Mauritanie, du Sénégal, de la Gambie et de la Guinée-Bissau, du foyer mandé du Sud divisé entre la Guinée Conakry et la Sierra-Leone, du foyer akan comprenant aujourd'hui le Ghana et la Côte-D'ivoire.

On peut donc dire que c'est la recherche des anciens équilibres spatiaux par les populations qui constitue le facteur essentiel de l'exode rural d'une part et de la migration étrangère d'autre part. Cette recherche d'équilibre est devenue cruciale avec les distorsions apportées par les différentes logiques coloniales entre les puissances impérialistes d'une part et les opportunités militaires, minières, commerciales et de peuplement d'autre part.

Dans tous les cas, les États sahéliens sans débouché sur la mer, constamment menacés par la désertification, et à cause aussi de leur trop grande superficie, n'ont jamais pu assurer la sécurité de leur population. La fragilité de l'espace exige une certaine souplesse frontalière pour permettre à ces populations de se mouvoir librement, conformément aux anciennes migrations historiques et aux transhumances peules. Le manque de souplesse a transformé ces États en de véritables enclos dans un premier temps et a contribué au développement extraordinaire de l'émigration vers les zones propices, soit à l'intérieur d'un même pays, d'un État voisin ou vers l'Europe dans un second temps après l'épuisement de l'enclos.

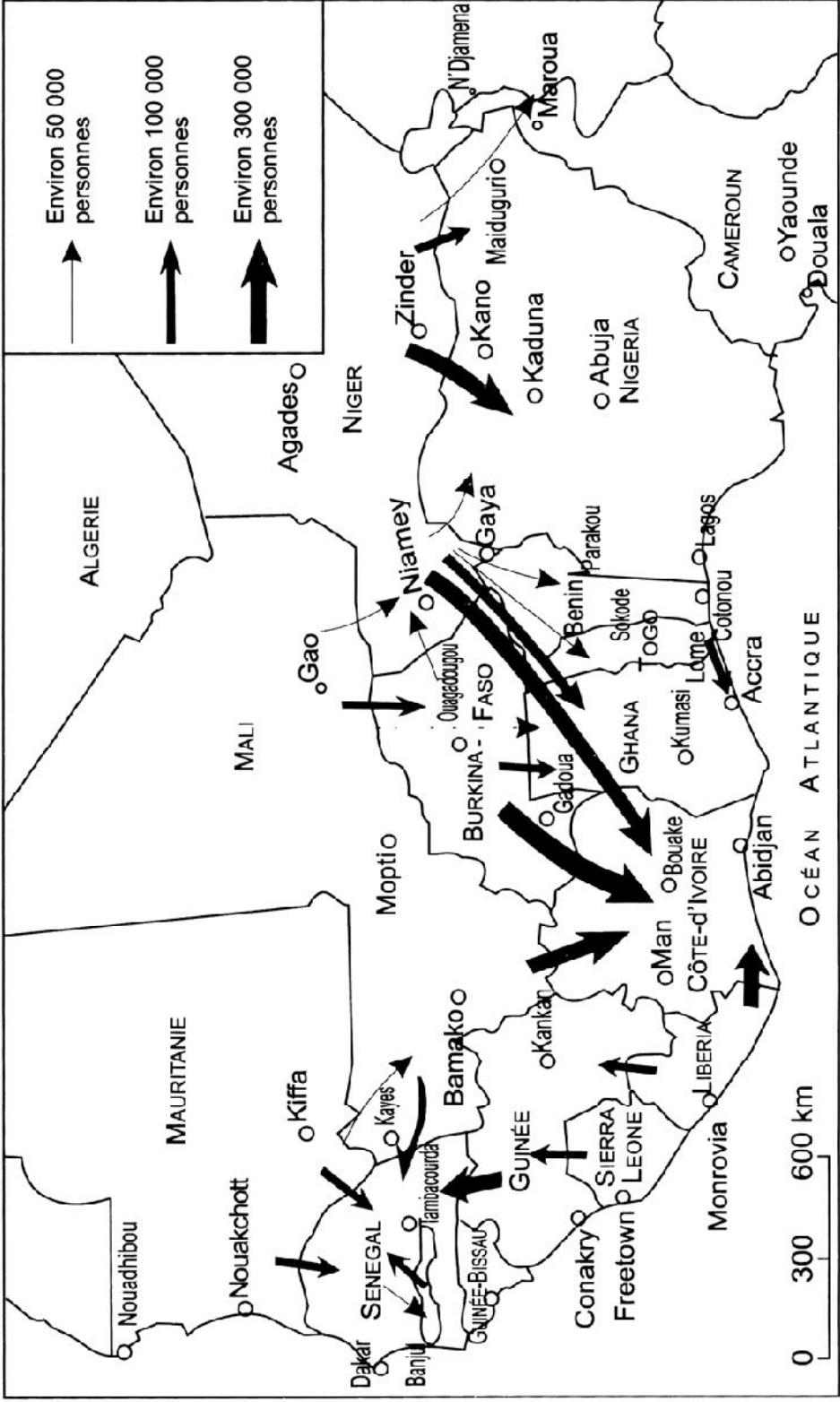
Ailleurs, où les conditions écologiques étaient bonnes comme c'est le cas des pays côtiers, le refus d'embrigadement pour de rudes tâches de construction, tels que les travaux forcés, le portage, et de défense, notamment le recrutement militaire, explique l'intensité des migrations. À propos de ces différents aspects relatifs à la construction des territoires conquis, les puissances impérialistes n'affichent pas les mêmes politiques. Les Anglais, à l'opposé des Français, étaient relativement souples. Ils avaient toléré la participation des chefs indigènes à la section de leur société par la politique de l'«indirect rule». De même, la meilleure dotation en ressources naturelles de leurs colonies offrait à ces Anglais d'énormes possibilités de développement qui ont fait de leurs possessions comme le Ghana et le Nigeria les premiers foyers d'immigration en Afrique de l'Ouest jusqu'à la fin des années 1970 pour le premier et 1980 pour le second.

Cette immigration, quelles que soient sa forme et son ampleur, participait à une nouvelle tentative de rééquilibrage démographique au niveau sous-régional.

L'analyse des stocks migratoires et leurs conséquences sur l'espace

L'appréciation de l'effectif des migrants dans la sous-région n'est pas chose facile malgré l'abondance des publications. Celle-ci bute

Lex flux migratoires en Afrique de l'Ouest



contre l'instabilité du phénomène tant dans le temps que dans l'espace, surtout à cause du caractère clandestin des plus importants flux. Enfin, il manque des études exhaustives sur l'ensemble de la sous-région. En attendant que le Centre d'Études et de Recherche sur la Population pour le Développement (CERPOD) de l'Institut du Sahel publie les résultats de ses enquêtes, la seule étude concernant la migration ouest-africaine est celle réalisée par la Banque Mondiale entre 1988 et 1990.² Mais elle n'a fait que constater, elle aussi, le manque de fiabilité dans les données disponibles. Ces données et notamment les enquêtes démographiques et les divers recensements nationaux permettent d'estimer à environ 7,2 millions le nombre total des personnes affectées par les migrations internationales dans la sous-région, soit environ 3,71% de la population totale. Ce chiffre est néanmoins très bas comparé aux enregistrements de certaines ambassades telles que celles du Ghana, du Mali et du Bénin par exemple.

En ce qui concerne la tendance des mouvements, il convient de distinguer deux groupes de pays: de départ et ceux d'accueil.

Les pays de départ

Selon le rapport de la Banque Mondiale, peuvent être considérés comme pays de départ ceux ayant un solde négatif entre le total d'immigrants reçus et les départs. Ces pays sont nombreux, il s'agit par ordre d'importance, du Mali, du Burkina-Faso, du Bénin, du Niger, du Togo, du Tchad et de la Guinée. Mais ce sont le Burkina-Faso et le Mali qui viennent de très loin en tête.

Le cas du Burkina-Faso

L'importance de la migration n'est plus à démontrer pour le Burkina-Faso; environ 17% de la population vivent hors du territoire national. Il existe sur la question plusieurs études qui montrent que l'émigration burkinabé remonte à l'époque

² Karen Jacobsen and William Deane Stanley, *International Migration and Development in Sub Saharan Africa*, WB, vol. i, Washington, 1990.

coloniale. Le tableau ci-après renseigne bien sur l'évolution du phénomène par pays de destination et selon la période de départ.

Répartition des émigrants burkinabè d'après les périodes de départ et les pays d'accueil

Période de départ	1923 et avant	1924-1932	1933-1939	1940-1945	1946-1950	1951-1955	1956-1960	1961-1975	1976-1985	Total	%
Côte-d'Ivoire	310	1,480	4,100	8,750	10,820	21,280	33,960	298,656	621,559	1,000,324	80.57
Ghana	930	3,450	3,910	5,210	7,810	12,630	15,470	27,724	-	773,834	6.25
Autres	3,520	7,740	8,450	6,670	3,430	1,810	1,970	9,642	119,945	163,257	13.18
Total	4,760	12,670	16,460	20,630	21,260	35,720	51,400	336,022	741,507	1,241,415	100.00

Selon le tableau, le fort du contingent des émigrants se dirige vers la Côte-D'ivoire, ensuite vers le Ghana jusqu'en 1975. Ce dernier pays détenait le record de l'émigration d'origine burkinabé jusqu'en 1933. Mais à partir de cette date, les départs vers la Côte-D'ivoire n'ont cessé d'augmenter de façon significative et les flux à destination de ce pays l'ont finalement emporté sur ceux allant vers le Ghana et même vers les autres pays de la sous-région. Cette situation a été favorisée par le rattachement de la plus grande partie du Burkina-Faso à la Côte-D'ivoire en 1932 et aussi par l'intensification des réquisitions administratives de main-d'œuvre pour la mise en valeur de la Côte-D'ivoire. De plus, durant la période 1940-1945, qui correspond à celle de la Deuxième Guerre Mondiale, la fermeture de la frontière ghanéenne freina le flux vers ce pays au profit de la Côte-D'ivoire. Mais l'arrêt de cette immigration, comme on le constate durant la période allant de 1975 à 1985, est plutôt dû à l'expulsion massive des étrangers en 1969 suite à l'application du décret dénommé «Alians Compliance Order». Cela a eu pour conséquence de plonger l'ancienne Gold Coast dans une longue période de crises économiques aiguës qui transformèrent le pays en zone d'intense émigration.

Outre le Ghana et la Côte-D'ivoire, les autres pays de l'ancienne AOF ont aussi bénéficié de l'émigration burkinabé, notamment le Sénégal et le Mali. La part de ces deux pays est restée très élevée entre 1932 et 1960. Les Burkinabé qui allaient au Sénégal le faisaient dans le cadre des recrutements militaires tandis que ceux qui se dirigeaient vers le Mali allaient participer à l'aménagement de l'Office du Niger.

Si l'on analyse l'origine de ces émigrés en fonction de leurs zones de départ, la campagne mossi fournit à elle seule environ 64,7%, la partie ouest 28% et les régions urbaines seulement 3,3%. Cela signifie que le foyer mossi se dépeuple très fortement tandis que les zones urbaines deviennent les secteurs de stabilité démographique.

L'exemple du Mali

Le Mali tout comme le Burkina-Faso connaît aussi une forte émigration qui vient se greffer sur les déplacements internes déjà très intenses dans ce pays, notamment en faveur de Bamako, la capitale du pays, et des zones cotonnières du Sud. Les causes de ces différents mouvements sont les mêmes: motivations économiques impulsées par la recherche de revenus meilleurs, recherche de sécurité, notamment la sécurité alimentaire, et raisons sociales dont celles relatives à la répartition des terres en voie de raréfaction par suite de fortes pressions démographiques, et à la division collective du travail; autrement dit, au sein d'une cellule familiale, on assiste à une division du travail entre ceux qui acceptent de rester sur place pour l'exploitation des terres disponibles et ceux qui sont chargés d'aller à l'aventure à la recherche de revenus complémentaires.

Quelles que soient leurs causes, les migrations maliennes restent très actives. Ainsi, les migrations rurales vers les villes concernent environ 30 000 migrants par an vers Bamako et 20 000 individus vers Sikasso. Les migrations internationales sont encore plus importantes. Le haut conseil des Maliens à l'extérieur l'évalue à près de 6 millions de personnes. Mais le chiffre de 3 à 3,5 millions, y compris les descendants de deuxième et troisième générations, tiré de l'analyse des dossiers relatifs aux élections de 1992, semble plus proche de la réalité. Le tableau ci-après rend compte de la répartition géographique de ces 3,5 millions de Maliens vivant à l'étranger. La première remarque qui se dégage de ce tableau concerne toujours la part prépondérante de la Côte-d'Ivoire qui accueille environ 50% des émigrés; ensuite viennent le Sénégal et les pays d'Afrique Centrale. Le Ghana avait joué un rôle relativement important avant 1970.

La seconde remarque est la diversification des pays d'accueil par opposition aux migrations burkinabé plus concentrées dans l'espace ouest-africain. Cette diversification

Répartition par pays d'accueil des émigrants maliens entre 1960 et 1992

<i>Pays</i>	<i>Annés 1960</i>	<i>Annés 1970</i>	<i>Annés 1980</i>	<i>Annés 1990</i>	<i>Estimation 1992</i>
Afrique Ouest					2,500,000 à 3,000,000
R.C. Ivoire	18,000	353,500	800,000	1,200,000	1,500,000
Ghana		400,000	25,618	800,000	200,000
Sénégal				2,000	800,000
Guinée					
Autres Afrique					800,000
Maghreb				35,000	100,000
Afrique Centrale					500,000
Afrique Australe et Orientale					200,000
Europe					100,000
dont France				30,000	(80,000)
Autres					
Total					environ 3,500,000

Source: Perspectives à long terme en Afrique de l'Ouest: étude du cas national Mali, OCDE, CILSS, CINERGIE/BAD, décembre 1993 (manuscrit).

s'explique par la recherche de meilleures opportunités de revenus à l'étranger et aussi par la variété ethnique des migrants, exerçant des activités autres que le travail agricole. Les Soninké et Sarakolé de la région de Kayes par exemple se retrouvent aujourd'hui presque partout dans le monde. Ils se sont constitués en de puissants réseaux d'hommes d'affaires prêts à accueillir et à soutenir de nouveaux arrivants. Leur

capacité d'adaptation dans les pays d'accueil renforce le renouvellement de ce réseau. Cette logique de réseau permet aussi d'établir une corrélation grande entre les régions de départ et les pays d'accueil.

En Côte-D'ivoire dominant les migrants originaires de la région de Sikasso, frontalière et peuplée par les mêmes groupes ethniques que le nord de ce pays.

Au Ghana, sont représentés surtout les Peuls et les Sonraï originaires de Mopti, Gao et Tombouctou. Ces régions entretenaient depuis de longues dates avec le Ghana des relations étroites à partir du commerce de bétail et de poisson sec et fumé contre la noix de cola.

Au Sénégal, il s'agit plutôt des descendants des navet ânes et des administrateurs publics et ferroviaires. L'autre caractéristique de cette émigration malienne est la propension à résider davantage dans les villes que dans les zones rurales des pays d'accueil. Ainsi, 56% des Maliens sont dans les villes de Côte d'Ivoire et du Ghana.

Ces deux exemples de pays d'émigration illustrent bien l'ampleur du phénomène. Environ 30% de la population total de ces pays vivent hors de leur espace national. Mais l'élément plus important à retenir est le caractère active de cette émigration malgré la saturation des zones d'accueil provoquée par des crises économiques aiguës.

Les pays d'accueil

Ils sont peu nombreux comparés à ceux de départ. En tête de liste vient la Côte-D'ivoire suivie par le Ghana, le Sénégal et la Gambie. Le Nigeria, qui faisait partie de ce groupe jusqu'en 1983, ne reçoit plus de migrants. L'expulsion de plus de 2,5 millions d'Africains en 1983 et les crises économiques de la période actuelle, qui se traduisent par des conflits interethniques et interreligieux assez violents, ont totalement découragé l'arrivée de nouveaux migrants. Bien au contraire, ces crises ont désormais fait du Nigeria un des grands pays

d'émigration, tout comme ce fut le cas du Ghana ces dernières années.

L'exemple du Ghana

Le Ghana fut l'une des plus riches colonies d'Afrique Occidentale. Cette richesse l'a propulsé très tôt vers d'importantes accumulations rentières qui ont commencé aussitôt après la Première Guerre Mondiale. Cette situation rentière durera jusqu'en 1960, année de l'indépendance des autres colonies de la sous région. Cela entraîna d'importantes immigrations des pays voisins qui resteront au Ghana jusqu'aux expulsions de 1969 ordonnées par le Docteur Busia alors président du pays. C'est le début d'une profonde crise qui a perduré jusqu'à ces dernières années et dont les conséquences ont transformé le Ghana en pays d'émigration.

Mais avant cette situation dramatique, on comptait au Ghana plus de 1,2 million d'étrangers en 1960, soit environ 14% de la population totale. Mais les données disponibles avancent plutôt le chiffre de 811 000 répartis comme suit:³

Togolais	34.5%	Nigériens	3%
Burkinabè	24%	Maliens	2.4%
Nigériens	23%	Libériens	1 %
Ivoiriens	6.7%	Autres	0.9%
Dahoméens	3.9%		

Presque tous les groupes ethniques de l'Afrique de l'Ouest étaient représentés au Ghana. Cette immigration internationale a eu une influence considérable sur la densité de population dans les différentes régions du pays et en particulier sur le district métropolitain d'Accra, dont la densité en 1960 avoisinait 200 habitants/km² contre seulement 30 habitants/km² pour le reste des régions.⁴

³ N- O. Addo, «L'immigration et l'évolution socio-démographique», *Croissance démographique et évolution socio-économique en Afrique de l'Ouest*, Population Council, 1979, pp. 497-518.

⁴ N. O. Addo, *op. cit.*

Depuis 1970, le Ghana connaît plutôt une forte émigration dont le plus fort contingent se trouvait au Nigeria. Lors des expulsions de 1983, environ 900 000 Ghanéens avaient quitté ce pays. Bon nombre de ces expulsés s'étaient réfugiés en Côte-d'Ivoire où en 1989, l'ambassade du Ghana en dénombrait 800 000.⁵ Aujourd'hui, beaucoup d'autres Ghanéens se trouvent partout dans le monde, ils sont environ 300 000 aux Etats-Unis, 400 000 en Grande Bretagne et 213 en Australie.⁶

Toutefois, les crises libériennes et togolaises de ces dernières années et la relative reprise économique impulsée par un vigoureux programme d'ajustement structurel font à nouveau du Ghana un pays d'accueil de réfugiés. On y dénombre désormais environ 300 000 Togolais concentrés surtout dans la Volta Région qui représente la partie britannique du Togo après sa partition en 1918 entre les Anglais et les Français.⁷

Le cas de la Côte-d'Ivoire

Sur le plan économique, la Côte-d'Ivoire a connu la même évolution que le Ghana, mais, bien après, avec les rentes agro exportatrices restées particulièrement élevées entre 1960 et 1980, au moment où justement le Ghana a commencé à ressentir un profond essoufflement économique. Ainsi, la Côte-d'Ivoire a, depuis son indépendance, accueilli plus de 3 millions de migrants dont la majeure partie vient des pays sahéliens. Le flot de ces migrants est si important que les étrangers dépassent aujourd'hui les Ivoiriens sur leur territoire, environ 7 millions contre cinq millions d'autochtones. On pense qu'en l'espace de deux décennies la Côte-d'Ivoire a accueilli trois fois plus d'immigrants que les Etats-Unis et le Canada et 14 fois plus que la France. Elle serait ainsi le deuxième pays de la

⁵ J. K. Anarfi, *International Migration of Ghanaian Women to Abidjan*, Ph. D., Lagon, University of Ghana, 1989.

⁶ Nabila et Aryee, *Population Dynamics, Urbanization and Migration in Ghana*, University of Ghana, Lagon, Novembre 1993 (manuscrit).

⁷ Nabila et Aryee, *op. cit.*

planète après l'Australie en nombre d'immigrants par habitants.⁸ Malheureusement, à la différence du Ghana, il manque une analyse exhaustive sur la question. Seules les données des ambassades renseignent quelque peu sur la répartition de ces étrangers, par exemple:

Mali	1,500,000
Burkina-Faso	1,200,000
Ghana	800,000
Guinée	700,000
Bénin	80,000

Cette immigration a eu des effets positifs sur le pays par le dynamisme socio-économique qu'elle lui a procuré, notamment dans le secteur du développement urbain inexistant vers 1960.

Ces différents rappels montrent bien l'importance du recentrage démographique dont bénéficie actuellement l'Afrique de l'Ouest en dépit de l'existence des frontières. Ce recentrage des populations a des conséquences très visibles sur le comportement de l'espace tant à l'échelon des Etats-Nations qu'au niveau de toute la sous-région.

Les conséquences des migrations sur le rééquilibrage démographique et la nouvelle image du peuplement ouest-africain

Des multiples conséquences liées aux migrations de population, celles qui nous paraissent significatives conformément à notre propos, concernent la modification de la carte du peuplement. Cette modification mérite d'être soulignée parce qu'elle appauvrit certaines régions en ressources de développement pendant qu'elle en enrichit d'autres. Cet appauvrissement est d'autant plus important que peu de

⁸ J. M. Cour, *Évolution du peuplement et croissance économique en Afrique sub-saharienne*, IFRI, 31 mai 1990 (manuscrit).

migrants retournent définitivement dans leur pays d'origine. Cette situation menace donc l'avenir des pays sahéliens -dont la population émigré beaucoup- en tant que cadre approprié de développement.

Pour montrer de quelle manière se pose le problème, le débat sera centré sur la modification des densités de population, le développement urbain, la naissance des tensions sociales dans les zones d'accueil et l'émergence des mouvements identitaires, avant de voir la nouvelle image du peuplement occasionnée par les différentes migrations.

Migrations et densité de population

L'analyse de l'évolution démographique des pays africains permet de mieux cerner la question. Par exemple, depuis 1960 la croissance démographique dans les zones rurales a sensiblement diminué; elle est allée de 2% en 1960 à 1% en 1980 pour commencer à remonter à 1,7% après, suite aux crises économiques qui frappent les principaux pays d'accueil. Le ralentissement des flux migratoires a donc agi positivement sur la campagne. On peut alors dire, à partir de ce constat, que le processus d'urbanisation qui résulte de cette migration ne vide pas les campagnes mais restructure profondément leur peuplement.

D'une manière générale, à partir des perturbations provoquées par le déplacement incessant de population, la sous-région peut être divisée en quatre groupes de densité: plus de 120 habitants/ km², de 50 à 120 habitants/km², de 15 à 50 habitants/km², et moins de 15 habitais/km².

Les densités de plus de 120 habitants/km² correspondent en général à des zones de forte immigration liée à leur opportunité de travail: zones périurbaines, de colonisation agricole spontanée eu secteurs d'aménagements agricoles modernes axés sur de grandes exploitations, etc. Toutes ces zones de forte densité se trouvent généralement le long de la côte et notamment dans le golfe de Guinée. La partie orientale

de ce golfe, comprise entre Accra et le Delta du Niger, a des poches de densité démographique supérieure à 500 habitants/km² comme c'est le cas en pays éwé (Togo), dans la banlieue de Porto-Novo au Bénin et chez les Ibo du Sud-est du Nigeria.

Les régions de 50 à 120 habitants/km² sont des zones intermédiaires où se sont développées de petites villes relais de l'exode rural. Dans cette catégorie se trouve la façade atlantique de la sous-région entre Saint-Louis du Sénégal et Conakry en Guinée.

Les densités de 15 à 50 habitants/km² concernent plutôt les zones d'exploitation agricole axées sur les cultures vivrières et commerciales annuelles comme le coton par exemple. La monétarisation qui résulte de la culture du coton est devenue le facteur de stabilisation de la population et de l'amélioration de la densité.

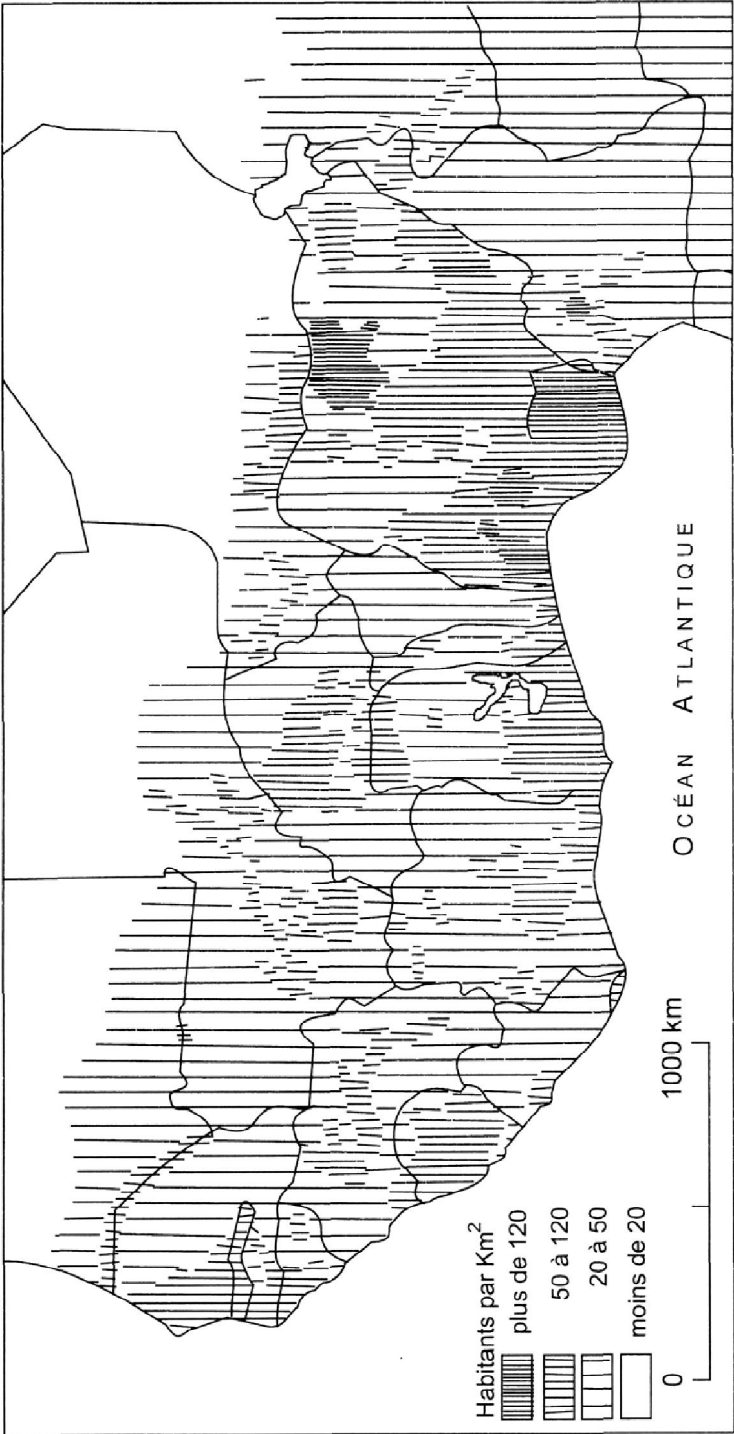
En revanche les régions de moins de 15 habitants/km² sont en majorité situées presque exclusivement dans la frange sahélienne et dans les poches de développement de certaines maladies comme l'onchocercose.

En comparant la carte de densité de 1960 à celle de 1990, on se rend bien compte qu'en lieu et place des anciens foyers de peuplement évoqués au début de ce chapitre, se dessinent plutôt 3 grands foyers suite à l'intensité des mouvements migratoires:

- la façade atlantique allant du sud de la Mauritanie à la frontière du Libéria, regroupant ainsi les anciens môles wolof-sérère et mandé du sud;
- le couloir central regroupant le sud du Mali, le Burkina-Faso, la Côte-d'Ivoire et le Ghana;
- la zone d'emprise du Nigeria.

Ces trois foyers rendent bien compte de l'allure de la carte de peuplement ouest-africain pour les prochaines années.

Densité de population en Afrique de l'Ouest



Migrations et urbanisation

Ce thème a fait l'objet de plusieurs travaux.⁹ Mais à la différence des analyses précédentes, il faudrait surtout insister sur le caractère rapide de l'urbanisation d'une part et sur l'amorce d'un véritable réseau urbain d'autre part. Ce réseau s'appuie sur deux axes principaux: celui reliant Dakar à N'Djaména sur près de 4000 kilomètres et qui supporte les villes de Tambacounda (Sénégal), de Bamako (Mali), de Ouagadougou (Burkina-Faso), de Niamey (Niger), de Sokoto, Kano, Maiduguri (Nigeria) et N'Djaména (Tchad). Le second axe longe la côte entre Abidjan et Douala sur près de 2 000 kilomètres et comprend les agglomérations d'Abidjan, Accra, Lomé, Cotonou, Lagos, Abéokuta, Ibadan, Bénin City, Onisha, Enugu, Port-Harcourt, Calabar et Douala.

Ces différents réseaux sont relativement équilibrés. La région d'Afrique Occidentale compte à la fin de ce xx siècle quelque 3 000 centres urbains de plus de 5 000 habitants. Ces 3 000 agglomérations sont peuplées de 78 millions d'urbains. Le niveau moyen d'urbanisation atteint ainsi 40%. Comparé à la situation des années 1960, le progrès accompli en 30 ans est considérable, conformément au tableau ci-dessous.

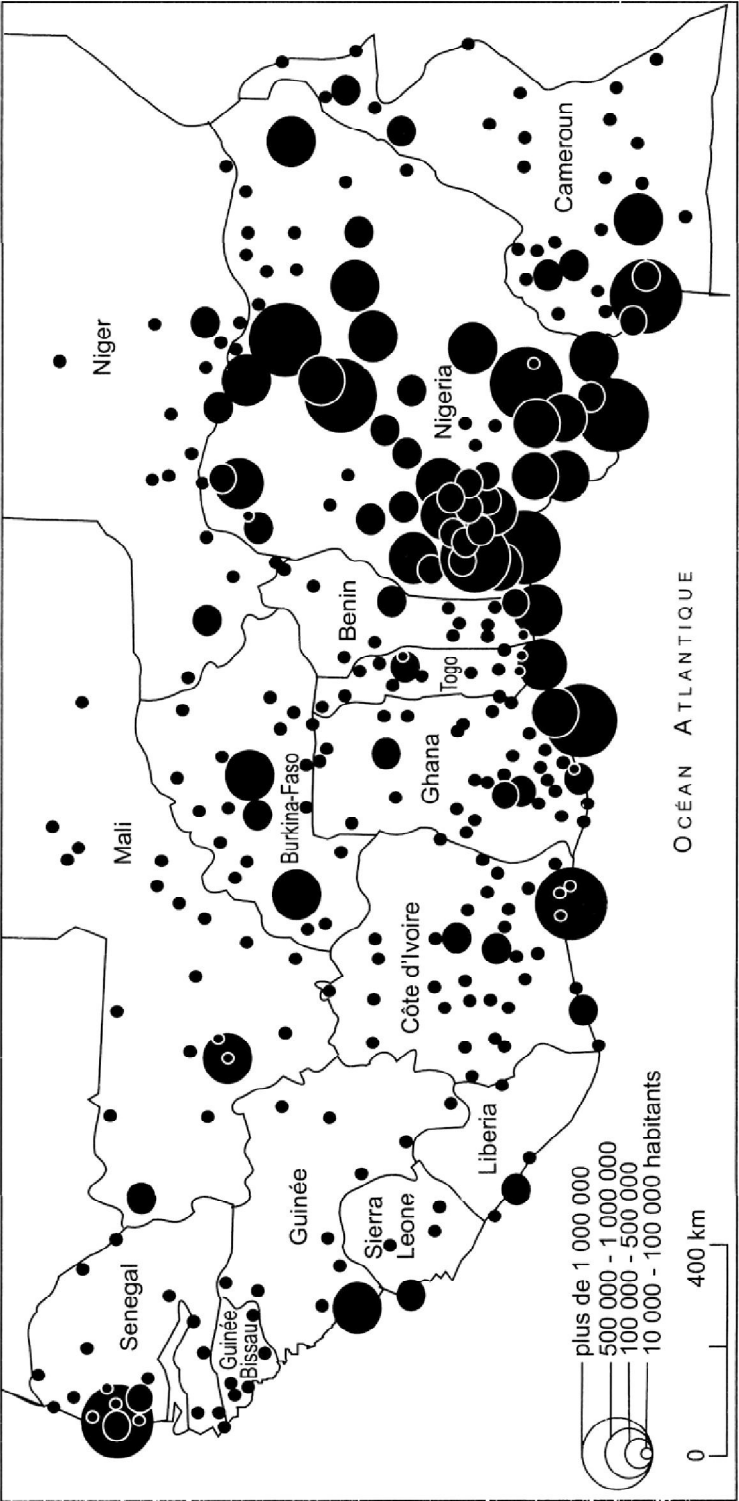
Évolution de la croissance urbaine en Afrique de l'Ouest

	1960	1970	1990
Nombre de villes	623	1 164	3 049
Population urbaine	12 499 000	25 142 000	78 350 000

Les villes qui se sont développées sur l'axe Dakar-N'Djaména sont presque toutes des capitales d'États-Nations ou d'États fédérés. Elles doivent leur croissance actuelle davantage à l'exode rural qu'à la migration internationale. Cet exode a été particulièrement élevé après les sécheresses des années 1973 à 1980. À titre d'exemple, Ouagadougou, la

⁹ A. L. Mabogunjà, *Migration et urbanisation*, op. cit.; P. H. Some, *Migration et urbanisation*, op. cit.

Le réseau urbain ouest-africain



capitale du Burkina-Faso reçoit à elle seule environ 39% des flux migratoires ruraux en direction des centres urbains du Burkina entre 1975 et 1985. Par contre elle accueille peu d'étrangers.¹⁰

À l'opposé, la croissance des villes côtières est largement tributaire du flot des étrangers qui viennent pour la plupart des pays sahéliens. Le cas d'Abidjan est significatif de ce point de vue: ville d'à peine 400 000 habitants en 1967, avec 8,9%¹¹ de la population nationale, elle atteint, en 1991, 2,5 millions d'habitants, soit le 1/5 de la population totale.¹² Elle est passée de la place de cinquième ville en 1965 à celle de deuxième ville après Lagos en 1991. Toutes ces villes côtières doivent leur forte concentration humaine d'abord à l'essor des cultures d'exportation, ensuite du pétrole et des minerais (bauxite surtout), puis enfin à leurs fonctions portuaires.

La concentration de ces villes côtières sur l'axe Abidjan-Douala provoque un basculement démographique à la faveur du golfe du Bénin qui fut pourtant célèbre pour la traite des esclaves. Ainsi les pertes en hommes subis par ce Golfe à partir du commerce du bois d'ébène sont compensées par le flux migratoire dont il a bénéficié ces trente dernières années, faisant de cette zone le plus important foyer de peuplement d'Afrique Occidentale.

Les tensions sociales dans les zones d'accueil et le développement des revendications identitaires

L'une des conséquences de la migration en Afrique de l'Ouest est le bouleversement de la répartition ethnique. Celui-ci entraîne un profond mélange des populations qui agit très négativement sur

¹⁰ Perspectives à long terme en Afrique de l'Ouest. Étude du cas national burkinabé, OCDE, CILSS, CINERGI/BAD, novembre 1993 (manuscrit).

¹¹ A. L. Mabogunjè, Migration et urbanisation, op. cit.

¹² Jeune Afrique, Rapport Annuel sur l'État de l'Afrique, janvier 1994.

les anciennes aires culturelles et sur les anciens domaines de droit, notamment de droit foncier. La peur de se voir submerger par les étrangers et de perdre les anciens privilèges attachés à la terre des ancêtres se traduit par de vives tensions entre autochtones et immigrés. Ce phénomène avait été exploité habilement par les anciens dirigeants, pour organiser l'expulsion massive des étrangers en Côte-d'Ivoire en 1958 et en 1966, au Niger en 1963, au Ghana en 1969 et au Nigeria en 1983. Les conséquences de ces différentes expulsions sur les pays d'accueil ont été plus négatives qu'on ne le pensait. Du coup, le phénomène d'expulsion a fortement diminué depuis le cas du Nigeria en 1983 qui a profondément choqué à cause du manque de courtoisie vis-à-vis des pays voisins avec lesquels l'opération s'est déroulée. Mais la question des relations de méfiance entre populations autochtones et résidents étrangers demeure. Les crises économiques actuelles avec les pénuries qui les accompagnent ont fait se développer d'importants ghettos dans les différents foyers d'immigration avec beaucoup de vices: vols, drogue, prostitution... Ce fléau atteint la jeunesse des ayant-droit à la terre et engendre aujourd'hui de violents affrontements dans les quartiers populaires. L'arbitrage de ces différents conflits passe désormais par des revendications identitaires qui rendent fragile la vie des immigrants dans les pays hôtes. Cette fragilité provient des conditions assez floues de l'installation de ces derniers: inexistence de permis de résidence, absence de carte d'identité, difficulté de négocier sa naturalisation ou de faire valoir sa nationalité d'origine. Le flou juridique qui plane sur ces immigrés, en particulier sur ceux de deuxième et troisième générations, rend très critique la vie de ces derniers tant dans le pays d'accueil que dans le pays d'origine de leurs parents, totalement inconnu d'eux. Cette situation d'apatride pose ainsi au grand jour le rôle des États-Nations en Afrique de l'Ouest par rapport à la nécessité pour leurs populations d'être bien protégées par la loi. Cela soulève la question de l'État de droit au sens large du terme, qui ne peut être correctement réglée qu'à travers une nouvelle recomposition spatiale de l'Afrique de l'Ouest. Sans cela, il paraît difficile de lutter contre le faible enracinement de l'État dans la société qui se traduit désormais par de profondes crises.

La nouvelle image du peuplement ouest-africain

A partir des mutations provoquées par le déplacement des populations en Afrique de l'Ouest, comme de celles ayant trait à la densité démographique et à l'urbanisation, il paraît possible d'envisager une nouvelle image du peuplement en zones relativement homogènes telles que:

- La zone côtière qui rassemble les principaux pôles de développement urbain et possède les plus fortes densités d'occupation. Elle concentre environ 44% de la population ouest-africaine.
- La partie intermédiaire correspondant à la fameuse « middle belt » des Anglais. Naguère vide d'hommes, elle bénéficie actuellement d'une recolonisation agricole fondée sur le développement des cultures vivrières, du coton et sur le stockage d'une partie du bétail originaire du Sahel. Cette région abrite actuellement 28% de la population régionale sur 29% de la superficie régionale. Elle est donc relativement sous-peuplée et sous-urbanisée. Elle connaît aussi une faible croissance démographique. Elle joue en quelque sorte le rôle de réserve foncière pour l'avenir de la sous-région.
- La zone trois peut être assimilée à celle des pays sahéliens. Elle est polarisée par les villes qui se sont développées sur l'axe Dakar N'Djamena. Elle connaît donc une croissance urbaine assez élevée mais dans un environnement écologique fragile. Son avenir dépend étroitement des liens avec les pays côtiers.

Au total, la nouvelle image du peuplement ouest-africain comporte trois plages aux potentialités différentes qui exigent que l'on ne pense plus l'avenir de cette partie du monde en terme d'États-Nations, mais de sous-ensembles assez fonctionnels. Les populations africaines l'ont déjà compris depuis longtemps et jouent là-dessus pour se mouvoir d'un endroit à un autre en dépit des barrières imposées par l'existence de ces États-Nations.

Ainsi, la migration comme réponse des populations aux difficultés de la gestion des équilibres spatiaux en Afrique de l'Ouest accentue les déséquilibres spatiaux. Elle restructure

aussi à sa manière le peuplement en provoquant le basculement des hommes vers le Golfe du Bénin. Ce basculement vient confirmer le rôle historique de ce golfe qui avait abrité de brillantes civilisations comme celles d'Ife, d'Ibini (Bénin), sans bien sûr oublier Abomey et Kumassi.

Ce nouveau rééquilibrage démographique modifie les allocations en ressources humaines nécessaires pour asseoir les programmes de développement. Ainsi, les pays de départ, malgré les gains qu'ils tirent de la migration par le transfert des capitaux et par l'amélioration des innovations technologiques à partir du retour des anciens émigrés, ont de la peine à envisager correctement leur développement national. Les pays d'accueil au contraire, malgré les mépris qu'ils affichent à l'endroit des étrangers, bénéficient d'une main-d'œuvre à bon marché qui se traduit par un gain net de productivité. Cette situation engendre un profond déséquilibre entre zones de départ et régions d'accueil, qui montre bien que l'avenir de la sous-région mérite d'être repensé autrement. Mais en attendant qu'une solution soit trouvée à ce problème de déséquilibres spatiaux, le blocage de gestion qui en résulte est désormais contourné par les populations à travers le développement extraordinaire du secteur informelle.

LA CUESTIÓN NACIONAL EN EL ÁFRICA NEGRA

Fabien Adonon Djogbénou

Notas preliminares

Numerosos estudios hechos sobre el ESTADO en general muestran que, contrariamente a sus estructuras del pasado, el ESTADO contemporáneo llena todo el espacio social, como diría Fernand Braudel. En efecto, la formación del ESTADO, en estos diversos y numerosos estudios, se analiza como modo universal y específico de dominación, así como sus funciones y comportamientos en todas las esferas de la sociedad y en el plano internacional. Es así como se estudia y explica el fenómeno ESTADO en su naturaleza, formas y papel. El vocablo compuesto ESTADO-NACIÓN es muy ilustrativo en la materia: el primer término (ESTADO) define al segundo (NACIÓN), cuya realidad orgánica es sistemáticamente negada, como si NACIÓN hubiera dejado de designar pueblos con personalidad histórica marcada...

Sin embargo, los sucesos persistentes que, en los años recientes, marcaron a ciertas grandes naciones (colonizadoras por excelencia) incitan a preguntarse si se trata de una decadencia del Estado o más bien de una ruptura de la "unidad nacional" impuesta bajo el dominio de diversos Estados, o bien se trata de un resurgimiento de las diversas realidades nacionales aplastadas hasta ahora bajo las naciones estatales dominantes.

Toda proporción guardada, hay que constatar que Francia, Gran Bretaña, España... tienen también sus ibos, sus balubas, sus eritreos; se comprueba que el resurgimiento de los grupos étnicos que los Estados-nación habían creído sofocar, asfixiar, se ha palabras, la nación, entendida como el

reconocimiento de un nosotros subjetivo, parece estar hoy cuestionada por las mismas grandes naciones europeas que nos sirven de modelo.

Esta voluntad de uniformar o masificar que el Estado africano adoptó se enfrenta, en todos los países oficiales del África negra, al vigor de la tradición que la colonización parecía haber destruido, de tal suerte que la cuestión nacional en África al sur del Sahara está todavía lejos de resolverse.

Del Estado colonial al Estado soberano

Los pueblos no pueden ser eficazmente gobernados sino a través de instituciones que ellos entienden y cuando sus culturas auspician el surgimiento de dichas instituciones. Pero una pregunta queda todavía sin respuesta en el África negra actual: ¿quién es el pueblo? ¿La tribu (es decir, el grupo étnico, el antiguo reino) o el territorio colonial convertido en Estado, con toda su artificialidad y rigidez sociológica y política?

Artificialmente creados por los colonizadores, los territorios coloniales accedieron a la independencia mientras que sus poblaciones se constituían con grupos étnicos heterogéneos no integrados en un conjunto nacional. El colonizador dejó un aparato político del que los dirigentes o élites políticas africanas se adueñaron en aras de construir la nación. El Estado ha, pues, precedido a la nación, mientras que la nación siempre ha sido considerada como la resultante de un proceso histórico que se desarrolló y culminó con la aparición del Estado; éste aparecía en último lugar para centralizar política y jurídicamente a la nación. De hecho, en la mayoría de los países europeos, la formación de la nación precedió a la del Estado; la nación ha sido una realidad sociológica evidente antes de tomar la forma de Estado. Mientras que, en Europa, las instituciones democráticas no se han desarrollado sino progresivamente después de la formación de las entidades nacionales sólidamente fusionadas y capaces de resistir a todos los factores centrífugos, después de la aparición del Estado y a medida que progresaba el crecimiento económico y

se ampliaba el número de gente instruida o evolucionada susceptible de ser verdaderos ciudadanos; los territorios coloniales, por el contrario, gracias a la aceleración de la historia, se convertían en Estados soberanos con el legado colonial de instituciones democráticas de corte occidental, antes de que se generara la nación y se iniciara el despegue económico.

El reparto de África, verdadera cirugía salvaje, tanto en el plano territorial como en el de los grupos étnicos, es en sí un obstáculo al proceso nacional en África negra. Mientras que los reinos y los grupos étnicos se establecían de Este a Oeste; los colonizadores, por lo general, se introdujeron hacia el interior por las costas, es decir, de Sur a Norte. Fincaron, en sentido inverso de la historia africana tradicional, territorios orientados de Sur a Norte, reagrupando entidades sobrepuestas de grupos étnicos diferentes y yuxtaponiendo así grupos étnicos que nunca se habían acostumbrado a vivir juntos y que, en ciertos casos, se habían enfrentado violentamente en el pasado. Por otra parte, este recorte separó y fragmentó grupos que acostumbraban vivir juntos, grupos que tenían el mismo origen étnico, es decir, la misma ascendencia o raíces ancestrales comunes, la misma religión, la misma lengua, la misma organización política y social, en una palabra: la misma cultura nacional. Las grandes áreas culturales, los círculos de civilización o las provincias históricas se vieron así dislocadas, pero no destruidas y arbitrariamente reagrupadas. El problema que enfrenta el África negra, a la hora de las independencias formales, es que los colonizadores no pudieron destruir completamente las sociedades globales o naciones antiguo sensu edificadas con anterioridad a la colonización, pero tampoco dejar tras ellos naciones constituidas en el sentido moderno del término.

Comprimidos y sofocados en la colonización, los grupos étnicos emergen con la descolonización, como si los conflictos potenciales del periodo colonial, así como los que no pudieron manifestarse durante la lucha por la independencia, reaparecieran más estructurados y, por un fenómeno de transferencia psicológica, desencadenaran una serie

imprevisible de explosiones violentas. ¿Independencia para quién? Para los pueblos, es decir, los grupos étnicos divididos y reagrupados según las fantasías de la historia colonial.

Así surge el problema fundamental de la legitimidad de nuestro Estado, legitimidad desgarrada entre la "nación territorial", que el nuevo Estado tiene la misión de construir, y la nación-étnica, en una dialéctica de la nación y el grupo étnico. Cuando los ga, originarios de la costa sureste de Ghana, se quejan de la invasión de los "extranjeros", es decir, los miembros de los demás grupos étnicos de Ghana; cuando los baribas o los dendi del norte de Dahomey hablan de los dahomeyanos para designar a sus "compatriotas" del sur de Dahomey, no hacen algo más ni nada menos que definir la ciudadanía o nacionalidad étnica histórica y no territorialmente. Tales ejemplos se multiplican a lo largo y ancho de toda África negra. Según las circunstancias históricas y sociológicas, el nacionalismo étnico, forma suprema del tribalismo, se denomina también regionalismo, separatismo, secesionismo o irredentismo.

Democracia parlamentaria y construcción nacional

Los problemas del nuevo Estado africano, en su cometido de crear la nación, se han complicado aún más con la introducción al África negra del modelo occidental de la democracia parlamentaria, multipartidaria y el sufragio universal. En efecto, una de las condiciones impuestas por el colonizador para otorgar la independencia a los negros africanos consistió, para estos últimos, en demostrar su madurez política. La única manera de demostrarla era, por supuesto, adoptar la democracia parlamentaria occidental. Es así como todas las primeras Constituciones africanas fueron pura y llanamente copiadas del modelo de la potencia colonial correspondiente. La democracia parlamentaria electoral y partidaria inaugurada por estas Constituciones africanas no podía ser entendida por

los pueblos africanos sino de acuerdo a la lógica tribal o tribalista. Mientras que los partidos políticos occidentales se definen fundamentalmente por su ideología "universalista"; en África negra la ideología partidaria no podía, en lo inmediato, más que confundirse con la ideología tribal particularista. La sicofisiología de la actitud partidaria clásica llegó así a confundirse con la psicofisiología del tribalismo, y la mayoría de los partidos políticos africanos era de origen tribal o regional. Por otra parte, se puede decir que el tribalismo era, sin lugar a dudas, el único medio de movilización de las masas analfabetas (incluso de los letrados) en torno a los temas de la época de referencia, tales como anticolonialismo, panafricanismo, nacionalismo, democracia y socialismo.

Mientras que, en las democracias occidentales, la adhesión a un partido político determinado es la expresión de una elección doctrinal, política y económica, una lucha ideológica en la que participan activamente las masas populares; la adhesión en los países africanos está lejos de ser la aceptación de los ideales del partido. Generalmente, en el África negra, el individuo no vota por un programa político o una ideología precisa; vota por un hombre específico, el de su tribu o su región; es así como el sufragio individual se convierte en colectivo, del mismo modo que la adhesión al partido es colectiva: familias o aldeas enteras se registran en bloque al partido. Durante el período de descolonización, cuando se constituyeron los partidos de masa que se convirtieron más tarde en partidos únicos, no era extraño que un jefe de familia solicitara cartas o credenciales del partido para todos los miembros de su familia, incluyendo ancianos, adolescentes, niños y recién nacidos. En todo caso, no se trata tanto de votar necesariamente por tal o cual partido, sino de votar por tal o cual personalidad política específica. En efecto, es más fácil identificarse con alguien de su mismo grupo étnico o de su región, que con esa entidad un tanto abstracta que representa el partido político.

Este comportamiento partidario en el África negra es perfectamente acorde con la lógica tradicional: los modos o normas de participación en el poder, en otras palabras, los

modelos o comportamientos culturales relativos a la política en el sistema tradicional toman muy en cuenta el parentesco tradicional y el exclusivamente tribal o étnico. Nadie es simultáneamente miembro de varios clanes o tribus; se es miembro de un clan y no de dos simultáneamente y ser pariente o amigo es pertenecer al mismo grupo social. Quienes no entran en la categoría pariente o amigo son, en principio, extraños o enemigos. No es, pues, sorprendente que a la hora de la política multipartidaria, la competencia entre los diferentes partidos haya tomado el aspecto o la apariencia de una guerra o una confrontación entre parientes y extraños, entre amigos y enemigos.

Este proceso político en las sociedades africanas no permite a las reglas del juego parlamentario de tipo occidental funcionar normalmente: la relación de fuerza entre los diferentes partidos políticos, por no decir entre los diferentes grupos étnicos, es tan elevada, que la competencia política y la colaboración democrática se encuentran truncadas desde el punto de partida. El parlamentarismo no puede funcionar normalmente donde la falta de una dimensión nacional de corte occidental en la vida política bloquea el juego político, así como el proceso por el cual la existencia y el mismo papel que desempeña un partido de oposición contribuyen a resolver los conflictos políticos.

En suma, el nuevo Estado africano, en su cometido de integrar a la nación, tropezó dolorosamente con una serie de evidencias (entre otras):

- La instauración de la democracia parlamentaria multipartidaria, en estos territorios poli étnicos, se volvió una política malsana del tribalismo, contrariamente a una política parlamentaria clásica, occidentalmente hablando.
- En los países europeos que nos sirven de modelo, el proceso, a veces doloroso, de la gestación de la idea democrática parlamentaria fue sumamente lento y paralelo a la unificación de las naciones europeas.

En síntesis, la democracia parlamentaria como factor de integración nacional no se improvisa.

Partido único y construcción nacional

En general, la evolución política en la mayoría de los nuevos Estados africanos negros fue marcada por un proceso de concentración política del poder que culminó con la instauración del partido único.

Los partidos dirigentes, partidos de masa o unidos, se enfrentaron a dos tipos de oposición: una, integrada por grupos tribales organizados a menudo en partidos políticos étnicos, regionales o hasta religiosos y una oposición de nuevas formaciones organizadas por la joven generación universitaria o sindical, deseosa de construir partidos políticos de tipo clásico, con miras a participar en la competencia por el poder. Dentro de esta evolución política general, se inicia un proceso único como consecuencia de un fenómeno de concentración progresiva del poder en manos de los partidos vencedores. Dichos partidos, bajo la dinámica de la efervescencia política interna, evolucionaron rápidamente hacia el establecimiento de un sistema de partido único, adecuando el fenómeno natural de concentración del poder con múltiples arreglos políticos y jurídicos, favoreciendo así su dominio total sobre la vida política de los países africanos. Los arreglos políticos se refieren a los procedimientos que derivan de la política pura, es decir, de la gravitación sociológica de las diferentes fuerzas políticas empeñadas en la lucha partidaria: fusión, amalgama, absorción, coalición; los procedimientos jurídicos o institucionales: el presidencialismo y el escrutinio de la lista nacional. Pero, si los partidos en vigencia no llegaron a detentar el monopolio del poder por medio de dichos procedimientos, no vacilarían en recurrir a procedimientos autoritarios y coercitivos, tales como las leyes de excepción y la facultad represora en nombre de la integración nacional. Así apareció el partido único en la dialéctica etnia-nación, como síntesis indispensable de una tesis nacionalista y una antítesis esencialmente tribalista. Este partido-nación, en su afán de

identificarse con la nación entera, no permite teóricamente que nadie quede fuera de su ámbito: ser indiferente o neutral es ser enemigo del partido, de igual manera que lo es el oponente directo. En efecto, el partido único o partido-nación siempre se ha manifestado como la resultante de una necesidad: la de edificar una nación moderna a partir de elementos heterogéneos (étnicos, regionales y religiosos). Se trata de llevar la solidaridad tribal a la dimensión de una solidaridad "nacional", en otras palabras, de transformar la conciencia tribal que ha prevalecido hasta ahora en los pueblos en una verdadera conciencia nacional dentro del marco de fronteras de reconocida artificialidad. Por su estructura y objetivos, el partido se presenta como un microcosmos nacional, un modelo reducido de la solidaridad nacional por medio de la amalgama de las etnias en su seno y por la "nacionalización" de las mentalidades de sus militantes. La mayoría de los dirigentes africanos va más allá para justificar la instauración del partido único, haciendo suya la conclusión de J. Stalin que pretende resumir la concepción marxista del partido único en estos términos: "donde no existe pluralidad de clase, no puede haber pluralidad de partido, porque un partido no es sino un fragmento de clase". Es decir que, para la mayoría de los dirigentes africanos adeptos al partido único, sólo existe un partido político del Estado africano, puesto que las sociedades africanas son sociedades sin clases, donde el pueblo entero es una sola y misma clase en lucha contra el imperialismo y el neocolonialismo.

Así, el partido único africano rechaza compararse con los partidos de las democracias occidentales, donde la oposición es la esencia del quehacer político, así como con sus homólogos de las democracias populares europeas, puesto que si hay sociedad sin clases, no puede haber dictadura del proletariado. El partido único africano, partido del pueblo entero, pretende ser un instrumento de integración política y no un medio de dominación de una clase sobre otra.

El pseudomarxismo o revisionismo de ciertos dirigentes africanos, relacionado con toda una literatura de "socialismos africanos", es bastante conocido como para detenernos al respecto.

Claro está que el argumento marxista-leninista no sabría justificar, a la vez, al Partido Democrático de Guinea de 1960-69 y al Partido Democrático de Costa de Marfil: el primero, considerado por la opinión pública de la joven generación como el más revolucionario; y el segundo, como el más reaccionario. Se trata en realidad de una confusión conceptual, por así decirlo, de una yuxtaposición de la ideología política y de manifestaciones socio-lógicas elementales. El surgimiento del R.D.A. en 1946 (Reagrupamiento Democrático Africano), considerado generalmente como uno de los precursores modernos de los partidos únicos del África negra, es muy ilustrativo en la materia. En efecto, cuando el R.D.A. (Frente Unido Interterritorial en el África Occidental y en el África Ecuatorial de colonización francesa) surgió como el partido de la lucha contra el poder del colonizador, es decir, contra el poder del blanco, las masas de estas regiones de África interpretaron la lucha partidaria de acuerdo a una alternativa muy sencilla: pertenecer al R.D.A. es estar contra el poder del colonizador, es decir, del blanco; y pertenecer a un partido contrario es estar del lado del colonizado. Dicho de otro modo, esta alternativa se resumía en cuatro palabras: ser Blanco o Negro. Pero numerosos fueron aquellos que quisieron ver en esta expresión anticolonialista de masas heterogéneas un fenómeno de esencia nacionalista. Se habló de nacionalismo africano, se habló de nación africana, como si esta inmensa movilización casi gregaria contra el poder colonial fuera en realidad la manifestación de una doctrina coherente, de un sentimiento profundo compartido por una comunidad homogénea consiente de su autenticidad. Sin insistir en el resultado infortunado de todo esto, recordemos sencillamente que esta especie de "federalismo anticolonial" no resistió a la balcanización que caracterizó a estas regiones de África a la hora de la independencia.

Del mismo modo, los fundamentos sociológicos de la instauración de un partido único africano a nivel territorial no podrían satisfacerse con una explicación ideológica pseudomarxista justificada por una sociedad "sin clases". En realidad, dos órdenes de factores psicosociológicos parecen fundamentar el establecimiento del sistema de partido único en

África negra: por una parte, factores que derivan del tribalismo o la tradición; y por la otra, factores ligados a la modernidad o cultura política heredada de Occidente. Entre el tribalismo fundamento de la tradicionalidad y el partido único como institución política moderna, se establece una dialéctica de implicación mutua que hace del tribalismo un factor importante de instauración del partido único, mientras que la existencia misma del tribalismo impide la formación de un partido auténticamente único; la tradicionalidad, las actitudes, los usos y costumbres, en una palabra, las maneras de conducirse políticamente en la sociedad tradicional oponen resistencia al partido único y, al mismo tiempo, este último intenta utilizar esos mismos valores tradicionales para reforzar sus bases o legitimar su existencia a nivel del conjunto territorio-nación. Es debido a esta paradoja o ambivalencia entre tribalismo y partido único por lo que sería, tal vez, necesario profundizar para formular con más precisión, a nivel teórico, el fracaso del partido único como aglutinante de las tribus en nación; en suma, la derrota del partido único como fundamento de la unidad nacional. Dicho esto, no sería tampoco razonable pedir a un partido político que realice la unidad nacional en un lapso de uno o dos decenios. En algunos de los países donde se arraigó el partido único, su política de equilibrio o dosificación étnica en el seno de las grandes instancias políticas dio lugar a una conciliación entre los grupos étnicos y regionales, un poco a imagen de la conciliación ficticia observada entre los diferentes grupos durante la época de la dominación colonial. Esta relativa tregua hizo creer a muchos observadores extranjeros que la integración nacional por fin se había realizado dentro del marco de las fronteras heredadas de la colonización. En realidad, el hecho de ser representado por un miembro de su tribu en el seno del partido, el gobierno o la Asamblea Nacional no dan por arte de magia al individuo y a su colectividad la conciencia de pertenecer a una entidad superior a la tribu, a la región o a cualquier otro grupo particular o particularista. A pesar de las instituciones nacionales unificadoras, la solidaridad tribal, para muchos habitantes de los nuevos Estados africanos, sigue siendo más importante que el sentimiento de pertenecer a una comunidad nacional en el

sentido moderno del término. Esto significa que el proceso nacionalizador, proceso sociológico por excelencia, necesita de tiempo para realizarse a partir de la dinámica interna de las sociedades africanas mismas, pues los problemas políticos y sus soluciones siguen planteándose en términos de tribus o etnias. Cuando estos problemas no encuentran salida a través de las conciliaciones étnicas a nivel del partido y sus órganos políticos -sin insistir en la evidencia que representa la falta de un "desarrollo económico" y su corolario, primera degradación crónica del nivel de vida de las poblaciones-, entonces la realidad última del partido único es acorralar al África negra entre el tribalismo y la dictadura de las armas.

El surgimiento del régimen militar en los países del África negra es, en el fondo, expresión -en lo inmediato y así sea provisionalmente- de la derrota de las instituciones de tipo occidental. Los militares intervienen como árbitros entre las poblaciones y los poderes constitucionales; y su intrusión en la vida pública, lejos de ser una especie de sudamericanización del África negra -como muchos observadores pretendieron explicarlo-, plantea en realidad los problemas de organización de un Estado en vías de construcción, al mismo tiempo que intenta edificar hipotéticamente una nación en el sentido moderno del término.

Teóricamente, el ejército en África negra representa un cuerpo donde se congregan miembros de todos los grupos étnicos, o sea, un cuerpo a la vez símbolo y verdadero laboratorio de realización de la integración nacional. Se llegó a creer, por ende, que el ejército era el grupo más apto para encarrilar el proceso de unificación de la nación y que su advenimiento al poder podría ser un principio de solución a los conflictos políticos de orden tribal y regional. Por una parte, era olvidar o ignorar el origen y la formación de la mayoría de los ejércitos de África negra; y por la otra, era minimizar la utilización sutil o abierta de la combinación o coincidencia de intereses externos e internos de las diferencias tribales y de edad que existen en el ejército. Algunos intentos de golpe de Estado y ciertos golpes de Estado sucesivos llevados a cabo

por juntas militares en contra una de otra son -además del enfrentamiento este-oeste en la región- las consecuencias de este tribalismo entre oficiales o jefes militares pertenecientes a regiones diferentes. Dicho tribalismo militar cristalizó -como se recuerda- en ciertas guerras de secesión.

Una visión africana de nación: la ideología integradora como posible vía de solución

A través de las experiencias conocidas de diversos Estados del África negra en los dos decenios más recientes, de la democracia parlamentaria multipartidaria a la dictadura militar permanente, pasando por el partido único, la solución tribal, el compromiso directorial o la alternancia en el poder, el recurso del héroe carismático... África negra continúa en busca de una solución efectiva al problema del pluralismo político dentro de la pluriétnicidad; en busca de instituciones políticas no solamente estables y duraderas, sino más específicas, auténticas, es decir, en el fondo la búsqueda de una cierta identidad nacionalista sociocultural y política después del paréntesis colonial que, según el caso, perturbó en menor o mayor grado o debilitó las estructuras tradicionales sin llegar a disolverlas nunca. Es en este sentido que el tribalismo debe ser reconsiderado como una etapa importante e inevitable para el África negra, en su evolución hacia otros tipos de organización de la sociedad; ya no más en términos negativos y de rechazo, pues al fin y al cabo, ¿qué es el tribalismo o el etnicismo si no -según Lanciné- un comportamiento, una actitud positiva o negativa que crea, en un medio social dado, una red de atracciones y repulsiones entre los miembros de dos o más grupos componentes de dicho medio social? ¡Lanciné: continúa! los miembros de cada uno de estos grupos se dicen ligados por la sangre, por los antepasados o ancestros, pero lo están mucho más por la idea que tienen de sí mismos en relación con los demás, de tal suerte que el tribalismo es una mentalidad de grupo, una disposición de espíritu que determina la conducta de los individuos pertenecientes a un mismo grupo y que rige sus relaciones, a menudo agresivas, con los miembros de grupos similares. Este grupo que se ubica en el

tiempo y el espacio, enfrentado a los demás y cuyos miembros están ligados por ancestros comunes es la tribu.

Mientras que el tribalismo tiene como base una realidad viviente que es la tribu; el nacionalismo oficial africano, por su parte, pretende aplicarse a un conglomerado flotante y aleatorio de tribus reagrupadas por las vicisitudes de la historia dentro de fronteras territoriales o estatales que no tienen, por así decirlo, ningún sentido para los miembros de estas tribus, aisladamente consideradas.

Definido así, el tribalismo participa de la misma esencia de estos fenómenos, vistos con admiración y respeto, que se denominan patriotismo o nacionalismo. Entre tribalismo, patriotismo y nacionalismo hay una diferencia de grado -o lo concedo- o de interpretación; mas no de naturaleza. La relativa ambigüedad o la paradoja entre tribalismo o nacionalismo en el África negra contemporánea proviene del hecho de que estos dos fenómenos, que son de la misma esencia, actúan cada uno y de manera simultánea en niveles diferentes de la realidad social; a la postre se conciben no como fenómenos complementarios, sino contrarios. Así, la diferencia de nivel se vuelve antagonismo, en lugar de ser proceso de integración. Es de todo esto que un buen número de dirigentes africanos comienza a tomar tímidamente conciencia, aunque las decisiones inherentes a esta realidad concreta queden a menudo y desgraciadamente en el nivel de agitación y propaganda política, tal vez por falta de imaginación generadora de su aplicación, o por así decir, por falta de ideología integradora.

El artículo tercero de la Ley Fundamental de la República Popular de Benin ilustra bien lo anterior. Cito:

La República Popular de Benin es un Estado unificado multinacional. Todas las nacionalidades son iguales en derechos y deberes. Consolidar y desarrollar su unión es un deber sagrado para el Estado que garantiza a cada una de ellas un pleno desarrollo en la unidad, a través de la justa política de las

nacionalidades y del equilibrio interregional.

Cualquier acto de regionalismo está rigurosamente prohibido. El Estado ayuda activamente a las nacionalidades que viven en las localidades poco desarrolladas a alcanzar el nivel económico y cultural del país en su conjunto.

Sin insistir sobre ciertas ambigüedades del citado Artículo Tercero constitucional de Benin, no se puede sino estar impresionado por lo esencial. La cuestión que puede plantearse es saber si los poderes públicos de la mencionada República Popular tuvieron plena conciencia de lo que consagraron constitucionalmente, o si se trata simple y llanamente de agitación o propaganda demagógica, como sucede en muchos otros campos de la realidad social beninesa; pues conceder o atribuir al grupo étnico una calidad de nación es un paso que ningún país del África negra ha dado sería y consecuentemente, es una visión original y reciente del concepto de nación y nacionalidad en el África negra, cuyo desarrollo consecuente deberá liberar al tribalismo del ghetto al que ha estado relegado desde la colonización y, sobre todo, durante los dos decenios de independencia oficial. Esta comunocracia tímidamente sugerida por el Artículo Tercero constitucional de la hoy llamada República Popular de Benin debería lógicamente desembocar, a nivel territorial, en un Estado plural tipo cuyas modalidades evidentemente quedan por definirse y que de ninguna manera pueden ser sino la emanación de la cultura vivida o, por así decirlo, de la historia cotidiana de los diferentes pueblos. Esta orientación no tomará plenamente su sentido sino en la medida en que abarque las grandes regiones o áreas culturales del África negra que se ubican a uno y otro lado de fronteras artificiales. No se trata ya de considerar la integración nacional en el sentido exiguo y occidental del término -cuya derrota es más que evidente-, donde el papel de las *élites* de la instrucción continúa ensimismado en los engranajes de una especie de "nacionalismo científico", es decir, teórico, reducido al territorio colonial y tecno-burocrático a través del aparato estatal.

Se trata, en el fondo:

- de desbordar el problema planteado por las "apariencias anárquicas" de una sociedad abigarrada de grupos tribales, lingüísticos, regionales o religiosos y de la intención de reunirlos cueste lo que cueste en un territorio artificial;
- de someterse a la evidencia de que los diversos Estados oficiales de los países africanos no menos oficiales, difícilmente conjuntados en un organismo continental, la O.UA (Organización de la Unidad Africana) no representa peso real alguno en el escenario internacional. Las Áfricas palpables, es decir, las del statu quo son "soberanas"; mientras que África, el África potencial, no lo es. Además -y sobra decirlo- los actuales países negros africanos, aisladamente considerados, no tienen fuerza intrínseca alguna capaz de asegurar su sobrevivencia;
- de no perder de vista que la mayoría de los dirigentes africanos ha pasado los últimos veinte años agotándose en falsas querellas ideológicas, conteniendo tal como don Quijote contra los molinos de viento o en torcer el cuello a sus "conciudadanos". Todo ello, confiscando el poder en provecho de un grupo, clan, etnia, región, hasta de una simple aldea;
- de tener muy en cuenta que, en última instancia, no hay alternativa en materia de ideología; que la elección de la línea política a seguir es un falso problema que es necesario superar, desmitificándolo; que en realidad y honestamente cada pueblo, cada sociedad global no tienen más que una vía a seguir: la que engendra y genera, la que su historia y sus realidades socioeconómicas y políticas le trazan a través de generaciones sucesivas que la perpetúan. Es decir, que toda sociedad, cuando toma conciencia de sí misma, no puede constituirse sin crear ideales y que estos ideales sociales son los fundamentos de toda ideología;
- de convencerse de que la verdadera batalla que África negra debe librar, al mismo tiempo que las luchas de liberación convencionales, es la consistente en edificar infraestructuras sólidas y duraderas tendientes a acercar sanamente cada día más a las poblaciones africanas, infraestructuras fundadas en el desarrollo multidimensional

y total, abarcando todos los sectores de la vida social, empezando por las poblaciones de la misma región, en el sentido de las cinco grandes regiones sabias y prudentemente esquematizadas por la O.U.A. en abril de 1980.

Es solamente en este sentido que podrá iniciarse una verdadera integración de las sociedades africanas, integración entendida como la creación de una interdependencia estrecha, más allá de las fronteras actuales, entre los miembros de las diferentes comunidades nacionales, tomando en cuenta las múltiples dimensiones de tal integración, a saber:

- una dimensión cultural global que consistiría -entre otras cosas en realizar el enlace entre sociedad tradicional y sociedad moderna, entre grupos que se mantienen en la tradición y una pequeña capa instruida y muy occidentalizada -con todo lo que esto implica de diferencia cultural, económica, social y política-. De hecho, se trata de resolver los problemas de disensión entre las costumbres de la tradición y los nuevos valores, disensión que se observa en todos los planos y todos los niveles, a fin de limitar y reducir la "zanja", artificial o real, que separa estas capas y de llegar a un consenso social auténtico;
- una dimensión económica, es decir, la creación de grandes espacios económicos que, de hecho, coincidirían con las áreas culturales y cristalizarían en grandes entidades sociales en los engranajes de economías complementarias e integradas, como respuesta al subdesarrollo material que amenaza permanentemente a las grandes masas de África negra. Las intenciones, así como los objetivos y el desarrollo prudente de la C.D.E.A.O. (Comunidad de Desarrollo Económico del África Occidental) parecen ser un ejemplo loable en la materia;
- una dimensión política que consistiría en redefinir, con base en una ideología integradora, las instituciones federativas (territoriales y estatales) y, por consiguiente, la legitimidad y las modalidades del ejercicio del poder político en estas entidades aparentemente nuevas.

Conclusión

Plantear el problema de la cuestión nacional en el África negra ya no debiera consistir, para los africanos, en perder energías y tiempo en preguntarse y demostrar si la nación, en el sentido moderno del término, existe o no.

Sería más fructífero:

- analizar la realidad de los actuales Estados del África negra, en relación con la práctica social siempre relegada o escamoteada por el centrismo europeo o americano del cual son tributarios un número considerable de africanos y africanistas, y de esta manera, sacar a la teoría de su aspecto puramente descriptivo;
- estudiar concienzudamente la dimensión nacional de los diferentes grupos étnicos en presencia y, por consiguiente, la necesidad, para el África negra, de salir del Estado-nación que desequilibra y margina a los diferentes grupos para orientarse hacia una especie de Estado plural, en otras palabras, hacia la
- comunocracia o autogestión de las comunidades.

Además, todos los aspectos que no hemos sino enumerado o tratado superficialmente acerca de una imagen de nación en África negra, como premisa de superación de los conflictos cíclicos internos y fronterizos, como solución posible al espectro de la miseria material y hasta moral que se cierne sobre África negra y con miras a iniciar una verdadera integración de las sociedades de la subregión; todos estos aspectos, decíamos, representan igualmente los diferentes campos de la investigación que permitirán a los propios africanos, en una cooperación pluridisciplinaria y a la luz de la historia de los vencidos -que afortunadamente empieza a escribirse-, encaminar las reflexiones teóricas al acercamiento de conceptos tales como nación, Estado y clases sociales en las formaciones sociales del África negra. Esta labor debería inevitablemente acompañarse de una verdadera revolución semántica, es decir, una descolonización de los conceptos y su

utilización adecuada a las realidades específicas de África en general y del África negra en particular. No hay duda de que la universalidad del discurso teórico es la única capaz de proporcionar los medios de entender las leyes universales de los fenómenos, incluyendo las que rigen, más allá de su aparente originalidad, al mismo africano-negro; pero es de preguntarse si nosotros, africanos aculturados o desculturados que representamos grosso modo 1,2o 5% de las poblaciones totales de nuestros países oficiales respectivos, no hemos confundido a la universalidad del discurso teórico, así como a las leyes universales de los fenómenos, con la occidentalización de las leyes y el discurso teórico, sea por necesidad, es decir, por sentimiento de urgencia o sencillamente por pereza mental o comodidad, pues la civilización de lo universal, tan preciada por los africanos encabezados por Senghor, no podría reducirse al aniquilamiento de las culturas y estructuras negroafricanas en nombre de tal universalidad, del mismo modo que la unidad en África, en cualquier nivel que sea, no puede significar la destrucción de la pluralidad de las culturas y estructuras locales o regionales. Cualquier otra concepción de la unidad que no tome en cuenta la diversidad no puede ser más que peligrosa mistificación.

Por otra parte, tampoco se trata de reducir las realidades específicas del África negra a lo que bien podría llamarse la ideología africanista: aquella que ha confinado durante largo tiempo un número considerable de "intelectuales africanos" en una especie de ghetto teórico transformando, entre otras cosas, a la sociología, esta ciencia crítica y subversiva por excelencia, en una disciplina de sustitución teóricamente descriptiva y apologética que se llama etnología.

"Etnología y reposición del mundo": así se intitula muy significativamente un capítulo del no menos significativo libro *Négritude et négrologues de Stalishás Adotévi*, cuya traducción al español -que esperamos se haga pronto- no dejará de ser interesante para los públicos hispanohablantes.

La especificidad de las realidades del África negra en cuanto a la cuestión nacional no se refiere a esta ideología africanista. Se trata, en el fondo, de una paradoja fundamental cuya resolución consecuente facilitará la salida de la trampa genial en donde África negra se encuentra peligrosamente atrapada: es el hecho de que los intentos en África negra para integrar a la nación son a la inversa de los procesos europeos que "le sirven" de modelo: parten de territorios coloniales convertidos en Estados por transferencia de soberanía para construir naciones en el sentido moderno del vocablo, en una coyuntura internacional en la que, al término de una larga evolución histórica, el mundo moderno se encuentra dominado por amplias formaciones políticas, económicas e ideológicas cuya potencia y cohesión contrastan rigurosamente con la no menos paradójica debilidad económica, la descomposición política y el vacío ideológico de la parte más grande del continente africano.

ETNICIDAD Y PLURALISMO POLÍTICO EN EL ÁFRICA NEGRA

Massimango Cangabo Kagabo

Desde las independencias políticas de los Estados africanos hasta hoy, la etnicidad ha centrado la atención de los estudiosos del proceso sociopolítico africano. Esto implica el conjunto de elementos vinculados con la problemática étnica dentro de los nuevos Estados africanos. La mera definición del término etnia ha provocado numerosos debates en el medio de las ciencias sociales. Lejos de comprometernos con dichos debates, tratamos de entender la etnia como un grupo sociocultural organizado, consciente de su existencia y reproducción y cuyos miembros presentan ciertas características comunes de pertenencia al mismo grupo, de tal modo que se distinguen de los miembros de otros grupos con características de pertenencia diferentes a las suyas.

La concepción que tiene E. Ellis Cashmore de la etnicidad no está tan lejos de nuestro punto de vista. Según este autor:

La etnicidad se refiere a la gente o a la nación. En su forma contemporánea, la etnia sigue conservando este significado básico, en el sentido de que describe a un grupo que posee algún grado de cohesión y solidaridad y está compuesto por gente que, al menos en forma latente, tiene conciencia de poseer orígenes comunes. Así, un grupo étnico no es simplemente una sumatoria de gente o un sector de la población, sino un conjunto autoconsciente de personas unidas o estrechamente relacionadas por experiencias compartidas.¹

¹ E. Ellis Cashmore et al., *Dictionary of Race and Ethnic Relations*, Londres, 1988, p. 97.

Los más recientes acontecimientos en torno al regreso de varios países africanos al multipartidismo han motivado nuestra reflexión sobre el futuro de África y sus pueblos.

A más o menos treinta años de haberse alcanzado las independencias africanas, la situación tanto sociopolítica como económica de África ha empeorado. Al buscar las razones de esta problemática, varios críticos, tanto africanos como extranjeros, han aducido causas internas y externas. Con relación a las primeras, se ha atribuido responsabilidad, sobre todo, a la incapacidad política de los líderes africanos para gobernar adecuadamente. Esto ha originado conflictos sociales marcados por antagonismos interétnicos o interregionales que se consideran como una de las principales fuentes de la crisis política en África.

En cuanto a las causas externas, varios líderes africanos han culpado en varias ocasiones al sistema económico dominante, es decir al capitalismo, como fuente básica del estado de la crisis de África. Esta argumentación fue siempre el lema sobre todo de los gobernantes africanos de la tendencia llamada progresista, comprometida con los ideales socialistas basados en el marxismo-leninismo. Tal fue el caso de Benin, Malí, Congo, Ghana, Etiopía (bajo Mengistu), Guinea (de Sékou Touré), Guinea-Bissau, Cabo Verde, Mozambique, Angola... Dicha argumentación también sirvió como escudo para proteger la mala administración de ciertos gobernantes africanos que habían optado por la vía capitalista del desarrollo sin saber cómo adecuar dicho modelo a las necesidades de sus poblaciones: Zaire, República Centroafricana, Gabón, Togo, Kenia, etcétera.

Sea lo que fuera, consideramos que si los factores que han contribuido al deterioro de la situación global en África son múltiples y provienen de fuentes diversas, es de suma importancia señalar que no todos tuvieron la misma intensidad en la conformación de dicho deterioro. Además, hemos preferido dirigir nuestra reflexión, por una parte, la problemática étnica -a veces considerada como generadora de conflictos sociales en los Estados africanos- y, por la otra, sobre el

resurgimiento del multipartidismo en África actual, ya que éste es, a nuestro modo de ver, uno de los pilares centrales en la edificación del "nuevo Estado" en África.

Antes de abordar el tema, quisiéramos presentar brevemente algunas de las características del Estado negroafricano, que nace inmediatamente después de la liquidación político-formal del régimen colonial en África, y retomar algunos de los puntos debatidos tanto por los políticos africanos como por los científicos sociales acerca de la etnicidad y sus implicaciones en la conformación de un nuevo Estado negroafricano capaz de controlar sus contradicciones en pos de un equilibrio funcional.

El Estado africano poscolonial

Casi en toda África, el año 1961 parecía prometedor, al emprenderse el desmoronamiento del imperio colonial. Los ochenta años que duró aproximadamente la colonización oficial de África no pudieron provocar cambios profundos en la mayoría de las sociedades africanas. Los nuevos Estados -ya sea de las antiguas colonias francesas, británicas, belgas, etc.- lograron su autonomía como resultado de largas luchas contra el imperio colonial. De hecho, éste era el enemigo común a combatir.

Más adelante se plantea el problema de las nuevas instituciones políticas que deberán regir a los pueblos independientes. Al mismo tiempo, los nuevos espacios políticos, producto de la colonización misma, plantean problemas a quienes tendrán que moverse en su seno sin tener una identificación real con ellos. Son espacios imaginarios, para utilizar esta categoría de G. Clarence-Smith;² en contraparte con los verdaderos espacios de identificación sociocultural, política y económica, mucho más restringidos que

² Véase en J. P. Chrétien y G. Prunier, *Les ethnies ont une histoire*, Ed. Karthala, París, 1989, p. 434. Cabe precisar que G. Clarence-Smith menciona "comunidades imaginadas y conviviales"; mientras nosotros hablamos de "espacios imaginarios y conviviales".

los primeros, es decir, los espacios conviviales.

Los nuevos gobernantes, obligados a manejar su poder político en un marco mucho más amplio -con referencia al espacio imaginario- y complejo, no tardan en enfrentarse a nuevos retos: por una parte, salvar a toda costa la unidad e integridad de la incipiente entidad política y, por otra, evitar desvincularse claramente de su grupo social de pertenencia, es decir, de su espacio convivial. Conciliar esos dos aspectos a lo largo de las independencias ha sido una especie de rompecabezas que aún no encuentra su forma, ya que las partes en juego no han sido colocadas debidamente.

Si bien el adversario común fue formalmente derrocado, no tardó en surgir un nuevo enemigo difícil de vencer: los grupos étnicos con tendencia a presentarse como grupos políticamente organizados dentro de ese macrosistema superficial denominado el "nuevo Estado independiente".³

Los problemas étnicos acapararán todo el proceso de la evolución política de los nuevos Estados de África negra. En Rwan-da y Burundi, los batutsi y los bahutu se enfrentan por el control del nuevo poder político; en Zaire, una tremenda lucha civil entre diversas facciones étnicas y ciánicas, aunada a la secesión de Katanga y otras tendencias separatistas, paralizan el funcionamiento de las nuevas instituciones políticas; en Kenia, los luo se enfrentan a los gikuyu; en Dahomey, los norteños están contra los sureños; en Nigeria, los yoruba, los ibo y los haussa pelean entre sí; en Chad, los musulmanes en el norte se enfrentan a los cristianos o animistas del sur, que controlan el poder, etc. En una palabra: no hay un solo rincón del África negra donde las nuevas instituciones gubernamentales no se encuentren sacudidas por la resurrección de los micronacionalismos étnicos y ciánicos.

³ Véase Sylvain Carreau, «Langues, ethnies et construction nationale en Afrique noire: le cas du Zaire», en David N. Lorenzen (comp.), *Studies on Asia and África from Latin America*, México, El Colegio de México, 1990, pp. 205-240.

¿A qué se debe ese resurgimiento étnico-clánico, en un momento en el que se requería más unidad para echar a andar las nuevas entidades políticas?

Consideramos que dentro del contexto histórico colonial se puede encontrar algunas respuestas a esta pregunta. El imperio colonial, al implantarse en los diversos territorios africanos, quiso edificar Estados-nación coloniales conforme a su idea euro-centrista, en los cuales las especificidades culturales africanas habrían de ser paulatinamente sustituidas por las culturas euro-peas consideradas indispensables, cuando no superiores. En realidad los colonizadores, para evitar que la conciencia anticolonial de los colonizados se despertara muy pronto, prefirieron mantener cierta distinción entre los grupos socioculturales en el seno de cada territorio ocupado. La cristianización prestó ayuda a esta labor ya que, en algunas regiones, sólo una parte de la población identificada con ciertos grupos socioculturales se convertiría al cristianismo. Tal fue el caso de los bahutu en Rwanda, de los ibo y los yoruba en Nigeria, etc. El sistema colonial, pues, a pesar de querer imponer su cultura, prefirió mantener separados a los diversos grupos étnicos, a fin de sacar mejor provecho de ellos y controlarlos.

Al paso del tiempo, se irá forjando en los colonizados la conciencia de liberarse de la explotación y el dominio colonial. Esta convicción irá más allá de las pertenencias y conciencias étnicas para enfrentar el gran mal cuya destrucción era inminente: el imperio colonial. Sin embargo, eso no implicó que dichas pertenencias y conciencias étnicas hubieran desaparecido con la colonización, sólo que no fueron relevantes durante ésta, ya que sobrevivieron a ella -aunque con baja intensidad- y volvieron a surgir con toda intensidad dentro de los nuevos Estados independientes, puesto que la causa fundamental de su apaciguamiento ya había desaparecido. En otros términos, podría decirse que lo clánico, lo étnico y lo regional existieron siempre en África, a pesar del breve paréntesis que abarca la colonización oficial. No fueron los europeos quienes inventaron a los fon, los yoruba, los beté, los baulé, los ibo, los haussa, los ngwandi, los mongo, los

baluba, los bakongo, los bashi, los batutsi, los bahutu, los gikuyu, los luo, los baganda, los fulani, los shona, los ndebele, etc.; a pesar de que se señala que inventaron a los "djila" (diulá-jula).⁴ Lo que sí hizo el colonizador fue dividirlos mediante el en-cierro (por ejemplo, los bakongo se encuentran tanto en Zaire como en el norte de Angola y en el Congo; los ewé están entre Togo y Ghana, etc.) o bien unirlos sin elemento común alguno de pertenencia grupal (en este caso, la mayoría de las formaciones culturales africanas) y sólo conforme a sus propios intereses coloniales.

Opiniones diversas en torno a la problemática étnica

Formularemos ahora algunos comentarios acerca de los debates sobre la cuestión étnica en África.

En el nivel político, varios líderes gubernamentales de los países africanos, en busca de asentar sólidamente su poder y al mismo tiempo en la lucha por crear y mantener la unidad casi artificial y frágil de sus respectivos Estados, no dudaron en proclamar una política de unidad nacional, mientras negaban la realidad étnica presente en sus sociedades estatales. Se trataba de una verdadera cruzada contra cualquier manifestación étnica capaz de poner en peligro los nuevos planes de integración nacional. Para algunos de ellos parecía incluso idóneo suprimir por decreto el multipartidismo e imponer un solo partido político -en general del mismo jefe de Estado- que supuestamente era el reflejo de esa nueva unidad nacional. Jean Chapelle, al referirse al caso del Chad, señala que "a partir de la independencia, el gobierno de Chad ha proclamado su condena a toda distinción étnica" y la Constitución precisa que "toda manifestación o propaganda de carácter étnico es castigada".⁵

⁴ Véase Carlos Lopes, «Transition historique et ethnicité en Guinée-Bissau», en J. P. Chrétien y G. Prunier, op. cit., p. 380.

⁵ Jean Chapelle, *Le peuple tchadien. Ses racines, sa vie quotidienne et ses combats*, París, L'Harmattan, 1986, p. 165.

De este modo, la realidad étnica aparecerá como el mayor obstáculo para llevar a cabo el proyecto global de construcción nacional en África negra. Esto conducirá a que los gobernantes entablen una lucha tremenda contra las manifestaciones de carácter étnico, sin lograr el objetivo fijado. Tal como hemos mencionado, esa lucha antiétnica se materializará en la supresión unilateral del multipartidismo, que es sustituido por sistemas de partidos únicos. Tales fueron los casos de la República Democrática del Congo, hoy Zaire, con el Movimiento Popular de la Revolución de Mobutu, sin ninguna revolución real; de Costa de Marfil, con el PDCI; de Chad, con el PPT-RDA, etc. En el caso de los Estados africanos de tendencia socialista, la opción por el sistema unipartidista era obvia: Congo, Angola, Mozambique, Tanzania, Guinea-Bissau, Guinea-Conakry...

Todo lo anterior fue hecho para frenar la presencia casi exclusiva de las etnias dentro de las manifestaciones políticas (como en la República Democrática del Congo donde, de hecho, todos los partidos tenían cierta implicación étnica) y sociales (en algunas regiones o provincias del mismo Congo-Léopoldville, ciertos equipos de fútbol eran tribales: por ejemplo, el Bushi de los bashi, el Unerga de los warega, el Maniema de los bakusu, etc.). Cabe, sin embargo, señalar que en Benin, bajo el gobierno de M. Kerekú, se reconoció oficialmente la realidad étnica como componente importante de la conformación social nacional, pero tal reconocimiento no rebasó el nivel del puro discurso político.

Pero conforme pasó el tiempo, la etnicidad no tardó en reaparecer, ya que los mismos líderes gubernamentales, para consolidar su poder y aferrarse a él, tuvieron que recurrir a los apoyos étnicos, locales, olvidando su proyecto inicial de construir la nación fuera de las micronaciones étnicas; es decir, desde arriba de sus sociedades estatales. Esta perspectiva de la nación era, por supuesto, totalmente irreal y muy frágil. De este modo, el presidente F. H. Boigny -a pesar de su larga experiencia política o quizás contando con ella- promovió la unidad nacional alrededor del PDCI, apoyándose en su grupo tribal, los baulé; Mobutu Sese Seko de Zaire, a

pesar de su MPR y sus discursos nacionalistas, siempre se ha apoyado en los ngwandi, su grupo de pertenencia sociocultural, al cual otorga más preferencias y privilegios que a los demás.

Los mismos supuestos artesanos de la unidad nacional vinculada con los nuevos espacios políticos -que hemos acordado calificar como "imaginarios"- habrían de convertirse en los principales tribalistas, clanistas y localistas, en el sentido menos constructivo del término, puesto que entonces parecería como si la obligación de construir la nueva nación incumbiera a los demás grupos étnicos o regionales que debían olvidar por ley su realidad de pertenencia grupal, mientras que la etnia o las etnias en el poder podían seguir viviendo en su círculo más reducido, para preservar sus intereses. Fue el advenimiento de las dictaduras ciánicas, tribales o étnicas sobre el resto de la sociedad estatal, en los llamados "modernos" Estados africanos.

Esto agudizará la crisis del Estado en África. Tal crisis implicará, por una parte, la inestabilidad gubernamental, reflejada en el ascenso de los militares al poder y en la incapacidad de éstos para gobernar democráticamente; y por la otra, el marasmo económico y los disturbios sociales a favor del cambio. Cabe recordar que los gobernantes militares y los escasos líderes civiles que quedaron simplemente suprimieron el pluripartidismo creando partidos únicos que, según ellos, iban a expresar el nuevo proyecto de integración nacional, evitando así el impacto tribalista o etnicista del multipartidismo, que conducía a la atomización sociopolítica y económica de los nuevos Estados.

Ante ese binomio "partido-etnia o partido-nación", desde una perspectiva micro y macronacionalista, los científicos sociales han tomado diversas posiciones...

Una corriente de pensadores africanos siempre ha tratado de explicar las crisis sociopolíticas africanas desde el enfoque marxista, lo que implica la confrontación de los intereses que se reflejan en las relaciones de clase social en África. Esa

corriente no confiere al fenómeno étnico gran relevancia como motor de la vida política nacional, ya que detrás de él hay factores más determinantes que sólo se pueden percibir y entender a partir de las relaciones de explotación de las fuerzas productivas del país por un pequeño sector, es decir, la clase de los propietarios o controladores de la mayor parte de los bienes e instituciones políticas de los nuevos Estados.

Otros pensadores africanos minimizan aún más el fenómeno étnico dentro del quehacer político de los nuevos Estados argumentando que la etnia fue una invención del sistema colonial. Carlos Lopes, refiriéndose a Jean-Loup Amselle y Elikia M'Bokolo, escribe en este sentido:

La causa parece pues clara: durante el periodo precolonial no existió nada semejante a una etnia. Las etnias no se derivan más que de la acción del colonizador que, en su voluntad por territorializar el continente africano, ha establecido entidades étnicas que luego fueron reapropiadas por las poblaciones. Desde esta perspectiva, la etnia, al igual que numerosas instituciones pretendidamente primitivas, no sería más que otro falso arcaísmo.⁶

Sin embargo, si se observa detenida y fríamente la situación social en África, pronto se percibe que hay varios aspectos de la vida social que aún no pueden explicarse o reducirse al solo fenómeno de la clase, ya que las clases sociales en África negra -si es que realmente las hay- siguen presentando un contenido muy difuso y alejado de la concepción marxista de clase, propia de las sociedades marcadamente capitalistas.

Con relación a lo anterior, Robert Buijtenhuijs subraya el carácter relevante del fenómeno de pertenencia étnica del personal del Estado para explicar los antagonismos sociales y nacionales

⁶ Carlos Lopes, op. cit.

dentro de África, sin plantear por lo tanto la naturaleza misma del Estado. Según el mencionado autor:

Eso debe relacionarse con el carácter difuso, de alguna manera "inacabado", de las relaciones de clase en las sociedades africanas. Contrariamente a la situación que caracterizó a las sociedades europeas del siglo XIX, donde dominó la dicotomía burguesía-proletariado [...], el capitalismo periférico que se implantó en África negra se ha utilizado para borrar las pistas. Los vestigios sustanciales de las redes socioeconómicas precapitalistas fueron incorporados al tejido de las relaciones de explotación capitalista: los trabajadores migrantes que conservan sus derechos sobre la tierra y que dejan a sus familias en la aldea; los campesinos que producen para el mercado mundial, cubriendo sus propias necesidades de alimentación, lo que permite a los empresarios capitalistas ofrecer a los campesinos salarios y premios más bajos que si esos obreros o productores estuvieran totalmente proletarizados. Esta articulación bastante particular de los modos de producción ha creado una estructura de clase poco clara, poco propicia para el surgimiento de una conciencia de clase proletaria bien determinada. De allí, en parte, la tendencia de las "grandes masas" africanas a seguirse refiriendo a los antiguos esquemas étnicos, regionales o religiosos.

De allí probablemente también la dificultad, para los intelectuales africanos, de elaborar ideologías adaptadas a las condiciones específicas del continente negro. En este campo, las carencias son particularmente notables. En la mayoría de los casos, los movimientos revolucionarios africanos han tomado prestadas sus doctrinas de Occidente, sin hacer el menor esfuerzo por adaptarlas a las realidades locales [...]⁷

Esta relevancia de la realidad étnica en el desenvolvimiento de los procesos sociopolíticos africanos la ratifican otros científicos sociales africanos para quienes no es posible hablar de invención de la etnia, ya que ésta constituye una realidad sociocultural y política que existió antes de la colonización, sobrevivió a ella y resurgió con más fuerza en el Estado africano poscolonial.

⁷ Robert Buijtenhuijs, *Le Frolinat et les guerres civiles du Togo (1977-1984). La révolution introuvable*, París, Ed. Karthala, 1987, pp. 420-421.

Éste fue el sentido en que Ferdinand Nahimana⁸ preguntó a los demás participantes de la mesa redonda sobre la cuestión étnica, si acaso los grupos tutsi, hutu y twa de Rwanda-Burundi tuvieron conciencia de su existencia sólo a partir de la colonización, cuando todos saben que la antecedieron.

No se puede cuestionar la existencia de esas diversas categorías socioculturales africanas. Su impacto en el desarrollo de los procesos históricos de las sociedades africanas es obvio. Las grandes civilizaciones africanas -antes, durante y después de la colonización- han estado siempre marcadas por diversas relaciones intergrupales. Cada uno de esos grupos constituye una entidad cultural homogénea cuyas denominaciones no fueron siempre producto de un invento colonial. Esto implica, además, tener la prudencia de evitar cualquier tipo de generalización que simplifique la problemática étnica en África.

Quizá lo que se puede discutir sea el concepto de etnia, tribu, raza, etc., como expresión de la identificación de una categoría social determinada, y no dicha categoría social en sí como producto de la colonización. Aunque una vez que dicho concepto se acepta y se identifica con alguna categoría social existente, eso no implica que sea un intento de la colonización, ya que se trata de una realidad generalmente independiente del surgimiento del sistema colonial que se sirvió de ella para alcanzar su propósito: dominar y explotar.

De hecho, tal como había señalado Sylvain Carreau, la categoría etnia permea todos los sectores de la vida nacional de los Estados africanos, en los cuales actúa conforme a los intereses de las diversas conformaciones sociopolíticas que de ninguna manera pueden dejar de involucrarse con dicha categoría. La etnia es, pues, una realidad sociopolítica presente y activa en el actual Estado africano. No querer reconocerlo es como querer tapar el sol con un dedo. Jean Chapelle nos advierte sobre aquellos que intentan crear cierta

⁸ Véase J. P. Chrétien y G. Prunier, *op. cit.*, p. 432.

"unidad nacional" suprimiendo, incluso por decreto, cualquier manifestación social tendiente a hacer pensar en la existencia de la etnia:

Si en los textos y en los discursos se toman semejantes precauciones es debido a que el hecho étnico molesta, porque es real. Constituye la fuente primordial de un sentimiento social colectivo; resulta, por tanto, normal que quienes quieren situarse en el plano nacional busquen desembarazarse de él para superarlo; pero, de todas maneras, uno no puede ignorarlo. La variedad de la herencia cultural no es, desde nuestra perspectiva, un obstáculo, sino una riqueza. Un mosaico bien ensamblado puede ser más sólido que una capa de yeso superficial.⁹

Esta "capa de yeso superficial" corresponde a una seudonación erigida sobre los macroespacios imaginarios estatales africanos.

Etnicidad y multipartidismo en el África negra

Nuestra próxima interrogante se refiere a la situación actual de la etnicidad frente a la reciente tendencia a retornar al pluralismo político en África negra.

Treinta años después del inicio de la descolonización, las di-versas contradicciones sociales producidas en las sociedades de África han conducido a las actuales instituciones políticas africanas a su cuestionamiento por parte de sociedades civiles estatales. Hay que reconocer, además, que los recientes cambios políticos ocurridos en los países de Europa Central y del Este, que implican el fin del socialismo en algunos y, al mismo tiempo, el derrocamiento de los caudillos totalitarios de dichos países, tendrán cierta incidencia sobre el despertar decidido de las poblaciones africanas, que salen a la calle para exigir la democracia y el fin de las dictaduras.

⁹ Jean Chapelle, op. cit., pp. 165-166.

Con este trasfondo, en 1990-1991, se producen varios disturbios sociales prodemocráticos en diversos centros urbanos: en Kinshasa y Lubumbashi, los estudiantes universitarios son masacrados por un comando del gobierno de Mobutu; en Dakar, en Abidjan, el presidente F. H. Boigny se ve obligado a aceptar el retorno al multipartidismo y a convocar a nuevas elecciones presidenciales y legislativas, las que, según ciertos medios informativos, manipula para mantenerse en el poder con su PDCI, que ya tendrá que contar con la fuerza de la oposición; en Monrovia, el presidente Samuel Doe termina mutilando su vida; en Cabo Verde y Sao Tomé, los respectivos partidos de oposición suben al poder poniendo fin a largos años de monopartidismo; en Bamako, cae Moussa Traoré por un golpe de Estado; en Cotonú, la oposición gana las elecciones y pone fin a la larga dictadura de Mathieu Kérékou; en Lomé, Yassingbe Eyadema pierde el poder; en los países autoproclamados socialistas como Mozambique, Congo y otros como Tanzania, Uganda, República Centroafricana, Zaire, etc., se reconoce el multipartidismo. El vendaval del cambio sacude así a todo el continente y nace la esperanza de que aparezcan nuevos sistemas políticos comprometidos con las masas africanas, inicialmente apartadas del proceso político.

Sin embargo, las cosas no serán fáciles, en lo que a situación socioeconómica se refiere, para el arranque de esos nuevos sistemas políticos democráticos, ya que la mayoría de los países africanos se encuentra en medio de agudas crisis creadas, en gran parte, por los regímenes cuestionados.

En ciertos medios políticos, tanto africanos -sobre todo las dictaduras- como extranjeros -los regímenes clientes del statu quo político en África-, se argumentó que los africanos no estaban preparados para el pluralismo político, a causa del peligro que representan las entidades étnicas por su participación en el quehacer político nacional. Se alude allí a la década 1960-69, durante la cual la estabilidad de los nuevos Estados se vio comprometida por las rivalidades intertribales que condujeron a conflictos de larga duración. La solución que se encontró a dichos conflictos fue el presidencialismo

negroafricano que implicó una fuerte centralización del poder, la supresión del multipartidismo y el advenimiento de regímenes militares de corte dictatorial que crearon partidos únicos a los que entonces se consideró como la única vía para acabar con los conflictos tribales y alcanzar esa nación imaginaria, muy alejada de la verdadera realidad nacional africana, que se refleja en las micronacionalidades étnicas estatales.

Durante esta fase del presidencialismo negroafricano, los nuevos líderes gubernamentales, lejos de llevar a cabo un verdadero proyecto de construcción nacional fundado en el apoyo justo a las diversas agrupaciones culturales del Estado y dispuestos a consolidar su poder y permanencia en él, se apoyan en sus grupos clánicos, étnicos y regionales, a los cuales conceden muchas ventajas económicas mientras perjudican a los de "afuera", generando de este modo la agudización latente del antagonismo entre los grupos socioculturales en el poder y la mayoría, excluida del real proceso político estatal. Así como antes todos se encontraban unidos contra el enemigo común, el colonizador, ahora se han unido para derrocar al nuevo enemigo común: el fantasma clánico-tribal del grupo en el poder, que ha consolidado su bienestar a costa del empobrecimiento y la explotación del resto de los grupos socio-culturales. La decisión de estos últimos de acabar con el nuevo enemigo, así como su proyecto de participación plural en el poder, se producen en un momento en el que África ya ha madurado políticamente y desea dejar atrás los factores de división que podrían poner en peligro al nuevo proyecto de construcción nacional.

No compartimos, pues, el punto de vista que tiende a vincular negativamente la problemática étnica con cualquier proyecto de construcción democrática pluripartidista en África. Queda claro que los Estados africanos, conforme a lo dispuesto por la Carta de la OUA sobre la Intangibilidad de las Fronteras Heredadas de la Colonización, deben mantener sus límites territoriales tal como son; a menos que, mediante acuerdos mutuos, uniones o cesiones territoriales decidan hacer cambios para evitar situaciones de beligerancia que, de

hecho, pueden poner en tela de juicio todas las fronteras en África.

Al mismo tiempo, dichas entidades estatales deberán consolidarse y reproducirse a partir de la cohesión de las microentidades espaciales que, en general, corresponden a sus propios grupos socioculturales; es decir, que esta nueva relación "Estado pluripartidista-etnia" podría encontrar una armoniosa vía de salida, vía que quizá pueda desarrollarse mejor a través de la fórmula político-jurídica del federalismo y no dentro de un aparato "unitarista" muy alejado de la realidad cotidiana africana marcada por la etnicidad. Poco importa que algunos partidos tengan características ciánicas, étnicas o regionales; al fin y al cabo, se trata de alcanzar lo complejo a partir de lo simple. De lo contrario, se podría caer en la peligrosa trampa del Estado-nación originada en Europa, y en la cual caen hoy día muchos países como la URSS*, Yugoslavia, Georgia, España, India, Sri Lanka, etc., al querer retornar a lo simple, al parecer más realista, profundo y sólido que lo complejo que, a su vez, permanece idealista, superficial y frágil.

* N. de E.: este texto fue redactado en el año de 1991.

LOS CONFLICTOS ÉTNICOS EN EL ÁFRICA NEGRA

Fabien Adonon Djogbénou

La impresión generalizada según la cual la revolución tecnológica ha reducido el tamaño figurado del mundo y pone, en fracción de segundo, cualquier parte del planeta al alcance del ojo, la mente y la pluma pierde de vista que la importancia de la comunicación, la información, sus medios y contenidos es más que desigual -cuantitativa y cualitativamente hablando- en los diferentes puntos del mundo. En ese sentido, el África negra sigue siendo una parte casi desconocida del mundo o, en todo caso, mal conocida y cuyas noticias, ecos lejanos, sólo nos llegan cuando sus guerras o conflictos considerados como sobresalientes la ponen de moda: una moda muy efímera.

Se nos olvida también -a menudo, si no es que siempre- que las ideas, conceptos, teorías del Estado, del Estado-nación considerado como modo universal de gestión de la sociedad no tienen los mismos contenidos en otras latitudes. Así, la visión universalista perturba la percepción genuina del escenario, tanto nacional como internacional africano, y dificulta la lectura comprensiva de los discursos articulados en supuestas realidades negroafricanas.

El discurso democrático tampoco escapa a esa visión hegemónica de la organización de la vida en sociedad. Es así como el Estado instalado por la metrópoli colonial a principios de 1960 (Año de África) fue dotado de los principales atributos del Estado democrático "occidental": Constitución liberal, Parlamento, separación de los poderes... Y para garantizar el desarrollo favorable del trasplante, su administración fue confiada a élites "metropolizadas", adeptos de los ideales democráticos del colonizador. De allí en adelante, esa

negación de la historicidad de las sociedades negroafricanas alimenta, de manera permanente, la crisis del Estado en África.

En 10 años de independencia inconclusa, la clase política negroafricana ha experimentado la parodia de todas las figuras conocidas de regímenes políticos: de la democracia parlamentaria multipartidista a la dictadura militar de todos los colores y sabores, pasando por el partido único o la solución tribal, el compromiso directorial, la alternancia en el poder, el recurso del héroe carismático y el régimen imperial.

El fracaso de la "descolonización" portadora de todas las promesas, patente desde el primer decenio de la ola de independencias a partir de 1960, terminó por imponerse 20 años después. Uno de los factores determinantes del evidente fracaso se refiere a menudo al fenómeno tribal y étnico cuyo arraigo en las sociedades negroafricanas es ineludible. Atacado, combatido, perseguido y reprimido por los sucesivos regímenes políticos africanos, su estudio, sistemáticamente satanizado y expulsado del quehacer académico y político durante largo tiempo, guarda un estado embrionario, cuando no se empantana en la bipolaridad evolución-reducción.

Hoy día, la reflexión obligada sobre la dimensión histórica de lo tribal, lo étnico y sus manifestaciones cotidianas en el África negra está en la mesa de debates de los africanólogos de la modernidad... Del balance de las investigaciones más recientes, realizadas en distintas regiones de África con enfoques disciplinarios varios (histórico, antropológico, lingüístico, sociológico, politológico) se pone de manifiesto que:

- la historicidad de los grupos socioculturales, sus contornos y su realidad vivida constituye un elemento particularmente revelador;
- la manifestación de pertenencia y solidaridad étnicas no coincide con las fronteras estatales oficiales, ni se reduce a categorías económicas;

- los grupos denominados étnicos o tribales en África no disponen de ningún término directamente traducible por etnia o tribu en sus respectivas lenguas; y
- toda crisis política es un detonador de la movilización solidaria de esas entidades socioculturales.

El balance de los tres últimos decenios en el África negra revela la extrema fragilidad del Estado africano que no logra consolidarse, ni menos generar a la nación; y la trama de la vida oficial en 1994, como a principios de 1960, sigue siendo el sueño de la construcción nacional y el desarrollo económico.

En el África negra de 1994, no presenciamos una resurrección, un resurgimiento de los grupos socioculturales; presenciamos la manifestación de una vieja realidad omnipresente que enseña a propios y extraños que la solidaridad de origen, fundada en un sentimiento ineludible de pertenencia, no data de la invasión y ocupación de África por Europa, ni desapareció con la presencia colonialista de Europa en África, ni menos con las alianzas y rupturas estratégicas del quehacer político del período llamado de descolonización que culminó en 1960 y en los años siguientes, con la independencia nominal, formal e inconclusa de las colonias británicas, belgas, francesas y portuguesas del África negra.

Hay que subrayar que la colonización del África negra por Europa es un fenómeno reciente: de la segunda mitad a finales del siglo XIX. Es decir, cuando México celebraba sus 60 años de vida independiente, apenas la décima parte del África negra estaba colonizada. Por eso es que acostumbramos denominar paréntesis colonial al tiempo que duró la invasión, la ocupación formal de África por Europa, sin olvidar que la colonización sigue su inexorable curso bajo otras modalidades.

El paréntesis colonial perturbó o debilitó en mayor o menor grado -según el caso- las estructuras sociales de las naciones negroafricanas *stricto sensu*, sin llegar a disolverlas. De tal manera que, a la hora de la independencia formal, el Estado heredado

del colonizador se encontró en el vacío, sin respaldo alguno de una nación en el sentido moderno; nación moderna entendida como el resultado de una ruptura: ruptura de las estructuras de la sociedad o comunidad actuales con las estructuras de la comunidad o sociedad anteriores a la colonización. En el África negra, la nación no ha dejado de designar lo que es: entidad sociocultural donde la negroafricana, el negroafricano comulgan con los suyos y se reconocen. La nación, el pueblo o pueblo-nación sigue siendo la comunidad, la sociedad en cuyo seno se nace y donde se recibe sepultura; sociedad o comunidad a la que se pertenece, cuya cosmogonía (visión del mundo y tradición) impregna al ser y al hacer, de tal suerte que la nación negroafricana no ha dejado de ser pueblo con memoria colectiva, conciencia y personalidad históricas marcadas.

En ese sentido, existe una conciencia étnica entre los diversos pueblos del África negra. Es a estos pueblos, a estas naciones, estas comunidades socioculturales arraigadas en su historia, tiempo y espacio, a quienes los europeos y asimilados denominan despectivamente tribu o superestructura folclórica, grupo étnico (con una cierta tolerancia antropológica) o, civilizadamente: grupos socioculturales, nacionalidades, minorías nacionales, etcétera.

La ideología de la que dichos pueblos son naturalmente portadores es conocida, según las circunstancias, como tribalismo, etnicismo, particularismo, irredentismo, faccionalismo, separatismo, regionalismo, secesionismo o, en todo caso, micronacionalismo.

La visión menos alejada de la realidad africana se refiere al fenómeno "tribu-tribalismo" como un comportamiento, una actitud positiva o negativa que crea, en un medio social dado, una red de atracciones y repulsiones entre los miembros de dos o más grupos socioculturales de dicho medio social. Los miembros de cada una de estas entidades dicen sentirse unidos por la sangre, por los mismos antepasados o ancestros y mucho más unidos por la idea que tienen de sí mismos en relación con los demás; de tal suerte, el tribalismo es una

mentalidad que determina la conducta de los miembros de una misma comunidad sociocultural; una mentalidad que rige sus relaciones a menudo agresivas con los miembros de otras comunidades similares. Esta entidad o comunidad que se ubica en el tiempo y el espacio y cuyos miembros son unidos por ancestros comunes, es la tribu; y tribalismo, la manifestación de la idea, del comportamiento que los miembros de una misma comunidad sociocultural tienen de sí mismos en relación con otras comunidades similares, así como nacionalismo designa ese sentimiento de pertenencia que hace subsistir a la nación, aun cuando ésta pierda su autonomía.

En tal sentido, tribalismo o etnicismo en África participan de la misma esencia que patriotismo o nacionalismo. Entre etnicismo y nacionalismo, entre tribalismo y patriotismo, no hay diferencia de naturaleza sino de interpretación.

En África, la independencia resultó ser una ceremonia formal de transferencia del legado colonial al nuevo Estado africano. La misión del nuevo Estado es no solamente mantener y consolidar al embrión de Estado que dejó el colonizador, sino generar, crear a la nación moderna a partir de naciones stricto sensu.

Así surgió la crisis irresoluble del Estado africano que representa una versión profundamente diferente de la realidad de las diversas naciones que él pretende aglutinar, homogeneizar, masificar administrativa, política, económica y socialmente en ese nosotros subjetivo y siempre mistificador denominado nación en el sentido moderno.

Mientras que el tribalismo tiene como base una realidad viviente y vivida llamada tribu o nación étnica; el nacionalismo oficial se refiere a una nación abstracta que poco sentido tiene para los diferentes pueblos reagrupados dentro de fronteras estatales de artificialidad reconocida.

La crisis del Estado africano en busca de nación moderna se agudizó con la introducción en el África negra del modelo de la democracia parlamentaria multipartidista y el sufragio

universal de corte europeo. La ideología partidaria clásica se confunde entonces con la ideología tribal particularista. Así florecieron y siguen floreciendo partidos políticos de origen étnico; así se convirtió el sufragio individual en colectivo, del mismo modo que la adhesión al partido de origen étnico es colectiva. Es más fácil identificarse con alguien de su nación étnica o su región, que adherirse a una idea abstracta de tipo universalista representada por un partido político.

En suma, el modelo importado no funciona en ese medio específico donde la inexistencia de una dimensión nacional en la vida política bloquea tanto al juego político como al proceso que facilita la resolución de los conflictos políticos por la existencia y el papel que desempeña un partido de oposición. La democracia parlamentaria multipartidista como factor de integración nacional en territorios poliétnicos fracasó porque la nación, en África, no es ni puede ser una creación jurídica; es una realidad sociológica, política, económica; en suma, una realidad cultural que se fundamenta, se elabora y descansa sobre bases precisamente culturales.

Hoy, como hace más de treinta años, ante el retorno del multipartidismo como legitimador de la democracia, la historia vuelve a repetirse como si nada hubiera pasado a finales de los cincuentas y principios de los noventas. Los miembros de los partidos políticos siguen proviniendo mayoritariamente de una misma tribu, de una misma región o una misma clase política; y la proliferación de esos partidos es impresionante: 70 partidos políticos en un país que cuenta apenas con un millón de habitantes, 32, 60, 120 partidos políticos en países que cuentan con 9 millones, 2.5 millones y 40 millones de habitantes, respectivamente. Desgraciada o felizmente, estas cifras reflejan el número de grupos étnicos que existen en cada uno de esos países.

Es de preguntarse por qué gran parte de la *Intelligenza* africana se niega todavía a integrar abierta y claramente el etnocentrismo en la representación política, con miras a

concebir modelos políticos y proyectos de sociedad acordes con las realidades de la historia cotidiana. Ese mismo sector, caracterizado por su discurso modernizante sobre la construcción nacional no cesa, en su historia cotidiana, de traicionar una conducta que sólo puede explicar una personalidad de fondo que se resiste a la dominación de un logos prestado; una personalidad de fondo que lleva al negroafricano de uno y otro género -sin importar su puesto político, su nivel académico o militancia política- a comulgar en una especie de religión con los suyos: los suyos, es decir, la gente de su nación étnica.

No hay un país en el África negra donde las instituciones del Estado se encuentren a salvo de manifestaciones étnicas. Los gobiernos africanos de los recientes treinta años dicen seguir en busca de soluciones efectivas al difícil problema del pluralismo político en la pluriétnicidad, de instituciones políticas no solamente estables y duraderas; sino que, específicas, más auténticas, permitan transformar la conciencia tribal que ha prevalecido hasta ahora en una conciencia nacional dentro del marco de las fronteras heredadas de la colonización. La realidad nos muestra que tanto los partidos políticos como las instituciones del Estado, desde 1960 a la fecha, han sido esencialmente la expresión del tribalismo, el regionalismo de clase política o clanes de la burguesía de Estado. El Estado africano así secreta y alimenta los gérmenes de su propia dislocación. Y la nación tribal, según las circunstancias, se convierte en un refugio impenetrable al poder sin límite y sin control del Estado africano, cuando no sale con todo a exigir el respeto a sus derechos seculares matando, ejecutando a propios traidores a la nación tribal y a extraños fastidiosos.

El fenómeno tribal debe ser reconsiderado y reconocido, así, como una etapa importante e inevitable para el África negra, en su posible evolución hacia otros tipos de sistemas de organización social.

NATIONALISME, ETHNICITE ET DEMOCRATIE

*Solofo Randrianja**

L'élection de Nelson Mandela à la tête de l'État sud-africain, en 1994, clôt le processus de l'indépendance de l'Afrique, après un parcours de près de quarante ans. Durant ce temps, le nationalisme a inspiré les luttes en faveur de l'indépendance en Afrique pour ensuite se transformer bien souvent en une idéologie au service des États. Du point de vue historique, comme tout phénomène vivant, le nationalisme a subi variations et fluctuations dans sa nature et ses formes, mais aussi et surtout dans sa fonction. Aussi est-il peut-être plus judicieux de parler des nationalismes africains.

Au lendemain de la Première Guerre Mondiale et après les échecs des mouvements ruraux contre les conquêtes européennes, le nationalisme africain prit d'abord une forme organisationnelle pour affronter l'expansion européenne. Il apparaîtra ensuite sous une forme idéologique, après la Seconde Guerre Mondiale, avec le développement de l'anticolonialisme africain qui va assimiler une partie des traditions politiques des colonisateurs. Le rôle des élites politiques et intellectuelles africaines fut considérable durant cette phase.¹

* Les réflexions menées dans ces chapitres doivent beaucoup au Jill Natrass Visiting Research Fellowship que m'a accordé le "Center for Social and Development Studies" de l'Université du Natal. Je suis reconnaissant en particulier envers le P^r S. Bekker et le Pr W. Freund. Mais je suis seul responsable de ce qui est avancé dans ce texte.

¹ Le terme «élite» désigne dans ce travail les groupes qui combinent le contrôle du pouvoir politique et celui du pouvoir économique. J'utiliserai dans la même perspective «entrepreneurs politiques» et les expressions empruntées aux auteurs de langue anglaise «courtiers en culture» et «entrepreneurs culturels».

Puis, vint le temps du déclin et des désillusions. D'idéologie anticolonialiste prônant l'unité nationale contre l'opresseur étranger, le nationalisme devint progressivement une idéologie des États nouvellement indépendants, contrôlés la plupart du temps par une oligarchie. La réalité du pouvoir des nouveaux dirigeants revêtit le masque du discours anti-impérialiste, nouvelle forme endossée par le nationalisme à partir de la fin des années 50. Le cycle des crises économiques amorcé vers le milieu des années 70 et la fin de la Guerre Froide révélèrent la nature et la fonction de ce type de nationalisme. La diminution progressive des ressources des États africains, principale source de richesses et de promotion sociale, donc enjeu des élites, exacerba la compétition pour le contrôle du pouvoir. De plus en plus, cette compétition va recourir à la mobilisation ethnique et, plus généralement, à la manipulation des identités culturelles de groupe. Le nationalisme des années 50, qui prônait l'unité nationale, s'avère de plus en plus incapable de contenir les ethno-nationalismes qui, face au colonisateur, cohabitaient en son sein. Et les revendications ethno-nationalistes tentent de mobiliser des groupes à l'origine culturels. L'attention des médias s'est principalement focalisée sur ces conflits dus aux compétitions économiques et politiques mais vus comme des conflits ethniques.

Cependant, les groupes ethniques peuvent aussi être considérés comme des moyens de défense des sociétés rurales africaines contre les systèmes globalisants qui sont les États. De même, au sein des ethnies existent des conflits qui sont, en fait, leur essence même. Car comment expliquer la pérennité des entités ethniques autrement que par leur capacité à s'adapter aux changements? L'un des derniers en date étant la démocratisation.

Le nationalisme en Afrique

Les origines du nationalisme

Selon la taxonomie généralement admise, deux catégories de mouvements anticoloniaux se sont succédé dans le temps:² les de résistance primaires, qui vont durer jusqu'aux alentours de la Première Guerre Mondiale, et les de masse, qui vont mener les pays africains à l'indépendance. Les premiers furent souvent des mouvements ruraux au caractère très passéiste, dans la mesure où ils puisaient leurs ressources dans le registre du passé précolonial et visaient la restauration d'un ordre ancien, lorsqu'ils se dotaient d'un programme politique.

La seconde génération des mouvements de résistance à la colonisation, les mouvements nationalistes de masse, fut principalement le fait de citoyens lettrés. Leur émergence après la Première Guerre Mondiale a été favorisée par l'ouverture forcée de l'Afrique au monde, notamment grâce à la guerre. Les soldats africains qui avaient participé en Europe à la Première Guerre Mondiale en ramenèrent non seulement des maladies nouvelles, mais aussi une autre vision du monde.

Si les liens directs entre les deux types de mouvement, ceux de résistance primaire et les mouvements nationalistes de masse, étaient inexistantes (même si, à certains endroits, les deux types de mouvements ont coexisté dans le temps), il n'en est pas moins vrai que, dans la gestion du pouvoir en Afrique, une sorte de continuité a survécu à la rupture coloniale, tant dans le personnel politique que dans la pratique. Ainsi, dans de nombreuses zones, par souci d'efficacité et par mesure d'économie, les colonisateurs se sont contentés de réinvestir d'une nouvelle légitimité ce qu'il est convenu d'appeler des

² Terence O. Ranger, «Connexions between primary resistance movements and modern mass nationalism», *Journal of African History*, IX, III et IV (1968), pp. 437-454 et 631-642.

autorités traditionnelles, en leur accordant des charges administratives.

Cette relative continuité dans la gestion du pouvoir au travers des élites est un élément capital qui a été peu pris en compte dans l'étude du nationalisme contemporain en Afrique et, plus largement, dans l'étude de tout nouvel apport extrait de la tradition politique de l'Occident, comme le socialisme ou, plus récemment, la démocratie, assimilé par l'Afrique à travers le filtre des élites.³

Le morcellement de l'Afrique entre les différentes puissances coloniales a favorisé le développement des luttes pour l'indépendance et celui du nationalisme à l'intérieur de cadres territoriaux qui, sauf exception, ne correspondent pas à ceux dans lesquels l'histoire précoloniale africaine a évolué. Madagascar, du fait de son insularité, et l'Ethiopie, jusqu'à la Seconde Guerre Mondiale, sont des exceptions notables. Sinon, la presque totalité du continent a été démembrée à un point tel que Lord Hailey, un maître à penser de la politique coloniale britannique, faisait observer en 1952:

Pour la plupart, les territoires ne représentent que des unités géographiques et non des communautés ayant de tels liens ou affinités naturels qu'elles puissent former une base pour créer une nation... Les gens qui ont été rassemblés par le destin en une unité gouvernementale -qui est généralement la conséquence d'une action externe- peuvent bien sûr être unis par la force des circonstances dans quelque chose qui ressemble à la nationalité... Mais il s'agit d'un processus historique... C'est une question de temps, souvent du temps considérable.⁴

³³ Robert Archer (*Madagascar depuis 1972: la marche d'une révolution*, L'Harmattan, Paris, 1976), avait proposé dans le cas de Madagascar de faire la généalogie des dirigeants malgaches des années 70. Une telle étude aurait révélé des racines remontant jusqu'à l'époque de la monarchie (XIX^e siècle) au moins. Le cas n'est pas isolé.

⁴ Cité par Crawford Young, «Evolving modes of consciousness and ideology: nationalism and ethnicity», in D. Apter & C. Rosberg (dirs.), *Political Development and the New Realism in Sub-Saharan Africa*, University of Virginia Press, Charlottesville, 1994, p. 62.

La colonisation représente ainsi une importante rupture en ce sens. Le nationalisme en Afrique s'est développé dans les luttes politiques pour l'émancipation et souvent en réaction contre les vues racistes et dévalorisants de l'idéologie colonialiste. Il est donc avant tout un produit de la situation coloniale, à tel point que l'on peut parler de valorisation de l'africanité pour l'ensemble de l'Afrique. L'africanité serait donc, dans ce cas, une supra-ethnicité politisée et la nation africaine un mythe, sinon, plus vraisemblablement, un artefact de facture récente.⁵

Élites, nationalisme et idéologie

Il est sans doute difficile de donner une définition précise du nationalisme africain autrement qu'en considérant les fluctuations de son utilisation, à travers le temps et selon les endroits. À ses débuts, le nationalisme en Afrique est surtout localisable sous une forme plus organisationnelle que théorique. Les associations de citoyens liées au christianisme, les syndicats, les partis politiques entre les deux guerres ont été d'abord les outils de luttes en faveur de l'émancipation d'élites. Celles-ci vont ensuite se proclamer porte-parole de peuples, transformant ces organisations en lieux de conception du nationalisme.⁶

Tributaire du nationalisme européen du XVIII^e et du XIX^e siècle, le nationalisme africain est un «objet culturel» d'un type particulier, pour reprendre l'expression de B. Anderson.⁷ Il n'a pas réveillé la nation africaine mais l'a créée. La délimitation de cette nation a été difficile à trouver, sauf pour des cas très particuliers, comme Madagascar, favorisé par son insularité, ou encore des ensembles étatiques relativement forts qui avaient pu préserver leur intégrité face à la conquête européenne,

⁵ Comme le soutient John Degenaar parlant du cas de l'Afrique du Sud, «le nationalisme est une ethnicité politisée. Il est l'ennemi d'une société démocratique», John Degenaar, «*Nosizwe: the myth of the nation*», in *Indicator SA*, 10/3 (1993), p. 16.

⁶ Solofo Randrianja, *Le Parti Communiste de la région de Madagascar, 1930- 1939: aux origines du socialisme malgache*, Ed. Foi et Justice, Tananarive, 1990.

⁷ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*, Verso, Londres, 1983.

comme ce fut le cas de l'Éthiopie. En effet, cette entité que le nationalisme chercha à créer pouvait prendre une forme panafricaine, comme panculturelle (le Maghreb par exemple), ou encore celle de micro-État à base ethnico-régionaliste, ou encore, celle d'une fédération de territoires partageant un même passé colonial.

Le panafricanisme fut, sans doute, la forme théorique la plus élaborée du nationalisme en Afrique. Plusieurs conférences internationales, dont l'une des premières remonte à 1900, avaient alimenté ce courant. La Conférence de Manchester, en 1945, a révélé des personnalités comme Kwame Nkrumah et Jomo Kenyatta. À partir des années 60, le panafricanisme finira par être intégré dans la panoplie des politiques des États regroupés au sein de l'Organisation de l'Unité Africaine (OUA).

En règle générale, le nationalisme va être confiné dans chacun des territoires anciennement colonisés, se fractionnant en une multitude de variantes. Cependant, l'un des points communs du nationalisme, avant d'en venir à ses variantes, et que le panafricanisme a révélé, est qu'il est largement tributaire de ses sources européennes. Le nationalisme en Europe, au XIX^e siècle, a engendré des éléments négatifs qui ont culminé, durant la première moitié du XIX^e siècle, dans deux guerres mondiales et l'holocauste, fruits du chauvinisme, du fascisme, du militarisme. Le panafricanisme a été et reste le promoteur d'une solidarité basée sur le principe racial. Mais ces aspects du nationalisme africain ont échappé, en leur temps, à l'attention d'acteurs historiques qui ne virent dans le nationalisme que son aspect anticolonialiste, lui accordant le bénéfice du doute, dans le meilleur des cas.

L'existence de nombreuses variantes régionales du nationalisme a été favorisée par ces différences d'ordre théorique et tactique, ainsi que par d'autres éléments, tels la prégnance de l'histoire précoloniale, le rôle des métropoles dans la formation des élites nationalistes, les modes de conquête des indépendances. Le nationalisme d'Afrique du Sud, où l'économie capitaliste est la plus développée du

continent et la classe ouvrière organisée dans de puissants syndicats dominés par la gauche, est très certainement différent de celui d'un pays comme le Mali.

Dans tous les cas, le fractionnement des nationalismes en plusieurs variantes régionales a fait le jeu des élites à l'origine de la promotion du nationalisme. L'idée de nation résultant de ce fractionnement fait de cette dernière, dans la réalité, plus une sorte d'aire d'influence des élites plutôt qu'une entité historiquement et culturellement homogène. Les élites ne sauraient donc être seulement comprises comme une simple création de la colonisation, une courroie de transmission. Intermédiaires culturels, «entrepreneurs culturels» ou «courtiers en culture», ces groupes ont su concilier collaboration et résistance pour ménager leurs intérêts, en se faisant admettre comme porte-parole de leurs compatriotes, mais aussi comme agents de l'État colonial, pour enfin recueillir les bénéfices de l'indépendance.

Fenêtre africaine sur le monde extérieur, les élites ne sont pas l'agent de l'acculturation, comme on l'a pensé pendant un certain temps. Tout en redynamisant les traditions, elles ont entrouvert pour l'Afrique, à travers le nationalisme, la possibilité d'un type de société ouverte, où les status sociaux sont acquis et non prescrits. Philibert Tsiranana, le premier président de la première République Malgache, aimait à rappeler ses origines paysannes.

L'une des raisons du succès du nationalisme africain n'est pas tant la promesse d'un retour au passé que l'utilisation de ce dernier pour introduire des éléments nouveaux. Pour ce faire, les élites ont réussi à mobiliser, dans le combat pour l'indépendance, des rois et des autorités traditionnelles, des femmes, des religions comme l'Islam, créant une dynamique interne des sociétés africaines pour faire face au défi de l'ouverture sur le monde contemporain imposée par la colonisation.

Dans un premier temps, les élites modernes vont valoriser leur modernité, leur occidentalisation, en prenant de la distance

par rapport aux cultures africaines, pour ensuite revenir vers elles en «les objectivant comme héritage ancestral susceptible d'être idéologisé, c'est-à-dire utilisé et reformulé pour des buts spécifiques».⁸ Ces élites modernes et «nationales» ont de la sorte sapé les fondements de la légitimité des élites traditionnelles qui sont des élites à statut dans leurs régions et villages, et les ont soumises à elles. De plus, le prestige des élites traditionnelles a été considérablement réduit du fait même de leur propre statut (ancien, rural donc peu instruit et souvent pauvre, régional, etc.) mais aussi parce qu'elles sont fractionnées dans le système ethnique, où elles sont significatives. Une des raisons importantes de leur affaiblissement fut de même la convenance entre la colonisation et les autorités dites traditionnelles, qui ont été intégrées dans le système administratif.

Cependant, au sein même des élites modernes, les différences de degré d'instruction, comme les différences économiques, sont génératrices de conflits dans la compétition pour le pouvoir, comme au moment où il apparaît de plus en plus évident que l'évolution politique mènera vers l'indépendance. Ces conflits finiront par s'institutionnaliser dans la violence et les guerres civiles s'imposeront comme mode d'accès au pouvoir.

Ainsi, s'il ne fait pas de doute que les élites furent les premières à bénéficier des indépendances, la nature et le succès de celles-ci dépendirent entièrement des alliances et des contradictions entre les différentes composantes des élites. Car malgré les diverses élections et autres consultations populaires sans précédents historiques, c'est-à-dire qui ne s'enracinaient pas dans une tradition démocratique ancienne, les indépendances ont été négociées principalement entre les élites africaines et les puissances colonisatrices. Et les

⁸ S. Randrianja cité par Françoise Raison-Jourde, «Two contrasting Malagasy representations of democracy: the period of legalist means of résistance based on colonial French laws (1925-1945) and The Myth of democracy at work in rural communities during precolonial times (1955-1972)», History Workshop, University of the Witwatersrand, 1994.

populations africaines ont été souvent exclues du processus en tant qu'acteurs, sauf dans les zones où il y eut des conflits armés, où la plupart du temps elles ont été -c'est le moins qu'on puisse dire- plutôt des victimes. Il ne faut cependant pas oublier que les indépendances sans l'aval des peuples n'ont souvent été que des indépendances factices, comme celles qu'ont connues les bantoustans d'Afrique du Sud, au moment de l'apartheid. Une fois l'indépendance acquise, d'idéologie mobilisatrice pour arracher le pouvoir aux colonisateurs, le nationalisme va se transformer en idéologie au service des États nouvellement indépendants.

*Nationalisme, idéologie d'État et pouvoir:
vers l'échec de l'État-nation?*

Lors du partage de l'Afrique, à la fin du xix siècle, et au moment des indépendances, les puissances coloniales firent peu cas de l'homogénéité culturelle des groupes humains pour former des territoires qui, à partir des années 60, allaient devenir des États-nations indépendants. Ainsi, exemple parmi tant d'autres, les peuples de langue kongo furent dispersés entre trois États, le Congo, le Zaïre et l'Angola, occupant des territoires ayant appartenu jadis à trois différentes métropoles coloniales, alors que ces peuples avaient constitué autrefois un royaume puissant dont l'existence avait été beaucoup plus durable que le fait colonial lui-même. Peu d'ensembles culturels homogènes échappèrent à ce démembrement.

À l'image du Nigeria, les pays africains indépendants rassemblent des groupes hétérogènes sur lesquels s'est surimposée une structure étatique. Et c'est sans doute dans ce contexte que le concept de nation considérée comme «communauté imaginée» est proprement opérationnel.⁹ Une telle communauté est imaginée car chaque individu la constituant éprouve une affinité, un sentiment d'appartenance à cette communauté, même s'il ne pourra jamais

⁹ Anderson, op. cit.

en connaître les autres membres. La plupart du temps, cette affinité est associée à des symboles qui font de cette nation quelque chose de visible, ne serait-ce que partiellement (vêtements, langue, etc.). Ces symboles sont la plupart du temps culturels. Le sentiment d'appartenance est bien souvent du domaine du pathos. Le nationalisme a bâti l'éthos, capable de procurer à l'individu un univers familier et sécurisant.

Le versant pratique et tangible de la nation est l'État que les élites vont contrôler. Ainsi n'est-il point étonnant de constater que ces États ont adopté, comme l'un des principes fondamentaux régissant leurs relations dans le cadre de l'OUA, le respect des frontières héritées de la colonisation. C'est donc principalement un contrôle sur les hommes et non un quelconque souci de restaurer une défunte entité précoloniale qui a motivé le nationalisme promu par les élites. C'est sans doute ainsi que furent étouffées les aspirations démocratiques contenues dans la plupart des mouvements nationalistes de masse d'après la Seconde Guerre Mondiale.

Les élites furent, par exemple, au nom du primordialisme africain, le principal promoteur de l'idée suivant laquelle, en Afrique, les classes sociales n'existent pas, pour défendre, au moment de l'indépendance, le système du parti unique.¹⁰ Peu à peu, l'indépendance elle-même révélera la vraie nature des nouvelles autorités: une classe dirigeante soucieuse de mobiliser les ressources en sa faveur et préoccupée de sa reproduction. Le discours nationaliste perdit sa fonction première pour se réajuster à sa nouvelle situation. D'anticolonialiste et prêchant l'unité nationale, il va devenir anti-impérialiste et fustigera les ennemis réels et imaginaires de la nation incarnée dans le pouvoir politique en place. Le nationalisme postindépendance est ainsi devenu une idéologie d'État légitimant le pouvoir d'un groupe.

¹⁰ Cf. Julius K. Nyerere, *Ujamaa: Essays on socialism*, Oxford University Press, DaresSalaam, 1968

Dans la forme qu'il avait pris, le nationalisme était à la base une mystification issue des illusions de ses idéologues: des illusions transformées en réalités qui, lorsqu'elles étaient examinées, se retransformaient en illusions... L'idée du nationalisme passa de l'icône de libération à la doctrine captive d'une nation africaine qui était devenu une coquille vide de tyrannie bureaucratique ou personnelle, de corruption et de défaite.¹¹

La faiblesse des économies des États nouvellement indépendants, le tarissement progressif des ressources ont accéléré la métamorphose de l'État en un appareil oppressif d'extraction de richesses et de protection du groupe dirigeant, qui s'est montré incapable de dissoudre les différences ethniques.¹² Bien plus, les compétitions politiques au sein des élites se sont transformées en conflits violents qui se traduisirent souvent par des coups d'État. Jusqu'au début des années 90, à quelques exceptions près, les alternances au pouvoir, lorsqu'il y en eut, ont presque toujours été marquées par la violence, teintée de conflits ethniques. Ces conflits ont joué un rôle certain dans l'actuelle déroute économique de la grande majorité des États qui composent le continent.

L'échec de la plupart des États-nations postcoloniaux africains n'est plus à démontrer, malgré les variations régionales plus ou moins importantes et des cas particuliers, comme celui de l'Afrique du Sud. Mais l'échec de l'État-nation, qui est aussi celui du nationalisme des élites, manifeste surtout par la paralysie et la déliquescence des États africains, signifie-t-il pour autant l'effacement, même progressif, de la nation, donc la remise en cause de leurs territoires? Peut-on affirmer alors qu'il y a un déclin de la nationalité et de la nation en Afrique? Peut-on dire que le sentiment d'appartenir à une

¹¹ Basil Davidson, «The challenge of comparative analysis: anti-imperialist nationalism in Europe and Africa», contribution au colloque *La crise des États en Europe de l'Est et en Afrique*, Bellagio, Italie, 1990, p. 13.

¹² Mais la corruption n'est pas l'apanage des seuls civils. En trente ans, les budgets des armées ont été multipliés par quarante en Afrique tropicale (Afrique du Sud et Rhodésie exclues). C. Coquery-Vidrovitch, «30 années perdues ou étapes d'une longue évolution?», *Afrique contemporaine*, no. spécial, 4e trimestre (1992), p. 6.

communauté, même imaginée, est en train de s'estomper au profit d'autres identités et d'autres allégeances?

Il est indéniable que la prise de conscience de la nationalité a été, en Afrique, beaucoup plus rapide qu'ailleurs dans le monde, surtout dans les villes, lieux de brassage ethnique important, lieux du pouvoir. Dans moins d'une génération, la moitié de la population africaine sera citadine. «[L']on est désormais Sénégalais, Kenyan ou Ivoirien et même Gabonais avant d'être Sérère, Ouolof, Kikuyu, Bété ou Fang».¹³ La réticence de nombreux pays multiethniques à adopter une constitution fédéraliste à la suite des dernières vagues de libéralisation politique est, à ce sujet, exemplaire à plus d'un titre. Le refus quasi général d'une constitution fédéraliste consacrant l'ethnisation de l'État, comme les luttes pour la réincorporation des bantoustans dans la nouvelle Afrique du Sud, sont à mettre en parallèle avec la déroute des partisans du président de la Ire République Malgache, D. Ratsiraka, qui, aux abois, avait encouragé un mouvement sécessionniste sous le label fédéraliste.

En fait le contenu de la communauté imaginée, la nation, est le problème que posent l'urbanisation, le boom démographique et leurs conséquences au niveau économique et politique, et que les régimes nationalistes postcoloniaux n'ont pas réussi à résoudre. À intervalles réguliers, ce problème laisse peser des menaces sur l'intégrité des États-nations, beaucoup plus que les déplacements de populations ou les luttes interethniques. Et un tel problème ne peut pas être résolu uniquement par une réorganisation de la forme de l'État.

En effet, en 1994, en Afrique du Sud, par exemple, les flux de migrants clandestins venant de pays comme le Mozambique ont été dénoncés dans des termes chauvins -comme ce qu'on a pu entendre dans les pays comme la France et ce par des autorités officielles. En règle générale, les mouvements

¹³ Coquery-Vidrovitch, *ibid.*

migratoires attirés surtout par les grands centres industriels et miniers, en particulier en Afrique du Sud, et pendant un temps par les plantations, ont causé d'importants déplacements de populations sans pour autant menacer l'intégrité des nations. Cependant, il n'en est pas moins vrai que la partition des groupes ethniques dans les États contemporains différents est un facteur qui exacerbe le problème des réfugiés politiques et économiques, facteur de déstabilisation de nations. Mais aucune confédération ethnique transatlantique n'a, pour le moment, connu un début de formation. Les déplacements de population en augmentation sont dus pour une grande part à l'instabilité des pays d'origine. Mais malgré l'importance du phénomène des réfugiés, les pays hôtes, avec l'aide des organisations internationales, tendent à éviter l'intégration des réfugiés, pour la plupart des paysans pauvres, illettrés et sans qualification. Ceux-ci sont cantonnés dans des camps provisoires strictement gardés. Certains États ont même utilisé les réfugiés comme instrument de leur politique étrangère, comme l'Afrique du Sud l'a fait à propos des réfugiés mozambicains, à l'époque de l'apartheid.

En règle générale, les réfugiés sans qualification sont impitoyablement pourchassés. Tel n'est pas le cas des réfugiés ayant certaines spécialités professionnelles. La fuite des cerveaux Sud-Sud bénéficie à l'Afrique du Sud où, dans l'ancien bantoustan du Transkei, 20% des médecins sont des Ougandais.¹⁴ Toutes ces politiques vont dans le sens du renforcement des nations existantes, souvent au profit d'États-nations puissants.

Par contre, les deux dernières décennies ont vu s'accroître l'internationalisation de l'économie qui a, entre autres, favorisé de formidables déplacements de population et une plus grande fluidité des informations, grâce aux nouvelles techniques de communication. Et l'on peut sérieusement se

¹⁴ Hussein Salomon, «Migration in Southern Africa: a comparative perspective», *Africa Insight*, vol. 24 (1994), pp. 60-71.

demander si, à long terme, un tel processus peut déboucher sur la disparition de l'État-nation en Afrique, même si en Europe le phénomène en cours ne semble pas aussi évident.

Un autre élément évoqué pour prédire la disparition des nations africaines, dans un avenir plus ou moins proche, est leur implosion, conséquence de tensions internes, ethniques notamment. Les revendications ethniques ne sont la plupart du temps qu'une panoplie de la compétition pour le pouvoir au niveau des élites et, par le bas, une forme de résistance à un État prédateur et englobant. Dans cette perspective, l'irrédentisme ethnique est plus l'expression de la crise de la citoyenneté que de celle de la nation.¹⁵ Bien rares sont, encore une fois, les exemples, à l'instar de la Yougoslavie ou des républiques de l'ex-URSS, d'États-nations africaines qui se sont démembrés sur des bases ethniques. La préservation des frontières héritées de la colonisation a été une constante dans la politique des États.¹⁶

Le projet de société reste cependant le site des conflits et l'ethnicité sous sa forme politisée n'est qu'un moyen parmi d'autres, utilisé par les entrepreneurs politiques. Mais sans aller jusqu'à parler d'un «théâtre d'ombres» à propos de l'ethnicité,¹⁷ il convient de la considérer non seulement comme un outil politique dans la compétition entre élites pour le contrôle du pouvoir, mais aussi comme une forme d'expression de sociétés, pour la plupart paysannes, qui ont été parcellisées dans ce cadre par les entrepreneurs culturels. Cette forme d'expression entre en compétition avec d'autres dans les sociétés africaines en devenir. En effet, pratiquement en

¹⁵ René Lemarchand, «Political clientelism and ethnicity in tropical Africa: competing solidarities in nation building», *American Political Science Review*, LXVI, i (1972), pp. 68-90.

¹⁶ En ce qui concerne l'Erythrée, il s'agit moins d'un démembrement de l'Éthiopie que du retour à l'indépendance d'une région annexée par la patrie des Salomonides en 1962.

¹⁷ Jean-François Bayart, *L'État en Afrique: la politique du ventre*, Fayard, Paris, 1989, p. 65.

l'espace d'un demi-siècle, les structures des sociétés africaines, ne permettant qu'une faible différenciation, sont devenues un complexe à plusieurs composantes hiérarchisées, traversé par de nombreux clivages, dont les classes sociales.¹⁸ C'est un processus qui va dans le sens de la consolidation par la base des nations, dont chacune aura sa façon de faire face à l'État autocratique hérité des périodes précédentes (précoloniale, coloniale et postcoloniale).

Aussi, à l'orée du XXI siècle, des cultures politiques et syndicales nationales différentes ont émergé, côtoyant d'autres formes originales d'association revendiquant démocratie et émancipation. Les différentes manières d'aborder les transitions démocratiques illustrent ces propos. Ici, le mouvement s'est heurté à une forte personnalisation du pouvoir, comme au Zaïre; là, la transition s'est effectuée en douceur comme en Zambie.

Crise de la citoyenneté et non crise des nations, crise de l'État et non apathie des sociétés qui se débattent pour survivre, faisant preuve d'une inventivité qui alimente, depuis la fin des années 80, la littérature universitaire. Dans la revanche des sociétés contre l'État, les citoyens en arriveront-ils à remettre en cause la nation? C'est sans doute dans ce cadre qu'il faut penser le problème de l'ethnicité.

Ethnicité: le danseur et son ombre

Pendant la période coloniale, le discours nationaliste a mis l'accent sur l'unité nationale même si, dans la pratique quotidienne des organisations et des entrepreneurs politiques, il a été fait plus que des concessions à l'ethnicité. Mais la politique n'est-elle pas l'art de l'opportunité? Dans l'ensemble, le nationalisme (anti)colonial a prétendu transcender les différences ethniques. Les nationalistes eux-mêmes se présentèrent comme les instruments d'un changement

¹⁸ Bill Freund, *The African Worker*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

dynamique qui rejette l'ethnicité comme étant le côté rétrograde des couples antagonistes nationalisme/progrès contre tribalisme/archaïsme. Cette sorte de darwinisme social dans la pensée et le discours nationalistes de l'époque des luttes anticolonialistes présentait l'ethnicité et les ethnies comme des anachronismes qui devaient disparaître avec le progrès. Mais durant les premières décennies de la liberté, les différents conflits politiques au sein des nations nouvellement indépendantes révélèrent que les composantes des élites, entrées en compétition pour le pouvoir, n'hésitaient pas à recourir à l'ethnicité. Sans arriver à cerner ce phénomène complexe, le néologisme «tribalisme» devint d'un usage courant, à partir des années 60, pour désigner ces conflits. Ceux-ci mobilisèrent surtout des factions partisans plutôt que des nations, ainsi qu'ont voulu les présenter les médias de l'époque.

Mais à côté de cette ethnicité génératrice de conflits existe une forme d'organisation sociale qui pourrait caractériser bien des communautés rurales africaines: des petites unités liées par la parenté ou par la géographie, ayant la conscience de leur existence.

Comme le danseur et son ombre, douée d'une vie autonome, deux sortes d'ethnicité vont ainsi coexister à travers l'histoire, dans un rapport de concurrence mais aussi de soutien mutuel: celle qui sert à catégoriser les groupes dans la perspective du *divide ut imperes* et celle de la domestication de cette politique et de ce cadre par les masses rurales qui constituent la majeure partie de la population de l'Afrique. À ces deux sortes d'ethnicité correspondent, dans la réalité contemporaine, deux sortes d'ethnies: les grandes catégories se référant la plupart du temps à des constructions étatiques précoloniales et/ou coloniales, et les ensembles plus restreints à l'échelle d'une communauté qui vit son identité plutôt en termes de parenté et dans des liens de réciprocité. Entre ces deux, petits ensembles restreints et grands groupes, existe une foule de variantes déposées en couches successives par l'histoire, dans lesquelles individus, groupes, entrepreneurs

politiques, puisent à n'en plus finir. Aussi, si l'on ne s'en tient qu'aux relations conflictuelles, trois sites de conflits existent du fait de l'ethnicité: les conflits au sein des ethnies dont on parle peu, les conflits entre les ethnies qui attirent l'attention, et les conflits des ethnies contre les ensembles englobants, comme l'État. Mais une question théorique d'importance, dont la réponse permettra d'enrichir les actuels débats sur l'ethnicité, constitue un préalable incontournable: l'historicité de l'ethnie.

Historicité de l'ethnie

Si l'ethnicité peut être définie comme le processus de formation d'une identité de groupe expliquée et vécue sur le mode de la parenté, il faut admettre qu'un tel procédé est profondément enraciné dans l'histoire et est plus universel qu'on ne se l'imagine.¹⁹ En d'autres termes, l'ethnicité est une partie importante du mécanisme du pouvoir politique. La politique du *divide ut imperes*, dont le corollaire est l'assignation des groupes ethniques, est un des modes de gouvernement privilégiés des despotismes orientaux et africains.²⁰ Il faut, pour saisir ce phénomène, nous placer dans la perspective de la longue durée, celle des structures «que le temps use mal et véhicule très longuement».²¹

La plupart des études sur l'ethnicité insistent sur le caractère artificiel de l'ethnie, qui serait une catégorie créée par

¹⁹ Selon Anthony Smith par exemple, «alors que l'identité nationale est généralement un phénomène moderne, des communautés et identités ethniques prémodernes existent fréquemment, et l'on observe des processus de formation et de représentation nationales à toute époque». A. Smith, «The problem of national identity ancient, médiéval and modern?» in *Ethnie and Racial Studies*, vol. 17, no. 3 (juillet 1994), pp. 375-399.

²⁰ J.-Lamselle, «La corruption et le clientélisme au Mali et en Europe de l'Est: quelques points de comparaison», *Cahiers d'Études Africaines*, 128, xxxn, 4 (1992), p. 640.

²¹ Fernand Braudel, «Histoire et sciences sociales. La longue durée», *Annales*, no. 4(1958), pp. 725-753.

la colonisation ou face à l'agression européenne.²² Mais une telle optique fait des catégorisés des pions passifs qui subissent l'histoire.²³

La perspective de l'historien, ainsi que le comparatisme, permettent de considérer l'ethnicité comme un processus de négociation d'une identité, aussi bien au sein d'un groupe qu'entre les groupes eux-mêmes, au sein d'un ensemble plus vaste qui transcende, mais aussi entretient les différences d'ordre ethnique. Ce qui multiplie d'autant les possibles identités qu'un individu peut adopter selon les circonstances. En effet, sans verser dans la fantasmagorie sur l'éternelle Afrique, ce qui est décrit par les auteurs qui combattent à juste titre le *divide ut imperes*, s'appuie sur une pratique aussi ancienne que le pouvoir. L'Afrique n'est pas primordialement communaliste, face à un Occident résolument individualiste. L'hiatus entre l'Europe et l'Afrique a sans doute été causé par les révolutions industrielles et les révolutions sociales des XVIII et XIX siècles qui ont atomisé les individus au sein des sociétés occidentales. En effet, nombreux sont les points de convergence entre l'Europe d'avant les nations et l'Afrique.²⁴

Dans tous les cas, ce serait prêter aux colonisateurs un génie qu'ils n'avaient pas que de leur accorder l'exclusive paternité du péché tribaliste, puisque c'est une pratique courante dans le domaine du politique et l'on peut remonter dans le temps aussi loin que les grands États et empires précoloniaux. Les colonisateurs ne feront que réorganiser en leur faveur le protocole des liens entre groupes.

Le premier pas pour comprendre le processus identitaire défini comme étant l'ethnicité est de nous interroger sur le contenu du groupe ethnique, qui en est le support. Le consensus est loin d'être atteint dans ce domaine. Cependant,

²² Leroy Vail (dir.), *The Création of Tribalism in Southern Africa*, J. Currey, London, UCP, Berkeley, Los Angeles, 1989.

²³ Gerhard Mare, *Brothers Born of Warrior Blood: Politics and Ethnicity in South Africa*, Ravan Press, Johannesburg, 1992, p. 6.

²⁴ Voir par exemple Eugen Weber, *La fin des terroirs: la modernisation de la France rurale, 1870-1914*, Fayard, Paris, 1983.

la cristallisation des liens de parenté est souvent vue comme se trouvant à l'origine des groupes ethniques, à la suite de l'insécurité engendrée par les grands ensembles englobants, tel les États négriers des XVII et XVIII siècles, ou encore l'État colonial et les États prédateurs de l'indépendance.²⁵ Dans ce cas, les membres d'un groupe sont des acteurs conscientes et agissant. Dans la région des Hautes Terres centrales de Madagascar, pendant la période de la stabilisation de la monarchie (XVI-XVIII siècles),

le repliement des foko²⁶ sur eux-mêmes, leur isolement géographique, leur endogamie extrêmement marquée sinon absolue... semblent une réaction typiquement paysanne à l'insécurité: menacés de toutes parts, souvent rassemblés en un lieu beaucoup plus par les hasards de la guerre que par une communauté d'ancêtres, les agriculteurs ont dû spontanément chercher à multiplier entre eux les liens de parenté... La constitution de groupes clos, unis par une extrême complexité de réseaux d'alliance, capable d'agglomérer les étrangers réfugiés, était une protection contre l'extérieur, mais aussi une garantie contre le seigneur, protecteur théorique: quelles têtes frapper dans un groupe où l'autorité est totalement diluée?²⁷

Mais pour que de tels groupes soient fonctionnels, leur taille doit coïncider avec la capacité de leurs membres à les contrôler. Il s'agit donc de groupes restreints.

L'ethnicité est, dans un tel contexte, un acte social créatif qui conditionne l'organisation politique d'un groupe, sa langue, sa culture, etc. en conscience d'une identité commune. À un certain stade, cette conscience finit par atteindre un degré d'autoreproduction au niveau d'un groupe, ce qui signifie pour

²⁵ P. Ekeh, cité par Crawford Young, "Evolving modes of consciousness", p. 80.

²⁶ Le consensus sur le vocable est loin d'être atteint. M. Bloch propose dans le cas de Madagascar d'utiliser le terme "dème", tiré du monde grec ancien, ce qui a l'avantage d'universaliser ce genre de pratique. Maurice Bloch, *Placing the Dead: tombs, ancestral villages and kinship organisation in Madagascar*, Seminar Press, Londres, 1971.

²⁷ Jean-Pierre Raison, *Les Hautes Terres de Madagascar*, 2 tomes, Orstom/Karthala, Paris, 1984, tome I, p. 99.

l'individu interpellé un certain nombre de contingences, car, pour lui, l'ethnie devient «une palette d'inclusion et d'exclusion».²⁸ L'ensemble ainsi construit est avant tout plus social et culturel que politique, à moins de considérer «politique» dans son acception la plus large.

À ces ensembles restreints fait écho l'ethnie d'une taille beaucoup plus importante et qui peut être considérée comme une unité politique. Elle se cristallise autour d'un pôle de dirigeants ou d'entrepreneurs politiques. Ses contours sont la plupart du temps flous. Le terme zoulou, par exemple, ne désignait que la famille royale, dans l'ensemble nguni, juste avant l'avènement de Shaka (1816-1828) au pouvoir, dans la région du Natal. Les études aussi bien sur le Zoulous que sur les autres groupes de même nature révèlent bien souvent un processus d'unification, ce qui présuppose des groupes disparates au départ. Ces groupes ne sont unis que sous la pression d'un pouvoir englobant dont le rôle est ambigu, puisqu'il unifie tout en entretenant les facteurs de division. Ce sont là les conditions de sa pérennité. Les pièces sont solidaires les unes des autres et s'auto définissent dans leur opposition, dans leur complémentarité comme dans des situations de concurrence, les deux limites des attitudes au sein d'un ensemble englobant étant constituées par l'assimilation et le génocide. Par la suite, l'ethnie, considérée au départ comme une unité politique, sous la houlette des entrepreneurs culturels, va perdurer à travers une conscience collective. L'empire de Shaka a disparu, mais l'ethnie zoulou va survivre, se parant de nouveaux attributs. «La plupart des identités historiques ont été ramenées de nombreuses fois afin de servir de base aux nationalités contemporaines», note Turner.²⁹

Cette historicité de l'ethnicité permet de la concevoir comme une opération impliquant à la fois dominants et dominés, puisque

²⁸ L'expression est de J. Wright.

²⁹ Thomas E. Turner, «Memory, myth and ethnicity: a review of récent literature and some cases from Zaïre», *History in Africa*, 19 (1992), p. 389.

que concurrents, mais aussi antagonistes selon les circonstances. Processus qui implique négociations perpétuelles et remises en question, d'où l'aspect indéfini et fluide de l'ethnie dont l'ethnonyme est souvent l'élément le plus tangible.

L'ethnie, donc, à tous les stades, n'est pas cette unité définie territorialement, culturellement et fixe, telle que les monographies ethnologiques coloniales et celles qui se situent dans cette lignée ont tenté de nous faire croire.

Les relations entre dominants et dominés au sein d'une ethnie se localisent au tout du contrôle du processus identitaire qui devient ainsi un site de conflits et/ou de négociations.³⁰ Le contrôle de la production historique est ainsi d'une importance stratégique, car il permet de bloquer le processus identitaire à une certaine période. La métaphore de la parenté joue un rôle très importante dans l'occultation des faits historiques et permet de lier l'identité présente à un passé mythifié. Si le *fihavanana* malgache (la sociabilité vécue sur le mode de la parenté présenté comme idéalement harmonieux et exempt de conflits) n'est pas aussi systématiquement défini que l'*ubunthubotho* des Zoulous,³¹ selon l'Inkatha (qui a eu l'avantage de gouverner le bantoustan de Kwazulu et qui a réussi à intégrer cette matière dans le programme des écoles gouvernementales), les deux ne sont pas moins l'expression, à travers les structures étatiques et administratives, de la toute-puissance de courtiers en culture à la recherche d'un terrain de consensus avec les dominés. Mais le *fihavanana*, comme son alter ego zoulou, ramène toujours à la légitimation d'un statu quo des liens sociaux présentés comme naturels et primordiaux. De ce statu quo, les élites sont en dernière analyse les bénéficiaires, et leur but n'a pas été et n'est pas de construire une société juste mais une nation qu'elles contrôlent. En effet, derrière les élites se profile l'État qui, dans la plupart des pays d'Afrique, est

³⁰ J. Willis, «The making of a tribe: Bondi identifies and histories», *Journal of African History*, 33 (1992), pp. 191-208.

³¹ Praisley Mdluli, «Ubuntu-Botho, Inkatha's people's education», *Transformation*, 5 (1987), pp. 60-77.

essentiellement un lieu d'accumulation et un moyen de prédation.

L'ethno nationalisme, un instrument aux mains des entrepreneurs culturels et de l'État

En elle-même, l'idée selon laquelle l'ethnicité est utilisée par les élites, en particulier dans la situation contemporaine, dans la compétition politique et sociale, est difficilement contestable. Ces dernières suscitent l'émergence de l'ethno nationalisme pour rameuter des partisans.³² L'ethnicité ainsi politisée apparaît quand le nationalisme étend le rayon d'action de la communauté ethnique de la sphère purement culturelle et sociale à celle de l'économie et du politique.³³ La transformation progressive de l'Inkatha, à l'origine une association culturelle, en une organisation politique au service de l'apartheid, est à cet égard exemplaire.³⁴

En se politisant, l'ethnicité passe du secteur principalement privé au domaine public. Les unités restreintes tangibles s'effacent au profit d'ensembles plus grands. Et comme «les principes de prédation-redistribution à l'œuvre dans les formations politiques anciennes ou modernes sont... fréquemment à l'origine d'une ethnicisations des populations»,³⁵ des régimes totalitaires comme l'Afrique du Sud du temps de l'apartheid et l'Union Soviétique d'avant Gorbatchev, pourtant idéologiquement opposés en apparence, en étaient arrivés à développer des conceptions identiques au sujet de l'ethnos devenu «un concept scientifique fondamental s'appliquant à divers groupes dotés de caractéristiques

³² Nicolas Cope, «The Zulu petit bourgeoisie and Zulu nationalism in the 1920's: Origins of Inkatha», *Journal of Southern African Studies*, vol. 16 (1990), pp. 432-451.

³³ Anthony D. Smith, *The Ethnic Revival in the Modern World*, Cambridge University Press, Londres, 1981, p. 19.

³⁴ Heribert M. Adam & K. Moodley, «Political violence, "tribalism" and Inkatha», *Journal of Modern African Studies*, 30, 3 (1992), pp. 485-510.

³⁵ Jean-Loup Amselle, «La corruption et le clientélisme au Mali», p. 640.

ethniques». ³⁶ Les maîtres d'œuvre de ce passage de l'ethnicité de la sphère privée au domaine public sont les spécialistes de «l'éthnos... des faiseurs de mythes au service des machines de leurs États (et partis) respectifs». ³⁷ Il s'agit des courtiers en culture ou des entrepreneurs culturels, intellectuels recyclés dans la politique.

Le processus historique suit suivent le même moule. Dans le cas des Zoulous, par exemple -mais qui peut s'appliquer de manière identique à l'ensemble de l'Afrique, malgré des variantes-même si le royaume a atteint un haut degré d'unification politique, entre 1860 et 1870, à cause des menaces venant de l'extérieur, les loyautés locales et régionales étaient encore importantes. Le terme zoulou désignait uniquement les membres de la famille royale. Ce n'est qu'à la fin du XIX siècle que les *Amakholwa*, des chrétiens occidentalises dont la promotion sociale était limitée par le système colonial, commencèrent à développer avec le nationalisme ce qu'il convient d'appeler le «zoulouisme» (zuluness). Reprenant à leur compte la territorialisation des Zoulous imposée par les colonisateurs, ils vont réussir à faire qualifier de zoulous les habitants du Natal/Zululand en vertu du fait que leurs ancêtres ont été dominés par le royaume zoulou. ³⁸ L'ethno nationalisme se développe ainsi dans le giron du nationalisme.

De nos jours, les universités africaines abritent nombre de ces apprentis sorciers dont le rôle occulte n'est dévoilé que lors de drames comme celui du Rwanda. On ne compte pas le nombre de thèses dédiées aux dictateurs pour lesquels ils travaillent. Ces intermédiaires culturels utilisent leur capacité à objectiver plusieurs cultures pour autonomiser l'héritage ancestral. Ce dernier devaient ainsi susceptible d'être idéologisé, c'est-à-dire utilisé et reformulé en vue de leurs

³⁶ Pierre Skalnik, «Union Soviétique-Afrique du Sud: les "théories de l'ethos"», Cahier d'études africaines, XXVII (2), 110 (1988), p. 161.

³⁷ Idem, p. 172.

³⁸ Carolyn Hamilton & John Wright, «The beginning of Zulu identity», Indicator SA 10/3 (1993), p. 45.

propres intérêts. En d'autres termes, se légitimant comme porte-parole de la nation ou/et du groupe ethnique, selon les circonstances, mais dans tous les cas, toujours auto promus, ils lieront savoir et pouvoir dans un contexte où l'économie coloniale, sauf dans des cas rares, n'a laissé que l'État comme principale source de richesses et de promotion sociale.

L'intellectuel [africain] veut s'intégrer dans les réseaux administratifs, entrer dans les circuits où se stockent et se redistribuent les biens rares, les honneurs et les plaisirs. Ce sont précisément les lieux où se célèbrent l'idée et le sentiment national, où se joue la représentation étatique. Le seul objet de son discours est la nation, sous toutes ses formes.³⁹

Une fois arrivées au pouvoir, les élites, au lieu de transformer l'État colonial selon les aspirations démocratiques d'une fraction relativement importante du mouvement nationaliste, le pérennisèrent. Ces intellectuels, qui prirent la suite des ethnographes-administrateurs coloniaux, furent, par exemple, les promoteurs de l'idée du parti unique ainsi que celle de l'économie planifiée, pour mettre à leur service l'État prédateur. Lorsque les déceptions se formulèrent en une opposition, l'État postcoloniale se raidit et se transforma en une machine répressive, source d'arbitraire aussi critiquable, sinon plus, que celui de la période coloniale. Une double conséquence résultera de cette situation. Non seulement les sociétés rurales vont se replier sur les solidarités verticales, mais l'État lui-même deviendra un enjeu que se disputent des solidarités verticales apparaissant sous l'aspect de la parenté, du clientélisme, ou plus largement ethnique.

Aussi, plus que des guerres ethniques proprement dites, les conflits qui marquent l'Afrique contemporaine sont plutôt des conflits entre des solidarités verticales dont les populations sont souvent les victimes plutôt que les acteurs conscients. Dans le cas du Rwanda, les violences ont été à l'origine l'affaire de différentes milices commanditées par des lobbies plutôt qu'un

³⁹ Fabien Eboussi Boulaga, «L'intellectuel exotique», *Politique africaine*, 51 (1993), p. 31.

conflit ouvertement ethnique mettant face à face de façon absolue et systématique deux «nations». De même, en Afrique du Sud, lors des flambées de violence dans le Natal, en août 1985, les agressions à rencontre des Indiens des membres de l'United Démocratie Front et des Mpondo ont été le fait de «vigilantes» amenés des zones rurales du Natal et associés largement au chef Gatsha Buthelezi,⁴⁰ allié des partisans de l'apartheid, mais aussi membre de l'intelligentsia locale. Les nouvelles flambées de violence vécues par le Natal à la fin des années 80 rentrent dans la même perspective de ces entrepreneurs politiques qui tentèrent de s'insérer dans la course au pouvoir laissé vacant par les mesures entreprises par F. W. De Klerk. On peut mettre ce phénomène en parallèle avec le «warlordisme» en Somalie⁴¹ ou le recrutement de jeunes ruraux illettrés des alentours de la ville de Tamatave pour briser le mouvement en faveur de la démocratie, qui était en train de remettre en cause les structures de l'État socialiste.⁴²

C'est cependant se voiler la face que de considérer l'ethnicité exclusivement sous l'angle instrumentaliste, c'est-à-dire comme quelque chose d'imposé d'en haut. Il convient donc de s'interroger sur l'efficacité de l'ethnicité politisée, c'est-à-dire sur les échos que rencontre l'interpellation de la population par les entrepreneurs politiques et, plus généralement, par les élites.

La parenté de l'ethnicité politisée avec les solidarités basées sur les relations de parenté mises en œuvre par les communautés rurales est un des ressorts de son efficacité. L'instabilité psychologique provoquée par une occidentalisation trop rapide, qui menace les structures familiales anciennes, par exemple, provoque un phénomène de «retribalisation» très sensible parmi les travailleurs migrants. Ceux-ci deviennent

⁴⁰ Shula Marks, «Patriotism, patriarchy and purity: Natal and the politics of Zulu ethnic consciousness», in Vail, *The Creation of Tribalism*, p. 215.

⁴¹ Hussein M. Adam, «Somalia: militarism, warlordism or democracy?», *Review of African Political Economy*, 54 (1992), pp. 11-26.

⁴² Anselme Fanomezantsoa, «Les régicide ambigu ou mouvement de 1991 vu de Tamatave», *Politique africaine*, 52 (1993), pp. 40-49.

particulièrement perméables aux sollicitations des politiques. Hors du Kwazulu, la mobilisation ethnique opérée par l'Inkatha lors des élections de 1994, a surtout été efficace dans la région située autour de Johannesburg, où il existe une communauté importante de travailleurs migrants originaires du Natal Kwazulu.

Cette retribalisation prend l'aspect d'un retour aux sources d'une façon très conservatrice, au détriment de groupes comme les femmes et les jeunes. Une sélection dans le registre des symboles de reconnaissance du groupe est effectuée pour bâtir une cohésion qui permet la mobilisation. Un ensemble de valeurs réinventé comme traditionnel en résulte.⁴³ Dans tous les cas, l'intention des intellectuels et politiciens cyniques est de solliciter la puissante charge émotionnelle corollaire des loyautés ethniques. Ainsi, dans la région du Rand, dans les foyers pour hommes seuls («single men's hostels»):

Il n'est pas étonnant que les immigrants, au bas de l'échelle sociale, aient trouvé une consolation à leur dépossession matérielle et symbolique dans leur identification à une fierté zoulou mythique et à un esprit combatif... On fait état de mutilations dans beaucoup de conflits communaux. Les gens ne sont pas simplement tués, par exemple, en Yougoslavie ou en Azerbaïdjan, mais, ils sont également atrocement mutilés. Cette pratique horrible indique peut-être les sentiments profondément ancrés d'émasculatation.⁴⁴

Beaucoup plus prosaïquement, des éléments plus matériels, comme les avantages ou la maîtrise de la violence, peuvent être à l'origine de l'efficacité de la mobilisation ethnique.

Corollaire du principe de prédation et de redistribution, l'ethnicité politisée transforme un groupe en une sorte de coalition capable autant de prédation que de redistribution des gains pour se reproduire:

⁴³ E. Hobsbawm & T. O. Ranger, *777e Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

⁴⁴ Adam & Moodley, "Political violence", p. 507,

en bref, les groupes ethniques sont une sorte de coalition gagnante avec suffisamment de marge pour garantir les bénéfiques dans la lutte pour le partage du butin, mais elle est également suffisamment restructurée pour maximaliser le rendement de ces bénéfiques par tête d'habitant.⁴⁵

Le réseau clientéliste ou la solidarité verticale part d'un noyau central: le parrain, ou toute autre personnalité ou groupe de personnalités.

Dans l'ordre des privilégiés et des distributeurs de privilèges vient ensuite la famille, suivie par les dépendants du groupe ethnique. À ses dépendants, le noyau central doit services et dons de diverses natures, en échange d'un soutien politique. Dans la vie de tous les jours, les relations clientélistes, dont le corollaire est la corruption, constituent la trame des identités ethniques vécues. Et cette petite corruption associée aux solidarités verticales constitue, sans doute, la particularité de l'Afrique; la grande corruption, celle des sommets de l'État, étant aussi répandue en Afrique qu'en Occident.

Cumulées, ces relations clientélistes concurrencent et se heurtent à la formation d'autres types de solidarité, comme la solidarité de classe ou l'assimilation réciproque.⁴⁶ Une telle situation bénéficie à l'État et à ses protégés, qui y trouvent là un moyen efficace et économique de gérer les conflits sociaux. Mais ces solidarités verticales permettent aussi d'adoucir les inégalités. Une des raisons de la pérennité des bantoustans sud-africains, outre le contrôle policier, fut le fait que les administrations locales, sous la forme des autorités ethniques, y gèrent les prébendes comme les pensions, l'attribution des terres, etc.

⁴⁵ Robert H. Bates, «Modernization, ethnics competition and the rationality of politics in contemporary Africa», in D. Rothchild & V. A. Olorunsola (eds.), *State versus ethnics: African policy dilemmas*, Westview Press, Boulder, 1983, pp. 164-165.

⁴⁶ Bayart, *L'État en Afrique*, pp. 193-226.

L'ethnicité par le bas

La prise en considération de l'historicité de l'ethnicité permet de comprendre qu'une multiplicité d'identités ethniques est à la disposition de l'individu, et ces identités ne sont pas toutes génératrices de violence.

La persistance des identités ethniques s'explique sans doute aussi par leur domestication par les «catégorisés», qui les subvertissent, en quelque sorte, mais à leur profit. Déjà, au XIX siècle, la persistance des loyautés locales et régionales face au pouvoir de Shaka peut être expliquée par le fait qu'elles soutinrent, concurrencèrent (c'est de l'une de ces loyautés qu'est venue la force qui l'éliminera), mais aussi, fort probablement, résistèrent à l'entreprise globalisante.⁴⁷ De telles pratiques politiques par le bas restent opérationnelles à l'époque contemporaine.

Dans tous les cas, le point de départ et la composante de base de ces solidarités verticales, dans lesquelles les masses rurales sont forcées de se définir, restent les ensembles liés par des relations de parenté. Ces familles élargies, ces unités de production -le vocabulaire en la matière est tout aussi abondant qu'imprécis et insatisfaisant- ont survécu jusqu'à l'époque contemporaine, du moins dans leur principe. «L'économie de l'affection»⁴⁸ tente de saisir et d'expliquer les liens de ces communautés avec les ensembles globalisants. Ce système, qui n'a rien à voir avec l'affection en soi, lie ensemble plusieurs unités économiques et sociales qui autrement existeraient de façon autonome.⁴⁹ Sa fonction est de pourvoir aux besoins essentiels permettant la survie et d'assurer la reproduction de la société et enfin (dans la perspective optimiste de Hyden) d'assurer le développement.

⁴⁷ Hamilton & Wright, «The beginning of Zulu identity», p. 45.

⁴⁸ Goran Hyden, *Beyond Ujamaa in Tanzania: underdevelopment and an uncaptured peasantry*, University of California Press, Berkeley, 1980.

⁴⁹ Goran Hyden, *No shortcut to progress: African development management in perspective*, Heinemann, Londres, 1983, p. 8.

Si l'économie de l'affection contribue effectivement au renforcement et à la revitalisation des solidarités verticales, deux points méritent d'être nuancés.

D'abord, sur le plan économique, il est évident que l'économie de marché a pénétré et domine les sociétés rurales africaines, qui ne sont pas des ensembles égalitaires, autonomes et isolés du monde. Dans sa description de l'insaisissable (uncaptured) paysannerie de la Tanzanie (description dont il généralisera les conclusions à l'ensemble de l'Afrique), Hyden présente les citoyens tanzaniens comme sensibles aux besoins et à la promotion de leur réseau centré autour de leur village d'origine, ce qui courtcircuiterait toute possibilité de solidarité de classes par le haut comme par le bas. En d'autres termes, les villages commanderaient aux villes, pourtant siège du pouvoir et des richesses. Nombreux sont les exemples qui pourraient illustrer ce genre d'affirmation. Yamaussoukro en est un parmi le plus spectaculaires. Mais pour un Yamaussoukro, combien de villages et de régions, dont sont originaires des ministres, des présidents, des chefs d'entreprises, croupissent dans la misère? La région dont est supposé venir l'ancien président Ratsiraka, qui est resté au pouvoir pendant plus de quinze ans, est la plus arriérée de Madagascar, en termes d'infrastructure de communication, d'éducation et de couverture sanitaire, pour ne citer que ces caractéristiques. Pourtant, elle a continué à voter pour lui, se plaçant à contre-courant de ce qui se passait sur le plan national, signifiant de la sorte une allégeance.

Corollaire de ce premier point, le caractère en devenir des sociétés africaines risque de ne pas être pris en considération par le système de l'économie de l'affection. Les sociétés africaines partirent certes d'un état indifférencié de ses membres, mais pour arriver, à la veille du XXI siècle, à un ensemble sophistiqué dont les composantes sont fortement hiérarchisées. En témoigne le saisissant contraste, dans tous les pays africains, entre les villes-bunkers des membres de la nomenklatura et les cases des paysans dans les zones rurales enclavées, sans parler des villes surpeuplées. Les sociétés africaines sont traversées par des

solidarités qui ne sont pas seulement verticales. Et ces solidarités verticales, basées principalement sur des éléments comme la séniorité et la masculinité, sont elles-mêmes menacées par le rajeunissement de la population africaine, la massification de l'enseignement de base, le début de l'émancipation des femmes, l'émergence de paysans entrepreneurs, les migrations et les immigrations, etc. En Afrique du Sud, par exemple, où près de 50% de la population sont des citadins,

L'identité noire urbaine prédominante est née d'un mélange d'éléments traditionnels de coutumes rurales, de la sagesse de survie dans la rue, dans les quartiers urbains et les lieux de travail, et les aspirations consuméristes... Les habitants de zones rurales et les migrants sont considérés comme illettrés et rustres... Les gens ayant des racines rurales sont souvent dénigrés comme étant des ignorants, adorateurs des ancêtres, qui pratiquent le tribalisme et la sorcellerie.⁵⁰

Cependant, en dépit de ces réserves, l'économie de l'affection est à même d'expliquer les solidarités verticales au sein de ces composantes de base de plus grands ensembles. Tribus, clans, familles élargies, segments de lignage, l'incertitude du vocabulaire illustre une différence d'échelle. Pour définir ces groupes de base, j'adopterai ici la définition des groupes ethniques proposée par C. Ake qui, lui-même, s'inspire des études d'Emile Durkheim,⁵¹ à propos des «solidarités mécaniques». Pour Ake,⁵² le groupe ethnique «est un groupe fondé sur la lignée, une hiérarchie segmentaire avec des liens définis par des normes d'exclusion et d'inclusion qui sont objectives et subjectives. C'est une structure sociale commune de sociétés précapitalistes et préindustrielles».

Cependant, pour que ces solidarités mécaniques soient fonctionnelles, les groupes ethniques doivent être de taille restreinte.

⁵⁰ Adam & Moodley, «Political violence», p. 503.

⁵¹ Emile Durkheim, *The Division of Labour in Society*, Free Press, New York, 1964.

⁵² Claude Ake, «What is the problem of ethnicity in Africa? », in *Transformation*, 22(1993), p. 2.

Ce sont donc de petits ensembles qui ont la conscience d'une existence et d'une destinée commune, à la différence des grands groupes comme le Betsimisaraka Antavaratra ou les Zoulous, qui se rapprochent, eux, du modèle des communautés imaginées qui sont la plupart du temps des artefacts des entrepreneurs politiques. Les Zanamanoro, petit groupe installé à cinq kilomètres à l'est de Tananarive, sont sans doute un cas extrême, mais néanmoins exemplaire, de ces petites unités décrites comme des «publics primordiaux». Groupe composé de 800 individus en 1967, les Zanamanoro ont été sans doute constitués à la suite d'une réaction de sociétés paysannes aux vicissitudes de l'histoire. Malgré la proximité de la capitale, le groupe a réussi à conserver un terroir très clairement défini, ainsi qu'à maintenir un haut degré d'endogamie.⁵³

Le groupe ethnique, dans cette perspective, est moins considéré dans ses liens plus ou moins conflictuels avec son environnement que comme un support culturel. Dans un tel cadre, il est tout à fait compréhensible qu'un individu puisse préférer sa communauté, sans pour autant se placer dans une perspective antagoniste vis-à-vis des autres communautés. En d'autres termes, les caractéristiques ethniques dans lesquelles les ruraux sont obligés de se définir sont assimilées et, surtout, domestiquées pour être subverties dans une stratégie de survie. En effet, de tels groupes représentent, en Afrique, l'équivalent de la sécurité sociale, à de nombreux points de vue, en pallient les défaillances de l'État dans l'organisation de la vie sociale, comme la gestion de la sécurité publique, par exemple.

Face à l'appétit des grands, comme les barons pillards de l'époque monarchique à Madagascar, les rois de la brousse de l'époque coloniale, ou au cynisme des élites postcoloniales, dont la descendance passe d'un discours nationaliste au discours socialiste, pour aboutir au *laissez faire* démocratique, ces solidarités mécaniques

⁵³ Roland Waast, *Plaine de Tananarive, la parenté*, Orstom, Tananarive, 1967.

constituent souvent, à côté des assemblées religieuses et des partis politiques d'opposition, les contrepoids susceptibles d'assurer une protection non illusoire aux gens ordinaires soumis depuis des générations à l'exploitation et à la répression. Elles font partie intégrante de la société civile, en particulier dans le monde rural. Il convient de nous interroger, pour conclure, sur les liens entre nationalisme, ethnicité et démocratisation en Afrique.

Perspectives: nationalisme, ethnicité et démocratie

Au-delà des résultats des dernières consultations électorales vécues par plus de la moitié des 53 pays africains entre 1990 et 1993, il est à craindre qu'une fois de plus les masses rurales n'aient été les dindons de la farce dans le processus de démocratisation en cours. Les affirmations de Jerry Rawlings, en 1981, semblent toujours d'actualité:

Les partis politiques ne manifestent un intérêt pour les gens qu'en période d'élections et les abandonnent entre les élections. En attendant, les riches patrons de ces partis mettent tout en œuvre pour récolter la moisson de ce qu'ils ont investi dans le pouvoir gagnant et utilisent constamment leur position pour faire des affaires profitables.⁵⁴

L'empressement des politiciens à monter sur le «gravy train», pour reprendre l'expression des journalistes sud-africains,⁵⁵ pousse à ne pas confondre les récentes vagues de libéralisation politique avec la démocratisation. De toutes manières, elles n'ont pas toutes abouti à la mise en place d'une réelle démocratie, loin s'en faut.⁵⁶ La quête de la démocratie est un phénomène ancien, en Afrique, même si elle n'a pas toujours porté ce nom. Le réel mouvement en faveur de la démocratie pousse graduellement en profondeur

⁵⁴ The Believer (Accra), 5, le 10 juin 1981, pp. 1 et 4.

⁵⁵ Weekly Mail & Guardian, vol. 11, no. 22, 25 mai au 1er juin 1995.

⁵⁶ N. Chazan, «Africa's démocratie challenge: Strengthening civil society and the state», State Policy Journal (1992), pp. 279-307; Michael Bratton & Nicolas van de Walle, «Neopatrimonial régimes and political transition in Africa», World Politics, vol. 46, no. 4 (1994), pp. 453-489.

dans l'histoire d'un pays, loin des lumières. Sans vouloir entrer dans le débat sur les possibilités d'instaurer un régime démocratique en Afrique, il est bon de souligner qu'une culture populaire démocratique existe en Afrique, forgée à travers les luttes contre les différents États englobants. Les récents mouvements de 1989-1991 n'en constituent qu'un épisode.

Le retour des élites

Ces mouvements ont été, pour une large part, le fait de populations citadines qui, pour le moment, ne constituent qu'une part minoritaire de la population africaine dans son ensemble, même si les tendances de l'évolution sont caractérisées par une urbanisation accélérée. Les récents mouvements contre les dictateurs africains ont cependant condamné irrémédiablement le nationalisme et ses variantes, qui ont fait la preuve de leur incapacité à mettre en place une société juste et démocratique. Emprisonnés dans leur discours nationaliste qui présente, en particulier, l'étranger comme la source de tous les maux, les dirigeants issus des années 60 et 70 ont été bien souvent incapables d'expliquer le recours aux bailleurs de fonds extérieurs, à partir du milieu des années 80. Avec le nationalisme est aussi tombé en désuétude le modèle de démocratie libérale (sans parler des autres types de modèles) importé en Afrique et surimposé sur le paternalisme et la corruption. Mais il faut avouer que les débats sur la forme d'une démocratie qui siérait à l'Afrique restent marginaux et insuffisants.

Le mode de reproduction des élites africaines emprisonnées dans le cadre de l'ethnicité politisée constitue un obstacle à la démocratisation. Elles restent incapables de partager réellement le pouvoir avec les autres groupes, en particulier les ruraux pauvres et peu éduqués, et les masses urbaines qui prennent de plus en plus d'importance. Alors que les ressources de l'État se tarissent et que les bases de recrutement des élites s'élargissent, la compétition pour le pouvoir devient plus âpre. Les élites africaines sont obligées de déployer de nouvelles stratégies pour la conquête et la

gestion du pouvoir. Cette redéfinition des stratégies des élites en Afrique est en train de se faire au profit de l'ethnonationalisme. Les luttes intestines des élites qui usent et abusent de l'ethnonationalisme pour parvenir à leurs fins cantonnent une importante partie de la société dans le cadre des solidarités verticales dans la continuité de ce qui existait auparavant, mais cette fois-ci sous le couvert de la démocratie.

Dans le meilleur des cas, le mouvement en faveur de la démocratisation qui déferle sous les cocotiers peut être vu comme quelque chose d'imposé par un groupe à d'autres dans le but de réorganiser les protocoles de prédation en leur faveur. Il faut en effet faire remarquer un renouvellement des élites en termes de génération et celles-ci doivent s'adapter au nouvel environnement désormais fortement encadré par les bailleurs de fonds. L'interprétation de la décentralisation et de la privatisation par les élites illustre ces tentatives d'adaptation au nouvel environnement. À Madagascar, la proposition de la Banque Mondiale et du Fonds Monétaire International de créer des zones de développement autour de centres urbains polarisant une région homogène s'est transformée, sous la houlette des entrepreneurs politiques (des députés et de nombreux ministres, notamment), en un nouveau découpage administratif. Celui-ci permettra à ces députés de se faire réélire aux prochaines élections en se basant sur des réseaux de parrainage. De même, en Afrique du Sud, le thème de la décentralisation a été interprété par une partie de la classe politique comme le transfert des prérogatives de l'Etat aux entités administratives héritées de l'époque de l'apartheid, transformées en provinces dans une structure fédéraliste. Dans les deux exemples, l'ethnonationalisme a détourné en sa faveur la décentralisation.

Le recours à l'ethnonationalisme ou à l'ethnicité politisée constitue un risque pour la démocratisation dans la mesure où il est utilisé par des groupes verticaux pour se faire octroyer une position politique, voie royale, dans l'actuelle Afrique, de l'accumulation de la richesse et du pouvoir. De plus, une telle situation n'est pas favorable à tout projet à visée macro-économique. Car un tel cadre ne permet pas de susciter la

participation de la base, qui est emprisonnée dans des solidarités verticales dans lesquelles elle est souvent une victime sur la défensive, plus qu'un complice agissant. Un tel cadre favorise même, à travers l'existence de ces réseaux de parrainage, la pérennisation de ces solidarités verticales, équivalent en temps de paix du «warlordisme». Et ce, dans un contexte où l'internationalisation des marchés financiers, le développement des technologies de communication de masse, les mouvements de populations sans précédent, entraînent l'affaiblissement de l'État encouragé par la Banque Mondiale et le Fonds Monétaire International, et fragilisent les plus faibles. Or, cet État est entré dans un cycle de crises et n'arrive plus à faire face à ses tâches de réglementation de la vie sociale. Sa principale fonction, depuis la période précoloniale, est une fonction de prédation et de redistribution. L'ethno nationalisme, devant la disparition progressive de l'État, est devenu le refuge de ces nomenklatura en quête de rentes. La privatisation, thème accaparé par les élites, comme l'a été le socialisme deux décennies auparavant, dans son acception actuelle, aboutit dans le meilleur des cas à une libéralisation sauvage qui ne tient pas compte de l'expérience acquise par l'Europe au XIX^e siècle et, plus récemment, par certains pays asiatiques. Mais comme les élites politiques africaines sont souvent incapables de se transformer en une bourgeoisie développementaliste, la privatisation prend plutôt la forme d'une vaste braderie au profit de ceux ou des descendants de ceux qui avaient préconisé les nationalisations quelque temps auparavant et ce, dans l'optique de la prédation. La société civile, qui inclut tout autant le bas qu'une partie du haut qui se situe à côté du pouvoir, devrait être le véritable bénéficiaire de la privatisation. Elle doit viser avant tout une revalorisation de la citoyenneté dans la perspective d'une démocratie participative. La réduction de l'État en vue de l'amélioration de ses performances, prônée par les bailleurs de fonds internationaux, ne peut se concevoir sans un encouragement à développer la société civile, cette vie associative qui, par essence, ne brigue pas le pouvoir, mais par laquelle s'expriment diverses solidarités, constituant un contrepoids à la tendance à l'hégémonie de l'État.

Du sujet au citoyen, la difficile métamorphose

Or, en Afrique, les ruraux sont obligés de se définir dans des cadres ethniques qui sont ainsi devenus une des formes de la vie associative en milieu rural. Ces groupes restreints peuvent-ils être considérés comme l'un des sites où pourrait se (re)bâtir la citoyenneté? Affirmer que les sociétés rurales ont réussi à subvertir le paysage morcelé dans lequel l'État globalisant à installé, à travers l'histoire, les paysanneries africaines, est sans doute excessif. Le moins qu'on puisse dire, c'est que la pérennité des identités ethniques, en Afrique, est un signe indéniable de pluralisme culturel. Ce qui, en soi, est positif. Mais lorsque l'ethnicité est considérée comme une forme d'expression politique, les choses deviennent plus complexes. Alors l'individu existe plutôt au sein d'identités communales, même si celles-ci sont concurrencées par d'autres identités. À tel point que l'on peut dire: «Dans une grande partie de l'Afrique, le public est plus un potentiel qu'une réalité. Il y a une pluralité de publics que l'on peut appeler des publics primordiaux. Ces publics primordiaux sont d'importants éléments du pluralisme social en Afrique».⁵⁷

La démocratie unanimiste ou consensuelle supposée à l'œuvre dans ces «publics primordiaux»⁵⁸ a été proposée comme la version africaine de la démocratie, «la démocratie vue du village»⁵⁹ qui pourrait être capable de mobiliser les énergies pour combattre la pauvreté.

Il est indéniable que la démocratisation dans le milieu rural en Afrique doit prendre en compte sa pluralité culturelle, si l'on considère les ethnies-groupes restreints comme des entités culturelles. Ces groupes restreints constituent des parties intégrantes de la société civile. Tout projet de développement,

⁵⁷ Claude Ake, «What is the problem of ethnicity?», p. 7.

⁵⁸ Pierre Ekeh, «The constitution of civil society in African history and politics», in B. Caron, A. Gboyega et E. Osaghae (eds.), *Démocratie Transition in Africa*, Institute of African Studies, University of Ibadan/Credu, Ibadan, 1992.

⁵⁹ Maxwell Owusu, «Democracy and Africa: a view from the village», *The Journal of Modern African Studies*, 30, 3 (1992), pp. 369-396.

donc de mobilisation des communautés rurales, doit tenir compte des cultures dans lesquelles les individus vivent réellement et non dans lesquelles ils devraient vivre. Car de tels groupes continuent d'exister et de survivre, malgré les tentatives pour les éradiquer. Mais «la progression de la société civile qui ne contient pas nécessairement l'idéal démocratique n'assure pas en soi la démocratisation du système politique».⁶⁰ Aussi, idéaliser toutes les pratiques de ces communautés restreintes consisterait à avaliser certains anachronismes comme le machisme ou la gérontocratie, incompatibles avec les valeurs démocratiques, ainsi que l'illustre le développement, dans la plupart des pays d'Afrique, de ce que l'on pourrait appeler la justice informelle (ou justice traditionnelle) devant la déliquescence de l'État. Dans la région du Sud-Est de Madagascar, par exemple, les paysans coupent la tête de présumés voleurs en réponse à l'inefficacité et à la corruption de la police et de l'appareil judiciaire, tandis que, dans certains *townships* d'Afrique du Sud, le collier est devenu un mode d'exécution sans recours à la justice dite traditionnelle. Le développement d'une culture démocratique, dont l'essence repose sur l'existence d'un État de droit, est incompatible avec de telles pratiques.

De même, sur le plan économique, l'émergence de forces nouvelles est souvent contrecarrée par les structures de ces communautés restreintes. Ainsi, dans le sud de Madagascar, à la suite d'un boom du coton, entre 1982 et 1986, les entrepreneurs bénéficiaires de ce boom ont dû se débarrasser de leur fortune nouvellement acquise dans des fêtes somptuaires.⁶¹ Ceci parce que dans la région, d'une part, les terres appartenant aux lignages ont été considérées comme ayant été accaparées pour la culture du coton

⁶⁰ J.-F. Bayart, «Civil Society in Africa», Patrick Chabal (éd.), *Political Domination in Africa: Reflections on the limits of Power*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 118.

⁶¹ M. Fielloux & J. Lombard (dir), *Élevage et société. Étude des transformations socio-économiques dans le sud-ouest malgache: l'exemple du couloir d'Antseva*, SME, Tananarive, 1990.

par ces entrepreneurs et, d'autre part, parce que le seul bien social considéré comme capitalisable, dans la région, reste le bœuf.

De plus, des fractions entières de ces communautés, tels les jeunes et les femmes, sont souvent exclues des mécanismes de décision transformant l'unanimité en un instrument d'oppression à rencontre des minorités (et d'autres groupes, puisque les moins de 20 ans constituent la majorité de la population africaine) au sein de ces communautés.

D'une manière globale, l'accentuation de la crise en Afrique fait qu'une sorte de fondamentalisme culturel, à l'image du fondamentalisme religieux, propose une échappatoire facile à des populations rurales déstabilisées et constitue un obstacle à une véritable démocratisation.

*Démocratie communautaire
ou démocratie à l'occidentale?*

Des actuels débats sur la nature de la démocratie en Afrique semble ressortir une ligne de clivage séparant deux camps. D'une part se dressent ceux qui défendent pour l'Afrique un type de démocratie qui lui serait particulier, la démocratie communitariste, qui mettrait l'accent sur la communauté et dans laquelle les ethnies seraient politiquement et délibérément gratifiées. Le point extrême de cette position est représenté par les conceptions fédéralistes. D'autre part, ceux qui croient possible de cantonner les ethnies dans le domaine du culturel, c'est-à-dire, hors du politique, pour promouvoir une démocratie dans laquelle l'individu prime sur le groupe.

Aussi, quel que soit le point de vue adopté, la question de l'ethnicité est incontournable dans la quête de la démocratie. S'il est indéniable que le caractère multiethnique d'une société constitue une richesse en soi, il est prouvé dans la pratique quotidienne que la pluriethnicité est un facteur d'instabilité politique ou, à tout le moins, qu'elle réduit considérablement les marges de manœuvre d'un gouvernement, surtout lorsque les ethnies sont politiquement valorisées.

La multiethnicité de la plupart des sociétés africaines pose toujours la question de la forme que doit prendre un État. Comme au moment des indépendances sont revenus, en 1991, les débats opposant partisans d'un État unitaire et ceux qui prônent le fédéralisme. En fait, plus que sur la forme de l'État, le problème mis en valeur par la multiethnicité est la manière de concilier les droits des minorités et la règle majoritaire, mais dans une perspective dynamique.

Le développement d'une Afrique urbaine transethnique, voire transnationale, est l'expression de l'émergence de logiques nouvelles. Dans moins d'une génération, la moitié des Africains vivront dans les villes, multiethniques par essence. À ce phénomène s'ajoute celui de l'extrême jeunesse de la population. De telles évolutions plaident, dans le long terme, en faveur d'une réduction des compétitions interethniques et de l'expression politique de l'ethnicité dans la société au profit d'autres types de solidarité. Dans de tels milieux, l'habitus individualiste transcende l'ethnicité et donne une large place à la notion de démocratie représentative. Les observateurs étrangers concèdent le fait que les processus électoraux dans ce milieu, même avant 1989-1991, sont comparables à ceux existant dans les pays considérés comme modèles en matière de démocratie. Syndicats et partis politiques africains à envergure nationale recrutent dans ces milieux la majorité de leurs membres et militants. Envers du décor: comme ailleurs dans le monde, la démocratie individualiste ne fait pas bon ménage avec les droits économiques de base des individus. Tananarive, comme Johannesburg ou Paris, a ses sans-domicile-fixe, pour une grande majorité des enfants qui, ailleurs, auraient été récupérés par les structures familiales ou claniques. Et l'évolution de l'Afrique en général, dans le long terme, va dans ce sens.

Cependant, vouloir accélérer ce phénomène par une quelconque interdiction dans le domaine de l'ethnicité entraînerait immédiatement le renforcement de cette dernière. Le fait de l'identité culturelle de groupe, la tendance de l'ethnicité à se territorialiser et son expression inévitable dans la vie politique sont incontournables. Mais là aussi la distinction

doit être maintenue entre les communautés restreintes, dont la réalité est tangible, et les grandes entités qui constituent plutôt des masses de manœuvre pour les entrepreneurs politiques. Dans le premier cas, les unités restreintes n'entrent pas en compétition pour le pouvoir politique, comme tout élément de la société civile, et souvent acceptent la légitimité de l'État, dans la mesure où les droits de groupe (juridiques, économiques, etc.) sont respectés. La gratification politique de telles unités à travers la décentralisation des mécanismes de décision et des moyens financiers sont en synchronie avec l'esprit de la démocratie, à la condition que les droits individuels ne soient pas lésés. Le risque serait l'existence de démocraties à différentes vitesses, au sein d'une même société. On pourrait parler, dans ce cas, de démocratie à esprit de clocher.

Par contre, les grandes unités manipulées par les entrepreneurs politiques et culturels, tels les Zoulous, les Afrikaners ou les Betsimisaraka, par exemple, posent un réel problème, du moins dans le court terme, c'est-à-dire dans le contexte de la raréfaction des ressources et des crises économiques de l'Afrique des années 90, contexte qui exacerbe les conflits entre ces entrepreneurs. Le problème ne saurait être résolu uniquement en faisant appel à la notion de fausse conscience, tellement les stéréotypes sont profondément ancrés dans les mentalités. Dans le cas des Afrikaners, par exemple, outre les habituelles manipulations de l'histoire, il faut prendre en considération la tendance à entretenir une endogamie basée sur le principe racial pour protéger la couleur de la peau, alors même que les coloureds (métis descendants d'esclaves, en particulier dans la région du Cap) qui parlent l'*afrikaans*, la langue étant l'autre symbole de reconnaissance ethnique, ne sont pas reconnus comme appartenant au groupe. Faut-il condamner, au nom de l'antiracisme, ce que bon nombre d'Afrikaners considèrent comme la défense d'une minorité culturelle, surtout au moment du lancement de la politique de «discrimination positive»?

Dans tous les cas, ce problème se pose plus à propos de la construction de la culture démocratique d'un pays qu'à propos de la forme que devrait prendre l'État qui, pour l'instant,

est essentiellement un problème des élites. En effet, la démocratie exige que les frontières d'un groupe ethnique soient les plus poreuses possibles, permettant entrée et sortie en toute liberté.⁶² Dans le cas contraire, c'est-à-dire dans le cas où il existerait une étroite consonance entre entrepreneurs politiques et culturels, et les membres d'un groupe ethnique, l'on se trouve en face de l'ethno fascisme, forme radicalisée de l'ethnonationalisme. Car plus la source de la définition de l'appartenance à une ethnie est centralisée, moins cette ethnie est démocratique en son sein.

L'ethnicité pousse les institutions et la démocratie jusqu'à leur extrême limite. Elle tend à substituer aux valeurs universelles des droits de l'homme et de l'égalité entre les citoyens les revendications en faveur de groupes particuliers. Elle réduit les questions de compétitions entre groupes plutôt qu'à des questions de justice sociale.⁶³

Le problème de l'Afrique n'est sans doute pas tant de devoir choisir entre une conception collective de la démocratie et la conception représentative basée sur le choix de l'individu que de libérer toutes les énergies pour que la démocratie soit vraiment le support du développement économique. Dans tous les cas, l'une des fonctions de la démocratie est de mettre en place le cadre dans lequel la sociabilité se négocie hors de tout recours à la violence. Entre autres finalités, comme une plus grande justice sociale, il est souhaitable que cette sociabilité tende:

- à une plus grande porosité des groupes ethniques;
- à la dépolitisation de l'ethnicité, ce qui veut dire que l'identité ethnique ne doit pas être gratifiée politiquement. Cependant, l'identité ethnique doit être protégée pour garantir la diversité culturelle, car les groupes ethniques sont d'abord des vecteurs de culture. Les groupes

⁶² Mare, *Brothers Born of Warrior Blood*, p. 4.

⁶³ Morris Szftel, «Ethnicity and democratization in South Africa», *Review of African Political Economy*, 60 (1994), p. 199.

ethniques, comme tout autre groupe social (comme les homosexuels, etc.), ne devraient pas bénéficier d'un régime spécial, mais ne doivent pas non plus souffrir de discrimination;

- au renforcement de solidarités horizontales par l'enrichissement des composantes de la société civile, car il ne faut pas oublier que l'identité ethnique est une parmi les identités proposés par la société à l'individu.

L'importance que lui est donnée semble disproportionnée par rapport à sa réalité. En Afrique du Sud, où 80% de citoyens noirs sont membres d'une Église chrétienne, l'Église est la seconde institution la plus respectée, après les syndicats.⁶⁴

⁶⁴ Juan Bosch, «Christianisme et apartheid», Travaux et Documents, CEAN, Bordeaux, 32 (1991), p. 1.

DE LA DEMOCRATIE EN AFRIQUE OU L'IMPORTANCE DE LA DEMOCRATIE LOCALE

Alain Bockel

La démocratie a existé en Afrique comme ailleurs, elle s'y exprimait selon ses propres formes et comportements. On se plaît cependant à reconnaître qu'aujourd'hui elle est devenue sujet de curiosité; plus même, là où elle existe, elle ne paraît pas assurée, les récents événements qui ont ébranlé, voire emporté les démocraties sénégalaises, nigérianes, ou menacé les esquisses de démocratisation marocaines ou tunisiennes l'attestent. Le sujet n'est-il donc pas d'actualité? Peut-être, si l'on s'arrête à la conception traditionnelle de la démocratie politique; la réponse doit être plus nuancée encore si l'on pousse l'observation un peu plus loin: en effet, derrière l'échec quasi général des démocraties politiques que l'on a pourtant voulu (ou déclaré vouloir) instituer, ne se dessine-t-il pas, depuis quelques années, un vaste mouvement de développement des démocraties locales? Ce mouvement ne pourrait-il pas constituer l'amorce d'une restauration progressive d'une démocratie plus générale, sans doute différente? Une analyse des régimes politiques africains n'implique-t-elle pas de prendre en compte cette dimension qui peut devenir essentielle?

Ces propos, comme le titre de cette étude, peuvent paraître ambitieux, la réflexion qui suit se veut plus modeste. La référence à l'œuvre maîtresse d'Alexis de Tocqueville n'est cependant pas due au hasard. Certes, analysant le système américain, Tocqueville pensait à l'Europe, mais il a su montrer que si la démocratie en Europe était inévitable, la liberté ne serait sauvegardée que par le développement des libertés locales et publiques. L'auteur écrivait alors que l'aristocratie

dominait encore en Europe, et, pour lui, démocratie signifiait également et surtout égalité; sa pensée est néanmoins toujours d'actualité et si l'on s'en tient à un seul de ses aspects, l'expérience contemporaine témoigne de l'importance fondamentale de la réalité locale de la démocratie. Ceci apparaît particulièrement vrai pour l'Afrique. C'est à partir de cette idée qu'est tentée cette réflexion; l'enjeu est considérable; aussi les propos qui suivent, que la loi du genre impose brefs, ne peuvent-ils être qu'une simple et fort partielle contribution à la compréhension d'une réalité autrement complexe, à l'analyse de laquelle les travaux du professeur Gonidec, en l'honneur de qui sont écrites ces quelques lignes, ont largement contribué.

Mais il faut d'abord s'entendre sur les mots. La démocratie est sans doute le terme qui a le plus été dévoyé dans l'histoire de la Politique; sans cesse sollicitée, par l'adjonction d'un adjectif variable, cette expression couvre les régimes et les pratiques politiques les plus divers. Le concept, pris en lui-même, est pourtant irréductible dans ses deux dimensions indissociables: l'autonomie et le respect de l'individu, la participation de chacun aux choix collectifs. Aussi paraît-il préférable d'éviter les deux démarches, trop chargées idéologiquement, souvent empruntées dans l'étude de la démocratie africaine: celle qui s'inspire directement ou indirectement des théories «développementistes», car elle s'inscrit trop dans un système de valeur où la démocratie libérale à l'occidentale tient la place première, comme celle qui emprunte l'analyse marxiste, car, malgré ses mérites, elle conduit à négliger, ou omettre des aspects essentiels du concept de démocratie; toutes deux, d'ailleurs, à des titres divers, ne permettent-elles pas de justifier idéologiquement et pratiquement les faiblesses démocratiques des régimes politiques existants? Aussi notre approche sera-t-elle plus simple: quelle est la signification et la portée, par rapport au concept même de démocratie et de sa réalité, du double constat évoqué plus haut: l'échec à peu près général de la démocratie, et les nombreuses tentatives actuellement menées d'une relance de la décentralisation locale?

I. La démocratie en échec

Instituée partout au moment des indépendances, la démocratie a généralement échoué, sous chacun de ses deux aspects d'ailleurs: rares sont les États où la liberté de l'individu est respectée de façon satisfaisante, et où chacun est librement associé au choix des dirigeants ou à la prise des décisions collectives. À quelques exceptions près, le constat est général, même si les réalités sont variées; la situation est connue, et souvent analysée;¹ il ne peut être question de la décrire ici, ni d'en analyser le processus ou les facteurs contingents. Une remarque paraît intéressante, en revanche: ces régimes politiques reposent tous sur la base de concepts du Pouvoir et de l'État repris sur le modèle européen: ceci n'est pas sans conséquence.

A. La reprise des concepts européens du Pouvoir et de l'État

Le concept du Pouvoir

Tout régime politique repose sur une certaine conception du Pouvoir, c'est-à-dire du mode d'organisation collective du groupe de personnes concernées, et des relations aménagées entre celles-ci et le pouvoir politique institué. Deux «modèles» dominant le monde, tous deux dégagés de la réflexion et de la pratique politiques européennes: le modèle occidental de la démocratie libérale et le modèle marxiste de la démocratie socialiste.

Sauf quelques rares exceptions, les États africains s'inspirent directement de l'un ou l'autre de ces modèles, qui ne constituent que des interprétations (ou des déformations) du concept même de démocratie.

¹ Voir pour une présentation des régimes politiques africains, P.-F. Gonidec, Les systèmes politiques africains, éd. 1978. Voir également G. Pambou Tchivounda, Essai sur l'État africain postcolonial, L. G. D. J., 1982.

LE MODELE OCCIDENTAL est le plus fréquemment repris, dans les textes constitutionnels tout au moins. Il consiste en l'interprétation libérale de la démocratie; partant d'une conception libérale du pouvoir, perçu comme une menace, ce modèle, foncièrement pessimiste, est influencé par la préoccupation principale de ses auteurs: sauvegarder la liberté de l'individu contre le pouvoir; certes, il s'agit d'un aspect fondamental de la démocratie; mais, en le privilégiant, on aboutit à négliger ou restreindre la seconde dimension de la démocratie: la liberté-participation. La théorie du régime représentatif qui influence encore profondément les régimes politiques occidentaux en est la principale manifestation: les exigences de la démocratie sont considérées comme satisfaites, à priori, en principe dès lors que les gouvernants peuvent se prévaloir d'un mandat de représentation conféré par l'élection, quelles que soient les modalités de celles-ci. C'est ce modèle, consacré par l'idéologie dominante comme l'interprétation la plus parfaite du concept de démocratie, qui inspire la plupart des constitutions africaines, où Ton trouve invariablement un exposé des libertés publiques et une application du système représentatif très fidèlement inspirés dans les principes et la technique du modèle occidental.

LE MODELE SOVIETIQUE de la démocratie (expression plus précise que celle de modèle marxiste, car Marx n'a pas enseigné un système politique complet) jouit également d'une assez large influence sur les régimes politiques africains.

Il inspire d'abord très directement les techniques de pouvoir, c'est-à-dire les méthodes et les structures utilisées pour appliquer le modèle démocratique institué: l'exemple le plus fréquent est évidemment le parti unique de droit ou de fait, que l'on retrouve dans bon nombre de régimes politiques africains pourtant conçus, initialement, selon le modèle libéral de la démocratie. L'existence d'un parti unique de type léniniste, c'est-à-dire centralisé et hiérarchisé, déforme naturellement de façon totale ce modèle.

L'interprétation soviétique de la démocratie influence parfois la construction constitutionnelle elle-même; le modèle démocratique libéral est alors rejeté, partiellement ou

totalemment, au profit du modèle soviétique.

L'exemple-type pourrait être pris dans la loi fondamentale de 1979 qui définit le système constitutionnel du Bénin, à peine démarquée du texte de la constitution soviétique de 1977; mais nombreux sont les États africains qui, à un titre plus ou moins important, s'inspirent de ce modèle (ainsi les États lusophones d'une façon très nette, le Congo, l'Algérie, Madagascar de façon plus nuancée, etc.).

Il s'agit alors, on le sait, d'une toute autre interprétation de la démocratie: partant du postulat que la liberté ne peut exister dans un pays sans une libération préalable de la domination capitaliste ou impérialiste, l'on va confier cette tâche première au pouvoir même, qui est une émanation directe du peuple associé: la liberté collective est mise en avant, la collectivité devant prendre en main même son destin défini en commun. La seconde dimension de la démocratie, la participation directe de la population à la détermination de son destin, est donc privilégiée par rapport à la première, l'autonomie de l'individu contre ce pouvoir.

Le concept de l'État

L'État est l'appareil institutionnel qui permet l'exercice du pouvoir; il est au service du pouvoir, donc il doit être un instrument fidèle, transparent et efficace, mais c'est un vaste appareil, investi de surcroît, de par sa mission même d'instrument du pouvoir, de la force et de la légitimité.

De ce fait, là aussi son organisation va se développer à partir de certains concepts dégagés progressivement en Europe, et dont l'application influencera profondément le style et l'exercice du pouvoir. Les États africains vont également s'en inspirer directement.

LE CONCEPT «NAPOLEONIEN» DE L'ÉTAT est sans aucun doute le plus influent; on entend par là une conception autoritaire et hiérarchisée de l'appareil étatique dont le réseau

s'étend sans solution de continuité du sommet au moindre recoin du territoire, selon le système que Napoléon Bonaparte a institué en France au début du XIXe siècle, mais à quoi la démocratisation du pouvoir et la rationalité de l'organisation sont venues accorder la légitimité (voir les travaux de Max Weber).

Les États francophones sont, comme il peut sembler naturel, tous systématiquement construits selon ce modèle: partout on y retrouve une structure pyramidale des administrations et un vaste réseau de représentants locaux du pouvoir central, dirigeant et contrôlant des collectivités décentralisées très discrètement organisées.

Les États anglophones s'en sont également largement inspirés. La centralisation de l'administration et sa structure hiérarchisée paraissent en effet particulièrement aptes à permettre d'assurer la double mission d'autorité et unité d'une part, de développement de l'autre, dont se sentent investis les nouveaux gouvernants (ainsi l'équivalent du préfet se retrouve fréquemment au niveau de la région et du district des Etats africains anglophones).

LA CONCEPTION LENINISTE DE L'ÉTAT a également imprégné sa marque; elle repose on le sait sur deux principes: l'unité du pouvoir d'État et le centralisme démocratique.

À chaque niveau, la cellule investie du pouvoir dispose d'une autorité absolue et des prérogatives les plus larges; investie et contrôlée démocratiquement elle n'en est pas moins soumise à une subordination hiérarchique très stricte.

Ce modèle inspire bon nombre de structures administratives territoriales, notamment là où le socialisme est instauré (là aussi le Bénin est, si l'on peut dire, un «modèle»); mais il est souvent combiné avec le précédent, un représentant direct du pouvoir central dirigeant les cellules territoriales (ex. de l'Algérie).

B. Conséquences et problèmes posés

Partout en Afrique on se réfère aux principes démocratiques (même là où des régimes autoritaires, de type militaire, ont été instaurés, dont l'une des justifications avancées est justement de rétablir le régime démocratique ou le pouvoir populaire niés par le régime précédent abattu par la force). Mais dans son application, on n'a pas puisé aux sources mêmes de la démocratie; l'on s'est inspiré de modèles qui, on l'a vu, ne sont que des interprétations de la démocratie; ces interprétations sont toujours partielles, privilégiant un aspect de la démocratie que l'on estime essentiel compte tenu du contexte politique et économique considéré (la liberté individuelle et économique en Occident, la libération collective en Europe de l'Est). Appliqués dans un contexte et des préoccupations différentes, cette inspiration n'est pas sans conséquences.

L'échec général de la démocratie

Au risque de caricaturer quelque peu, l'on peut affirmer que nulle part en Afrique le modèle de démocratie dont on s'est inspiré n'a été réalisé: ni démocratie libérale, ni démocratie socialiste. On n'y retrouve au mieux que des déformations de ces modèles, eux-mêmes, on l'a vu, n'étant que des interprétations déformées du principe démocratique.

Plus encore, pourrait-on dire, les applications africaines paraissent n'avoir hérité de leurs modèles que les aspects négatifs, sans bénéficier des aspects positifs que chacun comporte. Expliquons-nous.

L'échec de la démocratie libérale a été souvent souligné pour qu'il soit nécessaire ici d'y revenir: le culte du chef, les impératifs de l'unité nationale ont poussé à prendre trop «de libertés» par rapport au modèle pour que celui-ci soit reconnaissable; le parti unique, surtout, vide de son sens le système représentatif; et l'application de la structure de «l'État Napoléonien» dans ce contexte ne pouvant que renforcer les tendances autoritaires qu'il comporte (seule une véritable

démocratie et une décentralisation réelle peuvent éviter que ce concept napoléonien de l'État ne se déforme en système autoritaire, ces conditions n'étant remplies nulle part en Afrique); mais il en va de même de la démocratie socialiste: l'entreprise était encore plus délicate; si les expériences tentées dans les pays africains n'ont pas que des défauts (nous y reviendrons plus loin), il apparaît évident que le contexte particulier des sociétés africaines ne permettait pas d'y réaliser «ex nihilo» cet idéal de la démocratie socialiste dont les États de l'Est européen ont bien du mal à se rapprocher.

Le plus grave est sans doute que l'on ne retrouve nulle part les effets positifs que chaque modèle comporte: le respect de la liberté ou de l'autonomie individuelles et l'influence périodique du choix des électeurs sur les hommes au pouvoir, aspects positifs de la démocratie occidentale, ne se retrouvent pratiquement jamais dans les États africains qui se réfèrent à ce modèle (sauf rares et partielles exceptions). De même, la relative maîtrise du développement économique et l'effort de participation populaire qui pourraient constituer les aspects positifs de la démocratie socialiste sont largement inconnus en Afrique socialiste.

En revanche, les aspects négatifs des modèles européens ont été repris et, pourrait on dire, se cumulent: la faiblesse de la participation effective des individus aux décisions collectives, rançon fréquente du système occidental, caractérisent la plupart des régimes politiques africains, de même d'ailleurs que l'absence de liberté individuelle, faiblesse de la démocratie socialiste.

Des conséquences graves

Pouvoirs instables, système de gestion inefficace, l'analyse en a souvent été faite (voir p. e. P.-F. Gonidec, Les systèmes politiques africains, ou «Les pouvoirs africains», revue Pouvoir, n° 25,1983). Pour en demeurer au cadre de notre réflexion, deux conséquences apparaissent évidentes.

C'est d'abord la distorsion des relations entre le Pouvoir et la population. Certes, l'idéal démocratique («le pouvoir du peuple, par le peuple et pour le peuple») n'est nulle part au monde atteint, mais la coupure entre le pouvoir et le peuple apparaît particulièrement marquée en Afrique. Au mieux, la population est passive face à un pouvoir solitaire, incapable d'associer la population à son exercice; elle ne se sent pas concernée par un appareil de pouvoir qui appartient à un autre monde qui lui est interdit (d'où l'aisance avec laquelle s'opèrent les coups d'État). Mais bien souvent, le peuple est hostile au pouvoir, perçu comme un ennemi contre lequel il faut se défendre ou se protéger (la «société civile» se défend, comme le souligne J.-F. Bayard dans son étude sur les «Sociétés face à l'État», parue dans la livraison citée de la revue *Pouvoir*, 1983-25).

D'où la fréquence des actes «d'insubordination civique» dénoncés par les pouvoirs, ou les réactions tribales qui s'expliquent aussi parce que l'État n'a pas réussi à créer une nouvelle solidarité.

Il en résulte plus fondamentalement une tendance assez générale à la négation par le pouvoir de ses finalités. Le pouvoir démocratique ne se justifie que s'il respecte ses deux valeurs essentielles: le respect de l'homme et de ses droits, l'association des hommes aux choix collectifs. Vaste problème: rares sont les pouvoirs qui tentent eux-mêmes d'y porter une solution; mais les mécanismes démocratiques sont en principe conçus pour obliger le pouvoir à s'y tenir, ou, à tout le moins, à n'y pas porter des atteintes trop graves.

Or, en Afrique, l'on pourrait, au risque d'être taxé d'un esprit de dénigrement systématique, relever que rares sont les régimes politiques soucieux du respect de ces valeurs; et comme les mécanismes démocratiques fonctionnent peu, rares sont les pays où ces valeurs ne sont pas foulées aux pieds, dans la pratique quotidienne du pouvoir à tout le moins.

Notre préoccupation n'est pas la critique. Aussi peut-on se demander si l'explication ne se trouve pas dans l'absence d'une réflexion politique propre, autonome, c'est-à-dire partant des réalités sociales elles-mêmes: l'on s'est borné, au moment des

indépendances et des différentes ruptures qui ont jalonné la vie des États africains, à reprendre des modèles européens considérés comme valeurs ou solutions universelles. Or, il ne s'agissait là que de versions particulières, adaptées à des contextes propres, d'une recherche universelle de la démocratie; la différence du contexte socioculturel en a entraîné inévitablement la déformation et l'échec. D'où une hypothèse que l'on pourrait être tenté de formuler: la recherche d'une solution à l'éternel problème du pouvoir démocratique suppose que l'on remonte aux sources mêmes, afin de tenter de dégager son propre modèle de démocratie, sans se contenter d'adapter des modèles conçus pour d'autres sociétés. Mais n'est-ce pas justement dans cette direction que, çà et là, plus ou moins consciemment, s'engagent progressivement un nombre de plus en plus important d'États africains?

II. La démocratie comme projet?

Le problème de l'instauration de la démocratie demeure irréductible; partout, les peuples, instinctivement, spontanément, ou par les diverses organisations qui parlent en leur nom, revendiquent la démocratie: respect des droits fondamentaux de l'individu, choix et contrôle du pouvoir demeurent, malgré les éclipses ou les versions déformées parfois formulées, les exigences fondamentales et dernières en politique, avec, naturellement, le pain et l'éducation pour l'ordinaire.

Les pouvoirs, eux-mêmes, convaincus qu'il n'est de légitimité que par la consécration du suffrage populaire, et d'efficacité que par l'adhésion du peuple, remettent sans cesse la démocratie en chantier. La fréquence des coups d'État et des régimes autoritaires explique le nombre et la diversité des expériences: l'Afrique est un atelier où la démocratie est le modèle que l'on tente de reproduire selon des voies et des techniques les plus variées.

Cette éternelle «relance» de la démocratie, adoptant des voies souvent neuves, et notamment celle de la démocratie

locale, conduit inévitablement à poser, en des termes autres, le problème de l'instauration d'un régime démocratique.

*A. La relance de la démocratie
et l'importance de la démocratie locale*

La discrétion des progrès de la démocratie politique contraste en effet avec la vitalité, ou tout le moins la multiplicité, des expériences de démocratie locale.

La démocratie politique

Globalement, et vu sous un angle quelque peu optimiste, la démocratisation du pouvoir politique a accompli quelques progrès depuis la grande vague d'autoritarisme qui a submergé les régimes mis en place lors des indépendances: les dictatures les plus féroces ont disparu; nombreux sont les pays où l'on tente de réintroduire quelques doses de démocratie, c'est-à-dire de choix des élus, mais aussi, de liberté plus grande pour les individus à un moindre titre toutefois.

Il convient à cet égard de nuancer les descriptions négatives souvent faites, bien qu'il soit impossible naturellement de dresser ici un tableau de la situation; l'on doit néanmoins évoquer la réalisation, progressive, de démocraties pluralistes, même si ce n'est parfois qu'à l'état d'ébauche, au Sénégal comme au Maroc, à l'île Maurice ou au Nigeria et en Tunisie depuis peu, ou, selon un processus à éclipses, en Haute-Volta*. L'actualité nous montre combien ces expériences sont fragiles (coups d'État militaires au Nigeria et en Haute-Volta, troubles sérieux en Tunisie, au Sénégal, comme aussi bien au Maroc).

Ailleurs, et bien souvent, la voie choisie est différente, mais les progrès n'en existent pas moins; le plus net est sans doute la pluralité de candidatures dans un système qui demeure attaché

* N. du Ed.: à 1985.

au parti ou au Front Unique ou dominant. Ainsi en Tanzanie et en Algérie depuis longtemps, mais aussi à Madagascar et en Côte d'Ivoire, voire au Cameroun. Il y a là l'introduction d'un ferment de contestation du pouvoir ou des élus qui n'est pas sans vertu. Le bilan d'une relance de la démocratie politique n'en demeure pas moins fort maigre.

La démocratie locale

À ce niveau, celui de l'association des populations locales à la prise des décisions qui touchent à la vie collective, le bilan est en revanche impressionnant. Depuis une quinzaine d'années environ, passée la phase de centralisation du pouvoir et de la décision, la quasi-totalité des États d'Afrique ont senti la nécessité de restructurer l'administration locale en s'inspirant des principes démocratiques; il y a là un phénomène profond qui ne peut manquer d'influencer profondément les sociétés concernées, y compris sous l'angle politique. En soi d'abord, car, l'expérience le prouve, il est difficile de borner le mouvement démocratique au niveau local du pouvoir. Par la méthode utilisée ensuite, car, à la différence des premières mesures de décentralisation tentées à l'indépendance, et très fidèlement inspirées des techniques «métropolitaines», les expériences les plus récentes reposent pour la plupart sur des principes et des concepts plus nouveaux et parfois fort originaux.

Brièvement, quatre grands types de systèmes de démocratie locale peuvent être distingués (on se reportera pour plus de détails à la dernière livraison de l'Annuaire du Tiers-Monde qui reproduit les travaux d'un colloque tenu à Oran en mai 1982 sur le thème: "Démocratie locale et participation populaire dans les États Africains et Arabes").

LES EXPERIENCES D'INSPIRATION MARXISTE, inspirées de méthodes d'organisation adoptées par des Etats marxistes plus anciens: selon des modalités diverses, le Bénin, le Congo, la Guinée, la Guinée-Bissau, le Mozambique, l'Angola s'engagent progressivement dans cette voie; la rupture es importante avec le système préexistant. L'innovation n'est

pas fondamentale car les institutions ainsi aménagées reposent sur les deux principes techniques fondamentaux de l'unité du pouvoir d'État et du centralisme démocratique et sont «animées» par le principe du caractère dirigeant du parti unique.

Néanmoins, et l'exemple du Bénin semble l'indiquer, la difficile mise en œuvre de ces réformes oblige, surtout aux niveaux inférieurs du village ou du quartier de ville, à introduire une réelle participation populaire aux décisions ou, à tout le moins, au choix des dirigeants.

LES SOLUTIONS DE TYPE SOCIALISTE: elles se distinguent des précédentes dans la mesure où elles sont plus soucieuses de tenir compte des données existantes ou de la tradition, et s'inspirent moins directement des principes marxistes; leur caractère socialiste n'en demeure pas moins marqué, surtout dans la conception de la cellule de base qui doit constituer à la fois un centre de développement économique et social et un foyer de rayonnement du socialisme: le village Ujamaa de Tanzanie, comme aussi bien le Fokonolona malgache en constituent deux illustrations différentes et caractéristiques. La volonté d'associer effectivement les habitants, réunis en assemblée générale, à la prise des décisions est en effet la marque commune de ces deux institutions.

Dans une certaine mesure, la commune algérienne (et le village socialiste algérien surtout); le pouvoir révolutionnaire local guinéen (intermédiaire entre les deux formules), voire le conseil populaire soudanais (1971) s'inspirent de préoccupations voisines.

DES SOLUTIONS «DEVELOPPEMENTISTES » PLUS CLASSIQUES ont été adoptées par une troisième série de pays; elles consistent à confier à une structure administrative de base décentralisée une mission de développement économique. En soi, les techniques utilisées sont moins novatrices, car très inspirées des principes classiques de la décentralisation; de plus, et en cela elles se distinguent des solutions précédentes, ces solutions ne conduisent pas à

mettre en place des cellules ayant vocation à constituer les rouages d'une organisation socialiste. Cependant l'accent mis sur les compétences en matière économique des instances représentatives instituées, comme l'objectif de faire participer plus activement les populations notamment rurales à la gestion de leurs propres affaires, marquent l'originalité de ces nouvelles expériences; c'est-à-dire que, si appliquée aux agglomérations urbaines, cette relance de la démocratie locale n'apparaît pas, à priori, comme une nouveauté, mais plutôt comme la reprise d'un mouvement longtemps suspendu, son application à la campagne peut constituer un facteur de transformation sociale: tel est d'ailleurs l'objectif recherché par l'instauration en 1972 des communautés rurales sénégalaises ou le projet d'implantation au Cameroun des communautés villageoises.

Cette inspiration se retrouve, plus ou moins nettement marquée, dans le nombreuses réformes adoptées en Egypte (1975), en Tunisie et au Maroc (1976-1977), au Ghana (1974), au Nigeria (1974), au Zaïre (1978, puis 1981) voire de façon plus timide, au Burundi (1977) et au Rwanda (1973 et 1979).

D'une façon plus générale, ces réformes s'intègrent dans une perspective de «développement politique», voire de démocratisation progressive, que l'on retrouve également, par exemple, en Côte d'Ivoire avec la réforme municipale de 1980.

L'EXPRESSION «D'EXPERIMENTATION SOCIALE» enfin pourrait qualifier la démarche suivie dans d'autres pays où on hésite à s'engager dans des réformes «modernes», trop en décalage avec les comportements culturels: l'absence de toute décentralisation réelle, comme le poids des structures traditionnelles dans la vie sociale incitent à la prudence, voire à l'imagination.

Aussi l'on assiste, depuis quelques années, à l'expérimentation de nouvelles formules, plus pragmatiques, destinées à ébaucher un processus de participation populaire à partir de structures non

directement administratives, souvent inspirées d'institutions traditionnelles que l'on espère moderniser progressivement par l'éducation et l'apprentissage. Selon les formules variées, c'est dans cette perspective que se comprennent le mieux de vastes entreprises menées, par exemple, en Mauritanie (avec les «structures d'éducation des masses»), au Niger (avec «la Société de Développement»), au Mali («le Programme de Développement Endogène Participatif») ou de plus modestes expériences, comme celle des «Groupements Naam» de Haute-Volta ou la relance du mouvement «Harambe» au Kenya.

Ce bref tableau témoigne de l'ampleur du mouvement de développement de la participation populaire «à la base»; les résultats, la réalité vécue peuvent varier, mais partout, le besoin est ressenti. Cela ne peut être sans conséquences.

B. Une «nouvelle démocratie»

Les rapports entre le pouvoir et les populations ne vont-ils pas progressivement en être modifiés dans un sens démocratique? Même si la réalité de ces différentes expériences de participation n'est pas toujours en accord avec les canons de la démocratie, et dès lors que toute participation populaire n'est purement absente (car alors rien n'est changé, mais c'est assez rare qu'un gouvernement entreprenne une importante réforme de structure sans vouloir ou pouvoir en retirer les fruits attendus), ces nouvelles institutions conduisent, lentement et selon des chemins détournés et parfois imperceptibles, vers un progrès de l'implantation de la démocratie en Afrique. Sans doute, la «lecture» n'en est pas toujours aisée, car les voies empruntées ne sont pas classiques; mais comme Tocqueville a su le faire pour l'Amérique et l'Europe au cours de la première moitié du siècle dernier, c'est à l'observateur ou au spécialiste de savoir repérer, sous des institutions diverses et au travers de comportements parfois déroutants, car peu «orthodoxes», une «nouvelle démocratie» qui, peut-être, se dégage peu à peu de son cocon; à divers titres, nous le pensons.

La dimension démocratique de ces expériences

Les expériences de participation, rapidement décrites plus haut, ont, en elles-mêmes, la première vertu de donner naissance, de façon plus ou moins importante, à une pratique démocratique, si toutefois certaines conditions minimum sont remplies. Sous deux aspects, en effet, les expériences peuvent poser problème, et ne pas comporter vertus ici analysées. Il en va ainsi de l'adaptation des institutions aux réalités sociopolitiques des pays concernés. Bornons-nous à cet égard à souligner le danger du mimétisme, c'est-à-dire des réformes trop fidèlement copiées sur un modèle étranger à qui, à tort ou à raison, on prête de grandes qualités; il en est ainsi tout spécialement des solutions françaises ou soviétiques en matière de décentralisation ou de pouvoir populaire local, qui aboutissent très souvent, dans un autre contexte, à des résultats décevants: en effet, si séduisantes qu'elles paraissent, ces deux conceptions contiennent en leur sein des tendances centralisatrices latentes (la tutelle dans le système français, le centralisme en U.R.S.S.), que seule une préoccupation permanente peut contrebalancer; tout porte à craindre que, dans un autre contexte, ces tendances ne soient amenées à l'emporter aisément face à une société locale peu préparée à user des virtualités d'autonomie que ces systèmes comportent. D'où le risque de l'absence de toute véritable participation populaire et du formalisme démocratique. Une certaine adaptation aux réalités et aux cultures locales est nécessaire (voir, à propos des communautés rurales sénégalaises, l'étude d'Etienne Le Roy à l'Annuaire du Tiers-Monde, livraison 1983 précitée).

De même, autre condition, les expériences doivent comporter une certaine «consistance démocratique»: celle-ci se mesure à la réalité de l'autonomie et de l'initiative locales, pas toujours existantes (avec tout particulièrement le problème des mœurs d'agir, notamment financiers) et à la marge de choix de ses représentants accordée aux électeurs (à cet égard, les solutions varient considérablement depuis le pluralisme classique des candidats présentés par les partis politiques jusqu'à la discussion en assemblée générale populaire de la

liste unique des candidats, en passant par la pluralité des candidats dans le cadre du parti unique); il y a là un véritable chantier d'expériences, dont nulle, sauf la candidature unique imposée par la hiérarchie, n'est à exclure a priori (seul importe que les électeurs puissent faire valoir leurs préférences et écarter un candidat qui les aurait déçus).

Ces conditions remplies, c'est une véritable culture politique démocratique qui peut naître, ou renaître. Que la population adopte un comportement et soit attachée à certaines valeurs civiques (intérêt pour la chose publique, sentiment que la qualité des décisions collectives dépend des choix et de la participation de chacun...), que les élus soient convaincus qu'ils auront des comptes à rendre et que la suite de leur carrière n'est pas uniquement fonction de la faveur du Prince, c'est là que réside l'esprit démocratique d'un peuple, et c'est fondamental. La pratique de la démocratie locale peut contribuer à son enracinement; plus encore, c'est d'elle d'abord, pensons-nous, que naîtra cette nouvelle culture politique.

Là encore, Alexis de Tocqueville l'enseigne, il est plus aisé d'intéresser le citoyen à la chose publique lorsqu'il perçoit concrètement le rapport entre la décision administrative et son sort personnel (le chemin au bout du champ, le nouveau puits dans le village); de plus, c'est à l'échelon local qu'une démocratie vivante a le plus de chances d'apparaître: le danger est moindre pour le pouvoir central, toujours attaché à sa propre légitimité, qui admettra plus aisément d'ouvrir à ce niveau une «brèche démocratique» dès lors que l'enjeu ne le concerne pas directement, et de franchir là l'étape nécessaire pour intéresser la population.

Certes, la première élection, si disputée qu'elle soit, n'entraîne pas ce «développement politique» tant recherché par les auteurs. Mais en France aussi, à l'aube de la démocratie, on a commencé par voter «pour le château», et ce n'est qu'au long d'une pratique centenaire que chacun a pu songer à tenter sa chance; néanmoins, une certaine dynamique institutionnelle peut se déclencher dès le début: quelle que soit l'étendue de la

pratique démocratique, dès lors que celle-ci est instituée, un processus commence, qu'il faut savoir apprécier non dans sa réalité qui peut être modeste, mais dans la logique de son développement.

La force contagieuse des premières expériences

Une des originalités de la démocratie africaine pourrait consister dans son processus; elle commence à se manifester à l'échelon local.

C'est là un fait, qui s'explique sans doute par des facteurs contingents: après plus d'une décennie de gouvernement autoritaire et centralisé, les gouvernants ressentent la nécessité de tirer la population de sa passivité; la solidarité du pouvoir, comme le développement l'exige, les nouvelles institutions de démocratie locale ne sont pas toujours le fruit de démocrates convaincus. Mais ce processus comporte une assise plus profonde si on considère qu'il renoue avec une tradition très générale en Afrique, que la colonisation puis les premières années de l'indépendance ont interrompue ou déformée.

Quoi qu'il en soit, ce ne peut être qu'un point de départ: la démocratie ne peut être cantonnée longtemps à l'échelon local sans déperir, elle doit nécessairement se développer dans toutes ses dimensions sauf à disparaître ou prendre une réalité purement formelle. Il est aisé de le comprendre: tôt ou tard, s'il veut sauvegarder le caractère des expériences locales, le pouvoir central doit aussi accepter l'introduction d'une certaine dose de démocratie dans ses propres structures; la contradiction serait difficilement tenable et justifiable, et sans doute serait-elle mal ressentie par la population habituée à une pratique démocratique. L'apprentissage d'une nouvelle culture politique entraîne des exigences. Là aussi une certaine logique institutionnelle ou démocratique est inévitable. D'ailleurs divers pays s'engagent dans cette voie: ainsi, sous des formes variées, peut-on assister au Sénégal comme en Algérie, en Tanzanie comme en Mauritanie voire en Côte d'Ivoire à une

contagion du processus démocratique de la base aux échelons intermédiaires de la région ou de assemblée politique nationale, voire à l'exécutif (ou alors, l'expérience locale peut tourner court ou dégénérer: ainsi peut-on craindre que la critique, apparemment fondée, de l'opposition sénégalaise à l'égard de l'honnêteté des élections politiques de 1983 ne se traduise par un malaise aux échelons des assemblées locales).

Plus même, l'on peut penser que ce phénomène de «contagion» devra nécessairement atteindre cette autre dimension fondamentale de la démocratie qu'est le respect des libertés individuelles et collectives: la confiance dans le pouvoir et les institutions, nécessaire à l'exercice de la démocratie par le citoyen suppose d'abord la jouissance des droits de l'homme. Là aussi l'expérience le prouve, d'où le caractère dérisoire des élections dans un régime autoritaire ou dictatorial (ainsi, en Centrafrique, l'Empereur Bokassa avait, peu avant sa chute, refusé de reconnaître la validité du choix, pourtant peu démocratique, d'un certain nombre de maires), d'où à l'inverse la nécessité pour les gouvernants qui veulent, pour des raisons variées, voir se développer des formes de participation populaire à l'échelon local, d'accepter à des degrés divers, le jeu de certaines institutions de liberté (p. ex. pour la presse, la justice ou le contentieux administratif dans certains pays comme, là aussi, le Sénégal).

Vers une conception originale de la démocratie?

La réflexion ébauchée ci-dessus peut à juste titre être taxée d'optimisme ou d'irréalité, tellement faibles sont les indices sur lesquels elle repose, et tellement fréquents sont les échecs lorsque ces indices se manifestent trop nettement.

Pourtant, une modeste connaissance théorique et pratique du continent africain nous encourage dans cette voie, que certaines tendances profondes à long terme paraissent conforter. Plus même, ces quelques amorces de démocratie locale, parfois étendues plus haut, nous suggèrent de pousser plus avant. Si la démocratie peut réussir, ce sera une démocratie reposant sur des bases conceptuelles originales: le péché originel de la démocratie africaine, avons-nous dit en

ouvrant ces propos, était d'avoir tenté de s'édifier en puisant à des sources partielles, secondes, menant à des réalisations contingentes de la démocratie.

La démarche plus pragmatique qui est souvent menée aujourd'hui a davantage de chances de réussir; elle peut conduire à une nouvelle conception de la démocratie, ni libérale à l'occidentale, ni socialiste selon le modèle soviétique.

En préciser les bases serait, au stade actuel, présomptueux. Tout au plus est-il permis de suggérer quelques directions de recherche. Une nouvelle conception du pouvoir, c'est-à-dire du type de relations entre les gouvernants et les gouvernés, s'ébauche-t-elle? Sur ce thème, les essais d'explication sont déjà nombreux (voir p. ex. la livraison 1983, no. 25 de la revue *Pouvoir*, déjà citée); ils sont souvent prématurés, car les régimes politiques n'ont pas encore atteint, nous semble-t-il, leur maturité, c'est-à-dire la forme vers laquelle ils tendent (la démocratie française n'a-t-elle pas mis plus de 80 années avant de s'épanouir?). Ils n'en contribuent pas moins à cette recherche: ce pourrait être une conception du pouvoir se distinguant de la conception occidentale dans la mesure où l'autonomie de l'individu par rapport à lui serait moindre, mais la tolérance plus large, et où, en revanche, la participation collective aux décisions pourrait être plus effective, aux niveaux inférieurs certes, mais aussi au niveau national (préconiser en outre une approche tribale ou ethnique du pouvoir nous paraît aberrant et dangereux: aberrant, car l'évolution récente montre qu'au-delà d'affrontements parfois sanglants, et de pratiques fréquentes, de nouvelles solidarités tendent à s'instituer; dangereuses, car c'est soumettre les individus à des formes dépassées de domination, ce qui se traduit le plus souvent par l'oppression et la dictature. Telle est par exemple la forme vers laquelle s'orientent les «Etats noirs» indépendants, mais aussi autonomes, que les gouvernants blancs d'Afrique du Sud, s'appuyant sur des considérations ethnologiques et scientifiques, ont voulu constituer sur des bases ethnolinguistiques et selon des formes juridiques coutumières; mais qui, dans ce pays, croit réellement au bien-

fondé théorique du projet politique officiel de «développement séparé»?).

Quant à la conception de l'État, le problème demeure entier semble-t-il. Au-delà des diverses esquisses théoriques souvent ébauchées (et souvent empruntés au modèle soviétique, sauf exception comme en Tanzanie), et sauf peut-être à l'échelon local et de façon partielle, aucune évolution significative ne paraît encore perceptible; les gouvernants demeurent attachés à cet appareil de contrainte centralisé et hiérarchisé qui leur paraît le principal garant de leur maintien et le principal facteur de l'efficacité, attachement que la fréquence des renversements et la faiblesse des résultats économiques et sociaux fait apparaître dérisoire, et l'emploi de techniques à consonances militaires ne paraît pas mener à des résultats concluants (Champagne de mobilisation, structure d'encadrement, parti d'avant-garde, etc.).

C'est sans doute à ce niveau, celui des institutions politico-administratives que l'évolution est la moins perceptible, et l'obstacle vers la recherche de formes plus stables d'organisation publique est le plus puissant (voir par exemple F. Mellah, «Développement politique, rôle et limite de l'administration publique», *Annuaire du Tiers-Monde* 1983, ou B. Jobert, «Centre, périphérie et politique de participation populaire», *ibidem*). Là aussi pourtant, le développement d'expériences réussies de participation populaire pourrait amener à l'apparition de nouvelles formes.

Au total pourtant, quels que soient les résultats concrets, réels, des récentes expériences de démocratie locale qui se développent en Afrique, il nous paraît qu'une analyse et une réflexion politiques portant sur l'Afrique se doit de les prendre en compte. Alexis de Tocqueville l'a montré: l'étude des structures administratives et politiques, et l'observation des comportements qui s'y manifestent, est une des grilles qui permettent d'entrevoir ou de pressentir le monde qui se prépare...

EL ESTADO Y LA NACIÓN FRENTE AL TERCER MILENIO

Fabien Adonon Djogbénou

Resurgimiento de los movimientos nacionales en el mundo

Es un reto incómodo y difícil escribir sobre el África negra en unas cuantas páginas; reto incómodo: la impresión generalizada es que la revolución tecnológica ha reducido el tamaño figurado del mundo y que es posible alcanzar prácticamente cualquier parte del planeta en unas cuantas horas o en unos cuantos segundos. Pero esta impresión generalizada pierde fácilmente de vista, entonces, que la importancia de los medios de comunicación e información es más que desigual, cuantitativa y cualitativamente hablando, para los diferentes puntos del mundo; y que, en este sentido, el África negra continúa siendo una parte del mundo, parte casi desconocida o en todo caso mal conocida, cuyas noticias o ecos lejanos sólo nos llegan cuando las guerras o los conflictos considerados como sobresalientes la ponen de moda, una moda muy efímera...

Pese a esta impresión generalizada, es de reconocer que entre más el excepcional desarrollo tecnológico de los medios de comunicación e información parece encoger el tamaño del mundo, más nos damos cuenta de cuan grande es éste, cuan múltiple, diverso y variado es el mundo. Es decir, que la certidumbre racional que hizo florecer de la noche a la mañana la aldea-planetaria no es más que una reminiscencia de la idea de globalización concluida que nos viene desde el siglo XIX. Reto difícil también porque los temas, ideas, conceptos y teorías del Estado y del Estado-nación que acostumbramos utilizar cotidianamente no tienen siempre el mismo contenido en otras latitudes; lo que puede perturbar nuestra percepción y

por consiguiente, dificultar de alguna manera la lectura comprensiva de un discurso que se articula sobre todo en realidades negroafricanas.

Dentro del marco del tema El resurgimiento de los movimientos nacionales en el mundo, nuestra breve intervención se refiere a 'las naciones frente al Estado en el África negra', porque en ésta no presenciamos una resurrección, reaparición o un resurgimiento; presenciamos las manifestaciones de una vieja realidad omnipresente y permanente, una vieja realidad cuyas manifestaciones no dejan de enseñar a propios y extraños que la solidaridad de origen basada en un sentimiento ineludible de pertenencia no surgió con la invasión o presencia colonizadora de los europeos en el continente negro, ni desapareció con las alianzas y rupturas estratégicas del quehacer político del periodo llamado de descolonización que culminó en 1960 y años siguientes, con una independencia nominal, formal e inconclusa.

Bien sabemos que, a menudo, en el mismo vocablo Estado-nación, el primer término (Estado), define al segundo (nación), cuya realidad orgánica es olvidada o sistemáticamente negada, como si nación, en África negra, también hubiera dejado de de-signar lo que es, es decir, estas formaciones socioculturales donde los negroafricanos comulgan y se reconocen. Las naciones, pueblos o pueblos-nación en el África negra siguen siendo la comunidad humana en cuyo seno se nace y donde se recibe sepultura, comunidad a la que se pertenece, cuyas tradiciones y visión del mundo o cosmogonía impregnan el ser y el hacer; de tal suerte que las naciones negroafricanas no han dejado de ser pueblos con memoria colectiva, conciencia y personalidad históricas definidas.

El paréntesis colonial perturbó o debilitó en mayor o menor grado, según los casos, las estructuras sociales de estas naciones tradicionales, pero sin llegar nunca a disolverlas. De tal modo que, a la hora de la independencia formal, el Estado ilegítimo heredado del colonizador se encontró con que no estaba respaldado por nación alguna:

nación moderna entendida como resultado de una ruptura, ruptura con las estructuras sociales de las comunidades o sociedades anteriores a la colonización.

El problema que enfrenta el nuevo Estado negroafricano es que los colonizadores no pudieron destruir a las sociedades globales o naciones en el sentido antiguo, edificadas anteriormente a la colonización, ni dejar tras ellas naciones constituidas en el sentido moderno: naciones abstractas.

Y más allá de la retórica que siempre caracteriza a la idea de liberación nacional en el África negra, la independencia resultó ser una ceremonia formal: una ceremonia de transferencia del legado colonial al nuevo Estado. Así surge el problema fundamental del Estado negroafricano cuya misión es no solamente mantener y consolidar al embrión del Estado que dejó la colonización, sino generar a la nación moderna a partir de pueblos tradicionales.

Son estas naciones tradicionales, estas comunidades socio-culturales arraigadas en su historia, tiempo y espacio, lo que los especialistas en la materia denominan tribu o grupo étnico, en oposición a la nación moderna, abstracta en el sentido moderno; y la ideología de la que dichas naciones tradicionales son naturalmente portadoras es conocida, según las circunstancias, como tribalismo, etnicismo, particularismo, irredentismo, faccionalismo, separatismo, regionalismo, secesionismo o, en todo caso, micronacionalismo (como se puede notar, el africanista en general tampoco tiene de qué quejarse en materia de jerga y retórica).

La visión menos alejada del fenómeno tribu-tribalismo en el África negra se refiere al fenómeno tribalismo como un comportamiento, una actitud positiva o negativa que crea, en un medio social dado, una red de atracciones y repulsiones entre los miembros de dos o más grupos o comunidades que se dicen unidos por la sangre, los mismos antepasados o ancestros, pero que están mucho más unidos por la idea que tienen de sí mismos en relación con los demás; de tal suerte

que el tribalismo es una actitud que determina la conducta de los miembros de una misma comunidad, una actitud que rige sus relaciones a menudo agresivas con los miembros de comunidades similares. Este grupo que se ubica en el tiempo y el espacio, enfrentado a las demás comunidades y cuyos miembros se sienten unidos por ancestros comunes, es la tribu. El sufijo "ismo" indica la idea que los miembros de un mismo asentamiento tienen de sí mismos en relación con otras comunidades similares, del mismo modo que nacionalismo designa este sentimiento de pertenencia que hace subsistir a la nación, aun cuando ésta pierda su autonomía.

En tal sentido, tribalismo o etnicismo en el medio negroafricano participan de la misma esencia de este fenómeno visto con admiración y respeto que se denomina patriotismo o nacionalismo. Entre etnicismo o tribalismo y patriotismo o nacionalismo no hay diferencia de naturaleza sino de grado o más bien, de interpretación. De tal suerte que nación étnica y nacionalismo tribal reflejan la especificidad de los grupos o comunidades socioculturales negroafricanas.

Mientras que el tribalismo tiene como base una "realidad viviente vivida" que es la tribu (nación étnica o nación tradicional); el nacionalismo oficial se refiere a una nación territorial que poco sentido tiene para las tribus reagrupadas dentro de fronteras estatales de artificialidad reconocida.

Los problemas del nuevo Estado africano en busca de nación se complicaron aún más con la introducción, en el África negra, del modelo de la democracia parlamentaria multipartidista y el sufragio universal de corte europeo. La ideología partidaria clásica se confunde entonces con la ideología tribal particularista. El miembro de una etnia casi nunca vota por una persona específica, sino por el candidato de su grupo de origen. Florecieron y siguen floreciendo en África desde 1991, partidos políticos de origen étnico; así se convirtió el sufragio individual en colectivo, del mismo modo que es colectiva la adhesión al partido de origen étnico.

Es más fácil identificarse con alguien de su nación étnica o de su región, que con una idea abstracta de tipo universalista representada por un partido político moderno.

En suma, el modelo importado no pudo funcionar normalmente en este medio específico, donde la inexistencia de una dimensión nacional en la vida política bloqueó tanto el juego político como el proceso por el cual la misma existencia y el papel que desempeña un partido de oposición contribuyen a resolver los conflictos políticos.

En síntesis, la democracia parlamentaria multipartidista como factor de integración nacional en territorios poliétnicos fracasó porque la nación en África no es ni puede ser una creación jurídica; fracasó pero inauguró una malsana política del tribalismo o etnicismo.

La concentración política del poder que desembocó en la instauración del partido único como medio para construir a la nación moderna corrió también la misma suerte: transformar la conciencia étnica prevaleciente en una verdadera conciencia nacional. Tal era el extraño objetivo del partido denominado, en esa oportunidad, Partido-nación.

No se trataba de naturalización, sino de un auténtico intento de "nacionalización" de la mentalidad de los militantes del Partido-nación, como si se tratara de empresas extranjeras.

Dentro de este panorama donde la emergencia de la nación no tenía salida, y sin insistir en las iniciativas económicas desastrosas que acompañaban a esta situación, el África negra se vio entonces acorralada entre el tribalismo y la dictadura de las armas. Los golpes de Estado y los complots se multiplicaron. Cualquier negroafricano apenas letrado sabe mejor que nadie la diferencia que existe entre el complot y el golpe de Estado en África; dicen que: "el complot es un golpe de Estado fallido y el golpe de Estado es un complot que tuvo éxito". Sumar los dos fenómenos es tener una idea clara de la

gran fragilidad del Estado en el África negra y de la inestabilidad política que caracterizó al cuarto de siglo de "independencia" en la subregión.

En suma, el Estado africano se encontraba, desde finales de la década 1960, ante lo que acostumbramos denominar un callejón sin salida multidimensional que podría esquematizarse así:

Callejón sin salida de la construcción nacional

político
del desarrollo económico
ideológico
educativo
internacional

Es decir, una África negra oficial no solamente bloqueada en su funcionamiento y razón de ser, sino literalmente en ruinas; tal vez porque muchos de sus dirigentes, aturdidos por la complejidad de la tarea a realizar y debido al contexto internacional que prevalecía, confundieron velocidad con precipitación. En pocas palabras: no se dieron tiempo de reflexionar como africanos y con conocimiento de causa, en posibles proyectos de organización de sociedades africanas viables.

Dicho esto, no sería tampoco razonable pedir a un Estado cuyos orígenes conocemos que, a partir de realidades internas complejas y del entorno internacional no siempre favorable, realice la unidad nacional y las estructuras económicas viables en un lapso de dos o tres décadas. Es de reconocer, sin embargo, que en sus formas de buscar a como dé lugar a la nación moderna, el Estado africano secreta y alimenta los gérmenes de su propia dislocación; y la nación tribal, según las circunstancias, se convierte en un refugio impenetrable al poder sin límite y control del Estado africano, cuando no sale con todo a exigir el respeto a sus derechos seculares, ejecutando tanto a propios traidores a la nación tribal, como a extraños fastidiosos.

He aquí el tribalismo negroafricano del que poco hablan los africanistas porque, como bien lo dice un proverbio entrañable-mente africano: *el ojo puede ver si la salsa está grasosa; pero no puede saber si está salada.*

Lo que se ha dado en llamar el desastre del nacionalismo africano es, en realidad -como lo intentamos sintetizar-, la historia de un trasplante; un trasplante que la tesitura social negroafricana rechaza; un trasplante anacrónico por excelencia; anacrónico porque el Estado negroafricano representa una realidad profundamente diferente a la de los diversos pueblos que el Estado pretende aglutinar, homogeneizar, masificar en un *nosotros* anónimo y siempre mistificador.

El sector llamado progresista de la inteligencia y la *élite* negro-africanas, caracterizado por su discurso modernizador sobre la *construcción nacional*, siempre condena enérgicamente las ideologías étnicas o el tribalismo que, según él, disfraza las nuevas relaciones sociales, económicas y políticas en proceso dentro de las sociedades africanas.

Pero esos mismos intelectuales y dirigentes políticos no cesan, sin embargo, en su historia cotidiana, de traicionar una conducta que sólo puede explicar una personalidad de fondo que se resiste a la dominación de un logos prestado; una personalidad de fondo que lleva al negroafricano, a la mujer sobre todo -sin importar su puesto laboral, nivel de instrucción y militancia política-, a comulgar en una especie de religión con los suyos. "Los suyos", es decir, la gente de su nación.

Se podría pensar que las guerras de liberación que se escenificaron en ciertos países negroafricanos serían, para estas naciones, el punto de partida de una nueva visión y praxis del Estado. Sin embargo, los partidos políticos que llevaron a cabo las guerras llamadas de liberación nacional bajo la bandera de una ideología precisa nos enseñan que las rivalidades y conflictos entre grupos étnicos se reanudan

después de la independencia y terminan en movimientos políticos particulares.

Por si fuera poco, las mismas naciones europeas que dieron Estado al África negra nos demuestran -toda proporción guardada- que también tienen en casa sus propios ibos, sus balubas, sus eritreos; cuando no sus haussas, peuls, mbakas, baoules u otros matabeles.

Hay que decirlo y subrayarlo. A pesar del fracaso del Estado africano en su búsqueda de la nación moderna, o mejor dicho, con o sin la presencia de un Estado, los negroafricanos comulgan y siguen comulgando con y en *naciones vivas y vividas*, y no sueñan con una nación abstracta o imaginaria que sería una anti nación para ellos.

Esto significa:

- que las naciones tradicionales negroafricanas (que seguimos denominando tribu o grupo étnico por comodidad semántica) siguen conservando sus estructuras internas esenciales, a pesar del paréntesis colonial;
- que la relación de cordón umbilical que existe entre las Áfricas de las aldeas y las llamadas ciudades africanas es asombrosamente poderosa;
- que las suntuosas fachadas de los edificios y palacios gubernamentales de las ciudades-capital negroafricanas no son más que la expresión engañosa de una modernidad simbólica de segunda mano; y
- que la práctica alegre del clientelismo político electoralista de los nuevos renacimientos políticos multipartidistas como garante de la democracia en el África negra es un cuchillo de doble filo...

Los intelectuales y los alfabetizados negroafricanos de ayer y de hoy regresan tarde o temprano a la herencia o al legado ancestral: ni el señor Cura de las religiones importadas, ni la señora Presidenta de la Suprema Corte de Justicia de la

nación oficial, ni la señora Secretaria de Estado de la Condición Femenina, ni el maestro del más alto nivel académico, y aun menos el titular de la Magistratura Suprema escapan de esta realidad.

Además del viento del Este, cuyas verdaderas consecuencias son todavía invaluable, el tránsito entre milenios está caracterizado por los latidos de nuevos corazones económicos y políticos pero, al mismo tiempo, por ciertas contradicciones que algunos temas de este ciclo invitan a meditar:

- soberanía política e interdependencia económica
- procesos de integración mundial y resurgimiento del nacionalismo y
- vigencia de la nación al inicio del siglo XXI.

En lo que a África se refiere, recordemos

- que los pueblos no pueden ser eficazmente gobernados sino a través de instituciones que éstos entienden y cuando sus culturas favorecen el surgimiento de dichas instituciones;
- que, en África, no tomar en cuenta la dimensión cultural del desarrollo es provocar graves desequilibrios cuyo costo social es, a la postre, insoportable;
- que las naciones tradicionales representan un punto de referencia ineludible para África, en su evolución hacia otros tipos de organización social;
- en suma, que en África no se puede vivir, y vivir una vida coherente, con una memoria ajena a la propia.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

DE DONDE SE EXTRAJERON LOS TEXTOS QUE INTEGRAN
EL VOLUMEN DOS DE LA ANTOLOGÍA ESTUDIOS AFRICANOS

Título del apartado en esta antología	Autor	Fuente bibliográfica
"La división y conquista europeas de África: visión general" pp. 21-54	UZOIGWE, Godfrey	Historia general de África, vol. VII, cap. 2, París, UNESCO/NEA, 1987 pp. 41-67
"Métodos e instituciones de la dominación europea" pp. 55-80	BETTS, Raymond	Historia general de África, vol. VII, cap. 13, París, UNESCO/ NEA, 1987 pp. 339-358
"La resistencia de los africanos al sistema colonial y su evolución" pp. 81-92	ADONON DJOGBÉNOU, Fabien	México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, julio de 1978 18 pp.
"Resistencia e iniciativas africanas frente a la división y la conquista" pp. 93-120	RANGER, Terence O.	Historia general de África, vol. VII, París, UNESCO/NEA, 1987 pp. 69-86

Título del apartado en esta antología	Autor	Fuente bibliográfica
"L'Afrique et l'héritage de la Seconde Guerre Mondiale sur le plan politique, économique et culturel" pp. 121-140	AL- MAZRUI, Ali	L'Afrique et la Seconde Guerre Mondiale, Paris Unesco, 1985
"L'effet colonial: pour une revision des faits" pp. 141-156	PIAULT, Marc H.	La colonisation: rupture ou parenthèse?, Paris, Editions L' Harmattan, 1987 pp. 5-17
"La dimensión espacial des États" pp. 157-176	IGUÉ, John O	Le territoire et l'État en Afrique, cap. I, Paris, Karthala, 1995 pp. 25-43
"Les migrations de population" pp. 177-202	IGUÉ, John O	Le territoire et l'État en Afrique, cap. VII, Paris, Karthala, 1995 pp. 197-221
"La cuestión nacional en el África negra"	ADONON DJOGBÉNOU, Fabien	(inédito) VII Coloquio Internacional de Primavera, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1982 17 pp
"Etnicidad y pluralismo político en el África negra" pp. 223-238	CANGABO KAGABO, Massimango	África, inventando el futuro, México, El Colegio de México, 1992 pp. 167-181

Título del apartado en esta antología	Autor	Fuente bibliográfica
<p>"Los conflictos étnicos en el África negra"</p> <p>pp. 239-246</p>	<p>ADONON DJOGBÉNOU, Fabien</p>	<p>Relaciones internacionales núm. 63, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, jul.-sep. de 1994 pp. 73-76</p>
<p>"Nationalisme, ethnicité et démocratie"</p> <p>pp. 247-288</p>	<p>RANDRIANJA, Solofo</p>	<p>Ellis, Stephen (director), L'Afrique maintenant, cap. 2, París, Karthala, 1995 pp. 53-86</p>
<p>"De la démocratie en Afrique ou l'importance de la démocratie locale"</p> <p>pp. 289-310</p>	<p>BOCKEL, Alain</p>	<p>L'État moderne horizon 2000. Aspects internes et externes. Mélanges offerts à P.-F. Gonidec, París, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, 1985 pp. 47-60</p>
<p>"El Estado y la nación frente al tercer milenio"</p> <p>pp. 311-320</p>	<p>ADONON DJOGBÉNOU, Fabien</p>	<p>(conferencia) México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1991</p>

LECTURAS

Lecturas obligatorias

ADONON D., Fabien, Estudios africanos (antología), v. uno, Hacia el universo negroafricano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Historia general de África, Tecnos/UNESCO, 1980:
vol. 1, capítulos 2, 4, 7, 8, 10, 13, 15 y 17.
vol. 2, capítulo 1.
vol. 6, capítulos 1 y 29.

INIESTA, Ferrán, "*El planeta negro*", en *Aproximación histórica a las culturas africanas*, Madrid, Edit. Los Libros de la Catarata, 1992.

KODJO, Edem, *Et demain l'Afrique*, París, Edit. Stock, 1985, capítulo 1.

BOULANGA F., Eboussi, *Les conférences nationales en Afrique noire*, París, Karthala, 1993, pp.: 7 a 10, 31 a 58 y 173 a 175.

Lecturas complementarias

ADONON D., Fabien, *Iniciación a la otra África. Apuntes y antología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Sistema de Universidad Abierta, 1990.

AKINDÉS, Francis, *Les mirages de la démocratie en Afrique subsaharienne francophone*, París, Karthala, 1996.

HACHID, Malika, *Le Tassili des Ajjer. Aux sources de l'Afrique 50 siècles avant les pyramides*, Casablanca, Ed. Paris-Méditerranéen et Eddif., 1999.

HERMET, Guy, *Culture et démocratie*, París, UNESCO/Albin Michel, 1993.

YACHIR, Faysal, *África, democratización y democracia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Coordinación de Humanidades, Colección El Mundo Actual: Situación y Alternativas, 2001.

ESCRITORES ANTOLOGADOS

EN EL VOLUMEN DOS

COONIZACIÓN Y EN BUSCA DE ESTADO, NACIÓN Y DEMOCRACIA

ADONON DJOGBÉNOU, Fabien (Coordinador de esta obra)

Sociólogo, economista y estudioso de los fenómenos histórico-culturales.

Originario de Benin

Docente e investigador en los temas de África, literatura y estudios internacionales en las facultades de Ciencias Políticas y Sociales y de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

AL-MAZRUI, Ali

Historiador, africanólogo, especialista en ciencia política e historia contemporánea. Originario de Kenya

Docente e investigador de historia en la Universidad de Jos, Nigeria, y en la Universidad de Michigan, E.U.A., y director del Instituto de Estudios Globales del Estado de Nueva York, Binghamton, E.U.A.

BETTS, Raymond

Historiador, especialista en colonialismo europeo en África en los siglos XIX y XX.

Originario de Estados Unidos de América

Docente de historia en la Universidad de Kentucky, E.U.A.

BOCKEL, Alain

Jurista e historiador Originario de Francia

Docente e investigador de teoría constitucional y ciencia política en la Universidad de Orleáns, Francia.

CANGABO KAGABO, Massimango

Internacionalista

Originario de Congo (República Democrática de Congo)

Docente e investigador de relaciones internacionales en El Colegio de México, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Iberoamericana, México.

IGUÉ, John O.

Geógrafo, sociólogo, politólogo y economista

Originario de Benin

Docente e investigador en la Universidad Nacional de Benin.

PIAULT, Marc H.

Etnólogo y antropólogo Originario de Francia

Miembro del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, París, Francia; y docente e investigador de antropología política en diversas universidades africanas y francesas.

RANDRIANJA, Solofo

Historiador

Originario de Madagascar

Docente e investigador en el Departamento de Historia, Universidad de Tamatav, Madagascar.

RANGER, Terence O.

Historiador, especialista en movimientos nacionalistas y de resistencia en África.

Originario del Reino Unido

Docente de historia en la Universidad de Dar Es-Salaam, Tanzania; y en la Universidad de Manchester, Reino Unido.

UZOIGWE, Godfrey

Historiador Originario de Nigeria

Docente e investigador de historia, en la Universidad de Michigan, E.U.A.

Autor de la cubierta

KAM'RA, Ery

Artista plástico, museólogo y crítico de arte

Originario de Senegal

Docente e investigador de arte, museología y museografía en diversas universidades e instituciones culturales y de educación superior de América, Europa y África.